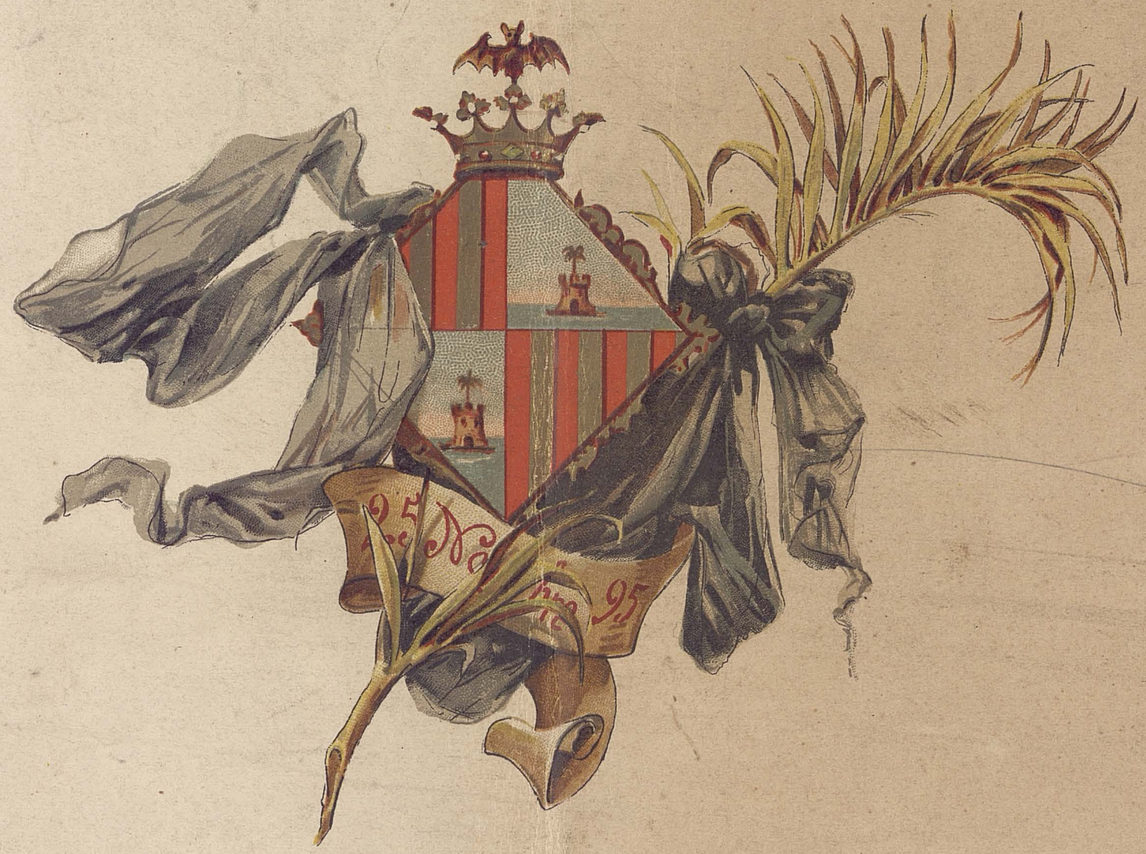
Fol. 9. 9



1-596-7

Lit.ª Suc.ª de Rivadeneyra. Madrid

8-12686

R. 5048.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA DE SANTIAGO
00619894

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA SANTIAGO

Limosna

POR AMOR
DE
DIOS

	Páginas.
Maura (A.)	103
Maura (Gabriel)	47
Maura (Miguel)	27
Mélida (José Ramón)	44
Menéndez y Pelayo (M.)	83
Mesonero Romanos (Ramón de)	99
Mir (P. Juan)	63
Mir (Miguel)	87
Montero (Adalmiro)	62
Montero Ríos (E.)	59
Moret (S.)	50
Morphy (G.)	89
Navarro Reverter (J.)	77
Navarro y Rodrigo (C.)	15
Navas (Conde de las)	67
Noguera (Antonio)	40
Nogués (José María)	28
Novo Colson (Pedro de)	29
Núñez de Arce (G.)	42
Obispo de Mallorca	17
Obispo de Orihuela	3
Obispo de Salamanca	23
Obispo de Sión	39
Oliver (Miguel S.)	16
Olmedilla y Puig (Dr. Joaquín)	79
Oller (Narcís)	12
Orti y Lara (J. M.)	14
Ortiz de Pinedo (Manuel)	40
Ossorio y Bernard (M.)	88
Ovejero Bustamante (Andrés)	100
Palacio (Manuel del)	91
Palau (Melchor de)	91
Palou y Coll (Juan)	39
Pardo (Manuel)	10
Pedregal (Manuel)	25
Pedreira (Leopoldo)	100
Pedrell (Felipe)	4
Peña y Goñi (Antonio)	41
Pereda (José María de)	36
Pereira (Aureliano J.)	71
Pérez Galdós (B.)	13
Pérez Zúñiga (Juan)	101
Picón (Jacinto Octavio)	52
Pidal (A.)	89
Pirala (Antonio)	88
Pí y Margall (F.)	73
Pou y Ordinas (Antón Juseph)	43
Quadrado (José María)	32
Ramos Carrión (M.)	101
Rada y Delgado (Juan de Dios de la)	100
Reina (Manuel)	2
Reparaz (G.)	87
Ribalta (Aurelio)	76
Riva Palacio (General)	34
Rodríguez (Gabriel)	22
Rodríguez (Fr. Teodoro)	44
Rodríguez López (Jesús)	31
Rodríguez Mourelo (José)	84
Roselló (Jerónimo)	72
Rubió y Ors (Joaquín)	86
Rueda (Salvador)	37
Ruiz y Contreras (Luis)	9
Ruiz y Pablo (Ángel)	12
Saavedra (Eduardo)	78
Sagasta (Práxedes Mateo)	5
Sales y Ferré (Manuel)	51
Salvador (Amós)	26
Salvany (Juan Tomás)	6
Sánchez Guerra (J.)	2
Sanz y Escartín (Eduardo)	85
Sbarbi (José María)	58
Sellés (Eugenio)	59
Sepúlveda (Ricardo)	23
Serpa Pimentel (Antonio de)	56
Serrano Fatigati (Enrique)	82
Silvela (F.)	87
Soler Arqués (Carlos)	23
Solsona (Conrado)	89
Soravilla (Javier)	58
Taboada (Luis)	101
Tejada de Valdosera (Conde de)	3
Tolosa Latour (M. de)	56
Torreánaz (Conde de)	25
Torres Campos (R.)	28
Urbina (José S. de)	71
Uriarte (Fr. Eustoquio de)	60
Urrecha (Federico)	75
Valera (Juan)	92
Valmar (Marqués de)	59
Valle Ruiz (Fr. Restituto del)	9
Vallés y Ribot (José María)	50
Vega de Armijo (Marqués de la)	66
Vergara y Martín (Gabriel María)	18
Victoria (Duque de la)	61
Vidart (Luis)	76
Viscasillas (Mariano)	20
Vizuete (Pelayo)	82
Weyler (Valeriano)	65

ARTES

	Páginas.
Alba (Eduardo M. de)	59
Alcázar Tejedor (José)	43
Alsina (A.)	53
Álvarez (Luis)	44
Álvarez Dumont (C.)	41
Andrade (A.)	54
Ankermann (R.)	26
Arija (José)	38
Arroyo (Manuel)	18
Avilés (Ángel)	78
Bacarisas (G.)	32 y 61
Baixas (J.)	39
Baixeras (D.)	85
Bañuls (Vicente)	10
Bárbara (J.)	6
Barbasán (Mariano)	57
Barrantes	10
Barrón (E.)	94
Bauzá (Juan)	24
Benlliure (José)	31 y 66
Benlliure (Mariano)	67
Bertodano	51
Beruete (Aureliano de)	26
Bilbao (Gonzalo)	79
Blanes	61
Bretón (Tomás)	45
Cáffaro	29
Camino (M. P. de)	28
Campuzano (Tomás)	30-40 y 83
Carlotta (R.)	16
Carnicer (Fernando)	48
Casado del Alisal (J.)	84
Casanova (Lorenzo)	10
Cerdá (L.)	23
Comba (J.)	56
Contreras (J. M.)	95
Cortina (A.)	47 y 93
Crespo (Manuel)	59
Chapí (Ruperto)	96
Delgado (M.)	90
Díaz (I.)	62
Domínguez (Manuel)	54
Echena (José)	60
Escalera (E.)	78
Espina (Juan)	38
Esteban (Hermenegildo)	22
Ferrant (Alejandro)	102
Fortuny	81
Francés y Mexía (J.)	67
Francés (Plácido)	9
Furió (V.)	89
Fuster (Antonio)	61

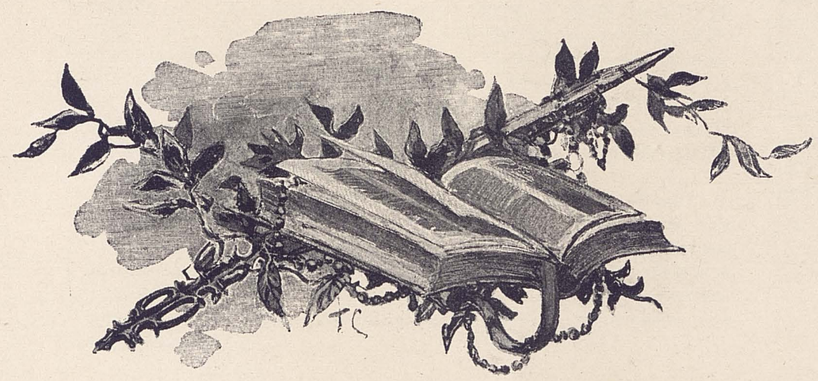
	Páginas.
Fuster (Juan)	28
Galofre (Baldomero)	36
Galván (José María)	25
García Sampedro (Luis)	58
García y Ramos (J.)	20
Garnelo (José)	25
Gartner (José)	100
Gay (Sebastián)	43
Giménez (Martín)	88
Gómez (Jerónimo)	76
Graner	66
Hernández Sanz	91
Hispaleto	35
Hoyo (José)	58
Huertas	92
Jadraque (Miguel)	39
Jiménez Aranda (José)	11
Juliana	28
Latorre (Antonio)	6
Lemus (Eugenio)	73
Lhardy (Agustín)	89
Madrazo (Ricardo de)	101
March (Vicente)	63
Marinas (Aniceto)	13 y 48
Marqués (J. M.)	35
Marqués (Domingo)	90
Martínez Abades (Juan)	69
Martínez Cubells	90
Más (F.)	34
Maura (Bartolomé)	17
Maura (Francisco)	Portada.
Meifrén (Eliseo)	23 y 59
Megía (Nicolás)	87
Mestres (Apeles)	28
Monasterio (Jesús)	42
Morell (Fausto)	52
Morera (Jaime)	16
Ocón	62
O'Neill (J.)	23
Otermin (Agustín)	4
Palencia (G.)	91
Palmaroli	55 y 74
Pando (José)	33
Peña (Maximino)	39
Perea (Daniel)	32
Pérez de Camino (F.)	19
Pinazo	52 y 56
Pla (Cecilio)	82
Plasencia (C.)	64
Pradilla (F.)	3
Pulido	26
Querol (Agustín)	75
Raurich (Nicolás)	43
Ribas (Antonio)	37 y 50
Rico (Martín)	7
Rosales	77
Ruiz (Ezequiel)	60
Sala (Emilio)	53
Saint-Aubin (A.)	9
Sáinz (Casimiro)	90
Santa María (Marcelino)	88
Serra (Enrique)	38 y 60
Sorolla (Joaquín)	29, 44 y 89
Susillo (Antonio)	22
Terrasa (G.)	26
Tordesillas	46
Torras	34
Torres (Salvador)	91
Trilles (M. A.)	28
Tuesta (Emilio)	94
Unceta (Marcelino de)	80
Vaamonde (Joaquín)	72
Vancell (Juan)	68
Vaquer (Enrique)	17, 72 y 85
Vera (Alejo)	71
Villegas (José)	15
Villegas Brieva (M.)	1
Viniegra (S.)	19
Yerro	56
Zuloaga (Germán)	70

JUNTA EJECUTIVA que se constituyó para realizar el pensamiento, iniciado por D. Baltasar Champsaur, de publicar este Álbum:

Señor D. Antonio Maura.
» Conde de San Simón.
» D. Damián Isern.

Señor D. Bartolomé Maura.
» » Ángel Avilés.
» » Rafael Álvarez Sereix.

Señor D. Baltasar Champsaur.
» » Tomás Campuzano.
» » Francisco Maura.



POR las celestes bóvedas del alto firmamento,
Por las ondas azules del anchuroso mar,
A España llega el triste, desgarrador lamento
Que acongojada lanza la tierra balear.

Enluta una catástrofe la luminosa Palma,
Hermana predilecta de nuestro patrio amor;
El tremendo estallido resuena en nuestra alma,
Y acudimos ansiosos á calmar su dolor.

Cada letra aquí escrita es una voz de duelo,
Cada trazo una lágrima que se derrama aquí:
¡Ojalá que le sirvan de dulzura y consuelo,
El afecto que entrañan sintiendo vivo allí!

Madrid, Diciembre de 1895.

Angel Avilés

Nunciatura Apostólica
Madrid

Muy grandes catástrofes que llaman la muy dispuesta dispuesta a los pueblos no son muy gratas la voz de Dios recordando a la humanidad que debe pronto volver a El, si no quiere precipitar en el abismo que la divina justicia está señalando. Dichoso el que reconoce y toma esta voz de Padre indignado y siempre amantísimo

+ L. Arzobispo de Damasco
Nuncio Apostólico

M. VILLEGAS BRIEVA.

RECUERDO

ALLÁ en mi tierra alicantina, los baleáricos son como vecinos de la casa de enfrente. Su idioma, sus nombres, sus caras, nos son familiares y queridos. Es muy raro que falten, pegadas al muelle, balanceándose con crujidos que parecen lamentos, dos ó tres grandes barcas de las que hacen el comercio de carbón vegetal, negras por todos lados, en el casco, en la cubierta, en la plancha de entrada, que las une á tierra. ¡Cuántas veces he ido yo, de muchacho, á una de esas barcas para obtener del patrón la más gustada de mis meriendas: la *sobreasada* de Mallorca, que ningún comercio de la ciudad tenía tan fresca y exquisita! No se me olvidará aquel tipo de verdadero marinero, seco de carnes, con la pipa en la boca y un arete de oro en una oreja. ¡Con qué sencilla gravedad sacaba la mercancía, cobraba y volvía á sus paseos, de babor á estribor!

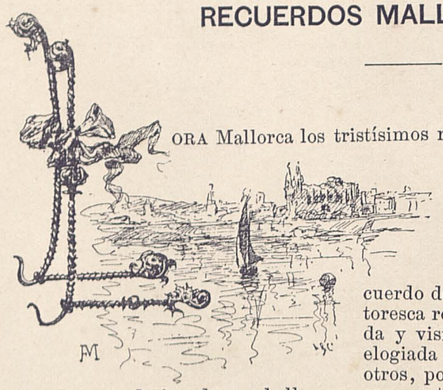
Me figuraba yo entonces que las islas estaban muy lejos, al otro lado del mundo, ó, por lo menos, tan apartadas, que no me hubiera sido posible ir y volver en un día, límite cronológico de mis expediciones marineras. ¡Cuál no sería mi emoción cuando, una mañana, estando de caza con varios amigos en elevado monte del confín de mi provincia, que domina el mar, me dijeron: «Aquellos puntos del horizonte son las Baleares.»!

El día estaba sereno, limpia la atmósfera, clarísimo y refulgente el sol. Miré con ansia, y—¿sería ilusión de mis ojos ó imagen verdadera de la realidad?—me pareció ver el perfil elegante, misterioso, de una costa, tras del cual soñé en un momento campos, ciudades, verjeles.....

Desde entonces, cuando vuelvo á mi tierra, y al abrir el balcón que da al mar, los domingos, veo acostado al muelle el *Mallorquín*, es decir, el vapor de Mallorca, renace ante mis ojos la imagen de aquellas islas, cuyo perfil creí divisar en el horizonte y cuyo suelo ansío pisar para gozarme en sus bellezas, tan semejantes, en no poco, á las de mi patria alicantina.

Rafael Altamira

RECUERDOS MALLORQUINES



AHORA Mallorca los tristísimos resultados de una catástrofe horrenda, y no pueden sus desgracias encontrar sordo ni dejar insensible á quien, unido por lazos de fraternal amistad á algunos de sus ilustres hijos, guarda también imperecedero recuerdo de su estancia en aquella pintoresca región española, más conocida y visitada, y por lo mismo más elogiada y enaltecida que por nosotros, por los extranjeros, que la recorren admirando sus bellezas monumentales y estudiando sus riquezas históricas.

Cuéntase que el César Carlos V arribó á las costas de la isla, de paso para la infortunada expedición de Argel, y recibido y agasajado por los naturales con festejos de extraordinaria magnificencia y exquisito gusto, tradujo la admiración y la sorpresa que ellos le produjeron, diciendo que había encontrado «un pueblo ignorado y un reino oculto». Dió con ello muestra de la soberana ignorancia en que estaba respecto del poder y la riqueza de aquella porción importantísima de sus dominios; y, en este sentido, por Césares pudieran tenerse hoy mismo la mayor parte de los españoles, debiendo yo á un gratísimo viaje, no ha muchos años realizado, el poder rechazar tales augustas asimilaciones.

Acuden ahora en tropel á mi memoria las vivas impresiones entonces sentidas, y veo desfilar de nuevo ante mis ojos admirados la catedral y la Lonja con su grandiosa severidad arquitectónica; Bellver, prisión durante siete años del ilustre Jovellanos, y la Cartuja de Valldemosa, que también retuvo algún tiempo, durante su destierro, al inmortal pensador asturiano, en clausura que pareció sobrado grata á sus encenados enemigos.—¡Bañalbufar, con el risueño paisaje ofrecido por su verde campiña y por la tranquila soledad de sus azuladas ondas, dignas de la poesía horaciana!—¡Miramar, con sus palacios convertidos en museos por la inteligente y generosa actividad del archiduque Luis Salvador, y con sus frondosos bosques, poblados de recuerdos del gran Raimundo Lulio!—Sóller, que con sus huertas deliciosas y sus árboles cuajados de dorado fruto recreó mi vista con la reproducción panorámica de mi sierra cordobesa, la agreste y selvática subida del Barranch, que puede rivalizar con las más famosas ascensiones suizas, en grandiosidad, en belleza y en *dificultades;* el cruce *heroico* del torrente de Pareys; la absorta contemplación del Gorch-Blau; la bajada al santuario de Lluch, que, convirtiendo la accidentada excursión en alegoría de la vida humana, se ofrece en el fondo de un valle, tras la áspera subida y el penoso descenso, como lugar de descanso para el cuerpo y de refugio para el espíritu; y, por último, la visión dantesca de las cuevas de Artá, con sus maravillosas estancias, con su suelo erizado de punzantes estalagmitas y su techumbre cuajada de estalactitas brilladoras, con sus moles enormes agrupadas en forma caprichosa, que, iluminadas por las teas y las bengalas de los guías, originan las más extrañas y fantásticas visiones. ¡Espectáculo sorprendente y maravilloso, que basta por sí solo á justificar el viaje á Mallorca y graba en el alma de cuantos lo han presenciado un recuerdo imborrable!

Cuando después de abandonar las tenebrosas galerías se emprende la subida por el desfiladero que da ingreso á la primera cueva, y, llegando por fin á la colosal abertura, deslumbran los ojos los rayos del sol y aspiran los pulmones con delicia el aire vivificante del mar, parece que se toma posesión de la vida, y, agitado el corazón por emociones hondísimas, á duras penas se contiene el impulso de caer de rodillas para dar gracias al Hacedor Supremo, que con pródiga mano nos ha otorgado tantos y tantos dones no apreciados por nosotros en su justo valor, en fuerza del continuo disfrute y la tranquila posesión.

. . . . . .

Empréndese el regreso; desciéndese en silencio la colina en cuya cima se abre la sombría entrada, y..... allá quedan las cuevas de Artá como gigantesca catedral erigida por la naturaleza á la divinidad, ante cuyos altares murmura diariamente sus preces el mar y esparce sus dorados rayos el sol..... ¡El sol y el mar, únicos sacerdotes dignos de la grandiosidad del templo!

. . . . . .

Córdoba, Diciembre 95.

J. Sánchez Guerra

FRAGMENTOS DE UN POEMA INÉDITO

INSPIRADO EN UN CUENTO, EN PROSA, DE VILLIERS DE L'ISLE-ADAM

I.

ERA la tarde. Abierta,
Y como arnés ceñido á la robusta
Muralla, aparecía
La ancha puerta de bronce, la gran puerta
De Esparta, la ciudad fiera y augusta.
Del cristalino Eurotas la onda fría
Rodaba con sonido lastimero,
Y el sol, en viva púrpura bañado,
Semejaba el escudo ensangrentado
De un adalid de Homero.
En la torre sombría
Que superaba al muro resistente
De la puerta de bronce, inquieta gente,
Ruidosa multitud, se revolvía.
Relumbraban las picas, el guerrero
Casco, la malla dura,
La firme espada de cortante acero,
El venablo, la espléndida armadura.....
Todo lanzaba resplandores rojos,
Menos los negros y nublados ojos
De la lacedemonia muchedumbre;
Siempre fijos, clavados en la cumbre
De una montaña ingente
Que ostentaba, cual Jerjes, en la frente,
Regia corona de sangrienta lumbre.

II.

Á combatir, ufanos,
La víspera salieron de aquel día
Los trescientos heroicos espartanos,
Los trescientos leones,
Que por sus altas ínclitas acciones
Dignos son de la homérica poesía.
Coronadas de rosas,
Como para asistir á alegre orgía,
Partieron las falanges valerosas.
¿Quién de aquellos soldados no sabía
Que iba á morir? El beso de la muerte
En lid gloriosa, para el alma fuerte,
Es más dulce que el beso de las bellas.
Por la patria morir..... ¡dichosa suerte!
A los primeros rayos de la aurora,
Con himnos que entonaban las doncellas
Y los vivas de niños y de ancianos,
La indomable ciudad batalladora
Despidió á los trescientos espartanos,
Que, con bandas de mirtos y claveles
En su marcial arreo,
Marcharon, siempre ansiosos de laureles,
Batiendo con sus lanzas los broqueles
Al compás de las odas de Tirteo.

III.

. . . . . .
. . . . . .
Ya de Jerjes el nítido caballo,
De paramentos de oro y esmeralda,
Humedecido en sangre el férreo callo,
Hollaba triunfador la sacra tierra,
Cuna de dioses y héroes de la guerra.
La torpe raza espuria
Del maldecido Irán, derrocaría
Con implacable furia
El templo levantado á las deidades,
Y de fuertes cadenas cubriría
A los nobles soldados de Milciades;
Y á las griegas castísimas beldades
Iba á uncir, para afrenta y vil desdoro,
Á sus carrozas de marfil y oro.

IV.

En la elevada torre y las almenas
Esperaban los griegos, la faz mustia
Y las miradas llenas
De furor y de angustia,
Ver lucir, á los rayos de la tarde,
En la cima eminente
De la montaña, el casco refulgente
Del enemigo vencedor, cobarde.
Pronto iban á surgir en la alta cumbre
Del ejército persa las espadas,
Las flechas de los caspios, las doradas
Cimeras de la asiria muchedumbre,
Los árabes con blancos alquiceles,
Los etíopes de facciones duras,
Ceñido el cuerpo con hirsutas pieles;
Las índicas nevadas vestiduras,
Los escitas con ojos de chacales,
Los infantes soldados
De Susa y de Persépolis, armados
De broqueles de mimbres y puñales.
. . . . . .

Manuel Reina

F. PRADILLA.

La divina Providencia tiene secretos adorables, y ante ellos debe rendirse humillada nuestra razón.

Locura sería contender con la Sabiduría increada, y empeñarnos en anotar errores ó deficiencias en sus obras. Sobrada luz y claridad hay en todas ellas para despertar nuestra admiración y amor; y obscuridades y misterios bastantes para incitarnos al temor santo y á la adoración humilde.

Cuando veáis turbarse la plácida armonía de la naturaleza; cuando veáis producirse fenómenos destructores que llenan de terror nuestro espíritu, y esparcen la desolación y la muerte, no os fijéis en el desequilibrio de los elementos, ni en su rudo chocar, ni en sus temerosas sacudidas, yendo á buscar en las ciegas leyes de la materia, ó en el concurso de sucesos fortuitamente encadenados, la causa primordial de esos fenómenos aterradores. Subid más alto; remontaos al origen primero de todas las cosas, y en él descubrirá vuestro espíritu angustiado tesoros de sabiduría y de amor, que calmarán vuestras ansias y aliviarán vuestra congoja.

No preguntéis por qué han sido segadas tantas vidas; por qué en un solo instante han sido devorados por la muerte tantos infelices hermanos nuestros. No, no lo preguntéis. Dios, con su infinita sabiduría, ordena y rige los destinos del universo, y enlazando con hilos misteriosos la acción de las causas segundas con los actos libres de la voluntad humana, cuando cumple á sus inescrutables designios, pone término á nuestra vida temporal, para llevarnos á la posesión de la inacabable y eterna para que fuimos creados.

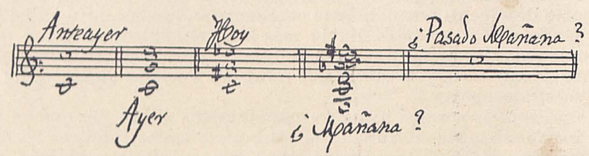
Cuando, pues, nos toque presenciar alguna de esas terribles catástrofes que llenan de luto y consternación á todo un pueblo, humillemos nuestra frente, reverenciando y acatando los decretos de la Providencia; acudamos con nuestras fervorosas oraciones á los que sucumbieron, y con los generosos donativos de nuestra caridad á los infelices que han sobrevivido.

El Obispo de Orihuela

Tierra bendita de Mallorca. Joya preciada de dos Imperios, cartaginés y romano. Cuna de los diestros honderos que pasearon por el mundo su bravura. Gobierno predilecto de los arrojados Valíes cordobeses. Objeto de las ansias de los Cruzados catalanes y pisanos. Campo de las hazañas sangrientas y de los violentos odios de los rudos almoravides y almohades. Teatro de las glorias del insigne y generoso Jaime I. Asiento de una dinastía de Reyes, breve, pero esforzada. Presa codiciada de los rapaces piratas turcos, siempre defendida y rescatada por sus valientes hijos. Suelo no profanado por el invasor francés. Patria y sepulcro de Raimundo Lulio, lumbrera de la ciencia..... Yo te saludo. Pueda la caridad llevar el bálsamo á tus recientes llagas, aliviando tus sufrimientos y vigorizando los vínculos que te ligan al continente hispano, con quien la Providencia te enlazó con aquella fuerza que, reuniendo estrechamente los pueblos entre sí, crea las naciones respetadas y los Estados poderosos.

El Conde de Fijola
Delegado Regio

HISTORIA HUMORÍSTICA ABREVIADA DE LA MÚSICA

PODRÍAN expresarse en una forma gráfica las distintas etapas evolutivas de este arte, y voy á ensayarlo poniendo la cuestión en estos términos:

Por esto dijo en sentido irónico un musicógrafo genial que, al principio, la música viajaba modestamente á pie: tomó luego por asalto el vagón de un tren, viéndonos ahora empujados por movimiento impulsivo, á aplicar la aerostación á la música.

ANTEAYER, la *consonancia de octava*, de Aristóteles.

AYER, la armonía en su manifestación natural *perfecta*.

HOY, la *disonancia*.

MAÑANA, según van disponiéndolo los gustos, todos los concomitantes del sonido en grata *consonancia*: un *sistema fónico* que transformará todos los *modos* históricos: los fenómenos de nuevas *gamas* inspirados en los del espacio: nuevas fuerzas impulsivas que producirán particularidades características de movimientos *psíquicos:* desconocidas facultades de expresar las diferentes disposiciones del alma: una música cumplida y plenamente civilizada, que traspasará los dominios de la imitación de la naturaleza, desatentará las modificaciones que experimenta la voz humana bajo la influencia de las pasiones, y tendrá una significación más general que la de los gritos y las exclamaciones instintivas: una música cuya armonía no se resolverá en melodía, pues la *armonía* del sistema de *mañana* se fundará sobre las excitaciones nerviosas que corresponden á las diversas *sensaciones*, y el *contrapunto* sobre las leyes según las cuales estas *sensaciones* se transforman en *percepciones*, en imágenes de objetos exteriores determinados: una música que podrá decir, como papá Rossini, en cierta ocasión muy celebrada: *Excusez du peu!!*

¿Volveremos, quizá, *pasado mañana* ó el otro—preguntará ahora algún lector—al punto de partida, á la música *homófona*, al *ansa* de los hindus, al sonido *mondo* y *lirondo*, en justo castigo de lo mucho que pecado habemos los músicos?

Chi lo sà!!!

Madrid, 15 de Diciembre de 1895.

Felipe Pedrell

Dolora

El sacrificio de Isaac

Pronto ya á matar al hijo
Abraham por obediencia,
llena de humana demencia
Sara, su mujer, le dijo:
"— Dios solo ordenar al padre
lo muerte de Isaac podría,
mas no le lo ordenaría
al corazon de la madre"—

M. Mesquamor

SIEMPRE MÁS.....

La voz legendaria del «anda, anda», que decía al Judío Errante lo inexorable de su destino, parece símbolo de la racha de accidentes, á cual más terribles y desgraciados, que aquejan á esta España, tan grande ayer y tan decaída hoy.

Antes la hecatombe del *Machichaco*, luego la tragedia del *Reina Regente*, después el choque del *Sánchez Barcáiztegui*, ahora la explosión acaecida en Palma, y siempre días apocalípticos y víctimas sin cuento. La imprevisión unas veces, la codicia otras, la ignorancia varias, y la desgracia muchas, entenebrecen el horizonte y acongojan al alma colectiva cual si se transparentara lo inescrutable del destino en la sombría inscripción: *Finis Hispaniæ.*

OTERMIN.

Y la madre patria, la España de la decadencia, extenuada por los arroyos de sangre y los ríos de oro que le cuestan desdichas inefables y vicisitudes históricas, tiene, antes que depurar responsabilidades, que acudir á lo perentorio de la necesidad del día.

Si las delicias de Capua enervan y la virtud tónica del dolor posee energía curativa, España, resignada en sus desgracias, ya que no fué previsora en la fortuna, ha de exudar su propia vida en una caridad inagotable, pues aun resulta más grande ser bueno que justo.

La bondad demanda en tiempos de actividad vertiginosa, más que sofismas perezosos, compasión activa. Quien sinceramente siente que el sagrado vínculo de la patria nos convierte, al modo de los gemelos de Siam, en hermanos, ha de considerar propias, aunque la perspectiva se las ofrezca lejanas, las desgracias que llora Palma, y ha de cooperar á aliviarlas para que no se esterilicen las generosas iniciativas de algunos. ¿Cómo y en qué grado? A cada cual se lo indicará el sano precepto del común pensar: «Quien puede, debe, y en el grado en que posee medios, en ese mismo debe sentirse obligado.»

La caridad, venero inagotable como obra colectiva, es el rocío fecundante que siembra con lágrimas y después recolecta con alegrías.

Frente al más indefinido de la fatalidad, no hay energía individual que oponer; sólo existe una virtud que en parte contrarresta su imperio avasallador: *la solidaridad social*, de que tan necesitados se hallan cuantos han sido víctimas de la terrible explosión que ha sumido á los hijos de Palma en un dolor tan intenso cuanto inesperado.

Madrid, 11 de Diciembre de 1895.

R. Gonzalez Serrano

El Diputado á Cortes
por
Logroño.

Excmo. Sr.
Dn Antonio Maura;

Madrid 16 de Dicbre de 1893

Mi querido amigo:
Me pide V. que, con el fin de allegar recursos para aliviar la penosa situación en que se hallan muchas familias de Palma por efecto de la terrible catástrofe allí ocurrida, le envíe mi autógrafo con unos cuantos renglones para el Album que ha de publicarse con tan caritativo objeto.

Lo que sé el entrañable amor que V. profesa á tan bello país y á sus buenos paisanos; yo que he sido de continuo la mucha parte que siempre ha tomado en las alegrías y en las tristezas del pueblo en que nació, no encuentro medio mejor de responder á su llamamiento que tomarle como intérprete mío para hacer llegar á aquella hermana tierra mi más sentido pésame por la inmensa desgracia que la ha llenado de lágrimas y de luto.

Con V. pues quiero sentir tanta desventura; con V. quiero acompañar en su dolor á las atribuladas familias de las víctimas de la catástrofe, verdaderos mártires del trabajo; á su lado quiero con ellas llorar con la Ciudad de Palma las penas que hoy la afligen; con V. anhelo contribuir, en cuanto valga y pueda, al alivio de los desvalidos y al bienestar y á la prosperidad de las Islas Baleares, merecedoras por todos conceptos de la admiración y del cariño de sus hermanas las demás provincias españolas.

Hoy siempre amigo afmo
y correligionario
Q. B. S. M.
Práxedes M.ª Sagasta.

ANTONIO LATORRE.

LA PRIMERA VIRTUD

El cuerpo destrozado de improviso
Por la negra catástrofe de Palma,
Al buen San Pedro presentóse el alma
En el radiante umbral del Paraíso.
Al verla el Santo, con celeste calma,
—¿Quién eres?—preguntó.—¿Cómo viniste?
¿Cuál fué en el mundo tu ejemplar historia?
Para aspirar al premio de la gloria,
¿Qué virtudes, qué méritos tuviste?
—¡Ay de mí!—el alma respondió muy triste.—
Trabajando, entre lágrimas y duelo,
Una horrible desgracia aquí me trajo.
Y dijo el Santo, de piedad modelo:
—¿Noble víctima has sido del trabajo?
No tengo más que oir: ¡entra en el cielo!

Juan Tomás Salvany

CROSSES

Un ninet d'ulls come mores
Etxerovit y amorós,
Va devant ab un coxí
Qui'l cubreix casi del tot;
Darrera van dues nines
D'ulls de cel y cabell ros,
Y ab ses mans sobre l'espatla
Encorvat el pare coix.
Puix sonriu, par que no senta
De la ferida'ls dolors.....
¡Ay quines crosses tan dolçes
Son los braços del amor!

Thomas Forteza

J. BÁRBARA.

EL MALLORQUÍN Y MALLORCA

(FRAGMENTO DE UN TRABAJO INÉDITO SOBRE LA ISLA DE MALLORCA)

«Se dice que no hay en Mallorca ni ladrones, ni animales dañinos, ni insectos venenosos; nada es más cierto, y aun creo que ni se usan cerraduras en las puertas.»

Esto escribía hace tres ó cuatro años un extranjero, Jorge Bartoli, que con otros 47 turistas franceses llegó al puerto de Palma en el vapor *Bellver* el 23 de Mayo de 1891.

Iban á tierra española con todos los prejuicios que de nosotros suelen formar nuestros vecinos, y se admiraron de que el mallorquín no se pareciese en nada al español que ellos habían imaginado.

De carácter apacible, vive bajo aquel hermoso cielo, indiferente á las vanas agitaciones que inquietan la existencia de los demás europeos. Lo compara Bartoli con el oriental, y es cierto, en verdad, que hay en él algunos de los rasgos característicos del árabe: urbanidad y dulzura, tolerancia con los hombres y las cosas, calma y dignidad en todas las situaciones y circunstancias de la vida, cualidades aun más avaloradas por la cultura y las sanas costumbres que á la civilización y al cristianismo debemos los pueblos occidentales.

Si grata impresión produjo el habitante de la isla á los viajeros franceses, no menor fué su asombro ante la contemplación de las bellezas naturales de Mallorca. Al entrar en la bahía llevábales ya el viento embalsamados perfumes, y veían amenísimos paisajes, iluminados por esplendente sol, y, en primer término, blancas casas rodeadas de tupida vegetación, entre la cual sobresalía, aquí y allá, el esbelto tronco de la elegante palmera. Cruzaron fértiles llanuras, entre olorosos naranjos, grupos de almendros mezclados con enormes algarrobos, y bosques de retorcidos y monstruosos olivos. Á lo lejos, masa azulada y confusa limitaba el horizonte; era la montaña, que poco á poco, conforme los viajeros avanzaban, iba mostrando sus acentuados relieves, sus profundas cortaduras, sus vivos y variados matices. Y cuando hubieron llegado á las primeras terrazas, apareció ante su vista tan maravilloso espectáculo, que echaron pie á tierra para gozar mejor de las magnificencias de aquella naturaleza meridional y de aquella vegetación desbordante, y para bañarse en aquel espléndido mar de luz y de colores.

Ricardo Beltrán y Rózpide

Acudid del dolor al triste aviso:
vuestros dones suavicen su amargura,
y hasta exponed la vida, si es preciso:
la caridad es luz de esencia pura:
quien pierde por su amor la vida humana,
otra divina para siempre gana.

Madrid 7 de Diciembre de 1895

Excmo S. D. Antonio Maura y Montaner.

Muy Señor mío: aunque no valioso como V. suponía bondadosamente, allá va el óbolo de caridad que me pide: es pobre y breve, porque tengo cerca de ochenta y siete años, y las Musas, mis conocidas antiguas, no gustan de los viejos.

De v. atento amigo y servidor
Q. S. M. B.
El Conde de Cheste

RECUERDOS DEL AÑO MALDITO

LA PATRIA BALEAR

I.

Del muelle de Palma parte un vapor que conduce á la Península á un centenar de reclutas destinados al batallón de cazadores que guarnece á una ciudad del Norte.

En la playa quedan sus madres, agitando en el aire sus pañuelos empapados en lágrimas, y repitiendo el interminable adiós de la tristísima despedida. Los quintos, agrupados en las bandas inmediatas á la popa, lanzan gritos y vivas, apasionadas frases, mezcla de alegría y de pesar, que salen de lo más profundo del alma. Les llama la *madre grande*, la patria, y marchan contentos á servirla, con la sencillez y el entusiasmo de los diez y nueve años, dejando en su tierra á la *madre humilde*, á la que les ha dado el ser.

Cuando el buque ya no se ve, porque ha desaparecido en el límite del horizonte que cubre al cabo del Toro, dos pobres obreras, dos madres humildes que hace diez años perdieron á sus maridos, labradores allá en los caseríos de Ca's Verro, cerca de Felanitx, y que sin pan y sin hogar vinieron á pie, y con sus hijos de la mano, á trabajar á Palma, después de enjugarse por centésima vez las lágrimas, exclaman, impulsadas por el mismo amargo dolor:

—¡Pobres hijos! ¿Les volveremos á ver?

—¡Dios querrá que así sea!—dijo una de ellas.

—¡Que sea pronto, Señor!—añadió la otra, clavando su mirada en el cielo.

Y no dijeron más hasta llegar al barrio en que vivían, y donde á sus sollozos se unieron los de otras que sentían la misma pena, y los de todas las vecinas, que en vano trataban de consolarlas.

II.

Las viudas de Ca's Verro trabajaban honradamente en todo cuanto podía proporcionarles un mísero jornal. No aspiraban á más en el mundo; y sabido es con qué poco les basta y les sobra á nuestras pobres obreras, dadas su frugalidad y resistencia, para satisfacer sus aspiraciones y considerarse felices.

El caso era vivir, ir viviendo, hasta que volvieran aquellos hijos de su corazón, amparo de su vejez. Por esto, donde quiera que un patrón ó un amo pagaban el trabajo manual á tres ó cuatro reales diarios, y á menos aún, allí acudían con la turba de desvalidas, á buscar ese recurso á cambio de una labor de diez ó doce horas, para tener la dicha de volver por la noche á su casa con un puñado de cuartos en el bolsillo.

Un día se ocupaban multitud de ellas en vaciar la pólvora de cartuchos inservibles, manejando la peligrosa sustancia con la misma confianza que si escogieran en un montón de trapos. La horrible fatalidad casual, que determina catástrofes espantosas con cualquier motivo y en el momento más inesperado, prendió fuego á la pólvora. Imposible es borrar de la imaginación aquel cuadro. En el tiempo que dura un relámpago se difunde la explosión. Vivísima luz ciega para siempre los ojos de los obreros; horrenda llama abrasa sus vestiduras y sus carnes; la súbita combustión enrarece el aire y lleva la asfixia al pecho de los infelices, y el espantoso estruendo de la detonación ahoga en el primer momento los gritos de angustia de las víctimas. En un instante se ha aniquilado la vida de la mayor parte de los que allí trabajaban. Impulsados por la violencia, los cuerpos de los moribundos y los de los heridos chocan en confuso remolino unos contra otros, acumulándolos en informe montón carbonizado y encendido en su base y envuelto en humo densísimo, de cuyo foco, de infernal apariencia, parten escapados y locos de espanto aquellos á quienes no rindió la muerte; pero que huyen llevando sus ropas encendidas, sus cabezas ardiendo, los ojos fuera de las órbitas en busca de luz y de un refugio donde caer rendidos para poder soportar los dolores que retuercen sus destrozados miembros.

Al brillar los mortíferos resplandores de la explosión, las dos viudas de Ca's Verro, que trabajaban juntas, se sintieron ahogar por la asfixia, y, unidas en instintivo y apasionado abrazo, cayeron inertes, pudiendo sólo exclamar con los últimos alientos:

—¡Hijo mío! ¡Hijo mío!

Para ellos fué su último recuerdo. Sus espíritus, al volar á la región de lo infinito en busca de la luz celestial, repetían con desgarrador acento:

—¡Hijo mío! ¡Hijo mío!

III.

En los campos de Cuba, una compañía de soldados españoles, de muchachos de veinte años, avanza por la angostura de un valle en pos de la bandera roja y amarilla, acompañando á un convoy de víveres. La mayoría de los que la componen son aragoneses y baleares. Han caminado diez horas; apenas han comido, y no pueden apagar la sed en los enfangados y asquerosos arroyos que cruzan el suelo. Avanzan aquellos chicos imberbes, los cazadores del ejército español, hablando tranquilamente de su tierra, bromeando unos con otros, y firmes el puño y el pulso en la garganta del fusil Maüsser. De pronto suenan varios tiros que salen de la traidora manigua; se detienen, dispónense á combatir, y reciben impávidos el fuego de numerosas descargas. Como el artero enemigo no aparece, se internan los cazadores en la espesura para buscarlo, y al llegar á un recodo del bosque, un puñado de ellos se ve rodeado por una nube de jinetes insurrectos. Cien caballos caen como una avalancha contra quince cazadores destacados en un ala. Forman el cuadro y derriban á los más audaces, con pérdida de algunos de los nuestros. El tropel de á caballo aumenta, y cuando tras de varios asaltos sólo quedan en pie seis cazadores alrededor del tronco de una palmera secular, para concluir con ellos, aun tienen que dejar en el suelo los cadáveres de otros cuantos separatistas, cuya alma es tan negra y fea como su cuerpo. La chusma de color ahoga á los hijos de la *madre grande*; los machetes hienden el cráneo de nuestros hermanos. El sacrificio está consumado. Dos cazadores, los últimos que resisten, los chicos baleares hijos de las viudas de Ca's Verro, caen uno al lado de otro, sin soltar el fusil de las manos, diciendo al morir:

—¡Madre mía! ¡Madre mía!

Para ellas fueron sus últimos recuerdos. Al subir á la región divina, donde reposan las almas de los mártires, sus espíritus generosos y nobles van diciendo con profunda amargura:

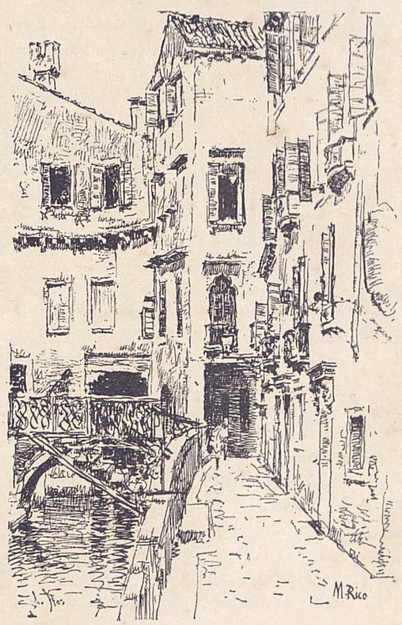
—¡Madre mía! ¡Madre mía!

IV.

En las alturas, camino del cielo, las almas de las madres oyen el llamamiento amoroso de voces conocidas; y al repetir ellas, sorprendidas, con el amoroso frenesí que despierta el cariño, su triste exclamación: ¡Hijo mío! ¡Hijo mío!, estremeciéronse de alegría las almas de los pobres mártires, volaron hacia aquéllas, y ante la luz esplendorosa de la misericordia divina se confundieron en un ósculo de amor que durará toda la eternidad.

Los pobres y los buenos, y los inocentes y los mártires, después de sufrir los pesares de la vida, que tantas lágrimas hacen derramar, encontrarán juntos la paz, y volverán á amarse ante la presencia de Dios, que no nos ha criado para abandonarnos y para que quedemos aniquilados en el miserable polvo de la tierra.

Ricardo Becerro de Bengoa



MARTÍN RICO.

BARRANTES.

PAGANAS

(DE MI DESVÁN)

Cosas que de cierta quema
Por mero azar se libraron,
Y que escribí siendo joven,
Antes de ser *Aristarco;*
Versos..... como tantos otros
Que deben llamarse malos,
Y por llevar mejor firma,
Pasan tal vez por medianos.
–¡Mándeme usted algo inédito!–
Grita quien puede *gritarlo;*
Y yo, que escribo dislates,
Mas nunca premeditados,
Y que no guardo en cartera
Lo que ha de hacerse garbanzos;
Y que *me publico entero,*
Y que convierto en ochavos
Todo lo que pienso y digo,
Pues soy escritor *diario,*
Y hasta el sobre de una carta
Que escriba, quiero cobrarlo;
Yo, en fin, triste periodista
Que, con permiso de Horacio,
Me olvido de su precepto
Por no cumplirlo ayunando,
Pues si guardo mis *productos*
Renuncio á carne y á caldo,
Si he de complacer al prócer
Que quiere inéditos párrafos,
Al pobre desván apelo,
Donde yacen olvidados
Versos que de cierta quema
Por mero azar se libraron,
Y que escribí cuando joven,
Antes de ser *Aristarco.*

I.

Enseñaba un brahmín en la pagoda
Al pueblo soñador y entristecido,
Que era del hombre la existencia toda
A manera de un árbol invertido.

—Las ramas—les decía—por el suelo
Se arrastran; son hermosas, pero mueren:
Las raíces, que suben hasta el cielo,
De Brahma al corazón tiernas se adhieren.—

Luego, al salir del templo, dos amantes
Decíanse, abrasándose á miradas:
—No es verdad; estos sabios tan pedantes
Hablan de muchas cosas ignoradas.

—No es verdad; atengámonos al hecho:
Nosotros dos vivimos muy felices;
Y tiene cada cual, dentro del pecho,
De la vida del otro las raíces.

19 Enero 1876.

V. BAÑULS.

II.

Dices que has adivinado,
Por lo mismo que exagero
Mi pasión, que no te quiero.
Es verdad. Has acertado.
Cuando en tus ojos los míos
Fijo, y arde la mirada,
No pienso en tu amor, ni en nada,
A no ser mis desvaríos.
Preguntas que cómo son
Esos malditos antojos
Que, dejándote mis ojos,
Te roban mi corazón.
No lo sé; sueño adorado,
Jamás se fija ni aclara;
Pensé mirarlo en tu cara,
Y por eso te he mirado.
Allí pasa otra mujer.....
Tal vez aquella sabrá.....
Voy allá. ¡No voy allá!
¡No puede, no puede ser!

9 Febrero 187.....

III.

De la *Tierra del Fuego*
Viene de hacer estragos
El Amor, y atraviesa
El desierto volando.
Siente angustia en el pecho
Al mirar allá abajo
Las ásperas regiones
Donde él nunca ha reinado.
A su pesar, el vuelo
Abátele el cansancio,
Y con la ardiente arena
Casi rozan sus labios,
Y destroza las alas
Contra aquel suelo ingrato.
En la llanura estéril
Arrastra un ermitaño
La miserable vida
Con auxilio del báculo.
Temblándole los huesos,
Cubiertos con harapos,
Al ver al dios que pasa,
Exclama horrorizado:
—¡La tentación! ¡La he visto!
¡Era el diablo, era el diablo!
Y cual una paloma
Que escapa del milano,
Amor tuerce su vuelo
Y grita con espanto:
—¡Una fiera! ¡La he visto!
¡Una fiera en el antro!

9 Febrero 187.....

LORENZO CASANOVA.

IV.

¡Nochebuena! Hoy, al calor
De tu hogar y amor impío,
Acuérdate del dolor:
¡Los pobres muertos de frío!
¡Los pobres muertos de amor!

Diciembre 1875.

V.

Con la paciencia de un santo
Enseñé á un ave parlera
A que tu nombre dijera,
Que era el más sublime canto.
Y quiero enseñarle ahora,
Porque te irrite y te asombre,
Á que, en diciendo tu nombre,
Añada siempre: ¡Traidora!

Diciembre 1875.

Clarín

La horrorosa catástrofe de que ha sido teatro Palma, la ciudad de ilustre abolengo, acaecida cuando aun está fresco el recuerdo de aquella explosión formidable que tantas vidas segó en el mar de Cantabria, contrista el ánimo, y una ráfaga de duda asalta al espíritu acongojado. ¿Deberán rechazarse, por amor á la humanidad, los adelantos de la industria, emparejados casi siempre con el cruento sacrificio de víctimas inocentes del trabajo? La respuesta, sin embargo, á poco que se reflexione, no es dudosa. Los inventos y perfeccionamientos industriales no son antagónicos con la seguridad personal, que sin duda aumenta, merced al desarrollo, cada día creciente, de sustancias y métodos antes desconocidos. Honda impresión causan las desgracias ocurridas en un descarrilamento, en el estruendoso choque de dos trenes; pero si con ánimo tranquilo se cotejan estadísticas, resultará probado cuánto ha disminuído el número relativo de accidentes, á medida que se han transformado los medios de transporte.

Aun los adelantos verdaderamente pasmosos en explosivos, en armas de fuego, en elementos destructores de toda especie, redundan en bien de la sociedad humana. Ni hoy son tan sangrientas las guerras como lo fueron en la edad antigua, en los tiempos medioevales y hasta en luchas que alcanzaron nuestros padres, ni es posible se prolonguen años y años, como antes acontecía.

Derramemos, pues, una lágrima en holocausto á las infortunadas víctimas; acatemos los inescrutables designios de la Providencia, y sin desmayar un momento, contribuyamos, cada uno dentro de nuestra esfera, á la cultura y progreso en todos los órdenes, inscribiendo en nuestra enseña las nobles aspiraciones condensadas en una sola palabra: «Adelante».

M. Pardo

El amor es la religión de todos los tiempos y de todos los pueblos; la religión universal: el más escéptico de los siglos no ha podido impedir que sigamos oficiando en el altar del amor. El amor es santo; si todos los hombres encontraran en los albores de su juventud á una *Beatriz*, ninguno se pervertiría. El amor es creyente; pídele sus alas á la fe, ansioso de encontrar el misterioso mundo de ultratumba, porque no se resigna á perder para siempre á su ídolo. El amor es radiante aurora, cuyo vívido resplandor ilumina con nuevas tintas el paisaje de la vida, aromosa esencia que embalsama nuestros días, resplandeciente estrella que ilumina los abismos, playa salvadora en el infortunio, oasis en la desventura. Su mágico influjo esmalta de bellos espejismos la existencia, extiende áureo manto sobre todas las miserias, cristaliza el fango, hace brotar en el corazón florescencias y gorjeos que dejan brillante estela de juventud: es luz, calor, aire vital.

Concepción Gimeno de Flaquer

J. J. ARANDA.

EL PATRÓN OBENQUE

(HISTÓRICO.)

ERA el patrón Obenque vecino nuestro desde mucho antes de mi nacimiento, y, por lo tanto, uno de los primeros héroes del mar que con sus hazañas, su carácter y su temple, infundieron en mi alma el cariño intensísimo y la admiración que profeso á los mareantes todos, ya sean de las natales costas, ya de las más lejanas y desconocidas. Porque ello es que la marinería constituye una raza única, universal, que en todos los climas y pueblos presenta unos mismos rasgos, análogos defectos, idénticas virtudes.

Era mi vecino de gigantesca estatura, musculoso, de anchas espaldas, moreno, bien barbado, de formidables brazos y voz de trueno, voz terrible, avezada á vencer los rugidos de la tempestad y la violencia de los huracanes. Su vida era un tejido de aventuras, cuya narración podría llenar más de un libro.

—Aquí donde me ves—me decía no hace muchos años, mordiendo con sus blancos y apretados dientes una pastilla de tabaco virginio,—estuve una vez á pique de ir á presidio ó hacerme pirata.

Tentóme la codicia de oirle contar el episodio, que prometía ser cosa buena, por ser suya, y me senté en lo alto de un cañón viejo, que, empotrado en el muelle por la culata, servía para amarrar buques. Él, con una rodilla en el suelo, agachado y doblegado el robustísimo torso, recortaba una vela para su bote, y, sin dejar su faena, empezó la narración:

—«Tenía yo un amigo, Juan Portas.....; tú no le has conocido, porque hizo vela para el otro mundo hace treinta años..... Éramos muy camaradas: *la* habíamos corrido muchas veces de conserva, y habíamos hecho juntos algunos viajes á América..... Después de muchos años sin vernos, un día le encontré en *Montefideo* enfermucho, acabao, flaco como una filástica, y más amarillo que la cera..... Este va á fondear aquí, me dije yo, y lo que es en el arsenal (*hospital, en la jerga del patrón Obenque)* no le remiendan la avería..... A la vista estaba que el casco se le había podrido..... Era un mal de esos que pa conocelos no necesita uno ni *ostante*, ni brújula, ni *celescopio*..... Figúrate tú que tenía eso que pudre la sangre de uno y le sorbe las fuerzas, y al que le pega, por hombre que sea, me le vuelve de azucarillo.....»

—Tisis—interrumpí yo.

—«Pues eso—afirmó el patrón:—tisis..... ¡Contra, y qué malis son esos que le acaban á uno como una cerilla, y no hay melecina que los cure! Bueno: pues yo me dije: A éste no le repara naide el casco, á no ser los aires de la tierra y los cuidaos de la mujer y la madre, y no hay que dejale ir á pique ni desamparale en estas tierras, porque América ¡contra! se le come á uno de vivo en vivo, cuanti más á un tisis como aquél..... Lo que es de ésta, pensé, me voy á España y me llevo á éste de remolque, y lo dejo allá para que le curen, si pueden, y si no, á lo menos que sea la tierruca la que le coma los huesos, y no ésta, que no es la suya.....

»A contraviento me daba á mí eso de venir á España..... Figúrate que no tenía un peso roñoso pa dalo á mi familia, y aluego otras cosas: ya sabes tú, la juventud de uno y el poco juicio.....; en fin, que yo tenía amarras en la entraña, que me hacían estar en donde estaba..... Pero la amistad y la paisanía son cosas que también se meten muy adrento, y más en tierras lejanas, y me resolví á soltar calabrotes y largarme con Portas.

»No sé si te he dicho que Portas era carpintero de ribera, y yo también estaba un poco untado de este oficio..... Busqué barco que viniera á España, y encontré uno que ni de molde: necesitaba carpintero y marinero..... Enteré al capitán de los particularis de mi camarada, me comprometí yo á trabajar lo que él no pudiese, se conformó el capitán porque necesitaba gente y no la había, y cerramos trato..... ¡Contra, y qué cargamento me había yo echao sobre los hombros! Pero la correa de uno para todo daba en aquel entonces, y salimos rumbo á España.. ..

»Con el buen viento que tuvimos, y el barco, que era de muchos andares, hicimos el viaje mejor del mundo, en lo que toca al buen tiempo y al dejar millas por la popa; pero ya verás, como te contaré, que en lo otro fué la travesía más perra..... Por una banda teníamos á Portas, que, fuese porque el mal le entraba de firme, fuese por la falta de alimentos, de día en día se acababa.... ¡Contra, y qué manera de consumirse! Un hombre como un mastelero, y paecía mismamente que no se tenía en pie. A lo mejor se echaba al suelo á descansar, y lo que es rabiar, rabiaba siempre, y era natural; un hombre joven, más alto que yo, con una braza de espaldas y un genio como una pólvora, y se veía en el caso de coger una herramienta, trabajaba un poco y tenía que soltalo todo, paeciendo que jalaba el alma..... A mí se me añudaba el gañote cada vez que le veía soltar la barrena, mirarme á mí, mover la cabeza y decirme:

—»Esto se acabó, paisano..... No serán estos ojos los que vean á mi madre.

»Yo le soltaba la andanada, diciéndole que era aprensivo y meliquitrefe, aunque en la entraña lo sentía de otra manera.....

»Esto por una banda, como ya te he dicho, y por la otra teníamos un piloto más malo que la estampa de *Nucifer*. Era hermano del capitán, y por esto, y por el genio propio, tenía unas agallas que no se le podía aguantar. Por menos de nada soltaba la escandalosa, y lo que es la gente de á bordo estaba de él hasta los topes. ¡Contra, y qué mal alma! No, y el capitán tampoco pintaba mal, pero en comparanza de su hermano era un santuco de Dios..... Pues has de saber que el condenao del piloto, en cuanto vió que el pobre de Portas no podía con su alma, empezó á ponele la proa encima, y ¡anda, que te quiero, morena! aquello era para volverle á uno los adrentos más negros que la pez..... Que si era pereza, que si era galbana, que si le robaba el pan que comía.....

—»A ese hombre le mato yo mañana—me dijo Portas una noche,—y me lo dijo de una manera que yo conocí que iba de verdá.... Razón tenía que le sobraba, créeme, muchacho, porque á un hombre enfermo, que está en las mismas sepolturas de la muerte, que ni sabe si verá á su madre y á su mujer, y maltratarle así, era tener entrañas de trigue; y sin motivo, porque si Portas trabajaba poco, yo me amañaba de manera, trabajando por él y por mí, que todo iba como una seda.....

»Pasé la noche sin dormir, porque ¡recontra! son cosas serias esas cosas, y el hombre que no las ha visto no sabe lo que son. Lo primero que hice, antes de salir el sol, fué ponerme al banco para que todo estuviese en regla, y el condenao del piloto lo primero que hizo también fué atracar por allá..... En el cariz le conocí que tenía ganas de camorra.....; al poco rato vino Portas: cogió una herramienta, y tosiendo y jadeando se puso á la faena, que daba lástima verle; pero el pirata aquel ¡recontra, todavía se me enciende la sangre cuando lo pienso! le dijo:

—»¡Alma, alma! ¡Fuera pereza!

»Portas me miró y yo le miré á él; solté la herramienta y con buenos modos le dije al piloto:

—»Y ¿á qué viene esto? ¿No trabajo yo por él?

—»Y ¿á vos quién vos mete donde no vos llaman?—respondióme el mal alma.

—»Me meto donde me meto, porque sí—le dije,—y porque ya es hora de que vos veáis conmigo y no con él.

»Se puso como una fiera..... Cogió un tarugo de madera, y me dijo gritando:

—»Lo mesmo se lo digo á él que á vos, y soy hombre para hacer con vos lo que hago con esto.—Y tiró al suelo el tarugo.

»¡Recontra, lo que me pasó por los ojos! Me fuí á él, le solté una piña en el mesmo costillaje, y ¡anda, que te quiero, morena! allá va el piloto de cabeza contra la obra muerta..... De allí se le llevaron á la cámara.

—»¡De órdago!—me dijo el nostramo.

»No te habrías persignado, y ¡anda, que te quiero, morena! ya tenemos al capitán con un cariz de todos los diaños, y empieza á insultarme: que si yo le he pegao á su hermano, y que tira y que toma, comenzamos á gritar; yo quieto, y él moviendo mucho los brazos; paece que me arañó, aunque no lo sentí, hasta que Portas me dijo:

—»¡Paisano, tienes sangre en la cara!

»¿Sangre? Me pasé la mano por la cara, y era verdá. ¿Sangre? Agarré al capitán por las solapas, le dí dos puñetazos en la cara, que se quedó como nuevo, y ¡anda, que te quiero, morena! el capitán á la enfermería; pero lo gordo no fué aquello; lo gordo fué que al volver así mesmo la cara, me veo á Portas verde como el cardenillo, con los ojos que le saltaban y un hacha en la mano..... Paecía una pantasma de los mesmos infiernos.

—»¡Paisano! ¿Al Norte ó á España?—me gritó.

»¿Sabes tú, muchacho, lo que es esto? Pues esto es como decir: «Aquí somos los dueños del barco, y ¡á vivir!» La cosa se ponía negra..... La tripulación estaba toda allí; eran siete ellos y podían echarse sobre nosotros y había que matales á todos antes que arriar bandera..... No me faltaban las agallas, ¡recontra! pero no fué menester..... Naide chistó; el nostramo manejó el barco y yo no dormí más..... ¡Cinco días sin pegar los ojos, siempre ojo alerta y el puñal al cinto, hasta que llegamos á Vigo!

»Ni siquiera dieron parte á la Comandancia, y yo no volví á ver ni al capitán ni al piloto..... Les averié de verdá, y según decía el cocinero, que les llevaba la comida, el piloto gritaba que yo no le había dao con la mano, sino con una polea..... Y la verdá, la polea era ésta.»

Al decirme esto, el patrón Obenque me enseñaba el formidable puño, que debía ser más duro que el bronce.

—¿Y Portas?—le pregunté.—¿Vió á su mujer y á su madre?

—Sí; yo le dí remolque hasta su mesma casa.

—Moriría pronto ....

—Pues ¿no te dije que traía el casco podrido? Lo que te he contao ha sido pa que veas los peligros y temporales que corre uno, y que naide puede decir, de esta agua no beberé..... Si aquel día la tripulación se tira sobre nosotros, ¿qué remedio nos quedaba sino morir ó matalos? ¿Qué tal, eh? Y, sin embargo, tan honrao era yo entonces como ahora.....; sólo que la sangre de uno era más de fuego y tenía más aflojaos los aparejos del juicio.

Y del bellísimo rasgo de abnegación de acompañar á su amigo y cuidarle y defenderle hasta exponer su vida por él, no me decía una palabra el patrón Obenque....., y ¡anda, que te quiero, morena!.....

Angel María y Pablo

L'Amor y la pietat son los sentiments que més acostan las ánimas. Com catalá he estimat sempre á Mallorca, gentil germana nostra per historia y per llinatje. Avuy, apiadat de la gran dolor que plora, me sento més entret-lligat ab ella, y ab los ulls gronyats de llágrimas demano á Deu misericordia, y als homens caritat.

Narcís Oller

MEDITACIONES RELIGIOSAS

Lo mayor, lo mejor, lo más perfecto que hay allá en lo increado, es Dios, lo absoluto; como lo mayor, lo mejor, lo más perfecto que hay en la creación, en los seres de nosotros conocidos, es el alma humana, es lo espiritual. En el alma no hay cosa como la mente, y en la mente no hay cosa como la idea. Los seres no serían ciertamente sin Dios, y no serían comprensibles sin la humana inteligencia. Como para ser visibles necesitan las cosas de luz, para ser comprensibles necesitan las cosas de idea. Un pensamiento envuelve todos los seres á modo de luminoso éter. Y este pensamiento aparece más espiritual á medida que se ahonda más en su esencia. El anatómico podrá sabiamente analizaros la humana cabeza, con sus huesos parietales y con su masa encefálica, después de dividirla en cerebro y cerebelo, señalando sobre aquél todo lo intelectual y sobre éste todo lo afectuoso, y mostrando éste contenido en la parte posterior y aquél en la parte anterior del cráneo; añadirá que la espina dorsal proviene de tal origen superior, y con ella los nervios de la sensibilidad encargados de transmitir las impresiones, y los nervios del movimiento encargados de impeler los músculos, resultando esa maravillosísima caja puesta sobre nuestros hombros y cuello como la caldera de vapor que mueve todos los cilindros y ruedas en complicada maquinaria, como la pila voltaica que difunde su electricidad por las redes telegráficas; y si no basta el análisis de la grande anatomía, vendrá luego el microscopio de la histología, y os distinguirá la sustancia gris de la sustancia blanca en la médula y en los sesos, y os dirá para qué sirven estas dos materias en las difusiones de todos los fenómenos por vuestro ser y en la relación de unos órganos con otros órganos y de unas sustancias con otras; pues en el microcosmo de nuestro ser hay electricidad, como en la nube tonante; magnetismo, como en las encendidas auroras boreales; oxígeno, como en la vía láctea; combustión, como en el sol; cristalizaciones, como en los minerales; jugo y savia, como en los árboles; y luego el resumen de todos los organismos y la fundamental animación que alienta todo lo animado; pues si en Dios está lo infinito, lo perfecto, lo eterno; en el hombre, á su vez, el compendio de todo lo contingente, de todo lo condicional, de todo lo criado. Pero el anatomista y el histólogo, que pueden mostraros prácticamente la materia y aun aquellos fluidos que por lo etéreos deberíamos llamar inmateriales, no podrán poner jamás en las alacenas donde guardan los cuerpos disecados, en las retortas donde analizan los átomos químicos y sus afinidades, en las botellas donde reciben de vuestros nervios, y á vuestros nervios comunican, la electricidad, en la lente del microscopio, la sustancia de que se halla formado quien todo lo sabe, quien todo lo mueve, quien todo lo explica, la sustancia de que se halla compuesto el pensamiento divino, que no es ni la chispa nerviosa, ni la materia gris, ni el magnetismo animal, ni éter, ni fluido alguno, porque todo esto cae bajo la experiencia, y el telescopio para columbrar, y el microscopio para descomponer lo espiritual está, no en los instrumentos materiales y en los ojos de carne, sino en los ojos del alma. Así como lo mayor que hay en el cielo es la inconmensurable divinidad, lo mayor que hay bajo los cielos es la humanamente. Sin ella, el universo no podría tener explicaciones ni comentarios, ni el complemento que dan á los hemisferios materiales los hemisferios ideales del humano espíritu. Los semilleros de mundos parecen pálidos ante los semilleros de ideas, como los semilleros de ideas parecen pálidos ante los arquetipos increados del Criador.

Emilia Pardo Bazán

A. MARINAS.

D.ª PERFECTA. Habla hombre. ¿Qué ibas á decirnos?

PEPE REY. Que sí, que sí; que yo defiendo la ciencia. (Sombrío.) La defiendo porque es mi madre; porque le debo lo poco que soy. Y diré al señor don Inocencio, á nuestro insigne humanista, gloria de Orbajosa, que la ciencia, por ley ineludible, ha venido á derribar tanto ídolo vano, la superstición, el sofisma, las mil mentiras del pasado, bellas las unas, ridículas las otras. Adiós, sueños torpes, embriagueces dulces de la imaginación. El género humano ya no es niño, es hombre, y os ha trocado por la verdad. La ciencia ha realizado este prodigio; la ciencia, hija de Dios también, señor don Inocencio, aunque usted no quiera; la ciencia, que, como un astro espléndido, ilumina y calienta el mundo, pues no sólo disipa las tinieblas, sino que destruye las corrupciones producidas por la obscuridad.

(De *Doña Perfecta*, drama inédito.)

B. Pérez Galdós

EL SECRETO DE LA FELICIDAD

(CONFIDENCIAS DE UNA ONZA DE ORO)

Estuve en manos de los potentados y fuí testigo de sus inquietudes sin cuento, de sus insomnios pertinaces ante el espectro de su ruina. Sufrí prisiones prolongadas en obscuros encierros; vi lágrimas y oí sollozos y maldiciones. Al acercárseme alguna de mis semejantes radiante y fresca, le decía: «Cuando el roce del mundo te haya puesto borrosa y apagada, verás que la felicidad es una palabra sin sentido.»

Un día, una pesetilla respondona me contestó: «Calla, anciana. Soy mucho más pequeña y mucho más insignificante que tú; pero, gracias á eso mismo, sé más, porque he corrido en cada año lo que no has corrido tú en cada siglo. Y puedo decirte que á nosotras la felicidad nos está vedada, porque desde el cuño de que salimos hasta el crisol en que se nos funde de nuevo, no *nos gastamos*, sino que *nos gastan*. Si tuviéramos entrañas y la facultad de concebir en ellas algo propio que dar para el bien ajeno, seríamos felices. La felicidad no consiste en valer más ó menos, sino en poder abrir lo íntimo del propio ser y repartir de él todo lo que puede constituir un bien. Si pudieras *partirte en perras chicas* de bienestar para todos, de otro modo pensarías. Cree que si los hombres sintieron eso é inventaron una palabra para expresarlo, es porque tienen esa facultad.

»Y la tienen cuantos quieren producir al día algunos céntimos de dicha para los demás.

»Este secreto me lo reveló un viejecito que se había pasado la vida gozando con las alegrías que proporcionó á los otros. Al concluir de revelármelo, me dijo: «Pesetilla, tráeme papel para escribir mi secreto. ¡Quiero publicarlo! ¡Cuanto más se divulgue, mejor! Si los goces ficticios llevan en su reproducción su agotamiento, la felicidad, la verdadera felicidad, por el contrario se multiplica á medida que se extiende, se esparce y se riega.»

F. Pegetau y Gonzalez

Nada más propio del buen católico que compadecerse de las desgracias de su prójimo y remediarlas cuanto esté de su parte. Toda la ley cristiana se resume y condensa en el amor de Dios, con el cual está esencialmente unido el amor al prójimo; por manera que cuanto más se ama á Dios, más se ama al prójimo, y no se puede amar á Dios sin que se ame al prójimo, como que es hechura de El y redimido con su sangre, y están entre sí tan estrechamente unidos estos amores, que vienen á ser un solo y mismo amor, ya que uno mismo es el motivo formal en que descansan y uno solo es el precepto que nos obliga á amar á Dios y al prójimo.

De aquí que Jesucristo declarase que en esto se conocería que somos sus discípulos: si nos amásemos los unos á los otros. De aquí también que al fundar su Iglesia, la constituyera á manera de un cuerpo perfecto, del cual El es la cabeza y nosotros sus miembros, queriendo que mire cada uno de nosotros como propios los bienes y los males de los demás, y amemos, por consiguiente, al prójimo como á nosotros mismos, bien así como los miembros de nuestro cuerpo se aman el uno al otro y se prestan ayuda y socorro en sus necesidades.

LA ORACIÓN EN LA TRIBULACIÓN

De algunos años á esta parte vienen sucediéndose rápidamente en varios lugares, y de modos y circunstancias diferentes, catástrofes horrendas, y ofreciéndose en ellas escenas de la mayor desolación, á las que nadie puede volver los ojos sin sentir en el alma aflicción y espanto. No hace mucho, en cierto teatro de Viena las llamas de un incendio abrasaron á miles de espectadores; y sin salir de España, en el teatro del Liceo, de Barcelona, familias enteras fueron víctimas sangrientas del anarquismo. Todavía parece que se oyen los gemidos de aquellos infelices que allá en el antiguo reino de Granada sepultó el temblor de tierra, cuya memoria está todavía fresca. Después sobrevino la inundación de Consuegra; á poco la horrenda explosión en la bahía de Santander, y recientemente ha ocurrido el pavoroso caso de Palma de Mallorca. Hechos son éstos que primero causan viva impresión en el ánimo, y después le invitan á graves meditaciones. ¿Qué debemos pensar acerca de ellos como filósofos cristianos, considerándolos en sus últimas causas, ilustrados por la doble luz de la razón y de la fe? He aquí un punto acerca del cual me voy á permitir algunas reflexiones.

El verdadero filósofo, que jamás pierde de vista el faro de la divina revelación, á través de esos y de otros espantosos desastres ve la piadosa mano de Dios que los convierte en medios é instrumentos de salvación, ora sacando de ellos lecciones que ilustran nuestro entendimiento en orden á la caducidad y miserias de esta vida, que hoy es y mañana no parece, ora previniéndonos con tales avisos para que no nos tome de improviso la muerte, ora ofreciendo ocasión y materia al espíritu de oración y de caridad, pues justo es orar por los que han fallecido, y consolar á sus mujeres y á sus hijos.

El filósofo cristiano—ni aun el simple fiel que sabe dar razón de su fe y de su esperanza—no se sorprende propiamente, ni se maravilla, ni se abate su ánimo ante esos males inopinados, porque sabe que todo el valor de nuestra vida se cifra en el respeto de ella á la eternidad, y que la muerte y las angustias que la preceden, cristianamente aceptadas, elevan y purifican el alma y la preparan para comparecer ante el supremo Juez. Y sabe y recuerda, especialmente en tales casos, que en la tierra no se da, rigurosamente hablando, ningún justo, no siendo, por tanto, maravilla que todos hayamos de padecer y debamos sufrir en ella, y que si queremos estar seguros contra casos desastrados y aplacar la justa cólera de Dios, hemos de acudir ante su trono, humillados y contritos, pidiendo misericordia.

Fuera del cristianismo, los que no quieren orar humildemente ante la majestad del Señor, ó fingen un Dios sin providencia, ó confunden con la providencia de Dios las leyes del mundo físico. Esos tales no conocen, ciertamente, ni quieren aprender los rudimentos de nuestra fe; y así, cuando vuelven los ojos á sus hermanos que padecen, blasfeman de lo que ignoran. Voltaire, por ejemplo, en un poema sobre el terremoto de Lisboa, acaecido á fines del siglo pasado, blasfemó horriblemente diciendo:

> Direz-vous en voyant cet amas de victimes:
> Dieu s'est vengé; leur mort est le prix de leurs crimes?
> Quel crime, quelle faute ont commis ces enfants
> Sur le sein maternel écrasés et sanglants?

Y generalizando los términos de lo que era á sus ojos un problema insoluble, aquel poeta, sin religión ni pudor, expresó con estos otros versos el espíritu de la impiedad:

> Pourquoi donc souffrons nous sous un maître équitable?
> Voilà le nœud fatal qu'il fallait délier.

¿Que por qué padecemos bajo el poder de un señor justo? Pero antes de hacer esta pregunta, Voltaire debiera haber interrogado, como observa en sus *Veladas* el Conde de Maistre, al sentido común y al Catecismo, que responden unánimes diciendo: PORQUE LO MERECEMOS, y desatan de esta suerte el nudo que al patriarca de Ferney le pareció indisoluble.

—Pero ¿qué crimen—replica—clamaba venganza en aquellos niños que perecían aplastados y ensangrentados en el seno de sus madres?

—Crimen, ninguno actual ni imputable; mas, pues los niños están, como los demás, sujetos á la muerte, que entró en el mundo con el pecado del primer hombre, no es extraño que aquellos infantes murieran, lo cual fué para ellos bienaventurada suerte, habiendo empezado á gozar, en el punto de morir, de la vida verdadera que no se acaba.

El autor de las *Ideas sobre la filosofía de la historia de la humanidad*, uno de los primeros ensayos que ha hecho el panteísmo materialista para explicar la vida humana en la serie de los siglos, como si no hubiera Dios, reprendió en este punto á Voltaire, diciendo de él que «se quejaba poco filosóficamente de Dios, y prorrumpía *casi* (!) en una blasfemia». Mas para oprobio de sus *ideas*, á la sazón reinantes en Alemania, el mismo Herder, refiriéndose también al desastre de Lisboa, y queriendo dar razón de él, cerró tristemente los ojos para no ver en la naturaleza ni en la historia el nombre de Dios, autor y gobernador del universo. «¿Acaso—dijo—no debemos nosotros lo que somos y lo que tenemos, incluso nuestra propia morada, *á la tierra y á los elementos?* Pues si, *en virtud de las leyes de la naturaleza*, esos elementos reclaman de nosotros lo que es suyo....., ¿qué otra cosa sucederá *sino lo que debe suceder, según las leyes eternas* de la sabiduría y del orden? (*Ideen für die Philosophie der Geschichte der Menschheit*, t. I, lib. I, cap. III.) No pensaba de otra suerte el autor del *Emile ou de l'éducation*. «El sabio—decía este ídolo del siglo XVIII (VIII, *Prom. Œuvres*, Genève, 1782)—superior á todos los reveses es aquel que en sus desgracias sólo ve los duros efectos de la *ciega necesidad*.»

De semejantes dogmas, cuyos autores dan generalmente al hombre por origen la vil materia, por destino la nada, por norma la fuerza de los elementos regida de leyes físico-matemáticas, todas ellas de acero, ¿qué otros consuelos puede esperar el hombre en la desgracia? Y lo peor es que, extinguiendo el panteísmo y el positivismo en las almas el espíritu de la fe, quítanles además el maravilloso don en que hay virtud, no sólo para conjurar las catástrofes que destruyen los cuerpos, sino también para prevenir los errores y los vicios que matan las almas y anuncian y pregonan los desastres que amenazan hasta en sus fundamentos el orden de la vida social; el don, digo, de la oración, al que únicamente es dado apagar el fuego, que sin él todo lo habría de consumir. *Orationis vis vim ignis extinxit* (*S. Juan Cris.*, Hom. v). La justa cólera de los cielos y los designios culpables de los hombres, todos los males, en suma, los conjura la oración. *Inflictas cœlitus plagas, insidias hominum, omnia denique mala sustulit oratio.* (Ibid.)

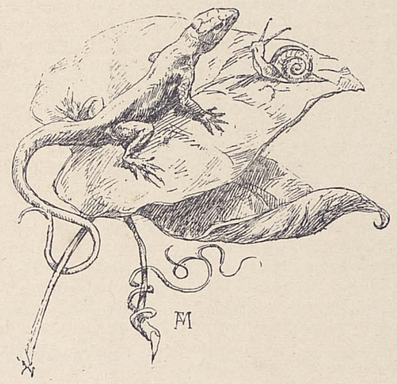
«No—respondió el mismo Voltaire á Herder, como si hubiera adivinado su impía sentencia,—no traigáis ante mis ojos esas leyes inmutables, ni esa cadena de cuerpos y de mundos que son sueños de sabios y profundas quimeras. Dios, que tiene en sus manos esa cadena, no está encadenado por ella, sino antes lo determina todo con elección bienhechora. Dios es libre y es justo, y no ciertamente implacable.»

> Non, ne présentez plus à mon cœur agité
> Ces immuables lois de la nécessité,
> Cette chaîne des corps, des esprits et des mondes:
> O rêves de savants, ô chimères profondes!
> Dieu tient en main la chaîne et n'est point enchaîné:
> Par son choix bienfaisant tout est déterminé;
> Il est libre, il est juste, il n'est pas implacable.

«No se comprende—dice uno de los mayores filósofos de nuestro siglo—por qué el Criador del mundo ha de tener únicamente la dirección *externa* de los seres criados por Él; por qué su derecho á intervenir en el curso de la naturaleza no ha de extenderse tanto como se extiende su influjo; por qué el que ha puesto en ella cierta cantidad de fuerza, tensión y movimiento, no ha de poder en ciertos casos aumentarla ó disminuirla, de tal manera, que continúe inalterable el orden cósmico querido por Él; por qué el que llama de la nada á la existencia el impulso fundamental de aquello que forma el ser más íntimo de cada cosa, y lo adorna con virtudes y lo conserva de un modo constante, no ha de poder obrar en casos particulares mutaciones en la naturaleza misma de las cosas.» (Pesch, *Los grandes arcanos del universo*, volumen II, pág. 708.)

Así habla la verdadera ciencia, la ciencia ilustrada por la fe. Con ella está la humanidad entera, que en las mayores penas levanta la mente y el corazón á Dios, pidiéndole mercedes; con ella están especialmente todas las almas buenas, las cuales saben humillarse á sí mismas, atribuyendo á sus culpas el rigor de sus males, y pedir y agradecer á Dios la eficacia y dulzura de sus consuelos: sólo está contra ella la ciencia carnal del siglo, que no sabe ni quiere ni puede orar, porque es orgullosa y, como orgullosa, vil y terrena. ¡Dichosos los que en las presentes crisis y tribulaciones suben hasta lo más alto de los cielos por la escala de la oración, y con ella hacen descender á la tierra copiosa lluvia de bendiciones!

J. M. Ort y Lara



La caridad iguala á los mortales
Y forma el complemento de la vida
Si, al hacernos iguales,
La mano que socorre, enternecida,
Remedia, sin juzgarlos, nuestros males....
¡Que ve siempre fatales
La mano socorrida!

Sebastian Lopez Arróyo

Consejo á un ambicioso.

Es necesario saber
de las alturas huir,
porque el que aspira á subir
tiene luego que caer.
Cuídate de merecer
lo que puedas desear,
y si no logras hacer
que no te mate el dolor,
pues merecer es mejor
que sin razon alcanzar.

L. Navarro y Rodrigo

JOSÉ VILLEGAS.

UN COMPAÑERO DE VIAJE

¡Travesía espléndida! Una tarde de Junio clara y radiante. El cielo, de un azul intenso y de una pureza absoluta. Todo luz y relieve; la selva de mástiles del puerto de Barcelona, los largos paseos, el follaje húmedo de los jardines, las torres y cúpulas de los edificios, los altos cristales reverberando como fraguas de fantasmagoría, la playa lejana, las risueñas barriadas de la ribera, cuanto alcanzaba la vista, en fin, repujado y nítido como galería de cuadros en día de *vernissage*. La vibración del éter todo lo estremecía en la suprema diafanidad del espacio.

Entre el ir y venir de las barquillas, las despedidas y el revolotear de los pañuelos, soltó sus amarras el vapor, y salió, limpio y gallardo, de la dársena, como corcel que sabe el camino. En el alcázar, á la sombra del risueño toldo, apiñábanse en abigarrado conjunto los pasajeros. Una brisa refrigerante pasó sobre el buque, agitando en la misma dirección el penacho de humo de la chimenea, los gallardetes, las plumas de los sombreros femeniles, el periódico de algún lector displicente..... El buque parecía inmóvil mientras se alejaban, como bloques flotantes, los andenes del puerto con sus largas filas de curiosos.

Numeroso era el pasaje, y soplaba en él, como vientecillo sobre las mieses, un aura de animación y de bullicio. Ya fuera del puerto, deshízose la barrera humana formada junto á la borda del vapor; sentáronse las mujeres. Seis ó siete estudiantes nos reunimos en corro junto al asta de la bandera; estudiantes ¡ay! que traíamos á Mallorca el último figurín, el último aire de zarzuela, la frase de moda y la cabeza perdida de fatuidades.

—Pues á mí—decía un lorito universitario, una futura hormiguita de lo contencioso,—á mí me tocaron, de *romano*, la 16, la 33 y la 47; de Economía, la 9, la 12 y la.....

—¡Que se calle el *libri-pens!*—gritamos todos.—¡Á la barra, á la barra! Siempre serás..... un enfiteuta.

Nuestros gritos y risotadas hicieron volver la cabeza á todos los pasajeros, que se quedaban en ayunas de nuestra monserga escolar. Una linda pareja, marido y mujer acaso desde la misma mañana, distrájose de su arrullo y nos miró sonriente. Eran de los nuestros, comprendían esos escapes de jovialidad y adolescencia; iban, no estaban de vuelta todavía del país de la ilusión..... Un sacerdote que había sacado su libro de rezos y se paseaba por la cubierta, paróse un instante y sonrió, benévolo también. Acercósenos el viajante de tanda, el eterno viajante catalán, con su gorra de cuadros y sus babuchas y su novelita verde, para quien el vapor ó el ferrocarril constituyen un domicilio como cualquier otro, especie de Cagliostro que se encuentra al mismo tiempo en el correo que va y en el que vuelve. Un movimiento de curiosidad se extendía en torno nuestro, en torno del plantel de «varones ilustres». ¡Ay! Todos creíamos entonces que nada existía tan cómico en el mundo como la seriedad estólida y sobrepuesta. Muchos nos hemos hecho después, con el tiempo, graves y solemnes. ¡Pobres armarios vacíos, cerrados con llave!..... Entonces no; el accidente más leve nos hacía reir sin malignidad; la savia desbordaba en nuestro organismo, que todo lo ponía en flores y hojarascas; teníamos la isla allá enfrente; el mundo, el ancho mundo continental, casi al alcance de la mano, con sus tentaciones y sus encumbramientos. Y el hervor de la sangre se resolvía en aquella verbosidad incoherente, en aquella risa franca y espontánea, por donde descargaba el pleno deleite de la vida.

¡Con qué ojos más abiertos, húmedos, reveladores de extraña emoción, nos miraba un pasajero, errante de un lado para otro!..... Vestía traje obscuro, de pantalón acampanado; y el bigote caído, á la tártara, la anilla pendiente de la oreja izquierda, la melena ensortijada, el color cetrino, nos hablaban de países lejanos, de vida exótica, de paludismos endémicos. Nos pareció á todos «un espía de los paraguayos». Más lejos, allá en la proa y sobre el mismo tajamar, canturreaban unos soldados, vistosos como generales, con los cordones y flecos de su canuto. Volvían á su aldea, á su azadón, á su tierra agotada, dejando atrás, como una bruma, los años de la vida marcial y bulliciosa.....; pero volvían contentos. Y de aquellos estudiantes, de aquellos soldados, de aquellos viajeros procedentes de todas rutas y direcciones, se desprendía como un fluido poderoso que ayudaba al vapor comprimido y á la férrea pulsación de la hélice, la atracción del terruño natal, el anhelo delirante de la vuelta á la patria.

Muy de madrugada subí á la cubierta del buque. La noche había sido diáfana. Habíase puesto la luna, y la estrella del alba destellaba con virgen claridad sobre la cordillera, lejana todavía, inmensa mancha violácea que se recostaba sobre la mortecina transparencia de los horizontes. Allá en la popa, de codos en la amura del buque, vi al extraño pasajero de la víspera, á nuestro «espía de los paraguayos»..... Recordaba la chacota con que habíamos saludado su presencia. La mentira social

R. CARLOTTA.

J. MORERA.

nos ha enseñado á repeler toda disonancia de trajes y costumbres con mayor energía que la que se guarda para expulsar la infamia y la iniquidad. Acerquéme al desconocido para encender mi cigarro, y al poco tiempo habíamos entrado en conversación. Mientras el vapor se iba acercando á la costa, me preguntó qué luz era aquella que teníamos á la vista.

—El faro de la Dragonera—le contesté.

Entonces, animado por mi complacencia ó movido por íntimo é ineludible impulso, con voz temblona que delataba hondísima perturbación, con frases incoherentes en las cuales mezclaba extraños barbarismos de sudamericano, me enteró de su viaje, de su vida pasada, de sus sinsabores, de sus trabajos de cuarenta años.

—Cuarenta años hace, señor, que salí de este país..... Era joven; apenas contaba los veinticinco. Mis padres no querían que me casase; mi cortejo era á disgusto de ellos. ¡Cosas de muchachos y de viejos!..... Me marché á la América del Sur, la historia de siempre, con ánimo inquebrantable de reunir alguna plata; rompí toda relación con mi tierra y mi familia, y á *ella* le dije: «Voy á probar fortuna; ó tú ó nadie, pero no me esperes. No tienes compromiso alguno. Si consigo salir de mi pobreza, volveré á buscarte. Si no, nos veremos más tarde, más lejos.....» Y he aquí la juventud desperdiciada y la ilusión muerta. ¿Verdad que es gran pecado eso de separar á dos personas, para que el fuego de su corazón se consuma, y la juventud, que es flor de una hora, se marchite?..... Pues bien: fuí allí, á la Argentina, y anduve por la Pampa y viví en ella en bohíos y potreros..... Aquella llanura sin límites donde sólo descollaba el solitario ombú, imagen de mí mismo, comunicó toda su monotonía á mi existencia..... Nada he sabido del mundo en cuarenta años de trabajos duros, brutales y sin descanso; nada más que la muerte de mis padres.....

La excitación del pobre indiano crecía por instantes, mientras el buque seguía ya, tierra á tierra, la costa de Andraig..... El horizonte levantino se teñía de colores opulentos, de reverberaciones de incendio rojizas y sangrientas. Un falucho pescador pasó rozando nuestro barco, y los ojos de mi compañero, brillantes y humedecidos, se iban tras la parda vela, hecha de retazos, y tras el gorro encarnado de los tripulantes, sello de púrpura de las costas latinas..... Me pedía el nombre de aquellas calas y de aquellos peñascos, de cuyas oquedades salían espantadas las palomas con el rebramar de la sirena del vapor. Después fijaba su mirada en la costa, en los montes coronados de pinos, en la tierra toda que descubría, como absorto y embebecido en contemplación religiosa.

—Créalo, amigo—continuó;—cuarenta años de penalidades he vivido con una sola idea, diaria, continua, implacable; hora tras hora, minuto por minuto, he ido desgranando esta misma ilusión al apilar peso á peso mis insignificantes ahorros, y me ha sostenido con tenacidad creciente en mis días de fiebre, en mis combates con las toradas, en mi labor de las salazones, en las refriegas con los pamperos y gauchos desalmados: volver á mi roca, á mi palmo de tierra, á la casa en que nací, á la calle en que jugué de niño, á la grieta en que metí mis baratijas y mis dientes caídos..... ¡Ah! No, no puede usted formarse idea de ello; usted habrá estado ausente dos días, dos meses..... ¿Qué supone esto al lado de la existencia arrastrada y taciturna en que he encanecido, sin amistades, sin afecciones, acalladas las pasiones más ardientes y absorbidas en la única y torturante de regresar, regresar como ahora..... para ver mi tierra y besarla y morirme?... .

Un reguero de lágrimas acudió á sus ojos y rodó por sus mejillas. Le escuché sin decir palabra, y le contemplaba sin pestañear. Su melena, el pendiente, los restos de tatuaje que asomaban por debajo del puño de la camisa, todos aquellos rastros de existencia dura, desprecio de la molicie civilizada, perdieron á mis ojos cuanto me habían ofrecido de risible ó repugnante.

—Lo que yo siento, lo que yo gozo en este instante—me dijo después,—jamás en el mundo podrá comprenderlo nadie..... ¡Es preciso haber vivido cuarenta años como yo he vivido, para tener derecho á una hora así!

Y las lágrimas volvieron á agolpársele en los ojos, clavados en las rosadas torres de la catedral..... Así mirarían los cruzados las cúpulas de Jerusalén..... Mis compañeros, perezosos, subieron cuando ya el vapor se encontraba en el puerto. Uno de los más listos, en sentir de las gentes, me dijo en voz baja:

—Vamos á «tomar el pelo» á ese guachindango.....

Palma de Mallorca, Septiembre de 1895.

Miguel S. Oliver

En las horas amargas de la vida, cuando los seres que se aman han sido heridos por la desgracia, y un consuelo y una necesidad á la vez encontrar á las víctimas, aunque sea imaginando.

En este convencimiento hallé yo un consuelo imponiéndome el deber, al visitar en el Hospital á los heridos que sobrevivieron á la espantosa catástrofe del Día 25 de Noviembre, de hablar á mis moribundos de los deberes de la caridad cristiana, que tantos y tan generosos sentimientos ha despertado en favor de los muertos y de las familias de ellos que quedan envueltas, y sumidas en la más aflictiva desgracia.

Y cuando mis sentimientos traten de propagarse por medio de abundantes suscriciones y aun en forma de vuelo imperio, el consuelo es todavía mayor; porque se admira, tratándose de obras tan grandiosas, la fecundidad inagotable de lo más sublime de las virtudes cristianas.

Por eso, después de haber implorado con mis oraciones el eterno descanso de los difuntos y de haber contribuido con mis limosnas al alivio de los perjudicados por la desgracia, plácame sobre manera cooperar con estas líneas á la benéfica obra que á los vivos y difuntos dedica la prensa española.

Religión, virtud é ingenio: ¡qué admirable trinidad, cuando, como en el caso presente, andan en armonía concierto y se funden en estrecho

abrazo!

† El Obispo de Mallorca

Palma 11 de Diciembre de 1895.

E. VAQUER.

BARTOLOMÉ MAURA.

EL REVELLÍN D'ES CAM PELAT

El recinto amurallado de Palma cuenta con tres obras exteriores: una de ellas, la de menor importancia, se denomina *Revellín d'es Camp pelat*, y mejor debería designarse en adelante con el nombre de *Revellín de la Muerte*.

Construyóse á mediados del siglo XVII (1), con sujeción al proyecto del P. José de Zaragoza, jesuíta valenciano (2), en terrenos de D.ª Isabel de Pax, condesa de Zavellá, y forma una media luna abierta por la gola, cuyas caras miden 106 metros de longitud, encerrando una superficie de unos 6.000 metros cuadrados, sin comprender en esta cifra el foso que separa la obra del terreno exterior.

Durante los dos siglos y medio que han transcurrido desde que fué construído el Revellín, ningún hecho de armas se ha desarrollado ante sus muros, ningún ejército extranjero ha desembarcado en las costas mallorquinas para poner sitio formal á Palma, pues el que tuvo por objeto someterla á la dominación de Felipe V, más tuvo de simulacro que de sitio; ninguna lucha intestina, al igual de aquellas que tanta resonancia alcanzaron, y tanto estrago produjeron en nuestra isla durante el siglo XV, ha venido á cercarla ni á expugnarla.

En el transcurso de tan largo período, ni una sola vez siquiera ¡loado sea Dios! ha resonado en los di'atados baluartes, ni tras de los parapetos que coronan las ingentes escarpas, los gritos del combate ni los de dolor que le acompañan; sólo la imprevisión humana ha podido perturbar el secular silencio con escenas de agonía de imposible descripción, convirtiendo en instrumento de nuestro daño aquello mismo que á fuerza de oro y perseverancia levantaron nuestros padres con altas miras de seguridad y defensa.

Ante la magnitud de la catástrofe es dable únicamente recordar aquella imprevisión con propósitos de contribuir á su enmienda en el porvenir, ya que sus mismas terribles consecuencias alejan de la mente todo intento perverso y toda responsabilidad criminal, que, de existir, no podría hacerse efectiva con vida y hacienda, ni en ninguna otra forma humana que guardara relación con la intensidad del mal producido.

Con ser tan grande este mal, con ser tan cuantiosa la partida que habría que añadir para representarlo al coste millonario de nuestras murallas, aun hay otros males mayores que pesan con inmensa más fuerza en el balance de ventajas y perjuicios: la mortalidad excesiva producida por el enorme hacinamiento de muchos barrios del interior de Palma y las desgraciadas condiciones con que se han construído en el exterior los suburbios levantados en las zonas polémicas. Una y otras son imputables á nuestras murallas, y representan otras tantas causas de decadencia social y de destrucción, cuyos efectos, si no impresionan dolorosamente el ánimo público como los de la catástrofe del Revellín, le aventajan en el número de víctimas, aunque no se considere más que las ocasionadas en el período DE UN AÑO, y á pesar de elevarse á muy cerca DE CIENTO las producidas por la explosión de 25 de Noviembre.

¿Tendremos suficiente virtud cívica para extirpar tan funestas causas de destrucción y decadencia, emprendiendo el derribo de nuestras murallas, y la perseverancia necesaria para continuarlo hasta su fin, como la tuvieron las generaciones pasadas para levantarlas?

---

(1) Según los libros de contabilidad de la fortificación, custodiados en el archivo del Real Patrimonio, se trabajó en la obra durante los años 1642 á 51, con algunos intervalos.

(2) Weyler (D. Fernando). *Historia orgánica de las fuerzas militares de Mallorca*, pág. 212. El P. Zaragoza cultivó las ciencias matemáticas, habiendo publicado en Mallorca, en 1672, un tratado de Trigonometría plana y esférica, reimpreso en Valencia en 1673.

E. Estada

UN BALDEO EN LOS BALDÍOS

Sucede á menudo que, sin detenerse en poco ni en mucho en descifrar la importancia vernácula de ciertos vocablos, dase de barato y como bien conocida la significación de algunas voces que corren en boca de todos, como si todos también conociesen perfectamente su verdadera acepción. De esta laya es, entre otras muchas que pudiera citar, la voz *baldío*, que, usada en singular unas veces y otras en plural, viene manoseándose, digámoslo así, desde los tiempos de Felipe II hasta la mitad del presente siglo, en toda la legislación pertinente al caso y en todos los escritos de los economistas españoles más notables. Pues bien, y digan lo que quieran los lexicógrafos de todas castas: es lo cierto que ni el vocablo está bien definido todavía, ni es posible inferir con exactitud el alcance de su significación.

Ateniéndonos sólo al concepto jurídico y forestal de la palabra, y dando de lado á la significación general y común que en su sentido más lato se da á esta voz aplicándola á todo lo que carece de motivo ó fundamento, y aun á toda persona vagabunda, perdida y sin ocupación ni oficio, aun con aquella restringida aplicación, digo y repito que necesita de mayor esclarecimiento para que pueda aceptarse como bien definido en los diccionarios corrientes.

Para no andar á modo de telonio, es decir, para proceder con el debido orden, voy á darme una pavonada en este asunto, purgando así el discurso del amago de toda seriedad pedantesca, examinando primero dicha voz en el orden jurídico.

De *baldíos*, en concepto de propiedad ó dominio, se trata hasta con exceso en diferentes leyes de la Novísima Recopilación, distinguiéndolos perfectamente de los terrenos realengos y de los de propios y comunes de los pueblos, de manera que no es necesario andar al estricote ni ataracear mucho el magín para inferir de aquí que los *baldíos* se han distinguido perfectamente siempre de los terrenos de aprovechamiento común y de propios pertenecientes á los pueblos, y de los realengos que modernamente se han llamado del Estado, con dominio exclusivo de éste sobre los mismos. Luego, esto sentado, ocurre en seguida preguntar lo siguiente: ¿A quién han pertenecido los *baldíos*? El Diccionario de Autoridades dice que *baldío* es la tierra común para pastar los ganados entre los vecinos de los lugares que tienen sobre ellos comunidad de pastos. Contra esta afirmación, y creyendo dar en el hito, Collantes y Alfaro, en su bien conocido *Diccionario de Agricultura*, afirman que estos bienes «puede decirse que pertenecen al Estado, como lo son, en realidad, añaden, todos los que no tienen dueño conocido». Por último, en la Real orden de 12 de Mayo de 1851, y acudiendo á calacuerda al socorro de la confusión que los mismos legisladores habían introducido sobre este particular, se asienta, como opinión entablada, que la acepción propia de *baldío* es la de «terreno que, no correspondiendo al dominio privado, pertenece al dominio público para su común disfrute ó aprovechamiento, y no está destinado á la labor ni adehesado». Todo esto está muy bien, y no tendría inconveniente en jurar por su exactitud *in verba Magistri*, si ya no fuera porque á muy poco tiempo de aquella fecha, ó sea en 1855, los sabios legisladores españoles que dictaron la famosa ley de desamortización de 1.º de Mayo de 1855 dieron de lado á los famosos *baldíos*, y en todo lo que se refiere á terrenos incultos que no fueran de particulares, no admitiendo más clase de propiedad que la del Estado, la de los pueblos y la de las demás corporaciones ó establecimientos públicos, acabando de una vez y para siempre con la ambigua clase de *baldíos*, que, *salva reverentia*, no han pertenecido nunca ni pueden pertenecer al dominio público, como se decía en la Real orden de 1851, en la que le salió al gallarín al definidor su arrogancia legislativa, porque al dominio público pertenece sólo aquello de que pueden disfrutar libremente, y por igual, todos los ciudadanos, como son las vías de comunicación, las playas y costas en sus fajas de defensa, y las aguas corrientes, mas no los *baldíos*, que sólo han podido ser disfrutados por los vecinos de determinados pueblos. Y así es por esto, como porque para nada tenía que mezclarse el Estado en el goce ó disfrute de aquellos terrenos, que la ley de Desamortización, al hacer caso omiso del nombre que se les venía aplicando, los colocó de un golpe en el grupo de los pertenecientes á los pueblos, sin más disquisiciones ni sutilezas, dando en rostro con ello á los definidores antiguos, que es, como si dijéramos, dar al diablo el hato y el garabato, sin entretenerse ni dar lugar á que se carcomieran más el seso ni desnataran el entendimiento los padres de la patria que la dieron á luz.

Y paso ahora á la significación forestal, en cuyo honor quiero darme un filo, aun cuando no haga caudal del cargo contra nadie á causa de lo entreverado de mis rebuscos.

Mucho me extraña que el sabio y erudito ingeniero Pascual, que tanto ahondó en la etimología de todas las palabras forestales, nada dijera sobre los *baldíos* considerados en su aspecto puramente silvestre. Son éstos, para unos, pura y simplemente eriales destinados al pasto de los ganados. Para Terreros, son campos que no se cultivan. La Real orden-circular de 31 de Diciembre de 1880 entiende que los *baldíos* pueden estar cubiertos de maleza ó vestidos de monte bajo. Con la opinión de Terreros coincide la de Monlau, que por *baldío* entiende el campo que huelga ó no se labra, y las de Eguílaz y Clairac, si bien añadiendo éstos que la tierra de aquel modo inculta pertenece al común de un pueblo. Y, por fin, en el decreto de las Cortes de 29 de Junio de 1822, sobre reducción á propiedad particular de todos los *baldíos* y realengos, se dice en el art. 11 que se prohibe el corte del *arbolado* durante los doce primeros años de la cesión, en las tierras que, repartidas en suertes, se debían ceder á los militares retirados, á los cumplidos con buenos servicios, á los no militares inutilizados en acción de guerra, á los labradores y trabajadores no propietarios y á sus viudas con hijos mayores de doce años. En suma, que los *baldíos* han sido ó han podido ser campos abandonados ó terrenos *llecos*, como dicen en Aragón, yermos ó eriales nunca cultivados (*montes blancos* de los aragoneses), breñales ó matorrales más ó menos espesos, calificados de monte bajo en la Real orden-circular antes mencionada, y, por último, verdaderos montes arbolados, según el sentido del Decreto de las Cortes de 29 de Junio de 1822.

Gentil cosa sería decidir quién de entre tantos definidores ha comprendido mejor el sentido forestal del vocablo. Hágalo quien pueda y sepa, que yo huyo de la dificultad por no tener que echarme una piedra en la manga, si bien me parece que, supuesta la aplicación exclusiva de estas tierras al disfrute de pastos, es más probable que los *baldíos*, tal como se han venido entendiendo, no hayan sustentado nunca masas de árboles silvestres de ninguna clase.

Collantes y Alfaro pretenden que *baldío* procede ó se deriva de la voz anticuada *baldo*, cosa de pequeño provecho. En el Diccionario de nuestra Academia no tiene más acepción *baldo* que la de *fallo*, usada en el juogo de naipes, y esto, como se ve, no lleva camino.

La misma Academia dice que *baldío* proviene de la voz *balde*, y ésta, á su vez, del árabe *batil*, vano, inútil, vergonzoso, que no encuentro tampoco en correcta conexión con la palabra que se supone derivada de ella. ¿Será así, sin embargo? Todo pudiera ser, aunque en esto de las etimologías vale más pecar de receloso que de crédulo.

Entrego, pues, esta duda á las disquisiciones de los eruditos, sin salir á volar la ribera para no claudicar en asunto de este linaje, y al propio tiempo pongo término á esta insulsa calabriada, que, ó mucho me equivoco, ó ha de ser causa de que se tache de *baldía* por los doctos, y á mí de que se me haga pasar por un verdadero galabardo en estas aventuras léxicas.

José Jordana y Morera.

MANUEL ARROYO.

MEJORES QUE AYER

No se entibian, no, los sentimientos que al hombre subliman y enaltecen.

En ningún tiempo la fraternidad y el amor de la gran familia humana han revestido expresión más viva, ni fué tampoco su acción más fecunda y poderosa.

El dolor y la desgracia de un individuo, ó de un pueblo, conmueven hoy más que nunca todos los corazones y todos los espíritus, y provocan iniciativas generosas é impulsos nobles, que engendran la abnegación y el sacrificio.

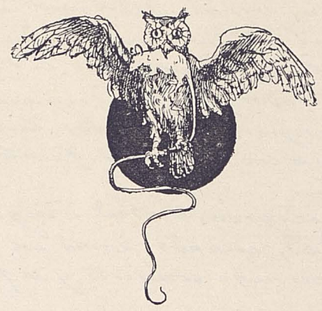
La catástrofe de Palma, aquel espantoso desastre, aquella escena tremenda de desolación y muerte en breves momentos desarrollada en el barracón de la *Casa del rey Jaime*, arrancó de nuestra alma un grito de suprema angustia y abrasó nuestros ojos con ardientes lágrimas.

¡Ay! Por las víctimas de aquel tristísimo y aciago día nada podemos hacer.

Mas quedan las familias sin ventura, desvalidas y menesterosas.

Por eso, en este álbum destinado á socorrerlas, inspirado por la caridad, estampamos nuestra firma con satisfacción inmensa.

A. Acevedo Sivera



PENSAMIENTO

Las grandes desgracias hacen fuertes y respetados á los pueblos que saben sufrirlas.

La nación que vive entregada al lujo y la molicie se afemina, y al primer embate queda destruída; pero la que subsiste haciendo frente á todas las contrariedades, se fortifica y está preparada para resistir los mayores males, consolidando su poder y su grandeza en la firme base de la adversidad.

Gabriel M.ª Vergara y Martín

La limosna, si bien se considera, no es donación sino multa, porque lo que se da al indigente en la tierra se cobra centuplicado en el cielo.

El Arzobispo-Obispo de Madrid

F. Pérez de Camino.

AL SUPREMO JUEZ

(DE DESBARREAUX)

Siempre en tus fallos la equidad severa
Templada está por el amor clemente;
Mas he sido, Señor, tan delincuente,
Que otorgarme el perdón injusto fuera.
Elija, pues, tu rectitud austera
Suplicio que sin tregua me atormente;
Tu interés en mi dicha no consiente,
Y aun tu bondad mi perdición espera.
Cúmplase ¡oh Dios! tu inescrutable anhelo;
Desoye los gemidos de mi duelo;
Lanza tu rayo sobre mí, indignado.
Yo tu justicia, al expirar, bendigo;
Mas ¿sobre qué lugar caerá el castigo
Que en sangre de Jesús no esté bañado?

(1) Sobre el origen de este soneto véanse las *Confesiones de Marion Delorme*, de Mirecourt.

Antonio Gómez Restrepo

S. Viniegra.

El Cardenal Arzobispo de Toledo

Particular

Des preste con alegría, in-
vandad y ministración
redimiendo tiempo
misericordias como
celestial y todo lo que
decís y hacéis de gala
labra o de obra hacedlo
en nombre del Señor
Vuestra á la compasión
caridad cristiana, antici-
pando el reino del cie-
jón de los compromisos y al

ultimo debéis consejos que
Empiezan el Misterio de los
buenos obras.

Alcalá de Henares 1[illegible]

LOS AMORES DE UN NARDO

En lo alto de su verde y flexible vara abría un nardo sus pétalos de nieve. Corría muy cerca un arroyuelo de aguas transparentes, que á los pies de la planta formaban un remanso tranquilo, de tersa y bruñida superficie. Y en ella, como en el cristal de un espejo, veía su imagen la flor al inclinarse á impulsos de la brisa.

El paisaje era hermoso, y el nardo lo contemplaba á todas horas, satisfecho de que la suerte le permitiese vivir un poco más arriba que las florecillas silvestres que le rodeaban. No era orgulloso, en verdad; mas parecíale que desde su elevado sitial las dominaba á todas, y que, aunque bellas y humildes, no valían la pena de que fijara en ellas la atención quien en tales alturas se mecía. La blanca flor prefería dedicarla á otras cosas más grandes y atractivas, que las demás flores no podían divisar, pero que él veía y admiraba desde su asiento.

Agradábanle los árboles corpulentos que crecían al otro lado del arroyo; sentía respetuosa veneración por unas esbeltas y majestuosas torres que descollaban sobre la arboleda; pero lo que más le encantaba y atraía eran aquellas montañas inmensas de tonos azulados y purpúreos, que allá, en lontananza, elevaban sus cumbres hasta el cielo, oponiendo una barrera infranqueable á las miradas de la flor.

De aquella pobre flor que, á fuerza de contemplar la grandiosidad del panorama y la pequeñez é ignorancia de las demás flores, llegó á sentir aspiraciones superiores á su condición y á soñar dichas tan gratas como irrealizables.

***

Entonces dejó de ser feliz, y su vida, antes risueña y placentera, se trocó en tormento, y acabó en martirio.

—No es posible—pensaba el nardo en su dolor—que yo haya nacido para la esterilidad y el aislamiento. El cristal del arroyo me dice que mis pétalos son blancos y sin manchas. La savia que me nutre es rica y vivificante. Guardo en mi corola perfumes embriagadores, que atesoro con avaricia para lanzarlos pródigamente cuando llegue la hora suprema de mi felicidad. Y, sin embargo, heme aquí solitario y no comprendido; heme aquí olvidado, estéril, completamente inútil; infeliz, queriendo ser dichoso; impotente, queriendo dar la dicha.....

No me ven las personas que transcurren por el vecino atajo; pasan volando los pajarillos, en busca de su nido de amores; revolotea á mis pies la mariposa, coqueteando con mis hermanas las flores, sin elevar nunca hasta mí su vuelo indeciso y caprichoso. No hay nada ni nadie que se interese por mi suerte ni por mi desgracia. ¿Será que me desprecian, que me odian? ¿Será que me creen feliz?..... Y ¡cuán desventurado soy! ¡Si pudiese al menos aligerarme de mis penas, confiándolas á quien supiera fortalecerme y consolarme! Pero ni aun esta esperanza me queda. Las flores que tengo alrededor no pueden comprenderme; en vez de tenerme compasión, quizá se burlarían de mí, y esto sería más terrible que mis penas mismas. Los árboles están lejos; no me pueden oir. Las torres, las montañas, más lejos todavía.....

Y ¡pensar que moriré pronto, tal vez mañana, sin que la pureza inmaculada de mis hojas haya atraído una sola mirada de admiración ni de cariño! ¡Pensar que mi finísimo perfume volará esparcido por los vientos, sin que nadie lo aspire, sin que nadie haya tenido noticia de su existencia! ¡Pensar que he nacido solamente para soñar, padecer y morir!..... ¡Oh, esto es horrible, desesperante, enloquecedor!.....

***

Así exclamaba el malhadado nardo, cuando vió que se dirigía hacia él, volando alegremente, un insecto desconocido. Con esta aparición se cambió de pronto el curso de sus ideas, y la esperanza renació en el fondo de su cáliz perfumado.

—¡Ah, si me viera!—pensó.—¡Si lograra despertar su curiosidad, atraérmelo y mostrarle de cerca mis ocultos encantos!..... Si es inteligente y sabe apreciarlos, le agradaré de seguro—añadió, abriendo algo más sus pétalos y mirándose de reojo en el cristal del remanso. —Ya viene, ya se acerca..... Y ¡qué hermoso es!..... Parece de oro. Me deslumbran los reflejos de su cuerpo, bañado por el sol; me aturde y desvanece el continuo zumbido de sus alas. ¡Qué gozo es el que siento!..... ¡Y yo que me creía la más desdichada de las flores! No; voy á ser feliz. Me lo dicen esas miradas penetrantes que me dirige cuando pasa rozando mis temblorosos pétalos..... ¡Ah, porque se posara en ellos un instante no más, diera mi vida toda!..... ¡Ya vuelve, aquí está!.....

Y la flor amante, viendo que el dorado insecto se acercaba y retenía el vuelo, sintió próximo el momento de recibir aquella prueba de cariño en que cifraba su ventura, y se abrió por completo, dejando escapar todo su perfume.

J. GARCÍA Y RAMOS.

Pero lo que recibió no fué el ósculo de amor que esperaba con afán ardiente, sino una herida penetrante y agudísima en las fibras más delicadas de su ser. Estremecióse al sentir el dolor que invadía todo su cuerpo, y vió al insecto que se alejaba rápidamente, satisfecho, al parecer, de su obra.

—Era una abeja. ¡Maldita!—gritó con acento desesperado.—No fué amor, sino crueldad lo que á mí te trajo. Destrozando el corazón de las flores, fabricas néctar delicioso, es cierto. Pero ¿de qué te sirve hacer derramar tantas lágrimas, dí? ¿De qué sirve que tu miel sea dulce, si no has de probarla tú, ni la han de probar tus víctimas?.....

El nardo no pudo continuar. Un temblor convulsivo le arrancó del tronco que le sostenía, y cayó desfallecido en el arroyo. Su corola abierta le sostuvo un momento en la superficie. Sintióse morir, y lanzando una postrera mirada hacia el sitio por donde había desaparecido la abeja, murmuró:

—¿Por qué maldecirla, si no tiene conciencia del daño que ha causado?

Y la desgraciada flor se hundió en el agua. Subió del fondo una burbuja de aire; formóse en la superficie una serie de círculos concéntricos, cada vez mayores y menos perceptibles, y, por fin, el remanso volvió á quedar tranquilo, sirviendo de tumba á la flor á quien antes sirvió de espejo.

E. Alzamora.

No hay placer que pueda compararse con el de socorrer al prójimo en sus necesidades, tendiéndole una mano protectora en momentos en que una gran calamidad gravita sobre él. En verdad que no hay complacencia semejante á la de enjugar las lágrimas del prójimo y reanimar su abatido espíritu, evitando que la desesperación arrastre su alma al fondo de un insondable abismo. No parece sino que la virtud de la caridad recabe del Altísimo la inmediata recompensa y el premio á que es acreedora, anticipándole parte de los goces perdurables que ante su inefable presencia y con la visión beatífica tiene preparados y dispuestos para todas aquellas almas, fieles á sus mandamientos, que al terminar la breve cuanto tortuosa carrera de destierro por acá, vuelan á la región donde toda tristeza acabó, y sempiterna é incomparable bienandanza ha de acompañarlas. ¡Ah! Parece, en verdad, una anticipación de los goces de los bienaventurados el que en el fondo del corazón se experimenta al poner en manos del indigente la moneda que luego ha de cambiar por el pan que le nutra; ¡tanta es la dicha que siente en tales momentos el corazón! Empero esto acontece en especial cuando en la persona del necesitado vemos representado al Hijo de Dios, al Salvador de los hombres; al que, cuando vino al mundo, mostró siempre su mayor complacencia en morar entre pobres, siéndolo él mismo por la esfera social en que le plugo nacer y vivir, y buscó entre ellos sus cooperadores todos é inculcó siempre el más acendrado amor hacia ellos, y prometió, después de ensalzar cuanto cupiera las obras todas de misericordia, la patria celestial á todos los que las practicaran. Felicitemos, pues, de todas veras á cuantos han abierto su corazón y su peculio para aliviar en lo posible á las numerosas familias que en la hermosa y cristiana capital de las islas Baleares están sintiendo las consecuencias de la última catástrofe, y roguemos al Señor que derrame sobre ellas el bálsamo de los consuelos espirituales y sus bendiciones sobre todas las almas generosas que se han apresurado á ayudar con todas sus fuerzas á tantos desvalidos hoy allí existentes desde aquel día de triste recordación.

Mariano Vicanillas

SENCILLOS AFORISMOS

La semilla, por buena que sea, arrojada en tierra estéril, no fructificará jamás.

Los bienes de fortuna, por honrado que su origen sea, si la caridad no los fecunda, resultarán siempre estériles para el logro de la verdadera felicidad.

Del granero que el avaro forma *aquí abajo*, por mucho fruto que amontone, ni la más leve paja subirá á *lo alto*.

El mayor afán humano rara vez centuplica la ganancia.

El más pequeño acto de caridad obtiene siempre beneficio imponderable.

Lo que la caridad siembra en la tierra se cosecha con abundancia inconcebible en el cielo.

Sin la caridad en los campos no hay que esperar la paz en las ciudades.

Lo que se llama cuestión social es obra de la avaricia y del egoísmo en *los de arriba*, y del abandono y de la indisciplina moral en *los de abajo*.

El egoísmo y la avaricia crean indiferentes y enemigos; la caridad, solamente hermanos.

Nada, por tanto, más eficaz ni más barato para la paz del mundo que el constante ejercicio de la caridad.

José de Cárdenas

En toda catástrofe suele haber dos clases de víctimas: las que perecen, por su desgracia, en ella, y las que lloran después, con lágrimas amarguísimas, la pérdida irreparable de seres queridos.

Para las primeras, la misericordia de Dios será infinita.

Para las segundas también debe ser infinita la piedad de los hombres.

No lo olviden cuantos puedan aliviar la tristísima suerte de esas desventuradas familias que sufren hoy en Palma tan horribles penas.

¡No lo olviden, por Dios!

C. F. Shaw

Excmo Sr D Antonio Maura.

En las alegrías de las familias y de los pueblos todos los hijos participan - pero las grandes desgracias hieren en el corazon principalmente á los hijos predilectos. Por eso Palma, hoy entristecida, busca en V. consuelos y los encuentra.

17 Diciembre 1895. B de Abargueza

CONFIDENCIAS

Yo sueño algunas veces con una capilla que el humo del incienso embalsama y llenan las luces de claridad.

Sueño con una mujer coronada de azahar, castamente envuelta entre los pliegues de su blanco velo, con los ojos bajos y las mejillas encendidas.

Sueño con largas veladas de invierno pasadas al amor del hogar, recordando el juramento de eterna fidelidad cambiado al pie del ara.

. . . . . .

Debo añadir que el marido de la mujer á quien veo casada en sueños no soy nunca yo.

Mascarilla.

FRAGMENTO

DE UN ENSAYO «INÉDITO» SOBRE LA ÓPERA «DON JUAN», DE MOZART

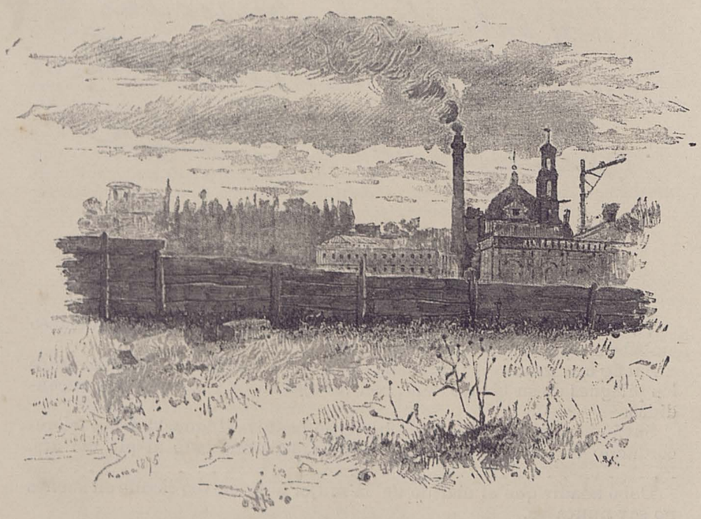
(Conferencias explicadas en la Institución Libre de Enseñanza, durante el curso de 1878 á 1879)

. . . . . .

Son las grandes creaciones artísticas causa de delicia y de desesperación á la vez para los hombres que sienten vivamente la belleza, porque al estudiarlas, movidos por el afán de comprenderlas mejor y gozarlas más, siempre encuentran un más allá, un campo sin límites, abierto á la investigación y á la crítica. El *Don Juan*, de Mozart, es, á mi parecer, una de esas grandes creaciones, de belleza misteriosa, infinita, que no pasan con la moda y el gusto particular de los tiempos, y ponen sobre un determinado asunto artístico el conocido lema de las armas de Roldán.

Y, sin embargo, esta obra maravillosa, después de más de un siglo de existencia, es todavía para la generalidad del público español como un libro escrito en lenguaje incomprensible. Cosa tanto más de sentir, cuanto que el tipo inmortal de D. Juan Tenorio, sobre ser humano y universal en su fondo, ha revestido su primera forma artística en nuestro país; ha nacido al calor de nuestro sol, y es aún popularísimo en España, como lo prueba el entusiasmo con que la gente acude al teatro cuando se representa, en la época del año señalada por la costumbre, el conocido drama de Zorrilla.

Fuera de contados artistas músicos y de unos cuantos aficionados inteligentes que han podido oir el *Don Juan*, de Mozart, en el extranjero, ¿quién da alguna importancia en España al *Dissoluto punito?* ¿Qué cantos de esa obra sublime son aquí, ya que no populares, al menos conocidos? ¿Dónde se ve algún número de *Don Juan* sobre el piano, mueble hoy tan común en las casas de la clase media como el antiguo modesto estrado de la sala de recibo?



HERMENEGILDO ESTEBAN.

ALAS BLANCAS Y ALAS NEGRAS
ANTONIO SUSILLO.

¿Qué maestros enseñan á sus discípulos, entre las romanzas y arias á la moda, los cantos de Zerlina, D.ª Ana, D. Octavio? ¿En qué teatros españoles figura *Don Juan* de Mozart como parte integrante del repertorio?

Ni aun en el teatro Real de Madrid, tan concurrido, favorecido y hasta mimado por la parte de nuestro público más culta, más aristocrática y más presuntuosa, en punto á bellas artes, tiene *Don Juan* todavía domicilio estable y digno de sus méritos. En un período de treinta años sólo se ha representado esa ópera en cinco temporadas, y en cada una de ellas tres ó cuatro noches, sin despertar el entusiasmo, ó al menos la atención, de la generalidad de los concurrentes, poco dispuestos á tomarse el trabajo de estudiar lo que desde la primera impresión no pueden comprender, apreciar ni sentir.

Y pasa un año y otro año, y la obra maestra de Mozart sigue siendo para la casi totalidad de nuestro público arca de siete llaves, de cuyo contenido no se sabe siquiera lo bastante para excitar la curiosidad y mover el ánimo á la empresa de hacer saltar las cerraduras.

Esta indiferencia del público español, hay que decirlo en su descargo, no está motivada exclusivamente por el atraso de su cultura. En primer lugar, aun en los países más adelantados, las obras artísticas de la grandeza estética, permítaseme la frase, de *Don Juan*, tardan en ser apreciadas por su verdadero valor, y en hacerse populares, mucho más que las obras medianas. Las que el público acoge desde luego fácilmente, y hasta con entusiasmo, son aquellas obras que en su fondo no ofrecen misterio alguno, las que no sobresalen del nivel de la época y, ante todo, se adaptan á los gustos y á las opiniones dominantes. La historia general del arte está llena de casos de portentosos éxitos logrados por obras de poquísimo valor, que pasan pronto y mueren en el olvido más profundo, y de creaciones verdaderamente admirables que, recibidas al principio con indiferencia y hasta con hostilidad, han ido luego conquistando la opinión y el aplauso, por manera lenta y progresiva. Y el entusiasmo con que algunas de esas grandes creaciones han sido á veces desde el primer momento acogidas se ha debido principalmente á aquellas partes de las mismas que se conformaban con el modo de ser y las aficiones circunstanciales de la época, no al fondo de belleza esencial y perdurable, el cual ha ido siendo después percibido y aquilatado por la atención y el incesante estudio de los hombres más educados y preparados para comprender y sentir lo eternamente bello.

La obra maestra de Mozart, como todas las grandes creaciones artísticas del genio humano, necesita una preparación en nuestro público, al que algunos accidentes secundarios de forma musical externa, pasados de moda, dificultan la percepción del fondo. Y si á esta dificultad se agrega una ejecución detestable por parte de los principales personajes, un aparato escénico mezquino é impropio, y una dirección del conjunto ininteligente ó descuidada, el efecto de la representación ha de ser necesariamente de indiferencia, y hasta de repulsión, en el público.

He presenciado las *ejecuciones* de *Don Juan* en las cinco temporadas en que se ha puesto en escena, desde la inauguración del teatro Real hasta el día. Antes de 1850 no tengo noticia de que se haya representado en Madrid más que en la temporada del año 1834, siendo mal recibido entonces, hasta el punto de que la generalidad del público, según testimonio de un periódico del tiempo, prefería á esta obra cualquiera vulgar tonadilla.

Pues bien: en las representaciones posteriores á 1850, con raras excepciones, todo me ha parecido verdaderamente deplorable. Los cantantes, la orquesta (tan excelente, sin embargo, en el teatro Real), ejecutaban esta divina música sin comprenderla y sin amarla, como quien desempeña una función mecánica molesta y hasta desagradable. El pobrísimo aparato, la impropiedad de los trajes, todo contribuía á destruir la ilusión escénica. La obra de Mozart no es sólo *música*, es *drama*, en el que aquélla se halla, por decirlo así, encarnada, y constituye con el drama unión estrecha é íntima, que requiere conjuntamente en los representantes las perfecciones del actor y del músico. ¡Cómo había de poderse producir en el espectador la impresión artística completa y total cuando, por ejemplo, en las trágicas escenas de la exposición, veíamos á D. Juan y á D.ª Ana cantando inmóviles, en vez de luchar desesperadamente, como lo hacían García y la Malibrán; á D. Juan cubierto, para ir á tan temerosa y secreta aventura, con una gran capa roja, plumas blancas en el sombrero y espléndido uniforme de gala, adornado con el toisón de oro! ¡Cómo tomar en serio á un Comendador que canta tranquilamente en pie, con una estocada mortal en el pecho, en tanto que D. Juan, con no menos fría tranquilidad, dice que ve *l' anima partir* del seno palpitante del herido, el cual se acuesta pausada y cómodamente cuando ha concluído de decir su parte en el maravilloso terceto de bajos con que termina el desafío!

La emoción estética ante la obra de Mozart no puede producirse, en los que la oyen por vez primera, cuando al signo grandioso y perverso de D. Juan, aquel carácter de pasiones insondables y desenfrenadas, se les presenta bajo las apariencias de un gomoso de nuestros días ó de un fígaro bailarín, en compañía de Comendadores sin voz, de Leporellos sin gracia, de Anas frías y desmayadas, Elviras aprendices de canto, que viajan por el mundo descotadas, y Zerlinas picarescas. Y la tragedia, terrible maravilla de la última escena, la he visto terminar en el teatro Real, unas veces llevándose el Comendador á D. Juan al infierno, por escotillón, y otras yendo D. Juan, por su pie, á meterse dentro de una quisicosa que en el fondo de la escena se aparecía, ventana ó boca de cajón grande, en cuyo interior daban vuelta unos cilindros de subido color rojo, que sólo despertaban en el ánimo del espectador recuerdos de horno metalúrgico ó de panadería.

. . . . . .

Isabel Rodrigo

La Explosión de Palma.

Todas las catástrofes espantosas, y especialmente las sustraídas á la humana previsión, inauguran una gran serie de heroismos nobles y perseverantes, que la caridad cristiana se encarga de ejecutar con espléndida generosidad, para remediar los infortunios, aliviar los dolores y curar las desventuras, que aquellas dejan en pos de sí.

El Cura Sánchez

¡CARIDAD!

No, no sería habitable este triste valle de lágrimas sin la hermosa Caridad, la Caridad divina, que, con alas de oro, acude siempre en los grandes conflictos.

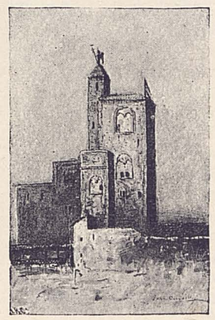
¡Bendito ángel, ante el que con gratitud nos postramos!

Carlos Soler Argüés

Doctrina agustiniana es que cada día debe salir de este mundo un pecadero, y el agustino Fray Luis de Villanueva, santo hijo mío por antonomasia, enseña que como los ricos viven mas del regalo que de practicas austeras no parece quedarles otro arbitrio para redimir sus pecados que la libertad de la limosna.

Fr. Tomás, Obpo de Salamca

ELISEO MEIFREN.



O'NEILL.

L. CERDÁ.

DE UN LIBRO INÉDITO

La claridad incierta de la aurora
Anuncia el día nuevo,
Como del alma la mortal tristeza
Anuncia la desgracia que tememos.
Si es el fulgor del alba
Nuncio del sol que alumbra el universo;
Si todo cuanto el alma ha presentido
Reälizado vemos,
Y si es la dicha un sueño del espíritu
(Ya que nadie la ha visto más que en sueños),
¿No ha de llegar también á realizarse
Este dulce y tenaz presentimiento?

Ricardo Sepúlveda

DOS EXPLOSIONES

La naturaleza y la humanidad se rigen por idénticas leyes, ostentando fenómenos de una misma índole, fenómenos marcados con el sello de una misma fisonomía.

No es de extrañar semejante analogía. La humanidad, en razón de significar la humana naturaleza abstraída de entre el sinnúmero de otras naturalezas específicas que adornan la creación, forma parte integrante de la naturaleza universal, estando sujeta, por tanto, á las leyes generales que enfrenan la total actividad del universo.

La naturaleza humana, misteriosa y sublime aleación del espíritu con la materia, participa por ésta de las condiciones y leyes de la naturaleza material.

El universo corpóreo, el mundo de los mundos, el macrocosmo, se rige, principalmente, por dos fuerzas materiales antagonistas: la *atracción* y la *repulsión*. El hombre, mundo en miniatura, microcosmo, rígese igualmente por dos fuerzas morales antitéticas: el *amor* y el *odio* en vez de sus semejantes.

En el universo corpóreo, la *atracción* es fecundidad, es orden, es vida. Es *fecundidad*, porque mediante ella únense átomos y moléculas en afinidad química, para engendrar toda suerte de sustancias materiales. Es *orden*, porque merced á ella mantiénense los satélites en el círculo atractivo de sus planetas, los planetas en el círculo de sus soles, los soles en el círculo de sus nebulosas, manteniendo el equilibrio dinámico del mundo sideral. Es *vida*, porque el desarrollo de ésta, sobre reconocer por principio la atracción sexual, requiere constante atracción asimilatoria, en vez de los átomos nutritivos y reparadores.

La *repulsión*, al contrario, es esterilidad, es desorden, es muerte. Es *esterilidad*, porque estableciendo divorcio entre átomos y moléculas, origina descomposición en las sustancias materiales. Es *desorden*, porque desbaratando agrupaciones y sistemas astronómicos, produciría el desquiciamiento del universo. Es *muerte*, porque introduciendo la disociación entre los elementos químicos que integran los organismos vivientes, determina la descomposición cadavérica.

También en la humanidad la fuerza sentimental *atractiva*, ora se denomine «caridad», ora «amor», ora «fraternidad», es abundosa fuente de fecundidad, de orden y de vida. Á impulsos de ella agrúpanse los hombres, constituyendo sociedades, gremios, compañías y sindicatos, con objeto de aunar sus esfuerzos individuales y obtener más *fecundos* resultados. Merced á ella, súmanse las familias en poblaciones, las poblaciones en provincias, las provincias en naciones, cimentando el común bienestar sobre la sólida base del *orden* político y administrativo. Mediante ella, únense los individuos en familia, semillero de *vida* y plantel de afectos los más dulces y acendrados, como lo son el afecto paterno, el filial y el fraterno.

La fuerza sentimental *repulsiva*, al contrario, es avieso agente de esterilidad, de desorden, de muerte. Ora responda al nombre de «odio», ora al de «egoísmo», ora al de «ambición», es inagotable criadero de rivalidades y competencias, con toda su secuela de *esterilidades* individualistas; es perenne manantial de rencores y enemistades, con todo su cortejo de *desórdenes* sociales; es siniestro generador de guerras y revoluciones, con su negra estela de *muertes* y desolaciones.

Ahora, aplicando principios y concretando hechos, ¿qué ha pasado en la capital de la Balear mayor, en aquella tan gentil y esbelta Palma, que ayer mirábase gozosa en el espejo del Mediterráneo, y hoy aumenta con sus lágrimas el caudal y la amargura de aquellas aguas?

¿Cuál ha sido la causa originaria, y cuáles los inmediatos efectos del luctuoso suceso que se conmemora en estas páginas?

¡Todo, todo ha sido obra de la malhadada *repulsión!* La fuerza *expansiva* de unos gases, desarrollados por la combustión de cierta pólvora, ha determinado la estruendosa voladura del revellín de San Fernando, sepultando bajo humeantes escombros los cadáveres carbonizados de muchos infelices obreros.

Han sido efectos inmediatos de tal siniestro los que forman el obligado cortejo de la siempre aviesa *repulsión*..... ¡Astillas, ruinas, mutilaciones, cadáveres, lágrimas, orfandades, miserias!....

. . . . . .

. . . . . .

Atendida la analogía existente entre las leyes naturales y las antropológicas, entre las leyes físicas y las morales, ¿puede esperarse un remedio para tanta miseria, un bálsamo para tanto dolor?

Indudablemente. Clásico es el principio de mecánica expresivo de la igualdad entre la *acción* y la *reacción*. En virtud de ese principio, toda *acción* física va seguida indefectiblemente de una *reacción* igual y en sentido contrario.

Si no ha de quedar conculcada la ley moral correspondiente á la física, la obra de *repulsión* vendrá necesariamente seguida de una obra de *atracción*, de una obra de amor, de una obra de caridad.

Tendremos, por tanto, dos explosiones casi simultáneas, representantes de la acción y de la reacción.

¡Como *acción*, una explosión maléfica de pólvora; como *reacción*, una explosión benéfica de caridad!

Manacor, 12 Diciembre.

Miguel Amer

CARIDAD

Sin la caridad cristiana, la vida es un desierto cuyas arenas agita el huracán del dolor, levantando nubes de polvo que ciegan nuestros ojos y secan la fuente de la dicha. En las planicies estériles del mundo no hay otra vegetación que espinas y abrojos punzadores que hieren los pies del fatigado caminante, el cual, para apagar su sed, no tiene otra lluvia ni otro rocío que los de su propio llanto.

¡Qué sería de nosotros si en medio de estas planicies no viésemos levantarse, como hostia santa, la caridad, que abre en los corazones, con más fuerza que la vara de Moisés en las rocas del desierto, la fuente de los consuelos y las ternuras! ¡Alma y vida de los espíritus desterrados! Ella es la luna de rayos dulces y melancólicos que alientan nuestro corazón y fortalecen nuestra debilidad, porque en cada uno nos envía un suspiro y una sonrisa Aquel que vino á «prender fuego en la tierra» bañándola en los perfumes y en las claridades del Paraíso.

Por ella somos hijos de un mismo Padre y miembros de esta gran familia humana que procede de Dios y debe volver á Dios purificada en la sangre redentora de Jesús, que fué en la tierra el divino amor palpitando á través de los harapos de la carne.

Ella trocó el Sinaí en Tabor, el cadalso en trono, el desierto en pensil, el circo romano en cielo, las cuchillas en palmas de victorias, las lágrimas en perlas, el dolor en plegaria, el lamento en oración; á las Magdalenas en santas, á los esclavos en libres....., y dondequiera que brilla y resplandece, huyen las sombras de todos los desconsuelos é infortunios.

Escorial.

Zacarías Martínez Agustino

JUAN BAUZÁ.

Catástrofes como las de Santander y Palma avivan la fé en una Justicia reparadora de las desgracias inmerecidas. A través del misterio que vela los designios de Dios, vislumbramos compensaciones esplendidas, así para los arrebatados por la muerte cuando cumplían la ley del trabajo, como para los héroes que ofrecen la vida por salvar la de sus semejantes; y todos hallarán resarcimiento y premio en El que dispone para ser justo de la Omnipotencia y de la Bondad.

C.ª de Torreánaz

23 Dicbre. 1895.

J. M. Galván.

Todos los actos, todos los fenómenos que se realizan en este mundo, según las circunstancias en que se verifican, resultan favorables ó adversos para el hombre. Las excepciones de esta regla se encuentran principalmente en las aplicaciones de la Caridad.

Felix Llanas

Los primeros rayos del sol traen cada mañana, desde las islas Baleares á las costas de España, el saludo cariñoso de los habitantes en aquellas perlas del Mediterráneo.

Hoy, cuando la desgracia aflige á nuestros hermanos de Palma, el corazón de todos los insulares les envía testimonio de amor, y coadyuva para enjugar las lágrimas causadas por el infortunio.

En esta reciprocidad de afectos y de sentimientos vive y se fortalece la verdadera unión de los pueblos.

Carlos Castel

Las desgracias individuales que se concentran en el seno de la familia, trascendiendo á contado número de personas, penetran en lo más íntimo del alma humana y despiertan sentimientos que se agigantan en la intensidad del dolor.

Las desgracias que se ciernen sobre una colectividad y extienden á lo lejos los siniestros resplandores del infortunio, encuentran en la simpatía general un lenitivo que brota de las dotes más relevantes de la humana criatura.

Entonces aparecen las almas generosas, espléndidas como el brillante sol, más grandes que el terror causado por los estragos de la maldad, del acaso ó de la naturaleza.

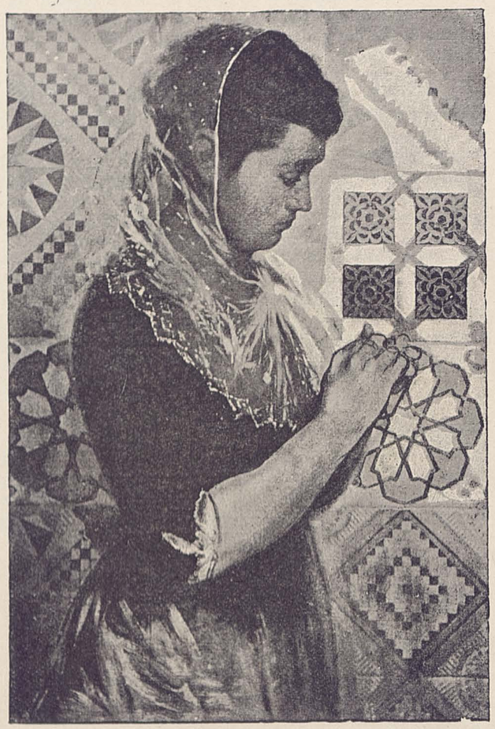
Es la ley de la compensación, que rige con soberano imperio, lo mismo los espacios infinitos que el mundo del espíritu.

Los hermanos desolados, el hijo estupefacto y la madre sin ventura, que lloran la pérdida de los seres más queridos, se consuelan tendiendo la vista en derredor y agradeciendo en su aflicción el amparo que de todas partes acorre presuroso como para sostener al que desfallece.

Un desbordamiento de caridad es lo que demanda el grito de dolor que hasta nosotros llega desde Palma de Mallorca.

M. Pastrana

José Garnelo.



RICARDO ANKERMANN.

G. TERRASA.

¡QUÉ PROBLEMAS!

CASUALMENTE resbala un caballo y se rompe una pata. «¡Pobre animal!» dicen todos. ¡Y se contristan y apenan y..... muere compadecido el caballo!

Voluntariamente se le lleva á la plaza de toros, lo monta y dirige un hombre armado de garrocha, escasa defensa para los bríos de la fiera que acomete, y cae herido y muere olvidado ó inadvertido para quienes sólo ven y aplauden la pujanza feroz del bruto, lo peligroso de la caída ó la gallardía del quite.

Casualmente se incendia un barco cargado de dinamita, se desequilibran las temperaturas y se enfurecen los vientos, chocan unos calientes y cargados de humedad con otros ó con atmósferas frías y secas, se mueve la corteza terrestre como queriendo cambiar de postura en sus quietudes seculares ó para respirar aire fresco que apague el ardor que lleva en sus entrañas, y el *Machichaco* estalla, el *Reina Regente* se hunde, Murcia y Valencia se inundan, Málaga se conmueve, y pueblos enteros quedan enterrados entre lava.

Y no se ven los cadáveres ni se adivinan las viudas, los huérfanos y la miseria en que se resuelven esas grandes catástrofes sin que se yergan los sentimientos de conmiseración y de caridad.

Voluntariamente intervenimos para civilizar pueblos más atrasados que nosotros, y declaramos y hacemos la guerra, y formamos los hombres para el combate; y un torpedo vuela un barco, un balazo hunde otro; son devastadas comarcas enteras y son incendiados los pueblos, y al final de estas catástrofes que preparamos, en las que también mueren gentes, enviudan mujeres y quedan niños huérfanos, se destina en el desesperante laconismo del lenguaje telegráfico una frase que exprese el número de bajas, y se lee con indiferencia..... ¡ó con orgullo, si son mucho mayores ó más sensibles las del contrario!

¡Y tenemos por cosa corriente el bombardeo de un pueblo, del que salen ¡ay! los que pueden, y quedan dentro no sólo personas inermes, sino acaso quienes simpatizan con el sitiador, y ancianos desvalidos, y débiles mujeres y desamparados niños! ¡Pues allá va contra cualquiera de ellos esa bomba, cuyos pedazos arrancarán el alma de una madre, hiriendo el pecho que amamantaba en aquel instante al hijo respetado por crueldad, para que pueda decir que se llevó, con las últimas gotas de leche, los últimos latidos de aquel otro corazón suyo, que se inmovilizaron sus labios con el frío de la muerte, y que, buscando la vida, chupó inconsciente el cadáver de su madre!

Acaso esas víctimas sean atendidas por los suyos; pero servirán á los del otro campo para aumentar la suma de las bajas del adversario, y..... ¡ya será gran consuelo el que excedan á las propias!

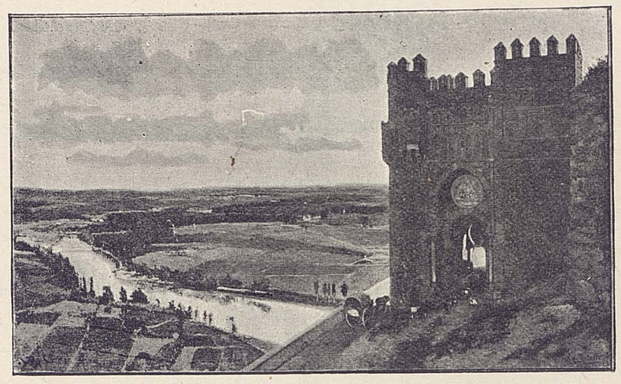
Contra las desgracias casuales ó fortuitas protestan siempre nuestros sentimientos generosos.

¡Para iguales infortunios preparados por nosotros somos..... casi insensibles!

¿Por qué?

Mientras nos lo dicen, ¡llevemos algún consuelo á los desgraciados de Palma!

Amós Salvador



A. DE BERUETE.

Una alegría, en ocasiones, arranca lágrimas por lo inesperada. Ante una gran desgracia jamás se llora: sólo se sabe sentir.

Casimiro Forester.

PULIDO.

POR QUÉ?

Cuando dulce y sosegada
Posa la muerte su mano
En la frente del anciano,
Ya hacia la tierra inclinada;
Cuando en lámpara agotada
Sopla con mansa tibieza,
Dobla el hombre la cabeza
Ante el misterio divino,
Cumplimiento del destino,
Ley de la naturaleza.

Cuando viene á quebrantar
Las cadenas del dolor,
Al rendido gladiador
De la vida á libertar;
Cuando brinda en el pesar
Su bienhechora quietud,
Ó á la oprimida virtud
Cual redención se presenta,
Es refugio en la tormenta
Y en el naufragio salud.

Mas cuando, aleve y traidora,
Del dichoso la mansión
Asalta como el ladrón,
De improviso y á deshora;
Cuando implacable devora
La promesa, la esperanza,
Y en la noche eterna lanza
Juventud, genio, alegría.....
Es una horrible ironía
Y una pérfida asechanza.

Sin medir valle y pradera
No da en el mar la corriente,
Ni baja el astro á Occidente
Sin trazar su órbita entera;
No se hiela en primavera
La flor, ni enmudece el nido,
Y el hombre, que ni al olvido
Su inútil despojo cede,
El hombre tan sólo puede
Morir sin haber vivido.

Emilio Ferrari

IMPRESIONES

Timete Deum.
(Apocalypsis, c. XIV, v. 7.)

Ante la tremenda explosión del polvorín de San Fernando, como en todas las crisis de la vida, el hombre se conmueve profundamente y descubre los sentimientos grabados en el fondo de su naturaleza.

Nuestra sensibilidad se llena de horror, y apartamos con espanto la vista de aquellos cuerpos carbonizados, de aquellos miembros esparcidos, de aquel informe amasijo de ruinas y cadáveres.

Nuestro corazón siente surgir como un volcán de ardientes emociones.

La compasión, la ternura, la abnegación, el heroísmo, se abren paso hasta en los pechos habitualmente fríos, hasta en los caracteres al parecer indiferentes.

El espíritu, remontándose sobre la sensibilidad que se lastima y sobre el corazón que se emociona, adivina en ese suceso algo santo, algo grande, algo divino.

Sabe que el acaso es una palabra sin sentido.

Que lo fortuito, lo imprevisto, es sólo un accidente de la humana ignorancia.

Que todo está dispuesto y ordenado en número, en peso, en medida.

Por esto, su ojo centelleante reconoce en todo evento el dedo de Dios.

Sobre aquel montón informe de escombros humeantes y ensangrentados mira alzarse y resplandecer, como sol entre celajes de sangre y fuego, el tribunal del Juez divino, justiciero á la par que misericordioso.

Entre los gritos y alaridos de los moribundos, entre las detonaciones incesantes del no extinguido incendio, nos parece oir aquellas palabras del Salvador cuando, con motivo de la catástrofe de Siloe, cuya torre se desplomó sobre 18 de sus moradores, exclamaba: «Si no hiciereis penitencia, todos de semejante manera pereceréis.»

Sí; Dios está aquí: la desgracia, la muerte, la eternidad, cuya aparición repentina tanto nos sorprende, atestiguan su presencia adorable.

* * *

El padecimiento es por su naturaleza expiatorio y regenerador.

La prosperidad nos aleja con frecuencia de Dios; la adversidad nos retorna las más veces á sus brazos paternales.

¿Cómo es que, siendo tan seductores los placeres, sentimos desdén del que goza y veneración del que padece?

A la carcajada del necio responde el llanto silencioso y resignado que acrisola al justo y justifica al pecador.

Ved todas esas víctimas, ayer obscuras, desconocidas; hoy, heridas por la desgracia, son ya objeto de generales simpatías.

¡Son desgraciados! Ya sus defectos, sus vicios, si los tuvieron, están redimidos.

¡Son desgraciados! Ya tienen derecho para decir á los grandes, á los sabios, á los poderosos: «Apiadaos de nosotros, porque la mano de Dios nos ha tocado.»

Ese toque misterioso de la mano de Dios es lo que unge la frente del desgraciado y le consagra rey y sacerdote, dándole por trono el corazón de sus hermanos y por altar su propio corazón, en que se ofrece víctima expiatoria.

* * *

Si toda grandeza se inclina ante la majestad de la desgracia, ¿quién no sellará sus labios y descubrirá su cabeza ante la majestad de la muerte?

El nacimiento y la muerte, esos dos profundos misterios de la naturaleza, según se les rodea de veneración ó de desprecio, señalan el grado de grandeza ó degradación de los pueblos.

Para el impío, el nacimiento es planta que brota de la corrupción; y la muerte, fruto que se reduce á corrupción y podredumbre.

Para el creyente, el nacimiento es flor que se abre á la luz del día entre resplandores de inocencia y aromas de virtud; y la muerte, estrella que sube al firmamento, y allí se fija y brilla por eternidades.

La Religión bendice la cuna y la sepultura; viste de blanco al recién nacido, y eleva en nubes de incienso sus plegarias por los difuntos.

La muerte es como el heraldo de Dios.

Si se presenta á nuestros umbrales, es que el Señor quiere visitarnos.

Si rompe lazos, es para dejarnos en libertad; para que el alma, naturalmente cristiana, se remonte á su destino.

Tétrica, obscura, tenebrosa, juzga el vulgo á la muerte; y es, en realidad, resplandeciente y luminosa. A su luz, la razón comprende sus extravíos, la conciencia reconoce sus iniquidades, y el mortal descubre, por fin, los hermosos caminos de la paz, quizás hasta entonces para él desconocidos.

Dios llama, á veces, á nuestras puertas con la aldaba de su justicia; pero siempre sus golpes, por rudos que parezcan, son dados por la mano amorosa de su misericordia.

No conocíamos á las víctimas, no teníamos entre ellas parientes ni amigos, y todos los mallorquines los hemos llorado como hermanos, hemos orado por ellos como si estuviesen unidos por estrecho lazo de familia.

Es que en la muerte, con el temor de Dios, se aprende también el amor al hombre.

* * *

Á la desgarradora escena del polvorín humeante dadle por margen el infinito: la instantánea explosión oidla repercutir en la eternidad; desviad la mirada de los cuerpos mutilados, para seguir el vuelo de las almas por los espacios, y ved qué cuadro os resulta tan sublime, tan pavoroso.

¿Por qué temer la muerte si nos lleva á la inmortalidad?

Pero ¡cuán inseguro, cuán peligroso debe de ser morir de repente, sin aviso, sin tiempo, sin preparación!

Bienaventurados los que, recogidos con vida, han podido, entre angustias y torturas, ver venir la muerte y prepararse á recibirla.

¡La eternidad!

Ante ella todo es pequeño; todo es nada.

El mundo parece grande, y es un átomo apenas perceptible, que flota en el espacio sin límites.

La vida parece larga, y es una sombra que se desvanece en un instante.

Pero Dios engrandece nuestra pequeñez; Dios eleva nuestra nada. En esa pequeñez cimenta su trono; en esa nada hace reverberar su gloria.

Si ese átomo del mundo, que vuela, iluminado por la mirada de Dios, nos lleva á los linderos del cielo, ¿qué nos importa saltar á aquellas playas felices por el fuego ó por el agua?

Si en ese momento de vida negociamos un reino eterno, ¿qué nos importa se haya pasado entre los horrores de una catástrofe, ó entre sonrisas y agasajos de seres queridos?

Temamos á Dios; adoremos al que es Señor de la vida y de la muerte, del cuerpo y del alma, del tiempo y de la eternidad.

Ante ese centenar de desgracias, de cuerpos inertes, de almas lanzadas por los caminos del otro mundo, temblemos por los juicios del Señor, compadezcamos á nuestros hermanos, y oremos por nosotros mismos, clamando:

Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal.

Líbranos, Señor, de todo mal.

Palma, 12 de Diciembre de 1895.

Miguel Maura Font

LAS CLASES PASIVAS DEL TRABAJO MANUAL

Los nobilísimos esfuerzos hechos para socorrer á las víctimas de las recientes catástrofes no han reparado éstas por completo. De ello pueden dar testimonio los que hayan visitado la ciudad donde tuvo lugar la explosión del *Cabo de Machichaco*, ó recorrido los barrios donde radican los hogares desamparados de los náufragos del *Reina Regente*.

APELES MESTRES.

Y es que los movimientos generosos ó arranques de un día sirven para aliviar, no son eficaces para remediar las grandes desgracias, cuyas tristes consecuencias, sólo por una acción con continuidad y regularidad ejercida mediante la conjunción del esfuerzo individual, la cooperación del círculo en que se vive y se trabaja, y la asistencia del todo social, pueden borrarse.

La tragedia de Palma de Mallorca, esencialmente obrera, después de otras repetidas y dolorosas, podría ser punto de partida para la adopción de medidas previsoras contra las desgracias á que están expuestas las clases trabajadoras. Como las más eficaces pueden considerarse el seguro obligatorio de la vida, la consagración de la solidaridad de la industria por la responsabilidad colectiva de los capitalistas—ó de capitalistas y obreros, si se quiere, en justa proporción de sus haberes,—para la indemnización por los accidentes del trabajo, y la ayuda normal del Estado á las obras é instituciones de reforma social.

La forma tutelar del seguro de vida obligatorio—que se impone por ineficacia manifiesta del buen ejemplo y de la libertad para remediar toda miseria inmerecida — está aceptada, no sólo por la republicana Suiza (art. 34 de la Constitución federal, modificado por *referendum* de 26 de Octubre de 1890), sino por países como Alemania y Austria, en que dominan las tendencias conservadoras y en que está vivo el antiguo régimen (leyes alemanas de 15 de Junio de 1883, 6 de Julio de 1884, 28 de Mayo de 1885, 5 de Mayo de 1886, y austriacas de 28 de Diciembre de 1887 y 30 de Marzo de 1888).

Anunciaron los partidarios del *laissez faire*—Mr. Léon Say á su cabeza—que la industria alemana, volviendo á la Edad Media, tomaba rumbos funestos y entraba en período de decaimiento en beneficio de sus rivales, fieles á lo que se ha llamado la libertad individual y de contratación, y el respeto á la iniciativa privada. Y, á pesar de tales predicciones, la industria alemana soporta bien la carga del seguro de 12 millones de obreros—que garantiza contra la miseria por enfermedades ó accidentes, á la mitad de la total población del Imperio, sostenida con los jornales de los asegurados,—continúa en creciente desarrollo y derrota en el mercado internacional á sus concurrentes, en tales términos, que cada día se ven obligados á adoptar nuevas medidas de defensa.

M. P. DE CAMINO.

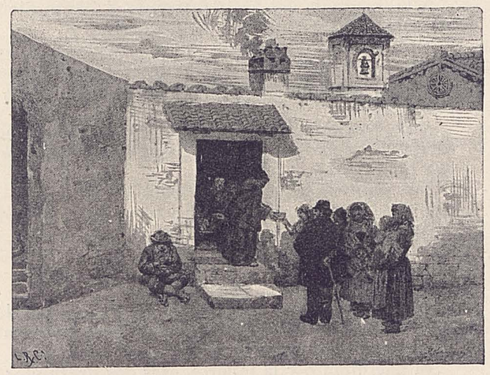
M. A. TRILLES.

Desde que el emperador Guillermo I hizo su famoso mensaje de 17 de Noviembre de 1881, el principio de que la indemnización por los daños ó accidentes que sufren los obreros son pérdidas de la industria ó disminución de los beneficios generales distribuíbles entre los empresarios, ha entrado en el derecho positivo europeo y tiende á reemplazar la antigua doctrina de la responsabilidad condicional del patrono del Código de Napoleón y la intermedia de la responsabilidad en todo caso, á menos de prueba de falta del obrero, que informa la ley suiza de 1.º de Julio de 1875, por el sistema de responsabilidad incondicional, como medida, no de represión, sino de beneficencia.

Adoptado tal principio en toda su integridad en Alemania, las asociaciones ó gremios de empresarios funcionan como sociedades de seguros mutuos. Los daños por siniestros se reparten entre todos, mediante cuotas anuales. Si el Estado no es asegurador, como quería el canciller Bismarck, es contraasegurador, garantiza á las compañías. En Austria se crean recursos en el momento en que la deuda nace, constituyendo capitales destinados á producir las pensiones debidas, conforme á tablas de mortalidad. Ambos sistemas producen el mismo resultado de suprimir dudas y litigios sobre reparación de los daños.

La amplia y generosa cooperación del Estado para el remedio de calamidades—que se combate, más que toda otra medida favorable á los obreros, por los enemigos del socialismo cristiano y de la cátedra,—no tenemos que buscarla en ejemplos extraños; es un hecho aceptado entre nosotros: el dinero del contribuyente va, por mediación del Tesoro, á manos de los necesitados, sin otra oposición que la hecha en el terreno meramente doctrinal y teórico, no en el de las resoluciones de gobierno, por los pocos individualistas ortodoxos que aun quedan.

El uso ha establecido la contribución de la desgracia, que, con triste periodicidad, viene pagándose durante los últimos años en todo el país, merced al desarrollo de la información por el periodismo moderno, que universaliza los dolores de una región ó de un pueblo y hace oir á distancia los quejidos de los que sufren; sólo falta guiar y encauzar los sentimientos de solidaridad que, por fortuna, existen en los moldes de mecanismo financiero, que podría ser un impuesto análogo á las contribuciones inglesas de pobres (*poor rate*) ó escolar (*school board rates*), y á la tasa militar de Suiza y Francia: impuesto especial, administrado con independencia de los demás recursos públicos, por un alto Consejo, é invariablemente aplicado al socorro de las desgracias y á la subvención de instituciones de seguros de obreros contra riesgos de enfermedad, de muerte ó de invalidez para el trabajo.



JULIANA.

18 de Diciembre de 1895.

R. Torres Campos

NADA MUERE Y TODO ACABA

¿Por qué espanta la muerte, si no muere
Nada sobre la tierra?
Sólo hay cambios de forma, y condenados
Están á vida eterna,
De modo positivo, indiscutible,
Espíritu y materia.

¿Por qué espanta el dolor, si sentimiento
No hay que durable sea?
Así como las dichas, los pesares
Que el corazón anegan
En ondas de amargura....., todo acaba.....
Por ley de la existencia.

Triste es la vida; mas contiene algo
De suprema belleza:
La caridad humana, que tejiendo
Invisible cadena
De eslabones de amor, une á los hombres,
Y hasta el Edén los lleva
Del más puro deleite: el de las almas
Que en su propia hermosura se recrean.

JUAN FUSTER.

María de Belmonte

Enfermedad española
Que ningún Gobierno cura:
Dictar muchísimas leyes
Para que nadie las cumpla.

José M.ª Nogués

JOAQUÍN SOROLLA.

DE UNA ZARZUELA INÉDITA

CANTABLE

Leonor, Carlos y coro general.

LEONOR. Supongamos
Que éste ha sido
Mi marido.
Supongamos
Que el infiel
Me abandonó.
¡Vais á ver
Lo que hago yo!

(Se encara con Carlos y le increpa con vigor y arranque.)

¡Vil, infame,
Sin mollera!
Que me huiste,
Y preferiste
La sosera
De este edén,
Donde mora
Tanta pava
Cual trajera
La pastora
De Belén.
No te goces,
¡Fementido!
¡Mal marido!
Si conoces
Lo que puedo
Con mis ojos,
Lo que enredo
Disparada,
Como hermosa
Despreciada,
Como esposa
Abandonada
Que castiga
Su desdén.
Y entretanto
Que mi llanto
No sofoco
Y no venzo
Mi rubor,
Para verte
De chorlito,
Necesito
Deshacerte
Con mis manos;
Sí, maldito
Calavera,
Tuno, hila,
Pampli: ¡toma!

(Le tira un pellizco; Carlos se queja y aparta.)

CARLOS. ¡Ay!
LEONOR. ¡Si es broma!
Pide tila,
¡Gran sasana!
¡Sin vergüenza!
¡Perro chico!
¡Culebrón!
Me parece
Que me explico
Y repico:
¡Toma, toma!
CARLOS. ¡Ay!
LEONOR. ¡Si es broma!
¡Majadero!
¡Pero pide
Más salero
Para darte
Un sofocón!
CARLOS. Sólo quiero
¡Vida mía!
Que esa sal
De Andalucía
Me sazone
Otro puchero,
Porque infiero
Que tus labios
Dirán cosas
Muy sabrosas
Al marido
Arrepentido
Que lograra
Su perdón.
¡Ay, chiquilla!
LEONOR. ¡Qué bribón!
CARLOS. ¡Te lo pido
Por Sevilla!
LEONOR. ¡Pues volvamos
Al fogón!
Si tú juras
Que me quieres,
Que te mueres
Si te miro,
Que revives
Si te toco,
Oye, ¡loco!
¡Tarambana!
No te quedes
En la Habana.....
Vén aquí;
Pues así
Ves mis ojos
Sin enojos
En los tuyos
Asomados,
Y mi pecho
Que palpita
Satisfecho.....

(Carlos quiere abrazarla, y ella se defiende débilmente.)

¡Quita, quita!
¡Por favor!
CARLOS. ¡Yo de amor
Ciego estoy!
LEONOR. ¡Quita, quita-
Te, ó me voy!
.....
.....

¡CARIDAD!

Nieblas y abismos de los mares, devastadoras inundaciones de los ríos, traicionera rebelión mantenida por los procedimientos de la antigua barbarie, pero armada con la dinamita y los auxilios de mortífera fiebre..... ¡Cuántas calamidades! ¡Cuántas víctimas!

¡Y ahora nueva catástrofe, viniendo á aumentar sangrientamente el número de los hijos que pierde nuestra patria, y de los huérfanos que necesitan pan que los alimente y misericordia que les proporcione hogar y consuelo!

En la hermosa capital de las Baleares, no lejos de la risueña playa donde jugueteando se desrizan olas que no corren á extinguir el incendio que las enrojece; torpeza, descuido ó perfidia abominable, desatan fuerzas horribles de fuego abrasador, latentes ó cautivas, como gigantes encadenados en el grano de pólvora, mientras los elementos que la componen no son turbados en su respectiva quieta posición por roce ó chispa que determine la combustión de tal mezcla.

Uno ú otra convirtieron, por malaventura, el trabajo que, á tanto riesgo, proporcionaba algún sustento de la vida, en fiera guadaña de muerte crudelísima; y entre la horrísona explosión de los montones de pólvora y de los cartuchos, y las rojizas llamas, que sofocan y abrasan, y los siniestros resplandores, que ciegan é iluminan campo de tamaña desolación, miembros arrancados violentamente extienden con el espanto la noticia de la hecatombe: desaparecen familias enteras fundidas en masas de carbón, y la agonía de los malheridos llena los hospitales de dolores que no se sabe cómo pudieron ser padecidos, cuando el ánimo desfallece al imaginarlos.

Tales y tantas desgracias, aparte la sublime economía de los fines providenciales del dolor, serán, y son, estímulos de la cristiana caridad, que aumenta y reparte generosamente los dones de su divino ingenio en proporción de las calamidades públicas y de la pobreza de nuestros hermanos.

Más que de ninguna otra provincia española, lo son de este antiguo reino de Aragón, por las empresas de nuestra historia, los hijos de las Baleares, víctimas de aquella catástrofe.

Prueben nuestros afectos y nuestras dádivas que sabemos sostener, con las obras de misericordia, la fraternidad que nuestros mayores crearon con las artes de la guerra. Hermanos por la fe y hermanos por la patria, que la misma cruz y la misma bandera que hacen sagradas las tumbas de los que han muerto obliguen nuestra caridad á desbordarse para socorro de los que aun viven.

Zaragoza, 16 de Diciembre de 1895.

Antonio Hernández y Fajarnés.

CÁFFARO.

CARTA Á LORENZO

Ayer, querido Lorenzo, me hiciste mucha falta; si no vuelves pronto, creo que me sucederá algo muy grave, porque la soledad tiene también sus aventuras y sus peligros, acaso mayores que los de las tumbas: como que te encuentras contigo mismo, que eres el peor acreedor con que puedes tropezar. Te confieso que, como los niños, empiezo á tener miedo cuando me veo solo.

Sin intención de encenderla, porque era el primer día de primavera, según los calendarios, después de comer había ido á tomar el café junto á la chimenea, apagada ya, pero no cubierta aún.

Sobre el velador, al alcance de la mano, tenía la cafetera vacía, la taza apurada, el periódico leído, el cigarro apagado y una copa con restos del veneno verde: ¡ya ves qué porvenir!

¡No puedes figurarte qué feos son los morillos en un hogar sin lumbre ni ceniza! Parecen los monstruos del fuego helador; son las esfinges de la pesadilla, tiznadas con el negro de la noche, que se asoman por un agujero de la pared á la luz del día. Una chimenea barrida es tan triste como un escenario á la luz del sol que penetra por un tragaluz, descubriéndote en el tejido de las bambalinas y en los brochazos de los bastidores el secreto de que ni Guillermo Tell, ni Otelo, son verdad. Bajo esta impresión, y como quien echa la llave á la papelera reservada, corrí la pantalla de la chimenea.

Agotada la política y el café, me puse á hacer otras dos tazas de lo último, por si viniese algún amigo, que no esperaba. En realidad, era la excusa que me daba á mí mismo para hacerlas, seguro de encontrar otra para tomarlas, con infracción de la higiene pública y privada.

Encendí el medio puro apagado y la lamparilla de la cafetera, y bien pronto el aroma vivificador me anunció que estaba concluída la operación.

Como no había venido ningún amigo, y el café es una bebida eminentemente social, que abulta la soledad, volví la vista á mi alrededor y no vi á nadie; no había ni retratos en las paredes. Entonces, la llama azulada del espíritu de vino, que había vuelto á encender para que no se enfriase el café, me sugirió una idea infeliz, como no podía menos de ser: me acordé de los espíritus, y levantando la vista al techo, exclamé, en ademán de cómico de la legua cuando increpa al destino:

—¿No habrá alguno de vosotros, espíritus en pena, que venga á hacerme compañía?

—Servidor tuyo—me contestó una voz que parecía salir de la cafetera.

Aunque creo no creer en brujas, empezaba á no gustarme aquello; pero me rehice, pensando que era la embriaguez del café, lo cual me animó á seguir la aventura, señalando al recién llegado invisible la mecedora de enfrente, cuyos balanceos me anunciaron que había sido ocupada.

—¿Puedo saber á quién tengo la honra de recibir?

—Es un deseo muy justo. Soy el espíritu de Fígaro.

En mi estupor, aunque no lo llevaba, hice ademán de quitarme el sombrero; después me asaltó la duda de cuál de los dos Fígaros sería aquél, si Larra ó el Barbero; la situación se agravaba.

—Me has llamado y aquí me tienes; siempre acudo en auxilio de los escritores cuyas obras no les producen un cuarto.

—Es Fígaro—pensé.

—Puedes decir lo que se te ofrece.

—¿A mí? Nada. ¡Como estaba tan solo y deseaba hablar.....

—Pues ¿no sabes hablar solo? A mí me ha sucedido muchas veces, porque nadie escucha más que lo que quiere creer.

¡Con qué claridad se ven las cosas desde el otro mundo!

—Ya que deseas hablar, empieza.

—No, no; principie usted.

—De ningún modo, empieza tú.

Aquel *tú* me sonaba á golpe en plancha metálica.

Nunca había encontrado tan difícil empezar una conversación, y gracias que, aguijoneado por la curiosidad, abordé la cuestión de frente.

—Ante todo, hablemos claros: ¿cuál de los dos Fígaros es usted?

—Lo mismo da, hombre, lo mismo. Un barbero no es más que un escritor que habla, y un escritor es un barbero que afeita con la pluma, sujetando al parroquiano por la nariz.

—Es el Barbero, el Barbero—dije para mí, en vista del detalle de la nariz.

Medió una pausa, por no ocurrírseme nada para empezar la conversación. Fígaro se complacía en no ayudarme. Por fin creí haber hallado un recurso.

—Se me ocurre una cosa para que pasemos agradablemente la tarde.

—Me alegro, porque hace tiempo que deseo divertirme.

—Usted dictará y yo escribiré.

—¡Apártate, Satanás!

Un vaivén de la mecedora me hizo comprender la impresión violenta de Fígaro; pero peronto volvió á quedar en reposo.

—T llamas escritor, y no sabes empezar una conversación; te crees filósofo, y no encuentras una diversión para una tarde larga. ¡Escritor y filósofo mentira!

—Podemos ir á los toros.

—Allí únicamente encontraríamos la verdad sin ficciones, porque allí la sangre es sangre.

—O vayamos al Retiro.

—¿No sabes, provinciano, que ya no llaman Retiro al Parque de Madrid? Al querer quitarle su nombre propio me parece que han quitado á sus alamedas la sombra. ¡Ya no hay Retiro en Madrid! ¡Tienes razón: escribe, escribe; yo dictaré!

Me apresuré á disponer papel y tintero, y, en la actitud de escribiente, me encogí todo lo posible detrás del mango de la pluma.

La cafetera tomó la palabra.

«ARTÍCULO DEL OTRO MUNDO.

»Por mis pecados sufro la pena de no poder elevarme de la tierra más de tres metros, con lo cual padezco los suplicios del polvo, del humo, del vaho de las cocinas, del aliento de los sótanos, del ruido de los pianos, de los yunques, de los discursos, de los aplausos, de los silbidos, de las canciones regionales de las criadas de las cinco partes de España, de las blasfemias, de las mentiras, de los estrépitos de todas las máquinas de paz y de guerra. Si los espíritus tuviésemos cabeza, ya la hubiera perdido; pero como somos todo cabeza, no puedo perderme á mí mismo. Como no tenemos bolsillo, somos todo verdad. El espíritu es todo ojos, todo oídos, todo olfato, y como no tenemos manos, no podemos taparnos los ojos, los oídos ni la nariz. Del tacto sentimos la impresión de la carne viva, porque no tenemos pellejo; del gusto sólo nos queda el hambre y la sed de justicia, porque no tenemos estómago. Comprended vosotros, los que vivís envueltos en una piel encallecida, y lleváis anteojos verdes, y algodón en los oídos, y guantes en las manos, lo que sufrimos nosotros con vuestras barbaries y vuestras mentiras.

»Cuando discurro por las calles, á cada blasfemia siento el dolor de un pisotón en los callos, y exclamo: «¡Animal!»

Fígaro observó que me había detenido con la pluma levantada.

—Escribe lo que te dicto y no vuelvas á asombrarte de palabras, porque te advierto que soy naturalista y que, para serlo, no necesito de las neurosis ni atavismos.

Continué escribiendo sin chistar de palabra ni de obra.

«El látigo del carretero, antes de hacer saltar el pelo del mulo, culpable de vejez, me desgarra en el aire, y digo con toda la vehemencia del escozor: «¡Bruto!»

»El guijarro con que los chicos rayan los zócalos de los monumentos, la espina con que sacan los ojos á los pájaros, me arañan como uñas de gato, y exclamo iracundo: «Raza de víboras, plantel de verdugos, hacen bien en no pagar al corriente á vuestros maestros.»

»Las balas de los que lavan su honor en el campo me pasan de parte á parte con todo el dolor de un dolor que no puede abrir llaga. Siempre acudo á desabrochar al muerto para ver un honor limpio, y no hallo más que una camisa ensangrentada: la sangre quita las manchas porque es mancha mayor, al través de cuyo rojo no se distingue la primitiva.

»El eterno zumbido de vuestros discursos no nos deja dormir, y nos produce el tormento del insomnio; discursos de senadores, de diputados, de concejales, de académicos, de estadistas, de médicos, de boticarios, de charlatanes callejeros, de redentores, y los golpes de las prensas subvencionadas, cuyos diarios, en la primera plana reflejan la opinión pública, y en la última anuncian el agua que hace nacer el pelo; y vosotros pagáis la suscripción y compráis el frasco.»

Al llegar aquí oí en la cafetera unos borbotones semejantes al hipo de la risa contenida, y no podía ser el café, porque estaba apagada la lamparilla. Fígaro, ó quien fuese, continuó dictando:

«Hasta esta risa que nos producen vuestras cosas, y que no podemos exhalar en carcajadas porque no tenemos garganta, es un tormento para nosotros; nos causa un dolor profundo, semejante al que sentís vosotros cuando un sorbete os hiela el paladar y los sesos.

»Entre vuestras mentiras, sólo suena á verdad la explosión de la bomba anarquista.

»Amante del sufragio universal, sufro el tormento de no tener voto por falta de cédula personal; porque no tengo persona. Amante de la libertad, no encuentro una caja de cerillas de contrabando. Amante de la que fué mi patria, no veo una muchacha con mantilla.»

—Escribe Mantilla con letra mayúscula.

«El polvo mezclado que en los paseos levantan la carroza del último Duque y del primer Barón nuevo me produce el dolor de granos de arena en los ojos; es el polvo candente que se sacude el perro de la democracia. El último Duque deja borrarse en su viejo escudo el mote y la caldera, y su joven primogénito pasa en un biciclo, caballero que ha sobrevivido á su caballo. El primer Barón extrae el azul de la sangre que chupa á los demás y que paga en papel. Los exánimes se van contentos de la Economía política porque se llevan en los bolsillos los mendrugos de sus hijos y de sus nietos hasta la décima generación.»

Fígaro se detuvo un momento; después continuó con mayor vehemencia:

«A mí nadie puede maldecirme, y para todos los que se crean parientes, para todos los que se crean herederos, para todos los que se crean acreedores, he dejado mi herencia en un papel que no se moja ni se quema, que no es moneda falsa y que renacerá siempre de sí mismo. Cada letra, como cada mata de trigo, es una gota de sudor, y el sudor se paga en oro; el papel es una moneda que no sirve más que para pagar el trabajo que no humedece la frente y el honor que no enrojece las mejillas.»

Siguió un breve silencio, al fin del cual me dijo el que dictaba:

—Pon la firma.

—Pero ¿qué firma?

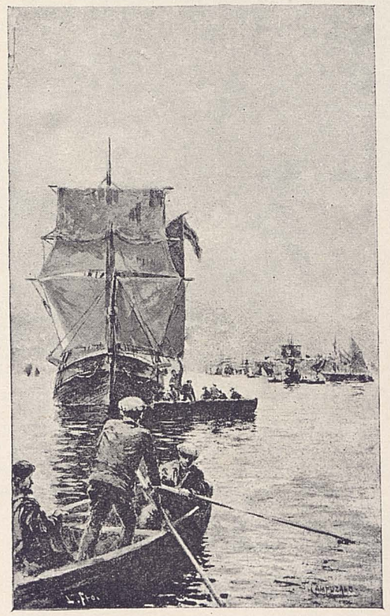
—El Barbero.

Un movimiento de la mecedora, que fué recobrando el equilibrio con balances compasados en disminución, me hizo comprender que el espíritu se había ido sin despedirse. Después del estupor alcancé la cafetera para tomarme las dos tazas que había hecho, y la encontré vacía.....

¡Si me las habría tomado yo! ¿Pudo tomárselas el Barbero? Y tú, Lorenzo, ¿qué crees, que era Fígaro ó el Barbero?

Me parece que el café se me ha subido á la cabeza.

Antonio Zozaya.



T. CAMPUZANO.

A TASCA

FRAGMENTO DE UNA POESÍA INÉDITA
TITULADA O LIÑO

IV.

Antes de tascar o liño
Poñen-o o sol pra que quenza.
Tamen o meten no forno
A quencer, s'o sol non quenta,
Y-está a punto cando á tasca
As arestas non se pegan.
Pra tascar fixan en bancos
Us coitelos de madeira
Que chaman tascos e tascas:
Tamen usan espadelas.
Cando hay tasca n'unha casa
Xuntans'as mozas d'aldea;
Arman os tascós con xeito
Debaixo d'unha pendella;
Poñense logo nos bancos
Todas a carranchaperna,
E con manadas de liño
Nos tascós, frega que frega
Van facendo d'él estrigas
E votandoas van en cestas.
Os mozos que tales dias
Ou os saben ou os ventan
Acaban logo os traballos,
Y-algus nin siquera cean,
Pra ir de noite xunt'as mozas
A limpalas das arestas.
As mozas pol-a sua parte
Agardan con impacencia
A escoitar os aturuxos
Qu' eles votan cando chegan.
—Pon ben seguro o candil,
Di unha, que non soceda
O mesmo do ano pasado
Qu' o tirou Xan da Devesa
E tivemos qu' andar todos
Pra buscalo as palpadelas.
—Non ogano está ben libre.
Como apagalo alguen queira
Hei restregarlle na cara
As estrigas ben acesas.
—Eso si non che ven Berto
—Tanto dá. Veña quen veña.
—Non s'él ven vai ter antoxos
De que lleves nuhas fregas,
E si vai cara o candil.
—Non lle deixo.
—¿Non lle deixas?
Estas falando, vidiña,
Cal si non te conoceran.
—Pois si ven queimoll-os morros.
—Anqu' agora eso prometas
Poida ser que co-as estrigas
Matel'o candil co-a presa.
. . . . . .
Estan moito tempo os novios
Parrafeando con elas,
E dempois da media noite
Cada un co-a sua parexa
Vai acompañala á casa
Por mor de que non se perda.

Jesus Alonso Montero

DOLOR SEMPER

AL EXCMO. SR. D. ANTONIO MAURA

I.

Es inútil dudar: eternamente
Se oirá la voz de la tristeza humana:
Hoy como ayer, y como ayer mañana,
El eco del dolor vibra inclemente:
En vano, en vano se alzará impotente
El humo estéril de la pompa vana:
Es la amargura de la vida hermana,
Y el mal, de nuestro ser sombra inconsciente.
Tal vez, en sus mentidas ilusiones,
Ve la luz, en su noche tenebrosa,
La razón entre pálidas visiones.
Mas son engaños de la falsa diosa:
Que la Muerte, con fúnebres crespones,
Le dice: ¡Duerme! Y al dormir reposa.

II.

Es inútil luchar: la muerte es vida
Que ennoblece el dolor de la conciencia:
Al aceptar la ley de la existencia,
Es la humana impureza redimida.
La santa convicción, enaltecida,
Ilumina el horror de la impotencia;
Que siempre, siempre su bendita esencia
Lleva el amor al alma dolorida.
No importa, no, que la implacable suerte
Hiera inconsciente nuestro triste pecho
Si el bien recibe con su herida el fuerte.
¡No tiemble, pues, el corazón deshecho,
Que celebra sus nupcias con la Muerte
Bajo la losa sepulcral por lecho!

1895.

Fernando de Antón

JOSÉ BENLLIURE.

CONSUELO Á LOS QUE SUFREN

¡DOBRE Palma! Las mudanzas del tiempo, que voltea la rueda inconstante de la fortuna, la habían despojado de sus esplendores de señora poderosa del comercio y de reina de los mares azules cuyos murmullos acompañaron las dulces canciones de los trovadores lemosines ensalzadores de su belleza.

Pero parecía que Dios la había dado, en vez de la grandeza que la arrebató la suerte, la calma bienhechora que consuela y endulza los pesares, proporcionando la tranquilidad, que es, al fin y al cabo, una ventura en medio de las agitaciones de este mundo. Y si de su Lonja no salían ricos productos para abastecer á los mercados más famosos, ni tremolaban ufanas en sus plazas las banderas de sus laboriosos y honradísimos gremios, ni resonaban bajo los artesonados de su palacio los ecos dulcísimos de los tenzones y acodaladas que animaron las fiestas en que enlazaban sus blancas manos las hermosas damas mallorquinas con las de los bizarros caballeros que formaban la corte del monarca glorioso de la Casa aragonesa; la paz reinaba dentro de aquellos muros, en que se unen á las galas orientales, que el cielo derramó á manos llenas sobre la hermosa ciudad, las joyas góticas que realzan sus timbres de española noble y su fe de cristiana fervorosa.

Las agitaciones febriles de este fin de siglo, preñado, como su antecesor, de tormentas, no llegaban á las costas pintorescas de Deyá, y las corrientes que llevan en su agitado seno las pasiones que conmueven á las naciones más poderosas de Europa se estrellaban en los riscos de Valldemosa y Bañalbufar, para no turbar el reposo de la noble matrona á la que formaron dosel, en tiempos de paz las enseñas de sus insignes gremios, y dió gloria, en tiempo de guerra, el estandarte famoso de las cuatro barras sangrientas.

Pero cuando todo estaba por allá en calma ha venido á aumentar las desdichas que nos agobiaban la terrible catástrofe que ha llevado la desolación y el estrago á la ciudad hermosa é infortunada, y la tremenda explosión que conmovió las ruinas venerables de Palma, causando multitud de víctimas y llevando la desolación y la miseria á pobres hogares, ha repercutido en nuestros corazones, que han sentido la punzante herida del nuevo infortunio.

Si España, por los propios impulsos de su alma de madre generosa y amante de sus hijos, no corriera á remediar las desgracias, tendría que hacerlo por deber ineludible.

Palma ha dado tanto, y ha pedido tan poco, que bien merece que nos unamos á ella en su dolor y la consolemos y socorramos en su desventura.

La pena es menos intensa cuando se comparte con hermanos, y las catástrofes menos terribles cuando la caridad acude á recoger al huérfano, á socorrer á la viuda, á cuidar al herido.

Cuando el que sufre sabe que no está solo, que hay quien se interesa en sus desdichas, siente disminuir su infortunio.

Hemos rezado por los muertos; atendamos ahora á los vivos, que necesitan del amparo de su madre, la patria, y del socorro de sus hermanos; esto es, de todos los que nos hemos enorgullecido con las glorias de aquella historia tan llena de grandeza y con las bellezas de aquella comarca tan pródiga en encantos.

Madrid, Diciembre de 1895.

Emilio Castelar

LA NOCHE DE NAVIDAD

(BALADA BRETONA)

HAY una noche en el año
En que no duerme el rebaño,
En que en torno del hogar,
En divertida vigilia,
Oye unida la familia
La nevisca gotear.
Todo el que de hierba vive
Lenguaje humano recibe,
Y en voz que nadie percibe
Suele arcanos murmurar.

Aquesta noche sombría
Es la noche en que nacía
Jesucristo á padecer;
En que hay misa en los altares,
Y parecen los pilares
En la obscuridad crecer.
Los bueyes con sus mugidos,
En su pesebre tendidos,
Forman los nombres temidos
De los que han de fenecer.

Arzur, padre de María,
La de la frente sombría,
Cuyos ojos dan pavor,
Ya sabéis....., la loca esquiva,
Siempre flaca y pensativa,
Que enloqueció de dolor,
Bajó á media noche un año
Para oir á su rebaño:
¡Ah! ¡Curioso por tu daño
Fuiste tú, pobre pastor!

DANIEL PEREA.

De manchada piel, la vaca
Fué quien en la noche opaca
El coloquio comenzó.
Tenía su acento hueco,
Repetido por el eco,
Un sonido que le heló.
«¡Mortales, afuera, dijo,
Si amáis el vivir prolijo!»
Por turno de arriba fijo,
Cada cual en pos habló.

Y el buey dijo con voz lenta
Á la vaca cenicienta,
Que á su lado oyó rumiar:
«Según brilla ya la luna,
Hermana, sin duda alguna,
Media noche va á llegar.
—Media noche suena, hermano,
Percibo el temblor cercano,
Mas..... otro rumor profano
Allá fuera oigo sonar.»

«Son pasos, la roja dijo,
Del boyero del cortijo,
De Arzur, que atisbando está;
Que en la iglesia de la aldea
En hombros, sin que él lo vea,
El primerito entrará.»
Y el buey sigue: «El jueves de esa
Llevarémosle á la huesa:
Mucho, hermano, según pesa,
Que tirar del carro habrá.»

Á la vaca gris decía
El becerro: «Madre mía,
Oigo ruido siempre más.
—Es Arzur, ella responde,
Que huyendo, huyendo se esconde,
Y la muerte va detrás.»
Tras ellos, según colijo,
La vaca negra de fijo
Debió hablar; mas lo que dijo
Nadie lo supo jamás.

Mas vino el segundo día
Y cumplió la profecía.. ..
¡Oid, curiosos, y temblad!
Arzur ¡ay! como un maldito,
Sin sacramentos, sin rito,
Expiraba en soledad.
Sobre todo el hemisferio
El día da al hombre imperio;
Mas la noche es del misterio;
Lo nocturno respetad.

José María Cuadrado.

G. BACARISAS.

¡Triste cosa es la guerra, cuando sus modernos elementos, aun reducidos á desechos y barreduras, son susceptibles de producir espantosas catástrofes como la que hoy llora Palma!

Leopoldo Barrios

La imprevisión, la debilidad, la ignorancia, quién sabe si criminal impulso, ha producido esa espantosa catástrofe que ha sumido en amargura y llanto á Palma, la hermosa capital de Mallorca, cuando, empeñada España en ruda y sangrienta lucha contra desnaturalizados hijos que atentan al honor de su madre y ante la faz del mundo la denuestan, la escarnecen y levantan contra ella la sacrílega mano armada del hierro parricida, apenas debían quedarle alientos para sentir, ni lágrimas para llorar.

Parecía natural que, venido á situación tan deplorable aquel pueblo generoso y heroico, que, después de realizar en una epopeya de ocho siglos su unidad nacional y de haber afirmado su personalidad política en Europa, descubrió, conquistó y civilizó el Nuevo Mundo, se sintiera desfallecer por tantos sacrificios, por tantas amarguras y por tantas desdichas como la divina Providencia le hizo padecer desde el principio de su decaimiento hasta los tiempos actuales.

Pero el espíritu de nuestro pueblo, siempre generoso, siempre noble, armado de su propia fortaleza, jamás abatido ni humillado, álzase sobre sus desventuras animoso, y aunque horrorosa tempestad descargue sobre su cabeza poderosas iras, y abra á sus pies el pavoroso abismo, ni su esfuerzo se rinde, ni su serenidad se amengua, ni su sensibilidad se embota.

En eso precisamente consiste el heroísmo; por eso es patriota el pueblo español, y por eso la dolorosa catástrofe de Palma ha llenado de amargura el alma de toda España, aun en medio de esta deshecha borrasca que corremos, en la cual los vendavales del regionalismo, amontonando en la manigua cubana, preñadas de estragos y de ruinas, las nubes de la ingratitud más negra, no han logrado que vacilara un punto el patriotismo español, que en los momentos actuales acude presuroso y dolorido á remediar en la medida de sus fuerzas, y con recursos por milagro todavía no agotados, la desgracia que aflige á sus hermanos de Mallorca.

Que Dios prospere y bendiga ese generoso espíritu, base y fundamento de nuestras pasadas glorias, único remedio en nuestras desventuras presentes, y esperanza única de nuestra salvación en el porvenir. Que Dios bendiga también á cuantos por diversos caminos lo sostienen, lo confortan y lo vigorizan.

Madrid, 6 de Diciembre de 1895.

Francisco A. Commeleran

JOSÉ PANDO.

JERÓNIMO DE AGUILAR

No hay historiador ni cronista de las cosas de Nueva España que al hablar de la primera expedición de Hernán Cortés no mencione á Jerónimo de Aguilar, más por las extrañas y novelescas aventuras de su vida, que por los servicios que como intérprete pudo prestar al conquistador; pues aunque todos los historiadores dicen que Aguilar fué el intérprete de los españoles al llegar á las playas de Veracruz, no se les puede creer, porque el idioma que conocía Aguilar era el *Maya*, y, fuera de la península Yucateca, ese idioma no se hablaba entre ninguno de los pueblos ó tribus de la Nueva España.

Por el año de 1511 naufragó cerca de las costas de Yucatán, en una carabela tripulada por veinte hombres y mandada por un Valdivia, que del Darien enviaba para Jamaica el famoso descubridor del Pacífico, Vasco Núñez de Balboa.

Cautivo de los indios, y tras peligrosas aventuras, llegó, por fin, Jerónimo de Aguilar á poder de un cacique, á quien el P. Cogolludo, en su historia de Yucatán, llama Kin-Cutz, el cual sujetó á su nuevo esclavo á los más rudos y desesperantes trabajos.

Así pasó varios meses, hasta que comenzó á esparcirse la voz de que Aguilar guardaba la más escrupulosa castidad; virtud que en alto aprecio tenían los antiguos habitantes de Nueva España, porque sus sacerdotes la observaban rigurosamente, y bajo pena de muerte por la menor infracción.

Dudó Kin-Cutz de la noticia, y determinó sujetar á su esclavo á una prueba, para estar seguro de si le habían dicho la verdad. Un día llamó á Jerónimo y le ordenó que fuese á una playa solitaria y poco distante, en compañía de una joven india de grande hermosura, y á la que el cacique instruyó del papel que debía representar, exigiéndola que saliera triunfante de la ponderada virtud del español.

Partió Aguilar seguido de la india, cargando una hamaca que el cacique le diera, pues debían pasar la noche en la playa y hacer la pesca al amanecer del día siguiente.

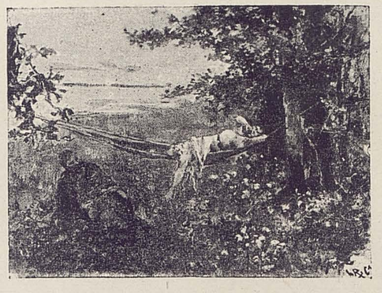
Llegaron al lugar designado. La muchacha, alegre y juguetona, suspendió de dos árboles la flexible hamaca, ayudada por Jerónimo de Aguilar, y después recostóse en ella, y comenzó á conversar con el esclavo, procurando ir poco á poco exaltando su imaginación.

Las órdenes que llevaba del cacique, el orgullo femenil empeñado en el triunfo, y el fuego que, naturalmente, se iba encendiendo en su cerebro al emprender aquella conquista, daban á la joven mayores atractivos, y más peligrosa se presentaba la situación para Aguilar.

Brillaban los negros ojos de la india, coloreábase su rostro, apoyado sobre su desnudo brazo en los ligeros tejidos de la hamaca, y su cabellera undosa se derramaba sobre su seno y espaldas. Colgando uno de sus desnudos pies, pequeño y cuidado, como son los de aquellas indias, imprimía á la hamaca de cuando en cuando una ligera oscilación.

La tarde iba muriendo: el mar azotaba blandamente la costa, produciendo un murmullo sonoro y arrullador, y flotaban en la atmósfera ligeras nubecillas teñidas por los últimos rayos del sol.

Cantaban los pájaros buscando sus nidos, y la brisa templaba los ardores del trópico. Pero Aguilar, ni veía las nubes, ni la tarde, ni el mar, ni le importaban los cantos de los pájaros, ni ninguna de aquellas poesías. Porque era una lucha terrible la que tenía que sostener. La india le llamaba cariñosamente; ponía en juego todos los ardides de una mujer apasionada, y sus encantos crecían al través de las ilusiones que despertaban en el español. Algunas veces sentía el vértigo; su sangre golpeaba en su cerebro empujada por los latidos de su corazón, y estaba á punto de sucumbir. La bestia humana le arrastraba; pero Jerónimo era lo que hoy se llama un carácter, y salió triunfante en la lucha, sin necesidad



F. MAS.

de aplicarse cauterios ni revolcarse entre las espinas, como los solitarios de la Tebaida, para librarse de tentaciones.

—Duerme—le dijo á la india;—mañana tendremos que madrugar para la pesca. Duerme, y déjame descansar aquí sobre la arena de la playa.

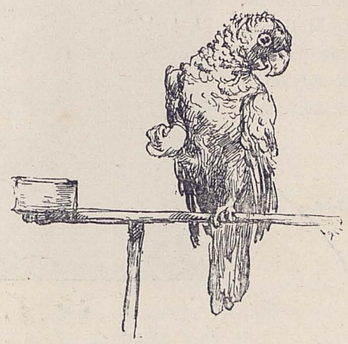
La joven comprendió que estaba vencida, y, lanzando una carcajada, que podía entenderse tanto de ira como de despecho, se volvió al otro lado y no dirigió más la palabra al esclavo.

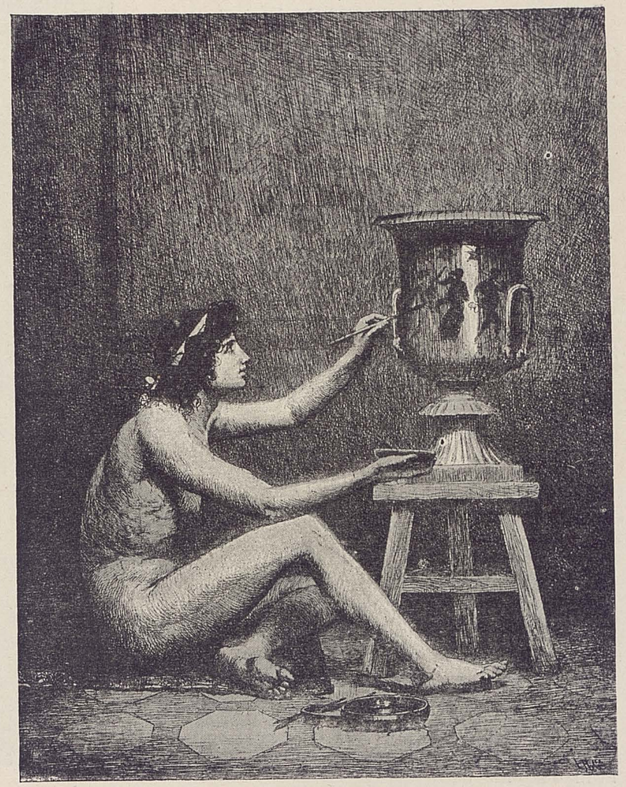
Al día siguiente la india refirió á Kin-Cutz todo lo acontecido, y desde entonces el cacique comenzó á tratar á Jerónimo con tantas consideraciones, que le hizo el jefe de sus esclavos y de su hacienda, y llegó á darle un mando de consideración en sus tropas.

Así lo refiere Ancona, uno de los historiadores más notables de Yucatán; y ya Bernal Díaz nos había contado que Jerónimo de Aguilar se educó para el sacerdocio y llegó á ordenarse de evangelio.

Ocho años después, Jerónimo de Aguilar, escapándose de su cautiverio, logró incorporarse á las tropas de Hernán Cortés.

El General Riva Palacio.

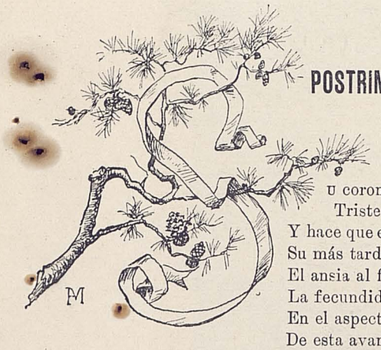




TORRAS.

El unico capital
Que á la otra vida llevamos,
Es el que en esta invertimos
En socorrer desgraciados.

M. Catalina



POSTRIMERÍAS DE OTOÑO

U corona, ya deshecha,
Triste el otoño deshoja,
Y hace que el campo recoja
Su más tardía cosecha.
El ansia al fin satisfecha,
La fecundidad ya inerte,
En el aspecto se advierte
De esta avanzada estación,
Que sugiere al corazón
Los recuerdos de la muerte.

Emigran de sus moradas
Las golondrinas leales,
Y de tierras boreales
Llegan obscuras bandadas.
De lluvias, cierzo y nevadas
Son las aves precursoras,
Que las tardías auroras
Cantando no alegrarán,
Pues con las flores se van
También las voces canoras.

Ante la noche creciente
Amengua el día, y pesadas
Las nubes aglomeradas,
Oprimen el vago ambiente.
Á la luz del sol poniente
Fingen tal vez en sus tonos
Volcanes de ardientes conos,
Incendiadas cordilleras,
Monstruos, ángeles, quimeras
Y apocalípticos tronos.

Aun pinta formas extrañas,
Cuando la noche se extiende,
Ese nublado, que enciende
Mudo el rayo en sus entrañas.
Presienten las alimañas
La tormenta ya segura,
Y el mar, que apenas murmura,
Aguarda con estupor
Al genio exterminador
Que presa grande le augura.

Tras anuncio prolongado,
Al fin, como rey tremendo,
Con furia avanza y estruendo
El temporal concitado.
Ruge el piélago encrespado,
Y espumas lanzar intenta
Á los riscos; se lamenta
El monte; aúlla el pinar,
Que, ondulante como el mar,
Agítase en la tormenta.

Y el viento, que arrecia sobre
La enorme rompiente blanca,
Sus luengas crines le arranca,
Que esparce en bruma salobre.
A dejar su choza pobre
Se aventura el pescador,
Que, entre codicia y horror,
Acecha por dar alcance
A los despojos que lance
El abismo tentador.

Ya la cerrazón profunda
En diluvio se derrama,
Y el torrente que rebrama
Las hondonadas inunda.
Del mar las iras secunda
Esa rojiza corriente,
Que lleva en su espuma hirviente
Troncos, aperos, ganado,
Con que del mar no aplacado
Los despojos acreciente.

Roto al fin su nimbo aciago,
El aquilón ya se aleja,
Que en estas orillas deja
Señales de horrendo estrago.
El sol, con tímido halago,
Serena ya el nuevo día,
Mas no difunde alegría
Sobre la tierra postrada,
Que, si sonríe, es bañada
En grave melancolía.

Volvió la paz: su faena
Prosigue el duro labriego,
Dando al campestre sosiego
Lenta y honda cantilena.
¡Cuán sugestiva resuena
Del arado la canción!
Es su nota la expresión
Del que sufre en labor ruda,
Siembra esperando, y saluda
Lejano su galardón.....

Cantar de rústica gente,
En su vaga melodía,
Concentra la poesía
Del grave tiempo presente.
Oyendo esa voz doliente
Perderse en lejano son,
Pienso en la grave estación
Que sobre este siglo avanza
Y nuestro horizonte alcanza
Con su negra cerrazón.

Carácter de otoño imprime
De este siglo á la vejez
Esa triste pesadez
Que al mundo cansado oprime.
Ni la juventud se exime
De esa íntima congoja,
Que entre placeres se aloja
En las almas y naciones,
Cuyas secas ilusiones
Tenaz un viento deshoja.

Se van, se van los poetas;
Y sin ideal, sin estro,
Un arte frío y siniestro
Turba las mentes inquietas.
¡Ay! Públicas ó secretas
Apostasías doquier,
Han hecho desfallecer
El gran sostén de la vida,
Que, yerma y entristecida,
Ya sólo aspira al no ser.

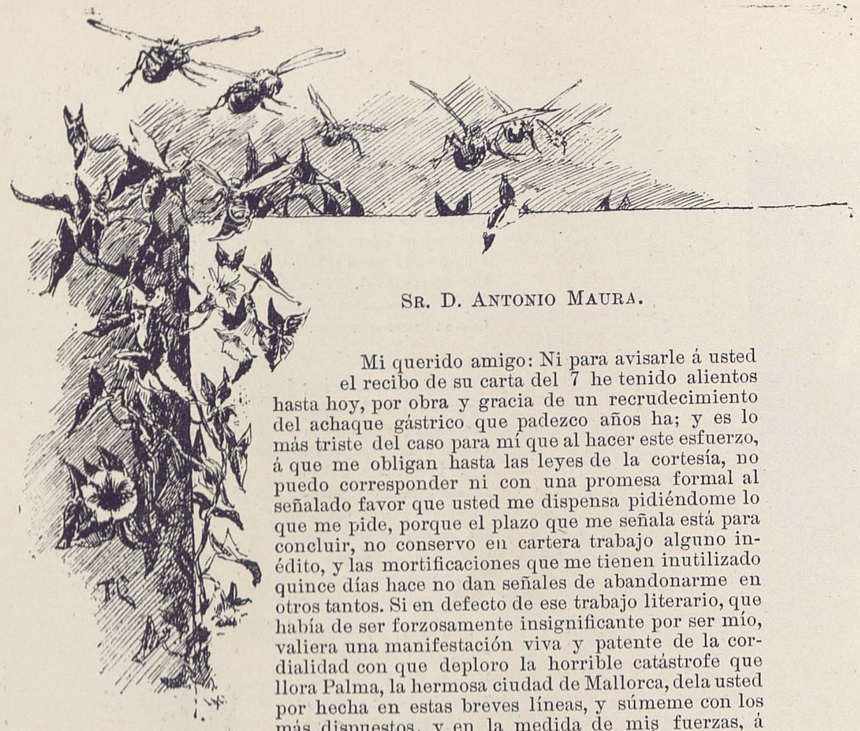
El signo otra vez asoma
De aquel otoño que, adverso,
Hizo ver al universo
La gran caída de Roma.
Es el signo de carcoma,
De ruina y disolución.....
Mas esta vez la invasión
No trae de hordas extrañas.
¡Bárbaros!.... ¡En sus entrañas
Los lleva cada nación!

En tanto, por más que espante
Ese otoño, si podemos,
Como el rústico llevemos
Nuestra labor adelante.
Y nuestro espíritu cante
Su canción que dice: «Espera,
Trabajando persevera;
Confía al surco el buen grano,
Que nunca se esparce en vano
De Dios en la sementera.»

Miguel Costa y Llobera

J. M. MARQUÉS.

HISPALETO.



Sr. D. Antonio Maura.

Mi querido amigo: Ni para avisarle á usted el recibo de su carta del 7 he tenido alientos hasta hoy, por obra y gracia de un recrudecimiento del achaque gástrico que padezco años ha; y es lo más triste del caso para mí que al hacer este esfuerzo, á que me obligan hasta las leyes de la cortesía, no puedo corresponder ni con una promesa formal al señalado favor que usted me dispensa pidiéndome lo que me pide, porque el plazo que me señala está para concluir, no conservo en cartera trabajo alguno inédito, y las mortificaciones que me tienen inutilizado quince días hace no dan señales de abandonarme en otros tantos. Si en defecto de ese trabajo literario, que había de ser forzosamente insignificante por ser mío, valiera una manifestación viva y patente de la cordialidad con que deploro la horrible catástrofe que llora Palma, la hermosa ciudad de Mallorca, dela usted por hecha en estas breves líneas, y súmeme con los más dispuestos, y en la medida de mis fuerzas, á acudir en ayuda de aquellos afligidos y menesterosos, á quienes Dios ampare con su misericordia después de haberlos probado con tan grande infortunio.

De usted siempre amigo devotísimo y admirador, q. l. b. l. m.,

J. M.ª de Pereda

LAS ZAPATILLAS

(Cuento viejo)

Labriego sin ambición,
Y ni espléndido ni ruin,
Vive el tío *Juan Chinchín*
En la villa de Chinchón.
Alegre la vida pasa,
Y es su ocupación entera
Ir de su casa á la era,
Y de la era á su casa.
Cosechero y labrador,
Nunca del lujo fué amigo:
Tiene tres viñas y un trigo,
Y seis pares de labor.

Hace cada año su agosto:
Ni triunfa ni pasa apuros,
Y tiene unos seis mil duros
Entre los granos y el mosto.
Su cuerpo, sano y fornido,
Con pardo traje resguarda,
Y su gramática es *parda*
Lo mismo que su vestido.
Su nombre de pila es Juan;
Lo de *Chinchín* es un mote:
Su apellido es *Castellote*
De los Santos y *Guzmán*.
Humilde es su condición,
Pero el origen noble es,
Y tuvo un tío Marqués
Y un bisabuelo Barón.
La suerte, en su desvarío,
Da al mundo cada mandoble,
Que hay *tío* que sube á noble,
Y noble que baja á tío.

Es una buena persona
El bueno del tío *Chinchín*,
Y su hijo mayor, Pepín,
Tiene una novia muy mona.
Novia que, con gran contento
Del padre, el chico ha buscado,
Y hace un año que se han dado
Palabra de casamiento.
Mil labores primorosas
La pobre chica aprendió,
Y al tío Juan le bordó
Dos zapatillas preciosas.
Le vinieron de perillas,
Y llegó un día por fin
Que el desdichado *Chinchín*
Se puso las zapatillas.
Esa fué su perdición,
Que al verse tan bien calzado,
Vióse al punto precisado
A comprarse un pantalón.
Y se compró traje entero;
Que el pantalón necesita
Chaleco, y éste levita,
Y la levita, sombrero.
Sintió orgullo y ambición
Al ponerse el rico traje,
Y se creyó personaje
En la villa de Chinchón.
Por lo de *tío* no pasa
Porque ya no es *un cualquiera*,
Ni va de casa á la era,
Ni desde la era á casa.
Dejó de ser labrador,
Y arrendó mal á un amigo
Los tres viñedos y el trigo,
Y los pares de labor.
Puso casa más decente,
Y el desventurado *Juan*
De los Santos y *Guzmán*
Quiso alternar con la gente.
Cuando la ambición empieza,
Nadie la ataja después:
La riqueza de los pies
Se le subió á la cabeza.
Y aunque era un hombre formal,
Llegó su locura rara
Hasta presentarse para
Diputado provincial.
Exhausta la faltriquera,
Las zapatillas maldijo,
Se peleó con el hijo
Y con la futura nuera.
Y de bajón en bajón
Murió en la miseria al fin
El pobre *tío Chinchín*
De la villa de Chinchón.
. . . . . .
. . . . . .
Las almas mejor templadas
En esto vienen á dar:
¡Á veces las pierde un par
De zapatillas bordadas!

José Jackson Veyán

Baldomero Galofre.

ANTONIO RIBAS.

PENSAMIENTOS SUELTOS

Los placeres más elevados del alma son: la fe, la justicia, la caridad, los goces de familia, las investigaciones de la ciencia y las creaciones del arte. ¡Cuántos dones debemos al Cielo!

Cuando la virtud no fuese la primera de nuestras fuerzas por su nobleza, lo sería, aun en lo meramente humano, por su origen: la razón nos la hace comprender, pero nuestra voluntad nos la hace realizar.

Renán y Littré reconocen que el Cristianismo es uno de los principales elementos de la civilización moderna: ¿dónde están la lógica y la gratitud cuando se blasfema de sus doctrinas?

En la cuestión de la democracia va envuelta la del proletariado; en la del proletariado, toda la cuestión social.

El rodillo de la igualdad sirve para aplanar; para elevar, nunca.

Cuando la democracia proclama los derechos individuales, si no les señala un límite, afirma un absurdo; si se lo señala, proclama como propia una doctrina que no le pertenece: la afirmación de la personalidad humana es la afirmación de la filosofía cristiana.

Un pueblo que tiene historia, leyes civiles y lengua propias, tiene patria.

Desdichada la nación en que los partidos políticos, cuando hay un incendio, avivan la hoguera; cuando crecen los ríos, rebajan las márgenes; cuando crujen los muros, socavan los cimientos.

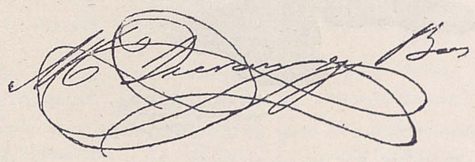
En nuestros días, de poca fe y de mucho positivismo, los hombres tienen poco valor y mucha audacia.

¿Queréis juzgar con acierto á un hombre? Oidle cuando hace el juicio de los demás.

Recorred la biblioteca de un hombre de estudio, y tendréis la fisonomía intelectual de su dueño.

El abogado debe procurar siempre que en él no desaparezca el jurisconsulto.

Barcelona, 18 de Diciembre de 1895.



Al Corazon

No porque un golpe fuerte y otro cruel
den á la pobre pena tras tormento
se embote ¡oh corazon! tu sentimiento
y á sus dolores permanezcas mudo.
La sabia mano que formarte pudo
te dió la vibracion del instrumento;
cien veces choca en el escudo el viento
y vibra las cien veces el escudo.
Con la sangre que viertes de la herida
deja correr como de fuente santa
la caridad que es gloria de la vida.
No te aniquile desventura tanta;
sé como la campana bien fundida
que á cada golpe se estremece y canta!

Salvador Rueda

ENRIQUE SERRA.

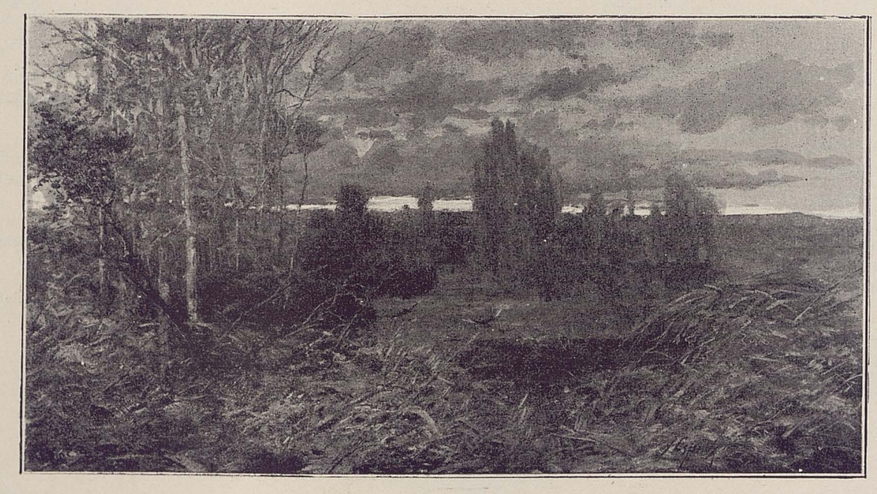
La horrible catástrofe acaecida en la capital de Mallorca me ha traspasado de dolor. Pocos, muy pocos tendrán mayor obligación que yo de asociarse al duelo que hoy aflige al pueblo mallorquín. Vientos de adversidad me arrojaron un día á la gran Balear, y vivos conservo en la memoria dulcísimos recuerdos de la hospitalidad con que me acogieron sus generosos habitantes. Solo y desvalido puse mi planta en aquella playa, y apenas había dado los primeros pasos cuando por todas partes vi manos amigas que se ofrecían á guiarme, brazos abiertos para estrecharme contra el corazón.

Al cabo de cuatro lustros, aun resuenan en mis oídos los inmerecidos aplausos que me prodigaron los socios del Círculo Católico, y, como el avaro su tesoro, así guardo yo el delicado presente con que al ilustre Quadrado, al amigo y compañero de Balmes, le plugo significarme el aprecio de los católicos palmesanos. Aun parece que fué ayer cuando, acompañado de cariñosos amigos, visitaba yo en el castillo de Bellver la prisión en que el insigne Jovellanos esgrimió su pluma contra los vicios sociales, y subía la pintoresca pendiente del Teix para orar en la cartuja de Valdemosa, y recordaba en Miramar la venerable figura del gran Raimundo Lulio, y admiraba en Raxa el riquísimo museo del cardenal Despuig, y recorría, lleno de admiración y asombro, las maravillosas Cuevas de Artá, y me deleitaba sobre el montículo del predio de Son Seguí, recogiendo curiosas petrificaciones de mariscos y divisando allá á lo lejos la islita de Cabrera y las bahías de Palma y Alcudia, y en la costa de Hospitalet me detenía á estudiar la *Cala d'homo mort* y los prolongados sonidos metálicos del legendario peñasco.

Mis apuntes de viaje están salpicados acá y allá de nombres queridos, algunos de ellos ilustres en la república de las letras: Quadrado, Aguiló, Maura, Taronjí, Pons y Gallarza..... ¡Ay! Sendas cruces, trazadas con mano trémula, me indican que muchos de aquellos amigos se han ido para siempre; otros, en cambio, han podido escuchar los ayes de las víctimas, y alguno de ellos, honra y prez del Episcopado español, pensando en la afligida Mallorca, habrá alzado al cielo sus manos suplicantes, prosternado entre el vestíbulo y el altar.

Con vosotros, antiguos amigos míos, con vosotros lloro yo, y rezo, y espero, espero que la caridad y el patriotismo enjugarán tantas y tantas lágrimas como han hecho derramar tan cruentas desgracias. En una de las calles de Manacor, llamada de la *Felicidad*, recuerdo haber visto un reloj de sol con esta inscripción: *Fuera nubes*. ¡Plegue al cielo que ni la nube más ligera vuelva á empañar la felicidad de Mallorca!

Marcelo Macías, Pbro.
Director del Instituto de Orense



JUAN ESPINA.

JOSÉ ARIJA.

Así como la mayor garantía del poder es la responsabilidad, y por los medios de acción y lo extenso y complicado de los compromisos se ha de determinar el valor de las atribuciones y el alcance de las facultades, así la primera condición de la libertad humana es la solidaridad social, y la primera consecuencia de ésta ha de ser el concurso de todos, como el complemento indispensable más que como la atmósfera propicia de la fuerza del individuo.

El grado de energía de todos esos datos, y las formas que toman esas virtudes, constituyen la característica de los pueblos y de los diversos períodos de su historia; aquilatándose su valor cuanto más al descubierto queda la acción espontánea de la sociedad, apartada de la dirección de los Poderes del Estado, y sin contar con la tutela de los elementos oficiales ú oficiosos.

Quizá ahora se da este caso. La catástrofe de Mallorca surge ante nuestros espantados ojos como un nuevo llamamiento á las energías de la sociedad española, acosada en estos últimos tristísimos días por todo género de desastres y provocaciones.....

Que nadie titubee en llevar al cestillo de las víctimas de Palma, con el óbolo de la piedad, la prenda de la cooperación y del aliento.

Madrid, 19 de Diciembre de 1895

Nicolás de Cabra

EN LA GRAN CATÁSTROFE DE PALMA

SONETO

¡Cuán insaciable á su misión se lanza
La muerte sin piedad! Del mar rugiente
Hunde en las aguas el bajel potente,
Y cien vidas y cien á herir alcanza.
Con horrenda explosión en alianza,
Acude á sus estragos inclemente,
Y, sombra suya, á desvalida gente,
Con faz siniestra el infortunio avanza.
Y ¿quién á tal catástrofe consigue
Que en su abandono, la orfandad su duelo,
De la miseria ante el horror mitigue?
Quien su amor prodigando y su consuelo,
Siempre á los grandes infortunios sigue:
La santa Caridad, hija del cielo.

Angel Lasso de la Vega

M. Peña.

J. Baixas.

El 25 de Noviembre del 95
en Mallorca

Los vientos de la tribulación, como los vendabales del desierto, dejan siempre al pasar gérmenes de vida y semillas pronto convertidas en abundancia que las desgracias muy amenudo preparan el bien de un orden superior.

Ante esas catástrofes aterradoras, ante la que hoy lloran los nobles hijos de Palma, las apasionadas humanas enmudecen, los antagonismos políticos se acallan y los corazones, muy abiertos, hacen una sola concordia para elevar al cielo las plegarias de una misma fe y derramar sobre las víctimas del infortunio los consuelos de la divina caridad.

Madrid, Diciembre, 1895.

+ Jaime, Obispo de Sión

DUELO NACIONAL

Las lágrimas que vierte el pueblo mallorquín, arrastradas por las olas del Mediterráneo, al llegar á las playas peninsulares se evaporan, elevándose en el espacio, y se condensan en opaca nube que obscurece el cielo de nuestra alegría, simbolizando el luto de que se cubren los corazones ante la espantosa desgracia que motiva justamente un *duelo nacional*.

Antolín Lopez Pelaez

Jadraque.

Un recuerdo de la catástrofe del 25 de Noviembre de 1895 en Palma de Mallorca

...Que en el noble es premio el dolor.
Fray Gabriel Téllez - Tirso de Molina -

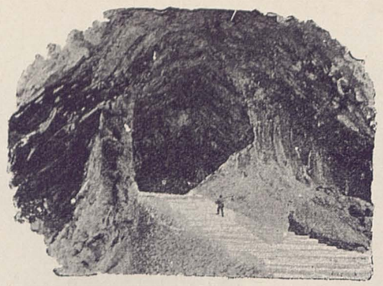
Cruzó la luz volar al estremecido
y el pueblo, presintiendo su quebranto,
con mortal ansiedad, despavorido
corre al sitio de horrores con su espanto.

Yo lo vi... y aun se erizan mi cabello,
aun siento hiela el corazon mi sangre
al recordar aquella escena... ¡aquello
cielo, nunca horrible fué la muerte!

De la inmensa hecatombe entre la hoguera
será sin duda el relato vano interés:
¿Quién da consuelo á la convulsa fuguera?
¿Quién arranca una nota á aquel lamento?

Con los que quedan, alma mia, llora,
y cúrante á su infortunio eterno, besos
¡alza al cielo, piedad, y á Dios implora!
¡Abre tus brazos, caridad, abre tus brazos!

Victor Balaguer y Cirera



UN ADAGIO DE SCHUMANN EN LAS CUEVAS DE ARTÁ

Por fin pararon los coches al llegar á la orilla del mar y en el punto donde desemboca el torrente de *Cañamiel*.

La extrañeza y asombro de los guías de las cuevas llegaron al colmo al recibir la orden de cargar con las voluminosas cajas de los instrumentos músicos, el hacecillo de atriles portátiles, el cartapacio de las partituras y el paquete de bujías.

¿Dónde diablos íbamos á dar la serenata? Y, sobre todo, ¿con qué objeto y á quién la dedicaríamos?

Desaparecieron aquellos hombres, con los instrumentos á cuestas, por la espesura de los pinares que pueblan las vertientes de los montes del *Cap Vermey*.

Al poco rato emprendimos nosotros el mismo camino, sin que ni las fatigas de la ascensión ni lo peligroso de la vereda que sigue las sinuosidades de la costa, á grandes trechos cortada á pico, á muchísimos metros sobre el mar, fueran motivos bastantes para alterar la regocijada alegría y el excelente humor de que gozábamos desde el amanecer.

Es preciso haber sido compañeros de expedición de Albéniz y Rubio, de Santos Oliver, Estelrich y Enrique Alzamora, para tener una idea de lo que son el chiste y la gracia, la discreción y el refinado humorismo.

Cuando un grupo de poetas, músicos y escritores oficia de pontifical, el burgués y el filisteo, en sus diferentes aspectos decorativos de banquero, abogado, rentista, político, título del reino, etc., etc., dan un bajón formidable.

Al llegar á la cueva, todos y cada uno de nosotros, los que habíamos visitado ya aquel antro y los que iban á internarse en él por primera vez, pagamos, ante la inmensa bóveda de ingreso, el tributo de admiración, del cual no se libra nadie..... ¡ni el filisteo!

Entretanto, los guías iban preparando las antorchas y bengalas, é inconscientemente se transformaban en personajes muy señores nuestros y de nuestra mayor consideración y respeto. ¡Cualquiera penetra en aquellas profundidades sin antes dirigir una respetuosa mirada á los prácticos!

No bien hubimos descendido á la primera sala, en la que se vislumbra todavía un resto de luz solar, cuando el chiste empezó á decaer. Pocos minutos después se declaró vencido.

Tan difícil es describir las cuevas como traducir al lenguaje la impresión que recibe en su presencia el viajero. El poeta las ha ensalzado en todos los tonos.

La realidad lo supera todo.

Un mundo de fantasías é ilusiones, recuerdos, dudas y misterios, bulle en la imaginación del menos soñador al contemplar aquel portento de los siglos. La mente atraviesa una crisis rápida y aguda, en la cual sucumbiría si no acudiera á tiempo en su auxilio el corazón. Tan luego como éste nos señala á Dios, reclinamos suavemente nuestra cabeza en el regazo de la fe. Entonces no tarda en presentarse una franca reacción que nos vuelve á la vida, mejores y más purificados.

Cerca de tres horas hacía que recorríamos los encantados subterráneos cuando, al llegar al *Salón de las Banderas*, iluminado fantásticamente por bengalas que ardían en lo alto del *Monte de las Cabras*, casi unánimes exclamamos todos: «¡Aquí!»

Se extinguieron las bengalas y encendiéronse, en sustitución, unas pocas bujías, cuya luz directa procuramos ocultar á nuestros ojos. En el centro del salón se colocaron los atriles, y junto á ellos Arbós, Rubio, Gálvez y Agudo, quienes afinaron los instrumentos, mientras los que formábamos el reducido auditorio de tan extraño concierto nos dividíamos en grupos y elegíamos, según nuestra libérrima opinión, el punto desde el cual creíamos oir mejor y gozar más intensamente. Albéniz, Uetam y otros subieron al *Monte de las Cabras* ó *Purgatorio*; Estelrich, Oliver y yo salimos al inmenso salón contiguo; los guías permanecieron al lado de los músicos.

Un momento después, á las seis en punto de la tarde en el siglo, un misterioso y grave sonido trazó una curva aérea, apenas sostenida por otras débiles voces, que, elevándose en demanda de un tema, resolvió en soberbia melodía.

¡Admirable! ¡No hay teatro en el mundo, no existe sala de conciertos ni tabla armónica de condiciones acústicas más perfectas y portentosas!

Los breves compases de introducción á la obra ideal del gran romántico se destacaron claros, limpios, sonoros, en el fondo del silencio absoluto, del silencio eterno del vacío, de la nada, del caos.

El *adagio* que escuchábamos no es la creación limitada, humana, defectuosa, del artista, sino la obra de arte de los siglos admirablemente condensada en una página inmortal, trazada sin artificios ni dobleces; mejor descubierta que inventada por el genio de Roberto Schumann.

Imposible expresar la intensidad con que escuchábamos todos el espléndido tejido de bellezas, la sublime trabazón de temas, de ritmos, de armonías, de diseños melódicos en constante movimiento, revoloteo y agitación alrededor de la melodía principal, que, hada voluptuosa, se complace en los deliquios angelicales de los genios que la festejan y les alienta é incita con sus nobles acentos. La inspiración no puede sostenerse largo tiempo á tan ideales alturas.

El misterioso y grave sonido que inició la pieza aparece inesperadamente é interrumpe la fiesta de los genios en el momento de su delirante apogeo; traza de nuevo la suavísima aérea curva; débiles voces la sostienen; flota cortos instantes en el espacio, hasta que por fin resuelve, no ya en demanda del tema, como antes, sino en demanda del reposo, que encuentra descendiendo á las regiones de la gama, de donde salió y en donde se extingue!.....

Jamás pieza alguna ha sido tan magistralmente interpretada, y, sin embargo, no sonó un aplauso. Todos permanecimos extáticos sin proferir palabra.

Al levantar los ojos y esparcir la vista por las inmensas concavidades aparecieron en el fondo de los abismos, en los lejanos extremos de las salas, en lo más alto de las inaccesibles bóvedas, imágenes y formas, ángeles y espectros, fantasmas, héroes y engendros satánicos, siluetas dantescas y divinidades mitológicas, que fueron poblando el vasto recinto. ¡Todos vimos lo mismo: que las formas se movían y cambiaban de sitio, elevándose hasta el negro techo, arrastrándose por el suelo, apareciendo y desapareciendo sucesivamente, para volver á aparecer de nuevo y continuar la solemne danza!....

Uno de los guías juró al fin que jamás reyes ni príncipes habían gozado lo que él en aquella tarde.

Nos condujo silenciosamente, por el camino más corto, á la salida de la cueva. Por el ancho boquete penetraba la misteriosa claridad del astro de la noche.

. . . . . .

Desde entonces, cuando los viajeros llegan al *Salón de las Banderas*, el guía exclama: «¡Cueva de la Música!»

Y cuando nosotros nombramos el adagio del cuarteto en *la menor* de Schumann decimos: «El *adagio* de las Cuevas »

Antonio Noguera.

LA LUNA

SONETO

Si algún tiempo la Luna fué habitada,
Y allí como nosotros han vivido
Criaturas racionales que han sentido
A Dios en su conciencia iluminada;
La atmósfera vital aniquilada,
Los seres de razón han perecido;
Mas su virtud, su ciencia, ¿dónde han ido?
Pues qué, ¿lo inmaterial torna á la nada?
Amargo pensamiento que entristece
Y lleva á meditar si, desolado
Este globo, que eterno nos parece,
El tesoro de ciencia acumulado,
Todo el orden moral también fenece,
Quedando con el hombre sepultado.

Manuel Ortí de Pineda

T. Campuzano.

CATÁSTROFES PASADAS

SR. D.-ANTONIO MAURA:

Querido señor: Con el objeto de aliviar el deplorable estado en que quedan muchas familias de Mallorca á consecuencia de la terrible y reciente explosión, tiene usted la bondad de pedirme «algún trabajo inédito de la extensión y sobre el tema que estime oportunos», para publicarlo, con otros muchos, en un álbum *ad hoc*.

Cuánto agradezco la demanda no hay para qué decirlo, tanto más cuanto que, no conociéndonos personalmente, envuelve el amable ruego de usted, como diputado de Palma, una espontaneidad que me halaga mucho y estimula mi deseo de correspondencia.

Apelará los lugares comunes pomposamente aderezados para rememorar á lágrima viva los estragos de la catástrofe, no cuadra á mi temperamento, y menos aun fantasear sobre asuntos ajenos á ella, cuando las catástrofes que padecemos en Madrid actualmente son, en el orden moral, tan luctuosas como otras cualesquiera; en el orden material, desde el terremoto de la Martinica hasta el incendio de Moscou, y presentan aspectos poco gratos para excitar el sentimiento público.

Además, las islas Baleares constituirían un mito para mí, á no ser por las maravillosas descripciones que de ellas me hicieron frecuentemente el famoso cantante Uetam y el popular maestro Marqués, naturales ambos del país de los históricos «honderos», de quienes habla Gustavo Flaubert en su estupenda *Salammbô*.

Y vea usted, Sr. Maura, de qué suerte, guiado por la asociación de ideas, he podido hallar asunto que estimo curioso é interesánte para este álbum, y que se refiere al país que usted representa en el Congreso.

Flaubert, con sus honderos baleares, me ha hecho pensar en la veneración que el ilustre autor de *Un corazón sencillo* sentía por Jorge Sand, la cual insigne literata me ha hecho recordar á la vez el relato de su estancia en Palma de Mallorca y en el convento de Valdemosa, hace la friolera de cincuenta y siete años.

¿No le parece á usted sugestivo, como ahora se dice, dar á conocer á muchísimos, que lo ignorarán probablemente, detalles del viaje de la gran novelista á las islas Baleares, acompañada del Leopardi del piano, del elegíaco de las teclas, que se llamó en vida Federico Chopín?

Asáltame, sin embargo, el temor de que los horrores que dice Jorge Sand contra los mallorquines puedan parecer extemporáneos en un álbum como éste; pero, aparte de venir á engrosar las atrocidades de todo linaje con que los franceses nos han obsequiado con tanta frecuencia como pasión, y del estado psicológico en que se hallaba entonces aquella buena señora, quedan compensados dichos horrores con las maravillas que cuenta de la naturaleza del país y del real interés que ofrecen después de más de medio siglo.

⁂

Treinta y cuatro años tenía Jorge Sand cuando, á fines de Octubre de 1838, emprendió su viaje á Palma de Mallorca, con su hijo Mauricio, su hija Solange y el pobre Chopín, con quien estaba la novelista en íntimas relaciones.

Buscando un clima propicio á la constitución endeble de Mauricio Sand y á la tuberculosis pulmonar que roía á Chopín, proyectó primeramente marcharse á Italia; pero enterada de que el clima de las Baleares presentaba condiciones ideales para los propósitos de la madre y de la amante, se decidió por Mallorca, donde llegó con toda su gente á principios de Noviembre de 1838.

Con fecha 14 de dicho mes escribía á Mme. Marbiani:

«Escribo á usted á escape; dejo la ciudad y voy á instalarme al campo: tengo una preciosa casa amueblada, con jardín y en magnífico paraje, por 50 francos al mes. Además, tengo, á dos leguas de allí, una celda, es decir, tres habitaciones y un jardín lleno de naranjos y de limones, por 35 francos *al año*, en la gran Cartuja de Valdemosa.

»Valdemosa bípedo explicará á usted lo que es Valdemosa cartuja. Es la poesía, la soledad, cuanto hay de más artista y delicioso bajo el cielo. Y ¡qué cielo! ¡qué país! Estamos encantados.....

»Al hablarnos Valdemosa de las facilidades y del bienestar de su país nos ha engañado de medio á medio. Pero el país, la naturaleza, los árboles, el cielo, el mar, los monumentos, sobrepujan á cuanto puede imaginarse.....»

A pesar de tanta belleza natural, el viaje resultó una verdadera catástrofe para los expedicionarios, los cuales, al cabo de tres meses, llegaron á Marsella después de haber sufrido un calvario que Jorge Sand ha relatado con pelos y señales, en carta dirigida á su íntimo amigo Francisco Rollinat.

Larga es la epístola y llena está de invectivas contra los míseros mallorquines. Voy á verterla al castellano con entera libertad, para que pueda formarse idea de la indignación de Jorge Sand y de las peripecias que le ocurrieron durante su malhadada estancia en las Baleares.

Téngase en cuenta que se trata de una mujer sensibilísima, rodeada de todo género de contrariedades y que llevaba á remolque al desdichado Chopín, de quien estaba enamoradísima, y sufría una dolencia mortal.

C. ÁLVAREZ DUMONT.

He aquí la carta:

«Marsella, 8 de Marzo de 1839.—Querido Pílades: Heme aquí de regreso en Francia, después del conato de viaje más desgraciado que imaginarse pueda. Después de penalidades mil y de grandes gastos, habíamos logrado establecernos en Mallorca, país magnífico, pero inhospitalario por excelencia. Al cabo de un mes, el pobre Chopín, que desde su salida de París no dejaba de toser ni un instante, empeoró, por lo cual tuvimos que llamar á un médico, á dos médicos, á tres médicos á cual más brutos (*tous plus ânes les uns que les autres*), y que hicieron correr por la isla la noticia que el enfermo estaba tísico en último grado. ¡Figúrate el espanto que produciría la nueva en un país donde la tisis es muy rara y pasa por contagiosa! Y une á eso el egoísmo, la cobardía, la insensibilidad y la mala fe de los habitantes. Nos miraron como apestados, y además como judíos, porque no íbamos á misa. El propietario de la casita que habíamos alquilado nos echó brutalmente, y quiso que nos formaran causa para obligarnos á reblanquear su casa, contaminada por el contagio. La jurisprudencia indígena nos hubiese desplumado como gallinas.

»Nos despidieron, nos injuriaron y tuvimos que pagar. No sabiendo qué hacer, porque el traslado de Chopín á Francia era imposible, vimos el cielo abierto al dar, en el fondo de una vieja cartuja, con un matrimonio español que la política obligaba á esconderse allí y que poseía un pequeño mobiliario bastante completo.

»Aquellos refugiados querían retirarse á Francia: compramos los muebles por el triple de su valor y nos instalamos en la Cartuja de Valdemosa, nombre poético, sitio poético, naturaleza admirable, grandiosa y salvaje, con el mar en los dos extremos del horizonte y picos admirables en nuestro derredor; águilas que venían de caza hasta los naranjos de nuestro jardín; un camino de cipreses serperteando de lo alto de nuestra montaña hasta el fondo de la sima; torrentes cubiertos de mirtos, de palmeras, á nuestros pies: ¡el colmo de la magnificencia!

»Pero tienen razón al erigir en principio que donde la naturaleza es bella y generosa, los hombres son malos y avaros. Nos costaba allí un triunfo proporcionarnos los alimentos más vulgares que la isla produce en abundancia, gracias á la insigne mala fe, al espíritu de rapiña de los aldeanos, que nos hacían pagar las cosas diez veces próximamente más de lo que valían, al punto de que estábamos á su disposición, so pena de morirnos de hambre. ¡No pudimos tener criados porque no éramos *cristianos* y porque nadie, además, quería servir á un *tísico!*.....

»Todo eso me hubiera parecido bien si el pobre Chopín hubiese podido arreglarse. El viento y la mar cantaban de un modo sublime al estrellarse contra las peñas; los claustros inmensos y vacíos retemblaban sobre nuestras cabezas, pero los pulmones de mi pobre amigo iban de mal en peor.....

»Chopín empeoraba de día en día, y á pesar de los ofrecimientos que se nos hacían á la manera española, no hubiésemos encontrado una casa hospitalaria en toda la isla. Al fin resolvimos marcharnos á cualquier precio, á pesar de que Chopín no podía moverse. Pedimos un favor, uno solo, ¡el primero y el último!: un coche para irnos á Palma, donde queríamos embarcarnos. Pues bien; se negaron á hacernos ese favor, aunque nuestros *amigos* tenían trenes y fortuna sobrada. Tuvimos que andar tres leguas en *birlocho*, es decir, en una carreta.

»Al llegar á Palma tuvo Chopín un espantoso vómito de sangre, y llegó á Barcelona arrojando sangre á cubos y arrastrándose como un espectro.....»

Hasta aquí los principales párrafos de la carta de Jorge Sand, carta de la cual he suprimido algunos que no ceden en nada á los traducidos.

Y aun contiene la epístola no pocas enormidades, enderezadas á Barcelona primero, á toda España después, prueba evidente del total desquiciamiento que en aquellos instantes sufría la autora de *François le Champi*, en país desconocido, y viéndose obligada á actuar de cocinera, de doncella, de *bonne à tout faire*, como dicen los franceses.

En Barcelona, la policía quiso cobrar el precio de la cama en que durmió Chopín, alegando que estaba apestada y había que condenarla al fuego. Puede fácilmente figurarse la indignación de Jorge Sand y sus insultos á los barceloneses.

La rociada general á España vale un Perú. Véase el ramillete que nos regala la excelsa señora:

«¡España es una odiosa nación!... Nadie tiene opinión propia; no hay ni idea de lo que pueda ser una convicción política..... No hay amistad, ni fe, ni honor, ni abnegación, ni sociabilidad. ¡Oh, miserables! ¡Cuánto los odio y los desprecio!.....»

¿Dónde quedan Gautier, Dumas, Mérimée y cuantos escritores franceses se han ocupado de nosotros, comparados con la insigne creadora de *Consuelo?*

¡Descansada debió quedar la dulcísima baronesa Dudevant después de tan copiosos desahogos!

Pero, lo repito: prescindiendo de que hace cincuenta y siete años las cosas se diferenciaban mucho del actual modo de ser y del arraigo que la superstición ha tenido, tiene y tendrá siempre en las gentes del campo, preciso es convenir en que las circunstancias que acompañaron á Jorge Sand durante su viaje á las Baleares eran las más á propósito para excitar la sensibilidad de la artista y dar al traste con todo espíritu de discreción.

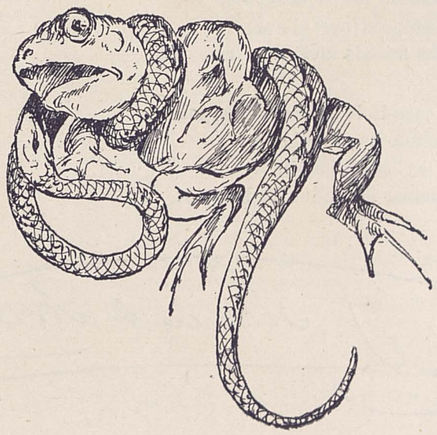
⁂

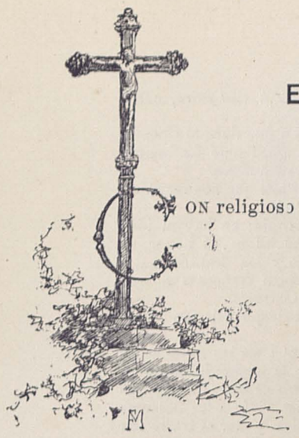
¿Habré obrado cuerdamente al recordar esas explosiones *sandías* en un álbum destinado á socorrer víctimas de otra formidable explosión? Usted, Sr. Maura, dirá.

Si estima inoportuno el recuerdo, rompa usted estas cuartillas, que, de todas suertes, patente está en ellas mi deseo de corresponder á la amable invitación de usted, que me proporciona además la ocasión de presentarle el testimonio de mi consideración y de mi respeto.

Madrid y Diciembre á 9-1895.

Antonio de Hoyos y Vinent





EL CRUCIFIJO DE MI HOGAR

Con religioso amor guardo una talla
Que representa á Cristo cuando, inerte
Y ya sin fuerzas, en la Cruz batalla
Con las fieras congojas de la muerte.

Sin forma escultural, tosco, mal hecho,
Pero la sola herencia que en el mundo
Mi madre, desolada al pie del lecho,
Recibió de su padre moribundo.

Ese Cristo, sin arte y sin historia,
Fué para el pobre hogar que le dió abrigo
Urna de bendición, fuente de gloria
Y mudo, sí, pero inmutable amigo.

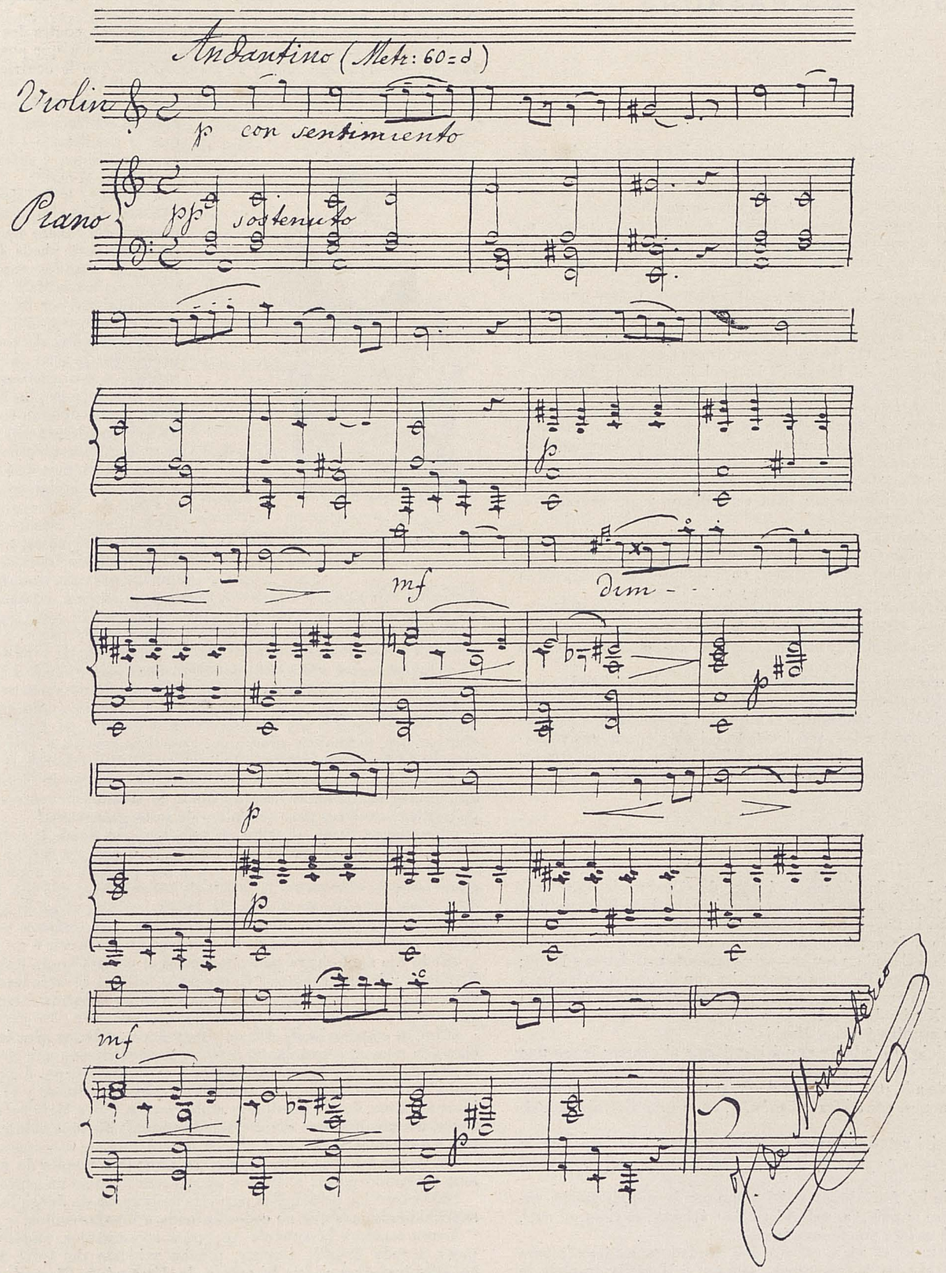
El, en la adversa y próspera fortuna,
Avivó la piedad de mis abuelos,
Doró sus dulces sueños en la cuna
Y les mostró la senda de los cielos.

Él los dió un corazón entero y sano,
Nunca sobresaltado por el grito
Del pertinaz remordimiento humano
Que acosa al criminal con su delito.

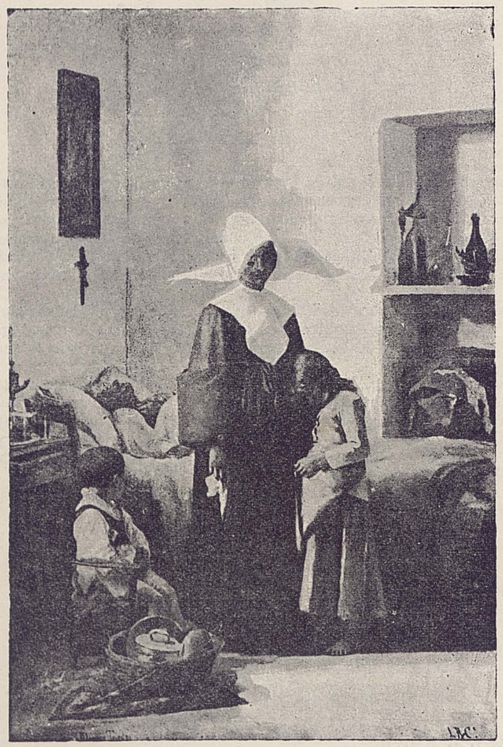
Él calmó su angustiado pensamiento
En las horas sin luz de la agonía,
Y recogió su postrimer aliento,
Y su última mirada incierta y fría.

Por él, cuando la hambrienta sepultura
Aquel honrado hogar dejó vacío,
Tuvieron ¡ay! sus hijos sin ventura
Á quien llamar llorando: ¡Padre mío!

J. Núñez de Arce.



N. Raurich.



José Alcázar Tejedor.

EL MEU ROSER

Yo tenia un rosè hermos,
Que trist plorava á s'aubada,
Mes el sol amb sa mirada
L'umplia de vius colors;
Pero ¡ay! que si gojos
Es sol al mati el dexava,
A mitx dia li secava
Ses roses que ubert havia;
Y es roser plorar volia
Y el plorar sols desitxava!

Anton Joseph Pou
y Ordinas

S. Cay.

LA PROVIDENCIA DE DIOS

EN LAS

CATÁSTROFES DEL MUNDO

Á través de las espantosas catástrofes con que á la justicia del Señor place visitar los pueblos, los ojos iluminados por la lumbre de la fe ven relampaguear los rayos de la indignación divina, y en medio de las tinieblas y el horror de desastres inauditos ven en la tribulación una nueva y misteriosa luz, que los lleva á bendecir y á adorar la mano de la Providencia del Señor, que nos llama á sí lo mismo por los rigores de su justísima indignación que por los caminos dulcísimos de su ternura. Pero, en cambio, hay otros hombres tan ciegos de entendimiento que, sin rayo de luz en la mente ni de esperanza en el corazón, se hacen á sí propios esta eterna y pavorosa pregunta, á la que nadie, fuera de la fe, puede dar respuesta que satisfaga: ¿Por qué permite ese Dios, de quien nos cuentan que es todo amor, consuelo y dulcedumbre, que tiene para con los hombres entrañas tan maternales, por qué por qué permite que amanezcan, sobre los pueblos más honrados y cristianos, días de tanto horror y luto, que dejan en la historia de las familias inagotable manantial de lágrimas en los ojos y de inconsolables tristezas en los corazones? ¿Por qué del seno de la tierra, foco perenne y madre de la vida, ha de brotar para el hombre el exterminio y la muerte, como si las fuerzas todas de la naturaleza no tuviesen más fin que aplastar al que hoy llama esa misma naturaleza rey de la creación, para pulverizarlo mañana bajo las gigantescas energías de sus elementos? En una palabra: ¿por qué, siendo Dios tan bueno, ha de permitir que los horrores y las desgracias en el orden físico, y los crímenes en el orden moral, se enseñoreen y sean los dueños del mundo?

En efecto, ante ese misterio enmudece la vana ciencia del hombre, balbucea la filosofía incrédula palabras sin sentido; y como nada sabe de eso la sabiduría humana, también sirve muy poco para enjugar tantas lágrimas y derramar consuelos perdurables sobre tan crueles llagas, ni la amistad más pura ni el corazón más generoso.

Dios puede permitir el mal moral porque, respetando así nuestro albedrío, sabe sacar de esa permisión tesoros recónditos de todo linaje de bienes; como, á su voz omnipotente, del seno de las tinieblas brotó la luz, y del caos, de la nada, salió todo cuanto existe, y es privilegio exclusivo de su sabiduría infinita enderezar los bienes y los males á los altísimos fines de su Providencia, benéfica siempre y misericordiosa; pero en el orden puramente físico y mundano permite tanto estrago, desolación y ruina, á pesar de ser tan bueno; y permite todo eso, ¿sabéis por qué? Pues precisamente las permite porque Dios es muy bueno.....

El filósofo impío se rebela, como Satanás, contra esa consecuencia; pero el cristiano, iluminado por la luz divina de la fe, dice: «Señor, yo no lo entiendo, pero sin duda es así: y yo veo, ó quiero ver, á través de los rojizos resplandores de la explosión y del incendio, ó flotando en las aguas turbulentas de la inundación y del naufragio, ó escrita con caracteres de sangre en campo de desolación y de muerte, la imagen indeleble de tu bondad, que nos llama á sí con los avisos espantosos de tu ira, y quiere ablandar la dureza de los corazones con los golpes de sus manifiestos castigos. Yo, Señor, contemplo en esos desastres desoladores el fuego de tu furor, que derrite los mármoles como cera, y oigo rugir el soplo de tu ira, que pulveriza los alcázares de la soberbia humana; pero para mí y para el pueblo que en ti cree y te ama, todas las manifestaciones de tus atributos serán siempre manifestaciones de tu Providencia amorosa.

»Porque, Señor, tú me criaste, y me criaste por amor, y el amor es la bondad, que sale fuera de sí para llevar, no la desdicha y la muerte, sino la bienandanza y la vida. Luego si me criaste por amor, tú sólo puedes en todo anhelar mi bien; y así, aun cuando me des la muerte, esa muerte será para mí fuente de resurrección y de vida.

»Por otro lado, Señor, tú eres la inextinguible luz y el infinito poder; tú, el insondable manantial de todas las energías, que fermentando bullen y palpitan en las entrañas del mundo; tú, la fuerza sin límite, unida á bondad sin medida: yo, en cambio, soy la debilidad y la nada; pues bien, la bondad y el poder infinitos no pueden complacerse en hacer sufrir á la infinita pequeñez, á la extrema debilidad.

»Luego si nos castigas, Señor, y haces vibrar sobre nuestras cabezas el rayo de tus furores, es porque tu cariñosa bondad pretende que de la amargura de la pena saquemos la medicina dulcísima de la enmienda de nuestra vida, y que por los rigores de la justicia acabemos por rendirnos á las entrañables bondades de la misericordia de tu amor.»

Así, pues, la religión es la única ciencia que tiene palabras de consuelo para las grandes catástrofes de la vida; la única que encierra explicaciones que, alumbrando el entendimiento con rayos de claridad divina, fortalecen el alma para las luchas del dolor; la única verdad que nos dice que si Dios nos prueba es porque nos ama. La madre presenta en sus brazos, cuna del amor más puro, al hijo de sus entrañas ante el cuchillo del cirujano. La compadecéis más que al tierno niño, porque su corazón sufre por sí y por el hijo de su alma. Así, á la luz divina de la fe, la tribulación no es castigo de tirano, es fuego que purifica el alma, crisol que aquilata el oro de la virtud, regalo que Dios reserva á las almas puras, prenda de su amor más regalado, corona de espinas de la santidad, y el modo divino de que transformemos, por la caridad con las víctimas, los dolores ajenos en los más puros manantiales de placer en que puedan saciarse los nobles corazones: en la dicha de hacer el bien y ejercitar la reina de las virtudes.

José M.ª de P. Barnuevo SJ

TAMBIÉN LOS MONUMENTOS

Dijérase que la gran conquista de Prometeo pesa sobre la humanidad y la persigue como una maldición. No bastaron para aplacar el terrible elemento los sacrificios que las gentes de Samotracia rindieron á los Cabiros, los frigios á los Telquines, el mundo helénico y el latino al horrible Vulcano; cual si aquellos genios ígneos y este dios infernal hubiesen querido dar pavorosa y memorable muestra de su poder destructor, y á su conjuro maligno se hubiesen reconcentrado en los antros plutónicos las hirvientes escorias que el globo terrestre encerrara en su seno, para formar un río de lava que aniquilase á los hombres, el cráter del Vesubio vomitó ese río mortífero sobre las hermosas ciudades de Herculano, Pompeya, Estabia y Tauro, y las sepultó, dando á los alegres campanianos, que dichosos las habitaban, la más espantosa de las muertes. De tan terrible catástrofe sólo se ha salvado el arte.

Es que la llama de la vida tiene su término fatal en las cenizas de la muerte; pero el arte, como producción del genio, es el único que posee el don precioso de la inmortalidad. Todo pasa; pero en los monumentos vive eternamente la memoria de lo pasado. Por ellos resucitan ante nuestros ojos las generaciones que nos precedieron, y de cuyos afanes y conquistas es producto nuestra civilización.

Sin embargo, no han faltado ni faltan hijos desnaturalizados que hayan puesto sus manos impías en las obras de arte de nuestros padres; muchas de ellas han perecido á los golpes de la barbarie, otras han sido devoradas por las llamas; que si el fuego plutónico respetó no pocas obras del arte antiguo, el que suelen provocar los hombres es mortífero para el arte también.

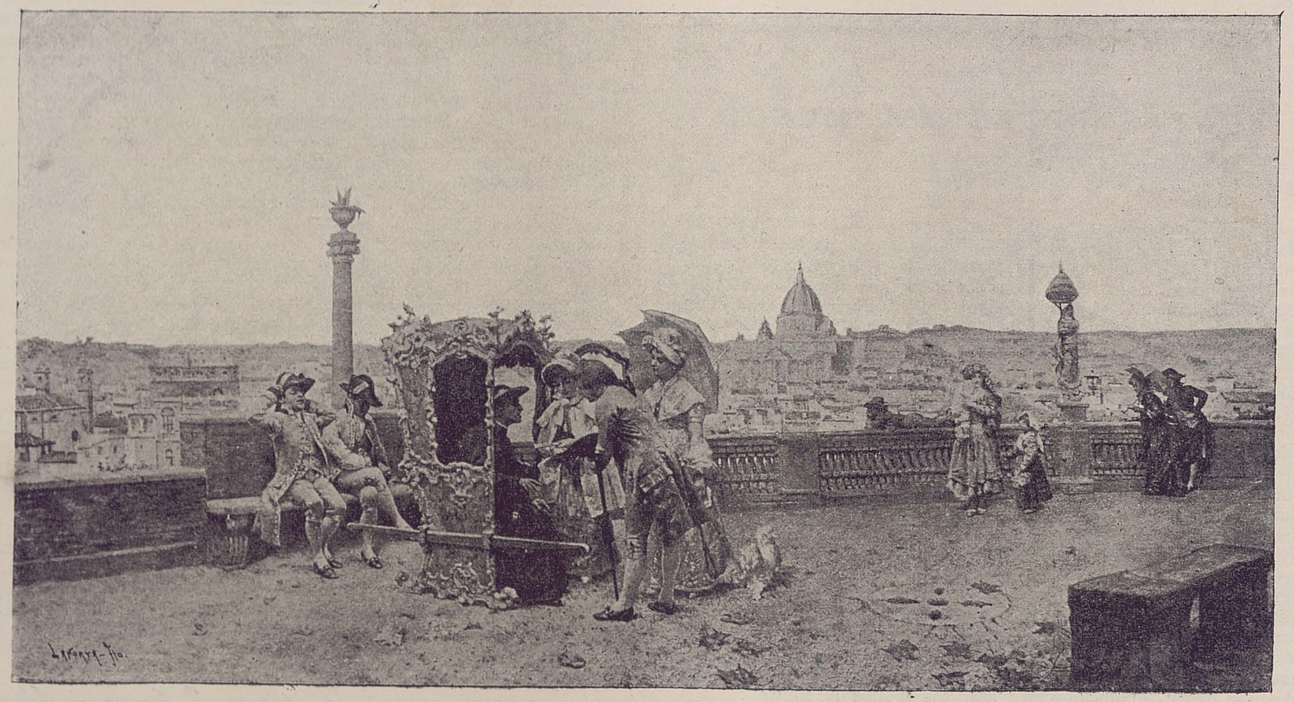
El fuego ha desfigurado el Monasterio del Escorial, el Alcázar de Segovia, el de Toledo, la incomparable *Alhambra*, y hace pocos años la Casa Consistorial de Palma de Mallorca.

En medio de tan tristes hechos hay un consuelo, y es que, cuando llega la hora fatal para la vida de un monumento histórico, acaso comprometida por mano malvada, algún pecho noble desprecia su vida por salvar la del monumento que durante siglos ha perpetuado la memoria de una época. La noche infausta en que ocurrió el incendio de la *Casa Consistorial* de Palma, cuando las llamas corrían sobre el magnífico artesonado del zaguán y amenazaban destruir el archivo, donde está la Historia gloriosa de Mallorca, acudió, poseído de mortal angustia, el archivero, el venerable Quadrado; acudió gente joven y animosa, como los Sres. Llabrés, Aguiló y Garau, y, con peligro de su vida, salvaron aquellos preciosos códices, que también los códices son monumentos históricos, mientras los esfuerzos de los demás impidieron que el hermoso edificio fuera del todo consumido. Se salvó la fachada, con sus adornos del Renacimiento, y el hermoso alero, de preciosa talla, pero no sin huellas del incendio.

Prometeo cometió una terrible imprudencia al poner en manos de los hombres la tea civilizadora. Júpiter, por su parte, suele, en un momento de importuno arrebato, lanzar algún rayo maldito, como el que desfiguró la Giralda. Mas, por fortuna, de aquella pléyade de caprichosas y á menudo temibles deidades, sólo una ha sobrevivido é impera en la inteligencia humana: la sabia Minerva, protectora de las artes. Hagamos propaganda del culto de esta diosa magnánima, y así tendrán más defensores los monumentos cuando la ignorancia ó el incendio los amenacen.

José Ramón Mélida

J. SOROLLA.



LUIS ÁLVAREZ.

Es triste ley la que regula todas las obras humanas; cuanto más excelsas y trascendentales son, tanto mayores peligros entrañan. Los explosivos, poderoso auxiliar y gloriosa conquista del progreso industrial moderno, realización gigante de los ensueños mitológicos y verdadera clava de Hércules, con que los istmos se convierten en estrechos, abrazándose los mares, manejados por ignorante ó aleve mano, llevan la desolación y las lágrimas al seno de inmensa y pacífica muchedumbre de familias.

Las ideas de progreso, libertad, igualdad, fraternidad....., que en sociedades católicas han sido rico venero de ciencia y virtud, en sociedades descristianizadas é ignorantes son corriente inmunda y desbordada, que mancha y destruye todo lo que á su paso encuentra.

Espantosos son los efectos de la pólvora, y la explosión de Palma ha repercutido en el corazón de todos los buenos españoles, arrancando un grito universal de dolor. Inmensamente más espantosos son los efectos de ciertas ideas, y apenas hay quien exhale un solo gemido al ver esas muchedumbres sin fe en la inteligencia y sin esperanza en el corazón; es decir, heridas de muerte por las malas doctrinas, verdaderos y terribles explosivos del espíritu.

Lloremos todos las catástrofes materiales; pero no despreciemos las del espíritu, cuyos funestos efectos nadie puede convenientemente determinar.

Fr. Teodoro Rodríguez
Agustino

Pobres víctimas.

(Impresión)

Grave

Piano

ten

cresc.

Ped.

2a baja

dim.

Manuel M. de Ponce
De Breton

LAS MATERIAS EXPLOSIVAS

Para satisfacer crecientes exigencias de la vida moderna, la investigación científica no se dió punto de reposo en la tarea de rebuscar fuerzas, disciplinarlas por el conocimiento de sus leyes, y acumularlas después en artificios mecánicos ó químicos, donde esperasen la orden del hombre para desarrollar sus poderosas energías, circulando sumisamente por los cauces que la inteligencia de su director les trazara, á la manera de los ejércitos que á un toque de corneta se movilizan, realizando en sus evoluciones el plan estratégico del general que los manda.

El invento de la caldera de vapor fué la conquista del primer gran artificio conducente á este fin; pero, en el ansia vertiginosa de acrecentar el caudal de la fuerza y la rapidez de sus efectos, se buscó algo más, porque la acumulación del vapor se obtiene con desesperante lentitud. Resulta enojosísimo para el espíritu inquieto de nuestros días esperar el desprendimiento de una y otra burbuja en la ebullición del agua, y aquél, espoleado por su desasosiego, no ha podido menos de preguntarse: ¿Habrá sustancias que hiervan instantáneamente, transformándose la totalidad de su masa en enorme volumen de gases y vapores?

La contestación inmediata fué poner á sus órdenes las innumerables materias explosivas inventadas por la química contemporánea.

¿Cuál es su constitución? La de un sistema inestable, en el que pugnan por compenetrarse cuerpos retenidos violentamente á cortísimas distancias y, en su rabia, siempre prontos al choque, por leves que sean los motivos que los sobreexciten. Son, en resumen, lo expresado por la frase vulgar: *el fuego junto á la estopa;* pero ¡ay! el vulgo también añadió que en este difícil maridaje *viene el demonio y sopla,* y no es nuestra patria la menos olvidada por el espíritu de la destrucción para exhalar sus resoplidos más eficaces. Con voluptuosidad satánica atisbó sobre las olas del Cantábrico la ocasión de convertir el *Machichaco* en el proyectil más formidable que vió el mundo, y solazarse con aquel espectáculo que, para ser relatado, exige la tétrica fantasía de un nuevo Dante; é insaciable en la ferocidad de sus apetitos, reproduce la cruentísima escena sobre una de las galas del Mediterráneo, gozándose en llevar el espanto al ánimo de quienes viven tranquilos en sus faenas y recreados en la inconsciente fruición estética de contemplar el ir y venir de las ondas del mar de la civilización entre las costas de España é Italia.

TORDESILLAS.

Pero en la naturaleza nada es casual: todos sus actos están presididos por leyes inexorables, siendo en el fondo idénticas muchas que á la somera observación parecen diferentes y hasta opuestas, como las que producen la vida y las que arrastran á la muerte; lo cual acontece también con las materias explosivas, que, en virtud del mismo idéntico precepto y por su incapacidad para quebrantarlo, perforan montañas abriendo nuevos caminos, y derrumban edificios sembrando la muerte entre sus escombros: en uno y otro caso, ejecutan actos propios de su índole, debiendo, por mi calidad de químico, alegar en su defensa que son irresponsables de las consecuencias: sólo el impulso les pertenece, no la intención de su destino, y aquél nunca es manifestación de rebeldía, siempre de docilidad.

No se calumnie, pues, á las materias explosivas; antes, al contrario, celébrese su invento, por haber alcanzado el hombre recursos que, á pesar de su fama, son tan sumisos como enérgicos; pero no cejemos en exorcizar al demonio autor de la estratagema que á deshora hace estallar la cólera de los combatientes en el campo amigo. Los caudales, cuanto más crecidos, exigen mayor administración, y esto es aplicable á todas las riquezas, sin excluir las constituídas por los poderosos agentes naturales. ¿Cuál sería el destino de una casa de banca regida por quien sólo tuviese la cultura administrativa de un buhonero?

Pues, análogamente, ni los arrieros ni los peatones están educados para manejar locomotoras y aparatos telegráficos.

De esto infiera el lector el conjuro que puede alejar de nosotros el espíritu siniestro que cubrió de luto á Santander y á Palma de Mallorca.

José R. Carracido

RESIGNACIÓN

I.

Los progenitores de la raza humana sintieron muy pronto las terribles consecuencias de la maldición divina fulminada contra ellos. A cada instante descubrían nuevos manantiales de desdichas, sintiendo nuevas necesidades y nuevas miserias.

Desterrados de la felicidad, la nostalgia del bien, para siempre perdido, aumentaba la magnitud de sus males, que no sabían combatir, porque no estaban acostumbrados á la lucha. Así como guardaban en su seno el germen de toda la raza humana, llevaban también en sus entrañas, si no la realidad, el presentimiento de todos los dolores humanos.

Combatidos por los elementos, tenían que buscar contra las tempestades refugio en las grutas y cavernas, cuya entrada solían disputarles, acometiéndoles rugiendo, los mismos tigres y leones que en el Paraíso les lamían, temblando, los pies.

Cada nueva aurora hacía despertar en su pecho los mal dormidos remordimientos, y cada día sentían crecer en su alma la congoja y el desaliento. En la lobreguez de la noche veían brillar sobre el negro fondo de las tinieblas los rayos surgidos de las pupilas del Creador, que les anonadaron antes que el tremendo anatema.

Si suspendían su fatigosa carrera emprendida en busca de refugio nocturno y, sentándose abrazados y unidos por el miedo y la complicidad, contemplaban el esplendente ocaso del astro abrasador, creían ver en los inflamados jirones de las nubes el fulgor de la espada de fuego que blandía en su diestra el Ángel guardador del Paraíso al arrojarles airado de la mansión de delicias.

II.

Las sonrisas de sus dos primeros hijos no alcanzaron á mitigar la pena de los tristes desterrados. Siendo humanos, es decir, infelices, no podían dejar de acogerse al consuelo de la esperanza.

Esta flor, que tiene por simiente la amargura, llegó á crecer al par de los dos vástagos, no bastando para troncharla los antagonismos ingénitos de sus dos hijos. Adán y Eva eran padres, y por lo mismo no vieron que, mientras los ojos de Abel reflejaban el transparente azul de los cielos, las pupilas de Caín se ennegrecían con la tenebrosa lobreguez de los abismos.

Aconteció el tremebundo crimen. La primera sangre humana vertida sobre la faz de la tierra por la mano del primogénito de la humanidad hizo tal vez presentir á sus padres los ríos de sangre que en el transcurso de los siglos derramaría la mano de los que se consideran siempre primogénitos, movida también por la envidia, por la ambición y por la iniquidad.

Entonces quedó muerta la esperanza. Por la mente del primer hombre cruzaron siniestros pensamientos: en el corazón de la primera mujer se removieron serpientes que parecían á la desdichada nacidas de la del Árbol de la Ciencia. Los bríos y el vigor de las perfectas naturalezas humanas se disiparon, y la debilidad y el enflaquecimiento se apoderaron del más fuerte y del más hermoso de los hombres.

La arcilla se reblandecía con las lágrimas y amenazaba convertirse otra vez en barro inmundo, si el aliento del Señor no la reanimaba con su vivificante poder.....

III.

El perpetuo instinto que á través de las edades sigue imperando, y que impulsa á los más desgraciados á volver y acercarse al punto y origen de sus desdichas, encaminó los pasos de Adán y de Eva hacia la región pavorosa del Paraíso.

A cada jornada aumentaba el quebranto de la hermosa mujer, cuyo desnudo seno parecía, más bien que cuna de la vida, sepulcro de la felicidad.

Las miradas de Adán no se cruzaban con las miradas de Eva, porque ambos temían que el resto de fuerza que les quedaba se escapase en lágrimas por los ojos. Se detenían de improviso, y, apoyando su lánguida frente sobre el acongojado pecho de su esposo, miraba Eva en silencio su dicha remota, su infelicidad presente y su debilidad eterna.

Al divisar en el horizonte, recostada sobre el claro cielo de vespertino crepúsculo, la masa obscura é inmensa de la exuberante vegetación del Paraíso, cayeron de rodillas y apoyaron sus frentes en la tierra, sintiéndose anonadados por la intensidad de sus dolores y de sus recuerdos.

Anduvieron jadeantes y temblorosos toda la noche hasta llegar á las cercanías del encantado recinto en donde por primera vez sus ojos vieron, y vieron en su primer mirada la mirada de Dios.....

El viento de la noche susurraba entre las altivas copas de los árboles, que eran el resumen de la flora universal, y Adán, poniendo su mano sobre la boca de Eva, la decía que escuchase atentamente, pues aquellos murmullos le parecían los ecos lejanos de las tremendas palabras del Creador. Eva, temblando y estremeciéndose, replicaba al oído del hombre que aquellos silbidos debían proceder de la serpiente, que les esperaba rastreando para completar su perdición y su muerte.....

Como temblaban las hojas de los álamos, temblaban ellos: como caía el rocío, caían sus lágrimas.

La aurora les sorprendió arrodillados ante las puertas de la mansión de los goces eternamente perdidos. Pasó, derramando perlas y arreboles, porque entonces ni nunca detiene la bella hija de la noche su leve planta para contemplar las miserias de la humanidad.

El globo de fuego se levantó sobre el valladar inaccesible del Paraíso.

Adán y Eva levantaron también sus ojos, y vieron de pie, inmóvil, majestuoso, al Ángel de la espada de fuego, destacando su cabeza por sobre las tupidas arboledas, coronada por el sol esplendente, que le servía de nimbo de oro.....

IV.

Más que el fuego del sol les deslumbró la mirada del Ángel: más que la espada de fuego brillaban sus enrojecidas pupilas, porque sus lágrimas, al caer sobre la llama ardiente, la iban apagando y se evaporaban en nubes blancas como la túnica que vestía, y se remontaban al cielo en holocausto al Señor por las desdichas de los hombres.

Pronto quedó extinguido el fuego que encendió la divina cólera, y abriendo el Ángel sus desnudos brazos, de formas por ninguna mente humana concebidas, estrechó contra su seno á los dos desdichados.

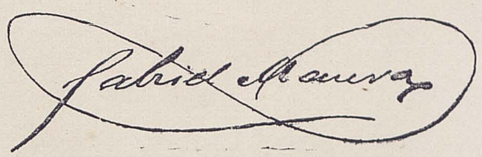
No desplegaron sus labios, porque el temor y la emoción les retorcía la lengua. Comprendían que eran conocidos sus sufrimientos; que eran aquilatados y pesados en la balanza de la eterna justicia sus quebrantos, que su amargura secaba la boca celestial que les besaba en la frente.

Sobre las mejillas ardorosas de Adán y de Eva cayó el llanto del Ángel del Paraíso, y, al deslizarse en las entreabiertas bocas, corrieron las lágrimas á mezclarse con la sangre, hasta penetrar en el corazón de nuestros primeros padres.....

V.

Espantoso huracán levantó las piedras y desgajó los árboles y borró para siempre los linderos del Paraíso. Entre los torbellinos de polvo y de ramas desprendidas desapareció el Ángel, dejando en el firmamento el inflamado rastro de su espada de fuego, otra vez amenazadora y llameante; pero dejó también depositado en el seno de la humanidad el único bálsamo para las grandes aflicciones.

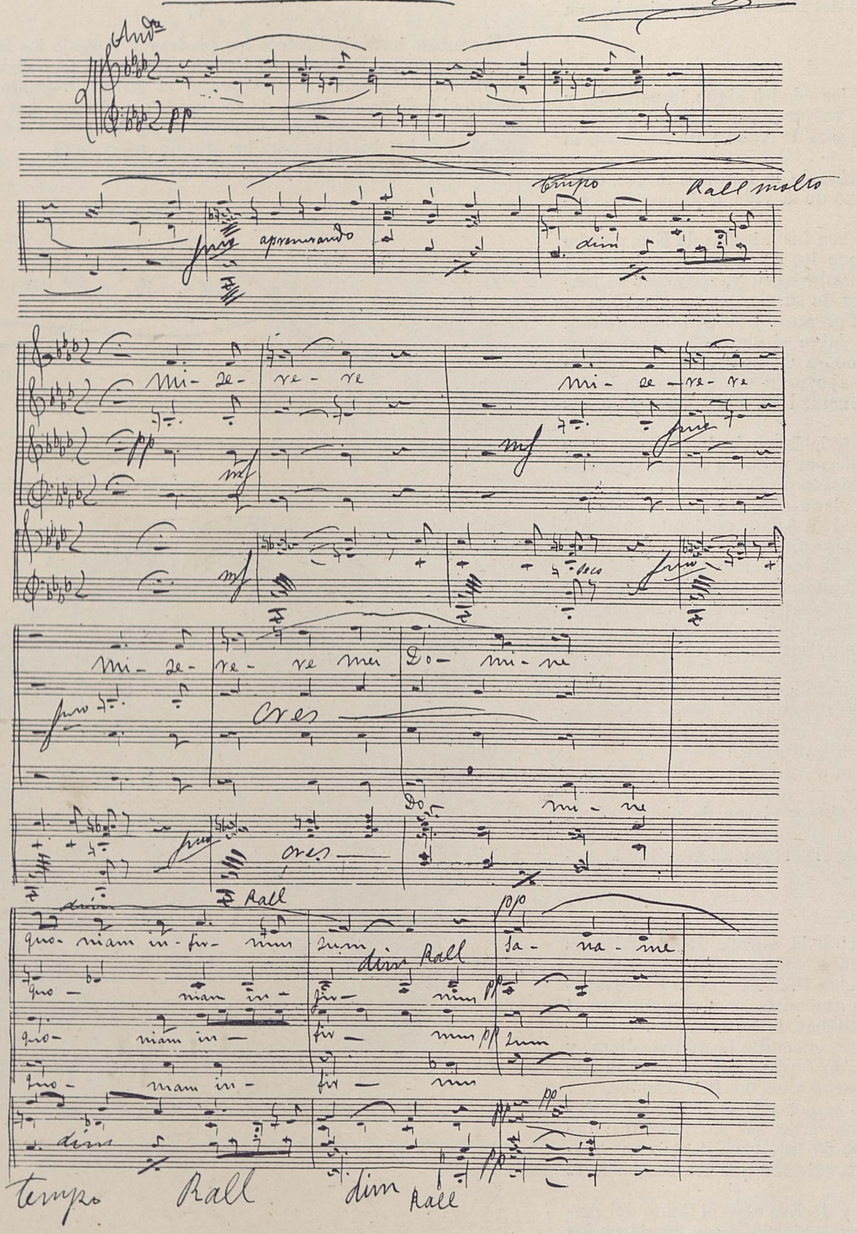
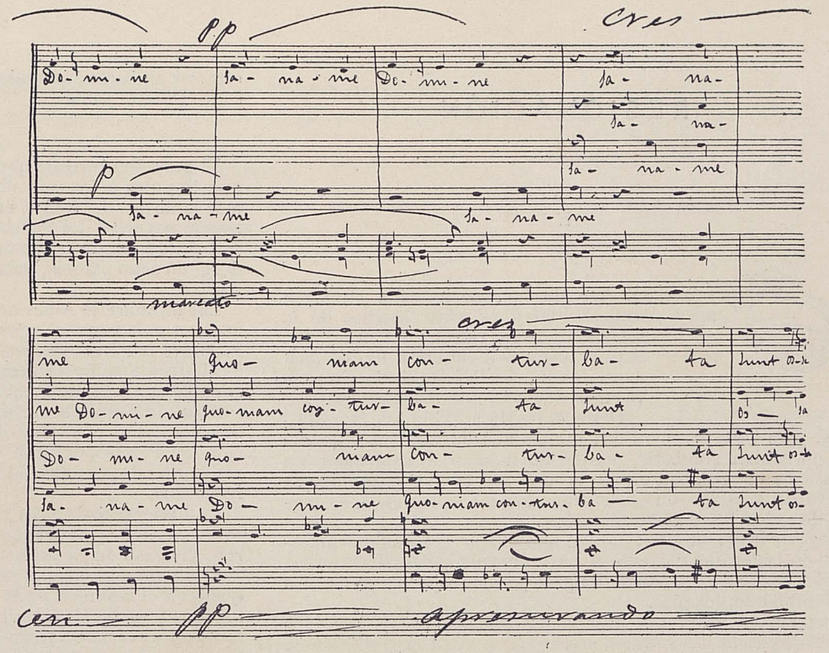
El bálsamo divino de la *resignación*.



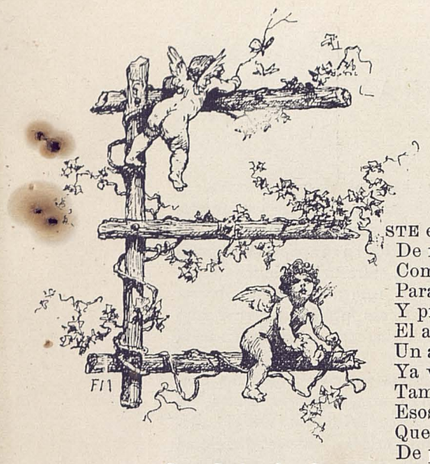
A. Cortina.

Miserere mei, Domine

Fernando Carnicer



A. Marinas.

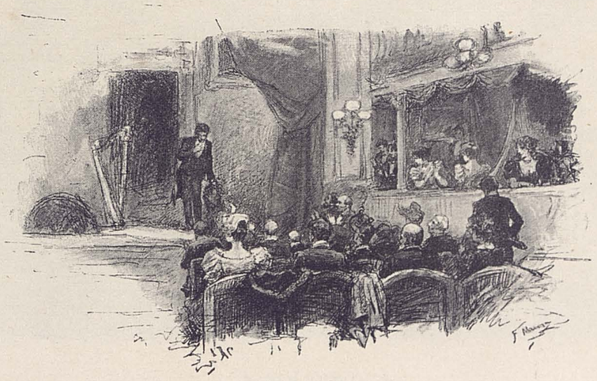


MELODÍA ETIÓPICA

(DEL EPISTOLARIO DE UN ARTISTA)

STE es Londres, amigo; telaraña
De rails, Babilonia, mundo, infierno,
Como llamarlo quieras..... Se ha salido
Para aplaudirme el Támesis de madre,
Y pregona su homónimo que toco
El arpa de un arcángel, y me espera
Un atril en la orquesta del Empíreo.
Ya ves, también el Norte se entusiasma,
También los pueblos de riñón cubierto
Esos achaques de lirismo sufren,
Que exclusivos creí de gentecilla
De poco más ó menos..... ¿Quién dijera
Cuando imploraba yo, capitolino
Mendigo, al son del arpa, una limosna
Con mi tediosa voz, una de tantas
Que plañían la trágica laceria
De Italia, quién dijera, ¡oh desdentada
Loba, vieja nodriza de las siete
Colinas! que la voz del arpa mía
Llegase á penetrar por el blindaje
Y prender fuego al corazón de hulla
De la diosa marítima del mundo,
Que con manto de brumas en el éter
Hunde su regia frente, y en el lodo
De abominables crímenes sus plantas?
¿Quién soy? *That is the question.* Ajustados
No andan los voceros de mi fama,
Pero en el calderón todos se encuentran,
Quiero decir, convienen en lo agudo
Y sustancial de la leyenda mía.
. . . . . .
«Alegres marineros, harto alegres
Para guardar el natural aplomo,
Por el muelle de Palma, cierta noche,
Hacían resonar sus botas de agua.
Acurrucado hallaron al arpista,
Que olía, por el bajo ventanillo
De un bodegón, el tufo de fritura.
—¿Qué haces ahí, mancebo?—le gritaron.—
Él avanzó, tendiéndoles la gorra.
A bordo le llevaron; tomó asiento
Con ellos en el corro que pringaba
Sus dedos en la humeante cacerola;
Cantó, pulsando las sonoras cuerdas,
Himnos garibaldinos, y á la postre,
Rendido á la fatiga y á la hartura,
Durmióse en un rincón. La noche avanza,
El capitán á la cubierta sube
Y manda levar anclas. El velero,
Desplegando sus alas, se desliza
Sobre las olas. Del rapaz durmiente
Nadie se acuerda ya. Cuando los ojos
Abre, á diez millas de la costa, viendo
Que es imposible ya saltar á tierra,
Rompe á llorar, le aflige la chacota
Marineril; mas de su duelo en breve
Triunfa la reflexión. ¿Acaso tiene
Hogar, familia, que su ausencia lloren?
¿No hay á bordo galleta y abadejo?
Pues á vivir. Y pronto, á los azares
De su nueva existencia se habitúa.
»Un recio temporal dió con el barco
En la pequeña cala de una isla
Salvaje del mar grande. Allí repone
Sus averías El herrado lomo
Que contunden la maza y el martillo,
Brilla, inclinado, al sol. En la cercana
Costa dispara el capitán su rifle
Al ojo del caimán que acaso asoma
Entre los juncos del arroyo. Llegan
Los marineros á llenar sus baldes.
Recuéstase en la arena el musiquillo,
Abrazándose al arpa, y sus acordes
Aquella virgen soledad asombran.
»De súbito, sus dedos paraliza
Majestuosa visión, y en la garganta
Hiela su voz. Arriba, en el musgoso
Peñasco, una mujer, negra y desnuda,
Tendida boca abajo le contempla,
De codos en la roca, entre las manos
El rostro, por el éxtasis abiertos
Los labios rojos cual reciente herida.
Encarnación del África incorrupta,
Alma de un mundo virginal, marisco
Humano, cuya concha se entreabre,
Y herido por la luz, se encoge y crispa.....
Miraba al europeo, recogiendo
Con avidez la nota que, truncada,
En el aire murió como un gemido.
»Fué un instante no más; pero, cual fuego
En la sombra del tiempo insumergible,
Por siempre fulguró dentro del alma
Del galopín anónimo....., que ahora
Triunfa, mago del arte, ante el Olimpo
Del alta aristocracia londonense.»
. . . . . .
Tal dice la leyenda, mas no sabe
Lo que á decirte voy. Entra conmigo
En la esplendente sala del teatro.
Los magnates de frac, las elegantes
Damas, desnudo el cuello alabastrino,
Como cisnes pulquérrimos, esperan.
En lo alto de las plumas vaporosas
Que ornan el áureo pelo recogido
Con griega sencillez, ciérnese el genio
Dominador que lanza sus escuadras,
Como un *memento*, á las riberas todas.
Ese es el pueblo rey; los que lo fuimos,
Ahora somos bárbaros; suframos
Humildes el empaque de esos lores
Que cifraran su goce, á ser posible,
En oir circular su propia sangre,
Cual relojes armónicos, atentos
A sus privilegiados organismos.
Salgo, avanzo, saludo. Al instrumento
Arranco la primera melodía,
Correcta, sin calor. Se encoge de hombros
El ilustre senado. Pero entorno
Los ojos, y me aislo y reconcentro;
Se desprende mi espíritu, cruzando
El ancho mar; con invisibles alas
De fuego roza el atezado cuerpo
De la africana insomne que me espera
Tendida en el peñasco solitario,
Hablando á las estrellas con sus ojos,
Como la noche tropical profundos.
En ellos bebo inspiración; desciende
La fiebre del espíritu á la mano,
Y los ágiles dedos ensangriento
En las vibrantes cuerdas; se humaniza
El arpa, esclava de mi amor, y fluyen,
Ya como hilo sutil, ya como tenue
Vapor de una cascada de armonía,
Mis querellas, ensueños y delirios.....
¿Qué ruido me interrumpe? Es que me aplauden,
Y aun se dignan hacer los Aristarcos
Signos de aprobación con la cabeza.
De pie, me inclino reverente, y llevo
La mano al corazón. Y en lo más hondo
Y obscuro de mi ser, como quien baja
Furtivamente á la bodega y suelta
La espita del tonel más exquisito,
Me refocilo paladeando el néctar
Supremo de los dioses: el desprecio.

Juan Alcover



EL ÚNICO FRUTO DEL SUFRIMIENTO

La experiencia, decía Franklin, no tiene más que una escuela, y en ella cuestan muy caras las lecciones. ¡Y la de Palma es cruelísima!

Por eso, después de llorar á los muertos, de curar á los heridos, de atender á los inválidos y de socorrer á los desvalidos, queda todavía que sacar partido de la dolorosa enseñanza á tanta costa aprendida.

La caridad cumple su misión mitigando la pena; la razón recoge los datos de la triste experiencia para prevenirla en el porvenir.

La química adelanta rápidamente, y con sus inventos multiplica la fuerza humana. Pueden estos inventos envolver grave peligro; pero sería absurdo maldecir de ellos. La ley del progreso ha sido algunas veces comparada con aquellas divinidades indias cuyo carro marcha destrozando los cuerpos de sus fanáticos adoradores. Más exacto sería decir que la previsión humana no se desarrolla al compás de los adelantos científicos.

El molde administrativo de las industrias en general es muy estrecho para las de explosivos, como la vía del ferrocarril de pequeña velocidad y cortas distancias es insuficiente para contener los pesados trenes que marchan á 80 kilómetros por hora.

En los puertos se multiplican los muelles y las facilidades para recibir las mercancías; si entre ellas viene mezclada, sin especiales precauciones, la dinamita, se repetirá la catástrofe horrible del *Machichaco*.

Á la velocidad vertiginosa de los trenes modernos corresponde el freno de vapor, que casi instantáneamente los clava sobre los rails: á la facilidad explosiva de las pólvoras modernas, la severa reglamentación y la previsión minuciosa.

Los progresos deben ser paralelos, y los adelantos en el mundo de la industria imponen á los Gobiernos el robustecimiento de la seguridad pública.

La industria de los explosivos requiere locales especiales, colocados á distancia de las poblaciones, talleres separados entre sí, almacenes acondicionados, capacidad especial en los obreros, seguro obligatorio para los accidentes, y, como sanción de todo esto, vigilante inspección y severísimos castigos.

Con esto hará falta mayor capital para establecer la industria, se pagarán más altos jornales, y subirá, por consecuencia, el precio del producto, y así se restablecerá el equilibrio económico, porque sólo bajo esas formas se desarrolla la previsión, á un tiempo, en el fabricante y en sus obreros.

No se confía la locomotora al ignorante y rutinario carretero; no se entrega el complicado mecanismo de un barco de guerra al capitán que sólo conoce los antiguos barcos, y si se hace, habrá sido olvidada la triste memoria del *Reina Regente:* no se deben fiar los explosivos sino al que conoce sus mortíferos caracteres, ni permitir trabajarlos sino al que, por la previsión con que los rodea, da testimonio del cuidado con que ha estudiado su industria.

¡Pobres y tristes víctimas de la catástrofe de Palma de Mallorca! Si los españoles, vuestros hermanos, vienen á derramar una lágrima sobre vuestra tumba; si la fraternidad nos impulsa á acudir en socorro de los que viven sufriendo y al sostén de los que han quedado abandonados por la fiereza de la explosión, vuestro recuerdo debe apercibirnos al más difícil deber de prevenir nuevos desastres en el porvenir.

¡Sería ese el único consuelo de vuestro espantoso sacrificio!

ANTONIO RIBAS.

LA PÓLVORA

Cuando nos fijamos en los grandes inventos que han influído poderosamente y por diversos modos en la incesante marcha de la humanidad por las anchas vías de su indefinido progreso, nuestro ánimo se conturba al inventariar la larga serie de males que al lado de evidentes beneficios han producido en su aplicación algunos de esos luminosos destellos del genio del hombre; pero, entre todos, ninguno seguramente nos pone en mayor perplejidad, ninguno de manera tan contradictoria solicita, ora nuestras alabanzas, ora nuestras condenaciones, poniéndonos en el duro trance de no poder decidirnos á bendecirle ni á execrarle, como la invención de la pólvora.

No es maravilla que, en sus efectos, el potente explosivo haya obrado tan contradictoriamente, siendo unas veces germen de vida y otras causa de muerte, ya que en flagrante contradicción estuvo la naturaleza y fines del invento con el carácter de su propio inventor. Fué éste, según las más creídas noticias, Berchtold Schwartz, monje franciscano. De modo que el ministro de un Dios de paz descubrió el rayo de la guerra; el monje en su clausura, en sus místicas contemplaciones, no dió en la mejor manera de elevar ante los altares de Cristo, y entre el humo de la mirra y el incienso, almas al cielo; pero sí supo pensar en el modo más eficaz para llevar entre el negro humo de la pólvora millares de hombres á la muerte.

Desde principios del siglo XIV, en que empezó á usarse la invención del fraile alemán, hasta nuestros días, ¡qué de catástrofes no ha producido! ¡Cuántos ríos de sangre ha hecho correr por el mundo! ¡Cuánta ruina ha sembrado por doquier! Verdad que transformó por completo la guerra, verdad que equilibró las energías físicas de los combatientes, que contribuyó á igualar los fuertes con los débiles, disminuyendo los prestigios de la fuerza para darlos mayores á los de la inteligencia; pero ¿fué esto un positivo progreso? ¿Es que la mente humana, para ir elevando su poder y dominio por encima de las imposiciones de la fuerza, no podía prescindir de ese formidable elemento de destrucción?

Mas reconozcamos que tal elemento, si ha servido á través de los siglos para matar destruyendo, se ha utilizado también para destruir vivificando; que por él se ha facilitado portentosamente la extracción de las riquezas naturales que la tierra atesora en sus entrañas; y como la pólvora las ha desgarrado para que fuesen más fáciles y provechosas las rudas tareas del minero, con ella también se han perforado las más grandes cordilleras que separan las naciones del nuevo y del viejo continente, para que, atravesadas de continuo por las locomotoras, se convirtiesen, de formidables barreras que separan los pueblos, en acerados lazos de fraternal unión, como si la pólvora en los modernos tiempos, puesta al servicio de la paz, quisiera convertir en amor los odios que sembrara cuando sólo servía á la guerra. ¡Bendigámosla cuando despierta los dormidos ecos de las montañas al estallar en los barrenos, que son nuncio de paz, salvas á la civilización y al progreso! ¡Maldigámosla cuando con su infernal empuje lanza sobre los hombres el fuego y el hierro! ¡Bendigámosla también cuando, en alegres y populares fiestas, la utiliza el arte para solazar á las muchedumbres, reproduciendo á su vista con llamas y luces de mil colores, que encienden la noche, fantásticos ensueños de imaginaciones calenturientas; pero maldigámosla perpetuamente, mallorquines, españoles todos, al recordar la horrible catástrofe que produjo el día 25 de Noviembre de 1895! Nunca, como en este luctuoso día, fué más traidora; devoró cruelmente á los mismos que le daban el ser y la vida.

Barcelona, 18 de Diciembre de 1895.

José Mª Vallés y Ribot

BERTODANO.

LOS ÁNGELES DE LA CARIDAD

¿Qué cosa más puesta en razón que el admitir la posibilidad y la existencia de puros espíritus medianeros entre Dios y los hombres?

El Omnipotente, en quien vivimos, nos movemos y somos, el artífice por excelencia, nada hace en balde, nada por saltos. En su obra, tal como nace y se desarrolla y continuamente se perpetúa al través de los siglos, todo es número, peso y medida, fortaleza y suavidad, proyección y reflejo siempre del esplendor del orden; pues, como dice San Agustín, la bondad del Eterno es tanta, y tanta su hermosura, que si concurre directamente al mal *físico* y si permite el *moral*, atendiendo á no violentar el libre albedrío, esto no cede en desdoro del Artista supremo, así como tampoco á la maestría de valiente pincel desmedro irrogan los relieves y bien combinadas sombras de su cuadro; y ni aquí Dios permite el mal moral, ni allí al físico directamente pone mano, sino en vista y con derecho de mayor bien.

Del ser inorgánico al orgánico, del vegetal al animal, del animal al hombre; de la luna á la tierra, de la tierra al sol, del sol á otros astros eslabonados con él por universal atracción ó desde un solo centro de gravedad, ¿quién no se ha extasiado, como Pitágoras, al contemplar y oir la melodiosa escala ó ritmo armonioso de la mecánica celeste? El espíritu humano, á cuya fuerza de comprensión no debe ni puede igualarse el mundo material existente, pues comprende que pueden existir otros mundos en número indefinido poblando la inmensidad, no estima el actual en más que si fuese un átomo; y sabe muy bien que ese átomo es como sombra y huella; y él, el humano espíritu inmortal, como luz é imagen del mundo suprasensible, si bien en su grado ínfimo, y reducida á las dimensiones de una centella insignificante, ó chispa. Y esta chispa, esta centella del mundo suprasensible, como podríamos llamar á cada una de nuestras almas, reconoce otras lumbreras superiores á ella, cuyo vivo resplandor no es amortiguado por la unión sustancial con el cuerpo; formándose así de mayor á mayor extensión y rapidez de onda intelectual, ó de color á color, de brillo, de calor á calor, de llama á llama, y de poder á poder, ó de numen á numen, el panorama de las vivientes imágenes, que en el espejo de su propia eterna claridad determina el Rey de los espíritus divididos en nueve coros ó jerarquías.

¿Quién habrá, de consiguiente, tan temerario que ose negar la existencia de los ángeles, mensajeros de la inefable caridad que Dios dispensa á los hombres? Cuidemos, no sólo de honrarlos y amarlos, sino preciémonos también de imitarlos con actos eficacísimos de misericordia. Sea para nosotros, como lo es para ellos, la misma caridad, desinteresada, generosa y divina, nuestra mejor recompensa.

Madrid, 13 de Diciembre de 1895.

Fidela Fitar y C.ª

El progreso, en cuanto obra humana, consiste en señorearse el hombre de las fuerzas naturales y emplearlas en transformar su morada conforme á las exigencias del espíritu. Descuájanse bosques, perfóranse montañas, súrcanse los mares, rómpense los istmos. Nuevo Vulcano, húndese el hombre en las entrañas de la tierra y la despoja de sus tesoros; nuevo Prometeo, escruta con su mirada las regiones empíreas y arranca al cielo sus secretos. ¿Cúyas son las fuerzas que obran estos milagros? De la naturaleza. Del hombre, la inteligencia. Pero cada invento, si provee al hombre de un arma que le permite adelantar un paso en su carrera de dominar á la naturaleza, también le rodea de un peligro más ó menos grave é inminente. La primera punta lanceolada de piedra que se talló contra las fieras hirió también al tallista; el que descubrió el fuego se quemó; con la navegación se inventó el naufragio. Y el peligro es tanto mayor, cuanto más poderosas son las energías apropiadas. Los explosivos, los más eficaces de todos los agentes, son también los más formidables. Tiene el progreso, como todo, su lado negativo. Mas estos peligros se conjuran con las virtudes, que todo lo alcanzan y lo previenen todo: el conocimiento del invento y la prudencia en manejarlo. Sin la falta de estas virtudes, no lloraría Palma, y toda España con ella, la tremenda catástrofe.

Sevilla, 13 de Diciembre de 1895.

Manuel Sales y Ferré

LA CARIDAD

(Al gran orador el Excmo. Sr. D. Antonio Maura.)

Al sol, y junto al río, se cimbrean
Las hojas de los árboles frondosos,
Que, con la primavera más hermosos,
Los nidos guardan, la campiña orean.
De súbito las ramas bambolean
Los golpes de los vientos borrascosos,
Y por los turbios ríos procelosos
Las hojas mustias su dolor pasean.
Cuando el viento á los árboles las toma,
Pierden color y galanura y brío;
Las ansias ceden y la muerte asoma.
¡Hojas vibrantes en el bosque umbrío,
Dadles como consuelo vuestro aroma!.....
¡Oh, cielo azul! ¡Refléjate en el río!

Ricardo J. Catarineu

Siempre que una catástrofe producida por las fuerzas ciegas de la naturaleza ó por la insensatez humana ocasiona centenares de víctimas, parece que se aviva el sentimiento de la caridad. Los poderes públicos lo estimulan, la prensa lo enaltece, hasta la vanidad personal lo acrecienta; de suerte que la desdicha de algunos excita la piedad de todos, y el socorro responde á la desgracia, como el eco á la voz. Mas para que así suceda es preciso que el infortunio caiga sobre muchos, que su clamor intenso hiera el oído de los descuidados y felices. Entonces acudimos á enjugar las lágrimas que arrancan naufragios, pestes, explosiones y riadas, calamidades transitorias; mientras apenas paramos mientes en las que son constantes: la injusticia, el hambre y la ignorancia, porque nuestra torpeza con mayor facilidad procura consuelo á lo inevitable, que remedio á lo previsto.

. . . . . .

No nos contentemos con atender á las tristezas de un día: pensemos en las de siempre. Sirvan aquéllas para ponernos éstas ante los ojos; que aun son mayores las engendradas por el egoísmo humano, que las permitidas por la inclemencia del cielo. No acuda solamente la caridad al grito de dolor: búsquelo, aunque calle.

Y los que así no lo practiquen por virtud, háganlo por precaución: que las riquezas del mundo, aun las peor repartidas, se perdonan bien empleadas.

Madrid, 19 de Diciembre de 1895.

Jacinto Octavio Picon

J. Pinazo.

Da á los que lloran consuelo,
Porque Dios todo lo sabe
Y premiará tu desvelo,
Pues la limosna es la llave
Que abre la puerta del cielo.

Teodoro Guerrero

EL ROSTRO HUMANO

. . . . . .

U casto cuerpo desnudó la hermosa:
Contemplad ya la mágica figura;
Sobre sus pies helénicos reposa,
Elévase gallarda y misteriosa,
Cimbréase gentil en la cintura,
Dilátase en el busto dulcemente,
Se prolonga en los brazos tentadores,
En el cuello turgente
Se adelgaza y tornea, y, de repente,
Llénase de destellos y colores.

Es porque en ese instante,
Rompiendo la monótona blancura
De la viva escultura,
Aparece el polícromo semblante
Como explosión de luz y de hermosura.
Es que allí la escultórica turgencia
Se hace luz, expresión, inteligencia;
Es que, turbando la serena calma
De la plástica forma, se presencia
La repentina aparición del alma.

. . . . . .

Gonzalo de Castro

Fausto Morell.

BIBLIOTECA-MUSEO BALAGUER
VILLANUEVA Y GELTRÚ

CASA SANTA TERESA 15 diciembre 1895

Exmo Sr. D. Antonio Maura

Hizo V. bien en tomar la iniciativa, y le felicito por ello.

Añade V. mi amigo mío, mejor mis mas dignos por su origen y su nobleza.

Gran desgracia cayó sobre esa hermosa Palma, que se eleva como un canastillo de flores en nuestro mar Latino.

Todos debemos acudir en su auxilio que bien lo merece la ciudad insigne que reconoce al país una de sus mas esplendentes empresas y á los gobiernos una de las mas nobles vidas españolas, cuanto de honor, de lealtad, de cultura, de patriotismo y de gloria

Ant. Bergnes

A. ALSINA.

EMILIO SALA.

M. Domínguez.

EX MALO BONUM

Los valles que hoy se presentan risueños á nuestros ojos; las ondulantes laderas que verdean á la sombra de los altos picos; los lagos apacibles revestidos de poética melancolía; las hermosuras todas de la naturaleza, surgieron de grandes catástrofes geológicas, como surgen de vez en cuando todavía del seno de los mares revueltos por espantosos sacudimientos islas encantadoras, que, á modo de oasis, encuentra el navegante después de correr furiosas borrascas.

Así en el orden moral resplandece el heroísmo en medio del fragor de los combates, y la abnegación entre los horrores de la peste, y el martirio en la barbarie de las persecuciones, y no brilla la caridad con sus divinas magnificencias sino cuando los grandes infortunios extienden sus alas negras, como las sombras de la noche, sobre la frente de los pueblos.

Planta es la virtud que se riega con lágrimas y se abona con las miserias de la vida.

Si no hubiese pobres, ¿quién ejercería las obras de misericordia? Si no hubiese caídas gigantescas, ¿cómo podrían acudir los brazos de la generosidad hasta el fondo de los abismos para elevar el alma humana á la cumbre de la gloria?

Dios bajó al mundo y vistió carne de hombre y padeció y murió porque el mundo había pecado.

La grandeza de la Redención surgió de la catástrofe del Paraíso.

Por eso las desdichas que nos agobian son como grano que se pudre en la tierra, para que luego brote el árbol y florezca y fructifique.

Lloran las víctimas de los desastres, gimen estremecidos los deudos, quedan mudos de estupor los que presencian el terrible suceso; pero en el mismo instante aparece el ángel de la caridad secando llantos, consolando aflicciones, remediando necesidades, y, lo que vale más que todo esto, dando testimonio de que la raza adámica, bautizada en el Jordán y redimida en el Calvario, es digna hija de aquel Padre celestial que hizo del dolor camino para las alegrías eternas; de la privación, mérito para las riquezas infinitas, y de la muerte misma, condición inexcusable para la vida en las mansiones del Sumo Bien.

Bendigamos la mano que nos hiere, porque esa herida es timbre de nuestra nobleza. Besemos el hierro que atraviesa nuestro corazón, porque, como el dardo ardiente que atravesó el de Santa Teresa, nos purifica en el fuego sagrado del amor.

Valentín Gómez.

EN LAS DESGRACIAS DE PALMA

EL CONSUELO

—Suspiro que en raudo vuelo,
Buscando reposo, subes
Hacia las nubes del cielo,
¿Piensas hallar el consuelo
Escondido entre las nubes?
—El agua del mar salada
Al cielo sube en vapores,
Y en rocío transformada,
Acrecienta al alborada
Los encantos de las flores.
Las preces que en su retiro
La virgen eleva al cielo,
¿No son acaso un suspiro?
La dicha por que deliro
Por ellas baja á este suelo.
—En vuelo siempre ascendente,
Llega, suspiro del alma,
De las dichas á la fuente;
Baja trocado en corriente
De consuelos para Palma.

Dominica Guerra

¡Á MALLORCA!

Las terribles catástrofes de la naturaleza, como la de 1755 en Lisboa, donde se abrió la tierra, arrebatando más de 30.000 almas, ó la de 1703 en Yedo, donde las ígneas entrañas se estremecieron y sepultaron 200.000 habitantes, nos aterran y abisman en religioso estupor, pasmados ante la tremenda grandeza de la Creación; pero la luctuosa explosión que conmemora este libro y llora España entera nos duele y aflige como torcedor remordimiento de la humanidad sorprendida por los pecados de su ingenio y las flaquezas de su invención.

Admiremos la grandeza sublime del Creador, y apresurémonos á remediar las aflicciones humanas.

Manuel Anton

A. Andrade.

LOS MUCHOS POCOS

Una de las mayores conquistas de los tiempos modernos es sin duda alguna la cooperación. Se reunen varios capitales, que aislados no valdrían gran cosa, y con su importe se construye un ferrocarril que enriquece á una extensa comarca. Se juntan en un fondo común las economías de emolumentos ó rentas, y se forma un banco que, con el crédito, multiplica sus recursos en favor de numerosos partícipes. Se asocian los poseedores de bienes muebles ó inmuebles, y merced á un corto sacrificio, aseguran de riesgos sus propiedades. ¿Qué más? Por la cooperación se abarata la vida, se conlleva sin dispendios la enfermedad, se precave la escasez de la senectud y hasta se compra por poco precio la sepultura.

Pero lo que la cooperación reglamentada no ha establecido aún es lo que debe hacerse con un pueblo que se incendia, con una colectividad que se ahoga, con unos campos que se esterilizan, con la desnudez y el hambre que sobrecogen á una muchedumbre de seres humanos. En estas circunstancias hay que olvidarse de lo que dicta el entendimiento, para acudir á los impulsos del corazón. No bastan combinaciones ingeniosas, ni pragmáticas legales: se necesitan actos breves, socorros instantáneos, solicitud de muchos, amorosa y tierna; hay que valerse de esa antigua cooperación que lleva por nombre *la caridad*.

Como los que sufren una catástrofe son en menor número que los que se libran de ella, basta con que éstos se priven de un bocado del pan que comen, de una prenda del vestido que usan, de una moneda de las que poseen, de un objeto de los que guardan, para que la explosión del auxilio sea tan pronta como lo fué la explosión del infortunio. Y es que muchos pocos ¡componen tanto! Descúbrese, en consecuencia, á última hora, que las sociedades cooperativas estaban ya iniciadas por el Evangelio.

Bendita, pues, la mano que sin prospectos deslumbradores, ni oferta de intereses, ni tablas de mortalidad, ni fondos de reserva, acude al socorro de sus semejantes, ya con su persona, ya con sus bienes, ya con los productos del ingenio, como lo hacen los que patrocinan esta publicación, destinada á convertir uno de los más eficaces instrumentos de la cultura moderna en vehículo de la caridad y obra de misericordia.

Madrid, 12 de Diciembre de 1895.

José de Castro y Serrano

Cuando se considera la inmensidad del universo, cuya existencia no cae bajo las nociones del espacio y del tiempo, y contemplamos los fenómenos que constituyen la vida terrestre, no puede menos de admitirse que el espíritu humano es superior á esos fenómenos, que es de esencia infinita, y que los seres en que se determina están unidos de tal suerte, que todos y cada uno viven en unidad perfecta; por eso, la ley suprema que los rige es el amor, y su fin la existencia absoluta; ya lo dijo el que no pudo equivocarse: *Rogad para que todos seáis en mí y conmigo en mi Eterno Padre.*

Antonio Mª Fabié

V. Palmaroli

VICENTE PALMAROLI.

J. Comba.

¡NO SÉ!....

Terminó el reparto de los premios, en cuyo solemne acto, Enrique pronunció un discursito escrito por el Hermano Director. Lo dijo sin un punto, accionando con mucho garbo, y al terminar, cuando exclamó, mirando al cielo y puestos los brazos en alto: «*Virgen santa, Madre nuestra, bendice á nuestros bienhechores*», todos los asistentes sintieron profunda emoción, y el Sr. Obispo, el Capitán general, el Gobernador civil y las señoras de la Junta, le acariciaron á porfía. Después le dieron un libro, una medalla y una libreta de la Caja de Ahorros. Fué el héroe de la tarde, y por la noche, delante del Nacimiento, uno de los compañeritos del Asilo, poeta espontáneo, que echaba coplas, *por encima del tambor*, para que Dios diera salud al Hermano *Director*, al *Gobernador* y demás consonantes, le brindó con una copla, diciendo:

«Tengo que echar una copla
Por encima de un tabique.....
Para que Dios dé salú
Al pobrecito de Enrique.»

Copla que valió una ovación al cantor y al simpático huerfanito.

Ya lo había expresado con frase elocuentísima el Sr. Presidente: Enrique era el más desgraciado de todos los allí acogidos. Después de la horrible catástrofe que cubrió de luto y de dolor la fabril ciudad, el pobre niño, hijo del capataz mayor de la manufactura, había sido hallado mal herido entre los ensangrentados escombros, donde yacían sus padres y sus hermanos. Estuvo entre la vida y la muerte, sin conocimiento; al volver en sí no preguntó por sus padres, ni dió muestras de preocuparse por nada, como si hallase cosa naturalísima que la cama del hospital fuera la suya, reuniéndose con los niños del Asilo, cual si éstos fuesen sus propios hermanos. Los médicos hallaron el caso muy raro, y se echaron á divagar por los campos de la psico-fisiología, sacando á relucir, después de muchas discusiones, hechos análogos ocurridos en lejanos países, donde los accidentes por explosión eran cosa natural y diaria.

Con su carita de niño adormilado y obediente, Enrique cautivaba á todo el mundo; y si algún indiscreto le preguntaba por su vida anterior, el filósofo de seis años respondía invariablemente: *¡No sé!*

Por esta causa oyó la descripción maravillosa, al decir de la prensa, de toda la tragedia espantable hecha por el insigne repúblico en el acto del reparto de premios, con relativa indiferencia. Después del jolgorio de Pascua rezaron en la capilla; la campana tocó á silencio, y dos horas después de la reglamentaria, los asilados dormían en sus camitas.

Enrique no podía conciliar el sueño. Cuando cerraba los ojos, volvían á reproducirse las escenas de todo el día y las últimas impresiones de la velada, hasta tal extremo, que veía al Sr. Obispo convertido en el San José del Nacimiento, y al Capitán general, de Rey Mago, y á las señoras de la Junta, bailando en la pradera del portal, en tanto que los Hermanos del Asilo se calentaban alrededor de la hoguera de los pastores.

Allá, en lo alto del artístico peñasco, habían colocado una casa derruída y quemada, á través de cuyas ventanas, iluminadas con papel rojo transparente, parecía que brillaba el incendio. Enrique veía con asombro agrandarse las ruinas, y poco á poco la visión convirtióse en pesadilla.

Estaba dentro de la casa, y la reconocía como si fuera suya. En el comedor, grande y hermoso, había señores elegantes que le acariciaban, dándole dulces; llevábale de la mano un hombre vigoroso, con barba entrecana, que le cogía en brazos y bajaba rápidamente con él las escaleras. Atravesaban un gran patio con árboles, por el cual cruzaban hombres con ropas ennegrecidas por el trabajo, que saludaban con cariño al padre y al hijo; después entraban en una casa modesta; en la puerta, una mujer hermosa cogía al niño y le abrazaba; subían á una salita, donde otros pequeñuelos jugaban; sentábanse alrededor de una mesa, y él, Enrique, repartía entre sus hermanos las chucherías regaladas por los señores. También allí había un Nacimiento, y canciones y alegría. La camita donde le metieron entonces era muy pequeña; iban á arroparle, y él no podía dormir sin el beso de la madre. En medio del sueño oyó gritos, observó el resplandor de una gran fogata, que salía de la casa grande, y después, estallidos; por fin, todo esto en menos tiempo que podía contarse, un ruido ensordecedor; sintió un golpe en la cabeza, mientras que se hundía mucho, mucho.....

En su cerebro infantil se descorrió el velo que cubría lo pasado, y comprendió el alcance de las frases de aquellos señores; recordó á sus padres, á sus hermanos; sintió la falta del beso materno, y lo que no había sufrido en la catástrofe lo padeció en breves horas. No podía separarse de la casa hundida, y era tan pequeño como una figurilla de barro, y estaba solo, muy solo en aquellos riscos de corcho. Gritó, lloró, trató de huir, y cuando á sus voces acudieron los vigilantes, un delirio espantable se había apoderado del pobre niño. Recitaba trozos del discursito, llamaba á su madre y á sus hermanos, reía gozoso como si jugase con ellos, y era imposible permanecer á su lado sin sufrir hondo dolor.

Los médicos hablaron de meningitis; algunos censuraron la poca previsión de los que con sus elocuentes discursos despertaron quizá, en la imaginación dormida del niño, escenas pasadas. Con tal motivo, la prensa removió de nuevo las causas de pasadas catástrofes, se declamó mucho y se escribió aún más acerca de muchas graves imprevisiones de la industria moderna; hiciéronse nuevos estudios sobre el poder de los explosivos, y tales alturas alcanzó la discusión, que se fué olvidando poco á poco al huerfanito, quien, con los ojos sanguinolentos, dilatados y vueltos al cielo como cuando invocó á la Virgen en su discursito, devorado por la fiebre que le consumía, cubierta la cabeza con hielo y agitado por convulsiones cada vez más intensas, agonizaba lentamente, murmurando entre suspiros hondos y prolongados estas palabras: *¡No sé!..... ¡No sé!.....*

Diciembre, 1895.

Manuel de Sotomayor

I. Pinazo.

A. Yerro.

As duas nações da Europa
em que o typo da nacionalidade é mais distincto, e mais
diverso do destas e outras,
são a Hespanha e a Inglaterra.
O typo de cada uma destas
duas nacionalidades é muito
fundido com o das outras
ao mesmo tempo no physico
e no moral. Ambos elles
occupam um logar eminente,
embora divergente, na
historia da civilisação moderna.

Antonio de Souza Pimentel

M. Barbasán.

LUIS GARCÍA SAMPEDRO.

LA ESPERANZA

Ningún estímulo domina tanto en los seres animados como el que impulsa la confianza de realizar el anhelado bien. El alegre y ligero pajarillo que, tendiendo en las tenues y apacibles ráfagas del aire sus vistosas y tornasoladas alas, busca en las verdes y elevadas copas de los lozanos y robustos árboles el débil y blanco tallo, y en el cáliz apenas entreabierto de la perfumada flor el néctar delicioso de los jugos de su dorada yema, para amamantar á sus hijuelos; la intrépida y preciosa gacela que, mimando con vivísimos y chispeantes ojos el pequeñuelo gacel, le ampara y le protege girando sus astas esbeltísimas, arqueadas á manera de lira, en rápidos y veloces movimientos de aquí y allá, y doquier el peligro pueda presentarse, ¿á qué se encaminan con todos sus afanes sino á la halagüeña y consoladora dicha de ver crecer y vivir, risueños y placenteros, aquellos á quienes dieron el sér? Pues si el cazador astuto, el ave de rapiña, la fiera feroz, tronchan al nacer sus acariciadas ilusiones, arrebatando los alientos juveniles, aquellas rastras queridas, ¿qué queda en el sentido corazoncillo del pintado pajarillo, y en las tiernas entrañas de la gacela codiciada, que no sea la tristeza y la amargura, si la previsión divina no ha legado á sus espíritus algo más inmanente que la vida?

Si á seres más excelsos contemplamos, ¿qué es para ellos la laboriosa trama de la existencia sino un continuo y constante deseo de verificar un placer superior al obtenido, una aspiración más que llenar, en el número sin fin que á cada paso les asalta como singulares bienandanzas, y que, tocadas, sólo revelan ser cortos y levísimos peldaños en la sin igual y grandiosa escala mística del infinito?

El inspirado artista que, en brillantes destellos de su mente creadora, traza el diseño de la angelical figura que ha de pasar al inanimado lienzo su finísimo pincel, para darle luz y sombras, vida y expresión, relieve y colorido; ó que su acerado y punzante buril ha de tallar en el blanco mármol, esculpiendo y señalando los contornos de las suaves líneas y delicadas formas de la belleza humana, idealizada por virginal pureza, ¿á qué tiende sino á bordear la acabada perfección de su arte divino, perfección jamás vislumbrada, aunque siempre proseguida?

El caudillo esforzado que, impelido por el concepto sublime de la patria, la salva en los azares de la suerte adversa ó la sostiene en su apogeo y dilata sus dominios, dirigiendo las huestes aguerridas en el fragor de la batalla, y recabando por las combinaciones de las hileras estratégicas y en la intuición de las prodigiosas artes de la táctica la reñida y porfiada victoria, que cubre de laureles y engrandece la nación, ¿le aviva y enardece otro aliciente que la lisonjera perspectiva de nuevos trofeos que, extendiendo los horizontes de la patria enaltecida, la hagan más poderosa, respetada y próspera? Ideal nunca tocado ni cumplido, porque la grandeza de la patria no tiene límites.

El publicista ilustre que, investigando las leyes que rigen la materia y el espíritu, inquiere en el progreso de las ciencias desconocidos derroteros que, enriqueciendo los conocimientos adquiridos, vengan á descender á todas las capas sociales, como radiantes antorchas que las guíen en el siempre difícil sendero de la vida, ¿halla alguna vez ejecutados sus intentos sin que nuevos requerimientos se presenten á solicitar su inteligencia en la peregrinación por el campo de las verdades aun inapercibidas é ignoradas? Es que el logro del absoluto bien, el supremo goce, la felicidad sin recelos ni zozobras, sólo puede estribar en llegar á la presencia del Dios benigno y misericordioso, que ha de calmar las ansiedades mayores y llenar las más vivas esperanzas.

Las infelices criaturas que, abandonadas á la labor necesaria para el menester sustento, hallaron al estallar inflamante y rojiza llama de formidable y terrible explosión la muerte de ellas y de los suyos, confundiéndose en horrible algarabía los gritos aterradores y los ayes lastimeros de los amantes esposos con los de los hijos queridísimos, los de la enamorada pareja que de un momento á otro iba á consagrar ante los altares sus afectos purísimos; los del apuesto mancebo con los de la primorosa y cándida doncella, que, henchidos de hechiceras ilusiones, fueron segados en flor en día triste y nefasto para la esbelta ciudad que bañan sus muros las siempre rientes y cristalinas olas del mar Mediterráneo, y que sólo la flexible y ondulante palma puede simbolizar su gentileza y gallardía, habrán hallado, al llegar sus almas al seno del Altísimo, la inefable dicha de su gracia, que es la suprema esperanza.

Madrid, 17 Diciembre 95.

DÉCIMA

Palma se lleva en Baleares
Palma y gala (y no es lisonja),
Por su rango, por su Lonja
Y sus ilustres solares.
Pero funestos azares
Hoy la miran con cruel saña;
Y buscando alguna maña
Que sus males neutralice,
La Madre de Dios le dice:
«¡Mi tesorera es España!»

José M.ª Sbarbi.

PENSAMIENTO

La roja chispa que prende
En la pólvora terrible
Hace la explosión temible
Porque el luto y dolo extiende.
Si la chispa es de bondad
Y prende en la compasión,
Se produce otra explosión
De cristiana Caridad.

Manuel Lassa y Nuño

BIENAVENTURADOS LOS QUE LLORAN.....

Porque ellos serán consolados.

Un pedazo de cristal no podrá nunca competir con un diamante.

La alegría tiene lágrimas, lo mismo que el dolor; pero aquéllas toman vida en el corazón, y el dolor derrama llanto, que se forma en lo profundo del alma.

La felicidad es material, el dolor es el espíritu.

«El espíritu es la misteriosa fuente de las lágrimas, y los ojos hablan con ellas el tierno idioma del sentimiento», ha dicho un gran pensador.

Pedazo de cristal es la alegría humana, diamante brillador el infortunio; por eso las joyas que centellean en las coronas de los reyes de la tierra no brillará jamás como las lágrimas que resbalan por las mejillas de los mártires.

¡Los mártires! Si los mártires hallaron en todo tiempo justo premio á la diestra del trono del Altísimo, surgió Jesús en Belén y nació la Caridad, ¡la Caridad, espíritu del cristianismo, como ha dicho Bossuet; consuelo dulce á las lágrimas de la desgracia en la tierra!.....

¡Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados!

Javier Soravilla

JOSÉ HOYO.

Los muertos paganos llevaban su moneda para el tránsito á la otra vida.

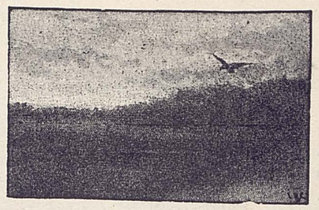
¡Desgraciado el muerto cristiano que no lleve también en su ataúd la moneda de una caridad! No pasará al cielo.

Eugenio Sellés

L'ORFANESA.—¡Ja al mon no hi tinch ningú!
LA CARITAT.—Jo sempre seré ab tú.

Francesch Matheu

M. CRESPO.



E. ALBA.

LA HORRIBLE CATÁSTROFE

DE PALMA DE MALLORCA

LA CARIDAD

. . . . . .

Reinan allí el trabajo y el sosiego;
Mas restalla explosión inesperada,
Y todo, al punto, el devorante fuego
Con fulmínea violencia lo anonada.
La madre, el niño, el mozo y el anciano,
Víctimas son de inexorable suerte:
No mostró nunca el infortunio humano
Más espantosa y rápida la muerte.
Al que ha expirado en la hecatombe horrenda
La corona del mártir dará el cielo.
Mas ¿los deudos?..... Del mundo en la contienda
Sólo hallarán la angustia, el hambre, el duelo.

. . . . . .

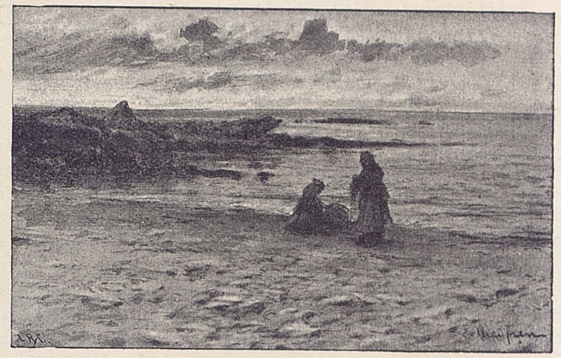
La noble caridad todo lo alcanza:
De inmensos bienes manantial fecundo,
Como un raudal de amor y de esperanza,
Bajó del cielo á iluminar el mundo.
¿Quién no se apiada?..... Vuestro acerbo llanto
Ablanda al Dios que con nosotros llora:
Si manda en sus rigores el quebranto,
Próvido escucha al que con fe le implora.

. . . . . .

Dios hará, á nuestra voz, que se recobre
Esa gente infeliz de tantos males·
Del rico el oro, el óbolo del pobre,
Ante el Trono divino son iguales.

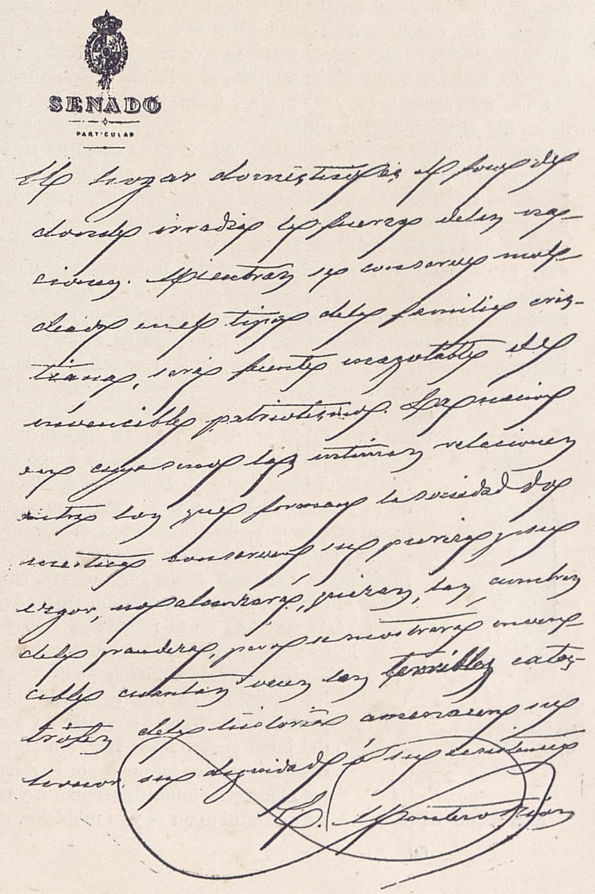
10 de Diciembre de 1895.

El Marqués de Valmar



ELISEO MEIFRÉN.

SENADO
PARTICULAR



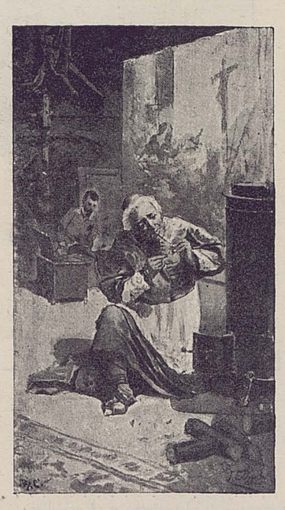
EL BUEN GUSTO

Es la menos espontánea y más compleja de nuestras facultades psíquicas. Diríase, á juzgar por sus funciones, que más que una facultad es la resultante armónica de todas ellas, y así como segunda luz y reflejo del genio creador, cuya actividad modera, atemperándola al justo medio. Esto en cuanto al modo como se nos presenta; que, por lo demás, en cuanto á su concepto racional, el *buen gusto* no es más que el entendimiento sin rebeldías, regularizado y sometido á la suave coyunda de las leyes eternas del espíritu. Es más que investigador contemplativo; y, á pesar de este carácter, fiscaliza las producciones propias y somete las ajenas á un tribunal severo, aunque meramente pasivo. No es el *buen gusto* la crítica en acción que escudriña minuciosamente y mata en cierto modo el goce estético; sino luz que, dejando la deformidad en discreta penumbra, ilumina la belleza, provoca, sin pretenderlo, la emoción estética, y en ella descansa como en el término de su finalidad.

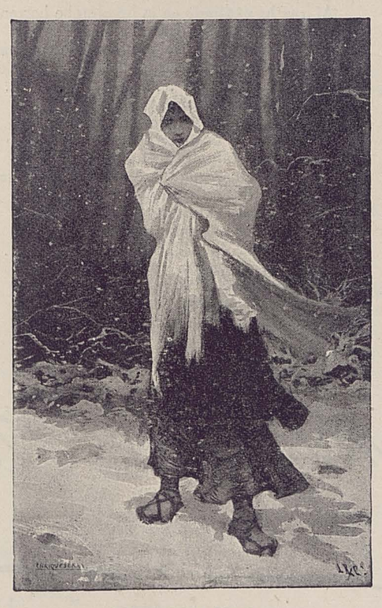
Pasando del orden intelectual al volitivo, dirige y encamina la voluntad, educándola conforme á las leyes de la conveniencia racional, inspirándola hábitos de pudor y moderando las demasías en el querer mediante la selecta variedad de objetos apetecibles que presenta, tomados de los distintos órdenes de belleza; pues por condición natural huye de cuanto es extremoso y violento, y, como facultad moderadora, gusta de imprimir en todo, como trasunto de su esencia, el sello de la armónica variedad.

Su mismo carácter pasivo suele ser fianza segura de la imparcialidad de sus juicios y de su independencia sin límites; de ahí es que, ni cede al poder prestigioso del genio desbordado, ni la amistad sin méritos le arranca más que una sonrisa de conmiseración. Benévolo con las circunstancias y aun con las modas artísticas, sabe sustraerse á la influencia avasalladora de sus corrientes; y aunque padece eclipses pasajeros, reaparece esplendoroso sobrenadando en medio de sistemas y escuelas de las más antagónicas tendencias, y velando cuidadosamente, como celoso guardián, el depósito de las producciones del ingenio confiadas á su custodia. Repudiado por el culteranismo, se refugia entre los mismos culteranos que fustigan y anatematizan sus propias aberraciones y las infracciones contra el buen gusto. Naturalmente cosmopolita y ecléctico, extiende su acción bienhechora á todos los tiempos y países, perpetuando la gloria ó la execración de las obras sometidas á su fallo inapelable. Han variado los caprichos, las tendencias, las aficiones, las nacionalidades; en una palabra, de las ruinas del antiguo ha surgido un mundo nuevo amasado con luchas y lágrimas y aspiraciones nuevas, y, sin embargo, subsiste hoy como subsistirá mañana el buen gusto de Horacio y de Quintiliano. Para los fines de la justicia definitiva nada importan el éxito ó el fracaso del momento, en que, de ordinario, suelen influir, más que la razón serena, las circunstancias y la crítica externa y aparatosa: pasarán inofensivas esas explosiones á la historia, barridas como hoja seca por el tiempo, y sobre la opinión ruidosa y apasionada prevalecerá la formada en el retiro solitario y entretejida con esos hilos misteriosos que llamamos coincidencias, y que no son sino los vínculos del buen gusto y de la comunicación de los espíritus; en una palabra, pasará ó no la obra á la posteridad, según se cumplieren ó no en ella los cánones del buen gusto. Nada hay, sin embargo, más difícil que determinar esos cánones, por lo mismo que abarcan todas las manifestaciones del espíritu, y son como fuerzas ocultas que anidan en él y lo moldean, sin dejar más rastro ni señales de sí que cierto equilibrio estable de elementos que se enlazan y compenetran. Como facultad innata fundada en leyes naturales, aparece por lo menos embrionaria en todo ser dotado de razón; pero es educable y susceptible de amplio desarrollo, como también de perversión honda y lastimosa en los individuos, nunca en la especie. Podría decirse que es el *buen gusto* para la inteligencia, en el terreno literario y artístico, lo que el sentido moral en otro orden de ideas. Hay quien desoye el grito del sentido moral y predica doctrinas perversas; así hay también críticos que menosprecian y sacrifican los dictámenes del buen gusto en aras de la propia conveniencia. La crítica debiera ser el buen gusto exteriorizado; pero al exteriorizarse y ponerse en contacto con las pasiones se rebaja y envilece aquélla lastimosamente, mientras que el buen gusto se explaya en la atmósfera serena exenta de intereses y compromisos. Seguro en sus juicios, su misma inconsciencia le hace ser tímido, y sólo despierta á la vida del arte militante tras de un escrupuloso recuento de votos, á la manera que las personas naturalmente modestas no adquieren conciencia de su valer sino en fuerza de sumar testimonios favorables.

EZEQUIEL RUIZ.



JOSÉ ECHENA.



ENRIQUE SERRA.

Para cerciorarnos de estar en posesión del *buen gusto* no nos queda más camino que el procedimiento inductivo. Vemos que nuestro juicio mental, siempre sincero y espontáneo, coincide con el fallo de los siglos respecto de las obras que han pasado á la posteridad como dechados en su género; que los mismos reparos y reservas con que tememos profanar el santuario de la inmortalidad los oímos de boca de críticos que han conquistado ya la autoridad y el prestigio sacerdotales indispensables para el caso; que juzgamos exagerado el clamoreo de aplausos y diatribas con que de ordinario se suele saludar la aparición de una obra dramática, de una novela, de una composición musical, y optamos por el justo medio, que luego sanciona la crítica razonable; que nuestras creencias y nuestras mismas aficiones, hijas del temperamento y de educación determinada, no nos hacen condenar á ciegas producciones de mérito positivo y que al fin logran imponerse; cuando todo esto se realiza en nosotros sin esfuerzo calculado, y sabemos disfrutar de las bellezas sin desconocer los defectos y sin que consideraciones extrañas á la obra vengan á turbar tan deleitosa contemplación, entonces es cuando podemos afirmar la existencia del buen gusto.

No tienen número las aplicaciones que pudieran hacerse del *buen gusto* en todos los órdenes de la vida. Una vez que ha adquirido pleno desarrollo esa facultad, de tal modo trasciende á todo el sér, que, no contento con su fin inmediato de enaltecer el sentido estético, ataja y regula los deseos inmoderados, causa la sensatez del espíritu, inspira cierta compostura en los movimientos y ademanes, y aun en el vestir, é imprime no sé qué entonación á la persona, encumbrándola sobre el nivel del vulgo y convirtiendo el mismo encogimiento en simpatía y adorable modestia. Tanto es así, que no concebimos más que por excepción el *buen gusto* en persona alguna de ruin aspecto, adusta faz y ademanes bruscos. Al educarlo, pues, en nosotros, no sólo descubrimos veneros y manantiales de goces estéticos, sino que nos educamos por dentro y por fuera, poniendo en nuestra vida exterior algo de aquella justa medida, de la armónica proporción con que se entrelazan y encadenan las leyes del espíritu para mantener inalterable el equilibrio de nuestras facultades racionales. No es otro el secreto de la civilización por el arte.

Fr. Eustaquio de Vicente
Agustino

Hay un arte para las muchedumbres, vano, artificioso, con sorpresas de kaleidoscopio, pegado á la sensación, que la moda trae y la moda hace desaparecer sin dejar huella alguna de su paso; y hay un arte sagrado y eterno que, como la religión de los egipcios, no entiende el pueblo, que es algo más que la forma, el color y el sonido; algo transcendente y universal, revelado por la clarividencia de los grandes artistas, en cuyas almas todo vive enlazado por afinidades y armonías que desconoce el vulgo; es algo serio, elevado y grande, como la esencia de nuestro propio espíritu.

Un elemento intelectual de orden superior—intuiciones y adivinaciones del genio—da á la obra de arte verdadera esa universalidad y permanencia que en vano le disputan los siglos; no es ya de una época ni de un pueblo, es de todas las épocas y de todos los pueblos. En este sentido participa del carácter de todas las grandes creaciones del genio, sistemas filosóficos, teorías científicas, invenciones y descubrimientos; Newton al lado de Homero; Platón junto á Miguel Angel; Kant hermano de Cervantes. Epoca llegará, tal vez, en que una sola denominación abrace á todos estos espíritus proféticos que nos han hecho sentir lo universal y eterno, enlazándonos con todo lo que nos envuelve en el tiempo y en el espacio.

Baltasar Champsaur

BLANES.

A. FUSTER.

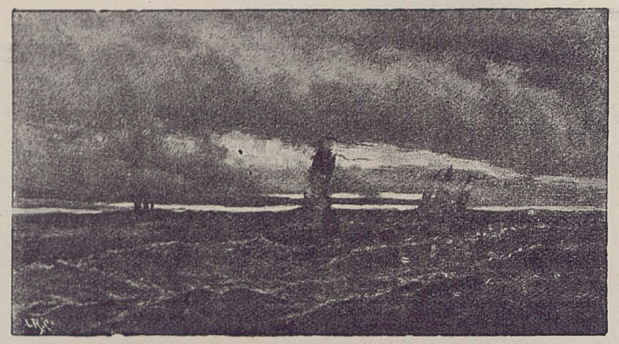
Durante nueve siglos de propaganda de las sublimes doctrinas del evangelio no han sido bastantes para borrar de la tierra las borrascas de la guerra, medio bárbaro de resolver las diferencias entre naciones. No desesperemos, de seguro, ese ideal de la humanidad en tanto él no enseñe al hombre á dominar sus pasiones.

¿Llegará ese día? ¡Esperémoslo de corazón!

Cipriano de la Montaña
Dª de la Victoria

Madrid Octubre 28/95

G. BACARISAS.



Ocón.

EL VIL METAL

Pocos países han sufrido durante la actual centuria tantos reveses y calamidades como nuestra querida España. Guerras extranjeras, invasiones, contiendas civiles interminables, terremotos espantosos, inundaciones terribles, galernas traidoras, naufragios horrendos, incendios devoradores, explosiones sin ejemplo ni parangón, epidemias frecuentes, baguíos y ciclones asoladores, constituyendo un cortejo luctuoso de inenarrables desgracias, han demostrado elocuentemente la vitalidad de la nación española, abatida, sí, por tantos infortunios, pero rehecha siempre con sus ocultas energías, para sobreponerse serena al duelo causado por un hado adverso.

Mas, en medio de tan continuadas desgracias, los progresos del siglo han dado vuelo extraordinario al ejercicio de la sublime caridad cristiana, y la prensa periódica estimula con sus conmovedoras narraciones y laudables ejemplos la conmiseración de las gentes por medio de suscripciones populares, fiestas y espectáculos, buscando, con extraño contraste, en las alegrías y regocijos de la vida el óbolo destinado á enjugar las lágrimas. Los moralistas y puritanos censuran tales procedimientos; pero la sabiduría popular, basada en un conocimiento más profundo del corazón humano, les contesta: «Los duelos con pan son menos.»

Y, en efecto, el vil metal se encarga, como complemento indispensable de los consuelos religiosos, de hacer frente á las tristes asperezas de la realidad. Hay organizada en Vizcaya una Sociedad de socorros para los operarios de las minas, con una reglamentación previsora que señala cuotas progresivas de recompensa para la pérdida de un ojo ó de los dos, para los brazos y las piernas, midiéndose la cuantía de las desgracias con una especie de dinamómetro del dolor.

La hecatombe de los 144 pescadores sepultados en los senos del Cantábrico el Sábado Santo de 1878 produjo impresión tan honda, que se recaudaron para aliviar sus tristes consecuencias 330.000 pesetas; y repartidas bajo los auspicios de la Diputación provincial de Vizcaya, correspondió la suma de 1.516 pesetas á cada viuda, y cantidades inferiores á los huérfanos, padres y hermanos de los infortunados marineros. El efecto de este lenitivo fué tan eficaz para dulcificar el amargo llanto de las inconsolables esposas, que no pocas trocaron el negro crespón de la viudez por nuevo himeneo, y aun la maledicencia supone se escuchó algún lamento por no haber participado de igual *suerte* en la luctuosa mañana del día de Gloria. ¡Tal es la condición humana!

Bilbao, 22 de Diciembre de 1895.

Pablo de Alzola

¡SEÑOR!

Toma, Señor, el alma que me diste,
De tanto batallar al fin rendida
Con el recio combate de la vida,
En que á morir el hombre se resiste.
Tú, por quien es cuanto de vivo existe,
Dame la hermosa muerte apetecida:
Si el iluso feliz siempre la olvida,
La espera ó busca con amor el triste.
Una súplica elevo á tu clemencia,
Á Ti, que me sacaste de la nada.....
A gozar del dolor de la existencia.
¡Para siempre mi espíritu anonada,
Ya que mi cuerpo cumpla la sentencia
De ver su vil sustancia eternizada!

Luis Marco

Á UNA ESTRELLA

Hace miles de siglos que fulguras,
Astro luciente, en el inmenso espacio.
Mi vista te percibe cual precioso
Diamante engarzado en la corona
De la funesta reina de la noche.
¡Con qué afán te contemplo! Tu süave
Resplandor—que me encanta y embelesa
Y mis pesares angustiosos calma—
Tarda á cientos los meses y los años
En llegar de esa altura al bajo mundo.

¡Ay! y aun creo que mis leves males
Nunca fin hallarán. ¡Yo, que á la vida
Hace poco llegué! ¡Yo, que mañana
Tal vez no exista! mientras tú, brillando
Siglos y siglos—que la mente humana
Se fatiga en contar,—desde esa altura
Enviarás tus suaves resplandores,
Siempre lo mismo, á nuestro ruin planeta.

¡Oh! Brilla, brilla en tu cenit glorioso,
Fúlgida estrella, y en remotos siglos,
Cuando algún infeliz sus cuitas llore
En el silencio de la noche triste
Y gima contemplando tu hermosura,
Infíltrale en su pecho la esperanza
De que el mal en la tierra miserable
Pronto termina; mas el alma, libre
De su envoltura material, eterna
—Más eterna que tú,—vivirá siempre.

Alicante, 8 de Diciembre de 1895.

Adalmiro Montero.

I. Díaz.

Es la misericordia un lastimarse el hombre en su corazón de ver á sus semejantes sumidos en la desdicha; es una amorosa compasión hacia los que batallan con la indigencia; es un sentimiento de la desgracia que nos mueve á socorrerla; porque no basta dar lágrimas á la calamidad temporal si no se pasa adelante á repararla con la obra.

La divina Bondad, desde el trono de su gloria, á donde nunca llegó el azote de nuestra miseria, al ver á los hombres medio anegados, con el agua hasta la boca, *sin mojar el pie* para darles la mano, solía acudir al remedio de su aflicción por terceras personas, diputándolas para ello: que por eso llamóse al Señor *Padre de misericordias*, y no Padre de justicias; mas cuando, sin respeto á su interés, nos envió graciosamente su soberano Hijo, y le vistió de nuestra mortalidad, quísole pobre, tan pobre y abatido, que no le valió su soberanía y el venir de sangre Real para no ser tenido por el desecho de las gentes. Con esta traza intentó la divina Misericordia consolar y recrear al desvalido, padeciendo por él y obligando los pechos nobles á procurarle refrigerio.

Desde aquel día, el hacer bien con lo que se tiene, eso es lo que vale y aprovecha. El agua de pozo que mana es más saludable cuanto más se saca; al revés de la estancada, que luego se corrompe y cría sabandijas. Menos interesal y más provechoso será el amor ejecutado con los difuntos, que no le pueden pagar como los vivos. Principalmente, que por la medida que midiéremos nos han de medir, y conforme tratemos á los demás nos han de tratar á nosotros: si todo lo llevamos por punto crudo, sin mezcla de compasión, otro tanto se hará con nosotros el día de la cuenta. ¿Qué esperanza le queda al epulón sin entrañas, que engorda sus perros con sangre de pobres y no sufre les alcancen á éstos migajas de su mesa?

Si deseas hallar patentes las puertas del cielo, no cierres á los míseros las de tu corazón. A quien no hace mella el gemido del menesteroso, no es mucho ensordezca Dios á la importunidad de sus plegarias. Al contrario, vuela presurosa la oración hasta el trono de Dios cuando lleva alas de tales plumas, pues dejó la Suma Bondad al rico los haberes temporales para granjería de bienes eternales. Banco seguro es la misericordia para rescate de culpas, fuerte maroma de que asir el día de la tormenta, fiador de que fiar cuando la casa padeció ruina, escala firme por donde al subir de los piadosos servicios bajan las mercedes de clemencia y perdón, ladrillo de oro con que las manos del pobre edifican al dadivoso morada de gloria inmortal, arancel perfecto por donde el rectísimo Juez tome residencia á todo cristiano; vara inflexible con que el Señor, en su día, apartará los corderos de los carneros, los escogidos de los reprobados; aureola, en fin, que ceñirá la mano divina á las frentes de los ricos y piadosos.

Muy en la cuenta han estado, y bien á la letra han entendido la claridad de estas verdades, los adinerados que en el trance tristísimo de las familias palmesanas, tan presto como les llegó la noticia, tan presto procuraron extender la mano; y apenas les dió en los oídos el infortunio del volado polvorín, les voló la caridad el corazón y los hizo manirrotos. ¡Qué espectáculo tan consolador han dado de sí aquellas almas caritativas que, aun sin bullirles los dineros en las manos, bañadas las entrañas en misericordia, han acudido con el óbolo á las puertas de la necesidad!

Florece, gracias á Dios, la hermosa caridad en la traspillada España. El bálsamo despide olor de Cristo por las esquilmadas provincias. Si alguna voz y representación reconociera yo en mí, que soy el último de los baleares, de mil amores había de dar las gracias, tan justamente debidas, á los insignes bienhechores, en nombre de mis afligidos paisanos. Sobre la palabra de Dios alégrense los limosneros; den por muy bien colocada su obra de misericordia.

Juan Mir. Pbro.

VICENTE MARCH.

Á LA POETISA ITALIANA

CAROLINA BREGANTE (ELECTRA)

De pie sobre su góndola,
Guiada á lento paso,
Canta el marino véneto
La estrofa que en el Tasso
Nació á los nobles ímpetus
De patria, amor y fe.
Por ella, de otras épocas
Antiguas y difusas,
No se oyen ya los cánticos
De las paganas Musas,
É ignora el mar Adriático
Lo que otros tiempos fué.

Pero quedó el espíritu
De Grecia placentera;
Y aun sé que hermosas náyades
Alegran su ribera,
Y que son aguas jónicas
Las aguas de ese mar.
Do el nuevo Dux espléndidos
Festejos presidía,
Y, desde el templo aurífero,
Novio del mar, venía
Los desposorios míticos
Pagano á celebrar.

¡Oh tú, que eres el símbolo
Perfecto de la raza
Que los amores púdicos
Á la pasión enlaza,
Y á los aromas célicos
Los del lozano Abril!
¡Oh tú, la de esas márgenes
Doliente moradora,
Que estrechas en un vínculo
La fe consoladora
Con la belleza plástica
De aquella edad gentil!

¡Oh rosa de Monópoli,
Cantora apasionada,
Honor para los númenes
Que rigen tu morada,
Y á tus sentidas LÁCRYMÆ
Concédase el honor
Que yo, desde estas ínsulas
Perdidas en los mares,
Evoco en lo recóndito
Del alma, en mis cantares,
Tan suaves y tan tímidos
Como el perfecto amor!

Islas Baleares.

Juan Luis Estelrich

C. Plasencia.

OLVORA INÚTIL

Á MALLORCA

¡Pobres familias!
¡Pobre Mallorca!
¡España entera
Contigo llora!
¡Manos benditas,
Manos piadosas,
Para ti piden
Una limosna!
¡Pólvora hirviente
La guerra asorda,
Y el que allí muere,
Muere con honra!
Pero la tuya,
Tu inútil pólvora,
¡Ni deja lauros,
Ni deja gloria!
Sólo las cruces,
Tristes y solas
Del camposanto
Sobre las losas.
Van los soldados
A la victoria,
Y si unos mueren,
Otros retornan;
Pero en catástrofe
Tan espantosa,
Los que se fueron
Ya no los logras.
Por eso al grito
De tus congojas,
Y á noble dádiva
Las manos prontas,
Pedimos todos,
¡Pobre Mallorca!
Para los muertos..... ¡una plegaria!
Para los vivos..... ¡¡¡misericordia!!!

Antonio Grilo.

Lamentamos amargamente la horrible catástrofe, pero no hemos de sucumbir al golpe de la desgracia. Tenemos necesidad de hacernos grandes en medio de la tribulación, por el consuelo que nos proporciona el hacer bien á los muertos y á los vivos. Á aquéllos, elevando al cielo fervorosas plegarias para que el Señor conceda á sus almas el descanso eterno en la patria celestial; á éstos, enjugando sus lágrimas y mitigando sus penas con nuestros generosos socorros.

El Cardenal Arzobispo de Valladolid

En los procedimientos de gobierno es me-
nos repugnante el descaro que la hipocresía.

La conciencia de los pueblos funciona
mejor que su entendimiento.

20 dicbre 95 A. Lamano

En la guerra la generosidad con el vencido no se opone á la energía y al rigor que exigen la disciplina y la salud de la patria.

Pablo Iglesias

El trabajo, como la guerra, tiene sus heroes y sus víctimas. De pueblos cultos es honrar al obrero que por él sucumbe, como se honra al soldado que se sacrifica por la patria.

Tomás Castellano

Madrid 14 Diciembre 1895

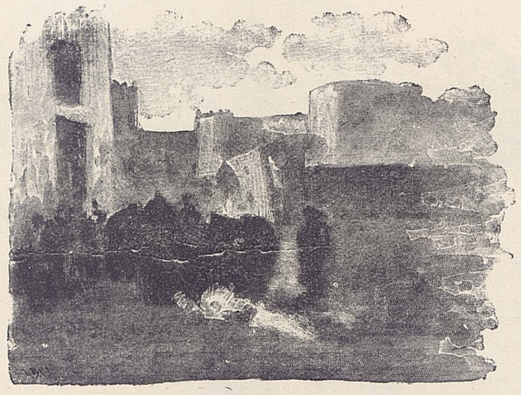
F. Maura

Como entre electricidades de nombre contrario hay atracción, debe haberla, y la hay, lo que se llama caridad, entre las alegrías y las tristezas; entre los que son felices y los que son desgraciados.

José Echegaray

Los pueblos gozan con indiferencia sus derechos, son los responsables de los abusos de sus gobernantes

El Marqués de la Vega de Armijo



GRANER.

J. BENLLIURE.

La bandera española en Cuba es la partida de bautismo de América. América sin España sería un continente indocumentado

F. de Leon y Castillo

¿Porque, cuando tantas cosas dividen á los hombres: la religion, la idea, los intereses, tratándose de aliviar un gran infortunio, tendrán voz, unos, y no los otros, ni escuelas, ni partidos, ni clases? Porque obran de conciencia y con igual energía, con generosidad, el bien, y con sentimiento, el amor, los creen unidos y combinados, sentidos como una disección que avasalla al espíritu. ¿Se cree cual es el amor de los amantes, sino el amor del bien? ¿Y cuál el bien de los buenos, sino el bien del amor?

G. de Arcayate

MARIANO BENLLIURE.

LAS TRES POTENCIAS DE UN ALMA DE CÁNTARO

(HISTÓRICO)

Aragonés, más cerrado que bolsa de prestamista, y tan inocentón como un niño de pecho, era Sixto nuestro obligado pasatiempo, mientras fumábamos, en los descansos del modelo.

Admitido en el estudio para limpiarlo por las mañanas, así como las paletas del maestro y de los discípulos, y relegado al recibimiento toda la tarde, menos en los indicados entreactos, Sixto se aburría allí de muerte, como un loro metido en su jaulón. Le estorbaba lo negro, y, por consiguiente, no podía echar mano del gran recurso de la lectura.

No sé si alguno de mis condiscípulos se lo aconsejó, ó si fué suya la ocurrencia; pero es el caso que, con la tenacidad (*volentia*) proverbial en los de su tierra, se propuso *aprender de letras*, como él decía.

Después de hacernos rogar mucho, para oirle, consentimos al fin en enseñarle á leer entre cuatro y por turnos.

A los tres meses, día más ó menos, de ímprobo trabajo por ambas partes, había llegado Sixto á deletrear, *él solito*, sueltos enteros de *El Imparcial*.

Estaba contentísimo, asegurando que nos debía casi tanto como á su madre, la que, entre paréntesis, murió al echarlo al mundo.

Una mañana, al entrar en el estudio, encontramos al pobre aragonés sumamente triste; no había quien le sacase del cuerpo dos palabras seguidas.

Nos pusimos delante del caballete respectivo, comentando mucho el caso, cuando á la media hora de trabajo se escucharon grandes sollozos en el recibimiento.

El maestro y los discípulos, paleta *endedada*, corrimos en auxilio de Sixto.

Con la cabeza entre las manos, y aquélla y éstas sobre un veladorcillo lleno de periódicos é ilustraciones atrasadas, sentado en el banco, el pobre aragonés lloraba con indecible desesperación.

—¿Qué te sucede, mastuerzo?—le gritó el maestro.—Habla....., acaba de reventar.

—¡Ah, señor de mi alma, soy muy desgraciado; lo que á mí me sucede no le pasa á nadie!

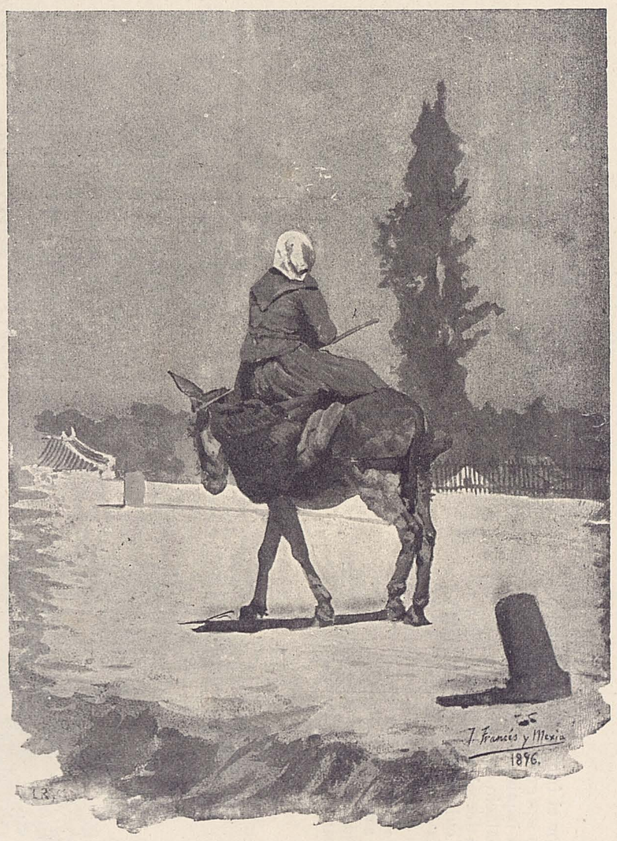
—Pues ¿qué te pasa, infeliz?

—¡Que se me ha olvidado la lectura..... que ya no sé leer!..... (*memoria*), que no entiendo (*intelligentia*) ni una letrica de este papel.

Y alzando la cabeza, cogió del velador, salpicado de lágrimas, y alargó al maestro....., un número de..... *The Illustrated London News*.

Madrid, 28, XII, 95.

El Conde de las Navas.



J. FRANCÉS Y MEXÍA.

LA ESTATUA DE CERVANTES

Por el frente, San Jerónimo
Alza sus góticas torres;
A la izquierda de la estatua,
El palacio de las Cortes;
A la derecha una ruina
Que cubre huesos de monjes,
Casas de alquiler detrás,
Y en la altura nubarrones.
Está sombrío el jardín,
Está avanzada la noche,
Y una tertulia de espíritus
Trasnocha en murmuraciones.

—¿Quién creyera en nuestro tiempo—
Dice la sombra de Lope—
Que el desdichado Cervantes
Mereciera esos honores?
—¿Qué hizo en su vida? Un soneto.
—¿Qué un soneto? Un estrambote.
—¿Y su Quijote?
—Es un loco.
—¿Y Sancho Panza?
—Es innoble.
—Protesto.
—Pues ¿quién sois vos?
—Nadie: un lector del *Quijote*.
—Salga, por necio, del corro,
Ó le echarán los estoques.—
Huye espantada la sombra
Y en otro grupo se acoge.
—¿Quién os persigue?
—La envidia
—Mala hembra.
—De las peores.
—Sed bienvenido, que todos
Sufrimos aquí sus golpes.
¿Cómo el gran Lope se asocia
A tan crueles sinrazones?
—Las competencias del gusto
Perturban á los mejores.
—¿Un sol ofende á otro sol?
—No lucen juntos dos soles.
—¡Ea! al sepulcro, que llueve
Y no es bueno que se mojen,
Que es la mortaja vestido
Que rara vez se repone.
—No ha de ser—dice el espíritu,—
Mientras no me desenoje
Reparando los agravios
Que le hicieron los rencores.—
Se inclina al suelo la sombra,
Sube al pedestal y pone
En las sienes de Cervantes
Una corona de flores.
La lluvia moja la estatua,
Y me parece que corren
Lágrimas de gratitud
Por sus mejillas de bronce.

José Fernández Bremón

JUAN VANCELL.

DELIRIO DE GRANDEZAS

El avance, cada vez más visible, que la civilización ha realizado á través del tiempo; los prodigiosos adelantos de las ciencias, las artes y las industrias; el afán insaciable de lucro que se ha apoderado de todos los hombres, creyendo que en la posesión de las riquezas está la suprema dicha en este mundo, ha traído, como inmediata consecuencia, una constante tensión del sistema nervioso, una extraordinaria actividad cerebral, que se traduce por multitud de afecciones que eran poco menos que desconocidas en tiempos en que el hombre cuidaba algo más de conservar el debido equilibrio, la relación necesaria, que jamás debe perderse, entre su parte psíquica y la física.

Causa espanto considerar cómo la locura ha ido aumentando de manera aterradora en este último tercio de siglo; creen muchos, que estudian estos asuntos de manera superficial, que por haberse asignado al cerebro el desempeño de las funciones que han dado en llamarse potencias del alma, debe perderse la idea de que es un órgano material compuesto de diversas partes, cada una de las cuales lo está, á su vez, de otras infinitamente pequeñas, pero dotadas de todas las funciones necesarias para el mejor desempeño de las actividades orgánicas que les están encomendadas: este desconocimiento, este afán de considerar el cerebro como órgano distinto de los varios que forman la maravillosa máquina humana, ha hecho que se den interpretaciones erróneas acerca de muchos trastornos cerebrales, que, por desgracia, son tan frecuentes en nuestros días.

Una verdad, que por lo vulgar reconocen todos, es que, cuanto más delicado es un órgano en su composición, cuanto más intrincada la trama que lo forma, más finos sus resortes, de más precisión sus movimientos, tanto más fácil es que se descomponga y altere su funcionalismo; esto precisamente es lo que le pasa al cerebro.

Si nosotros admitiéramos aristocracias, diríamos que el cerebro es el órgano distinguido por excelencia; su situación le hace aparecer por cima de sus compañeros; colocado en lo más alto de nuestro cuerpo, como dominándolo y vigilándolo todo, protegido, mejor aun, blindado por fuerte muralla huesosa que por todas partes le rodea, dejándole sólo abiertos los precisos espacios para que se le transmitan las impresiones externas que puedan interesarle, envuelto cariñosamente por la naturaleza en dos blanquísimas túnicas que parecen abrigarle con exquisito mimo, de una delicadeza celular que maravilla, verifícanse en su intimidad los actos más trascendentales de nuestra vida, las emociones que nos embargan, la alegría que nos sonríe, el furor que nos ahoga, el cariño que nos subyuga, el pensamiento que recorre, en breves instantes, el mundo entero; la inspiración artística, que, en un momento, convierte un trozo de mármol ó de lienzo en estatua de Fidias, ó en Concepción de Murillo; las dulces emociones de la música, únicas capaces de hacernos creer en mundos ideales; todo esto, y mucho más que sería prolijo traer á cuenta, surge, crece, se robustece, se transmite al exterior, pero siempre teniendo como laboratorio misterioso, como mágica fábrica, como almacén de hadas, ese prodigio de la organización llamado cerebro.

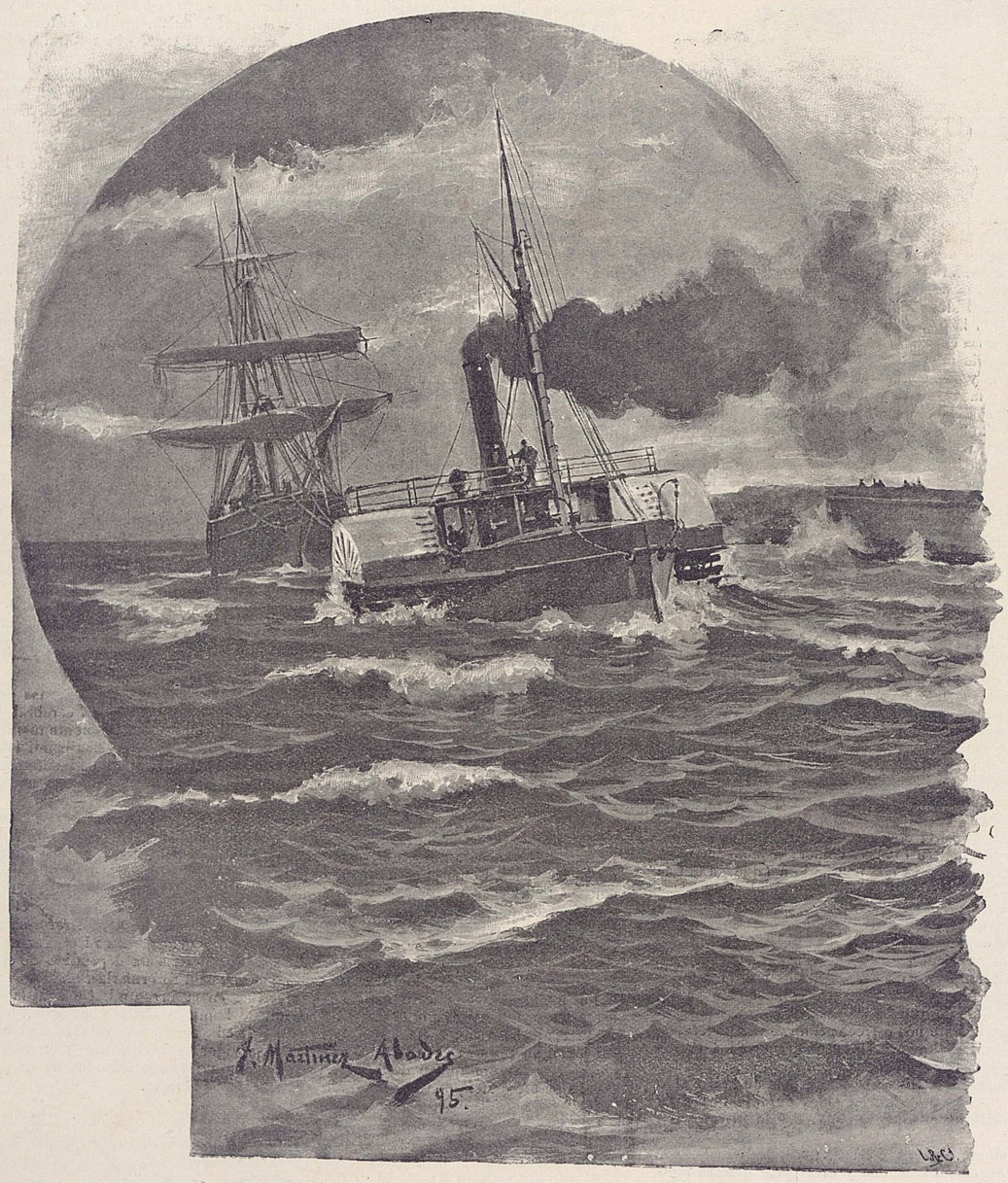
Véase, pues, cuán fácil es que el órgano se descomponga, y cómo un poco más ó menos de sangre, un aumento de vida en determinado territorio, una pérdida de ella en el opuesto, la muerte de una célula, ¡que nada tiene de extraño donde tantas existen! pueden alterar su vida normal y traer perturbaciones de gran trascendencia.

Claro es que la alteración responderá al trabajo que en determinado sentido se haya hecho ejecutar al cerebro; y como en la época presente se halla constantemente preocupado elaborando concepciones grandiosas, proyectos gigantescos, planes revolucionarios que han de cambiar la faz de la sociedad en que vivimos, trabajos científicos que destruyan todos los errores admitidos como verdades, adelantos industriales que permitan, en pocos años, lograr caudal inmenso; combinaciones políticas que eleven, desde las prosaicas llanuras de la imbecilidad ó de la desvergüenza, hasta las deliciosas cumbres del poder, desde las cuales todo se domina y envenena, no es posible que órgano tan delicado como el cerebral, por extraordinario vigor que tenga, por acerado que sea su temple, pueda resistir mucho tiempo tan alta presión sin que por fin estalle, de manera horrible, la espantosa locura, que aniquila al sér humano, colocándole al nivel de los animales más inferiores; y el hombre entonces cree ser un emperador, un monarca, un ilustre prócer, y toma las desgarradas y viejas vestiduras que cubren sus carnes por brocado y púrpura; el ridículo sombrero que tapa su desorganizada cabeza, por corona regia, y la mísera celda donde está encerrado, por lujosa cámara, donde acuden nobles y plebeyos á rendirle pleito homenaje. ¡Triste condición la del infeliz que se ve presa de tan horrendo padecer! Preocupa en gran manera á los pensadores y médicos de todos los países el desarrollo que va adquiriendo la forma de enajenación mental conocida con el nombre de *delirio de grandezas;* es urgente oponerse al avance de tan terrible enemigo; es preciso higienizarse, precaverse contra los ataques del vértigo ambicioso, como lo aconseja Wagner en un reciente libro; es necesario practicar ejercicios físicos, no dejar nunca que la parte psíquica se anteponga á la física, desarrollar armónicamente todos los órganos y aparatos de nuestro organismo, reprimiendo los ímpetus de los que pretendan avasallarnos, y animando á los que amenacen decaer; y si la ambición nos acosa, si estamos tan mal templados moralmente que la envidia nos clave su dardo ponzoñoso en el corazón, mostrándonos al amigo, al compañero, al condiscípulo, que, con más talento ó mejor fortuna, se han elevado en la escala social por cima de nosotros, recordemos al punto que la muerte ha de hacernos á todos iguales; que dentro de pocos años no existirá la actual generación, y nadie será capaz de distinguir la calavera de un monarca, de la del último de sus vasallos; el polvo que ocupe el sepulcro del noble, del que llene la modesta fosa del mendigo.

Menos nervios, pues; menos ambiciones que atormenten nuestra existencia, la cual pasa pronto; es cierto que ofrece, durante su curso, grandes amarguras: pero no perdamos las pocas alegrías que nos brinda, recluyéndonos en un manicomio, víctimas del mal de la época, del delirio ambicioso.

Madrid, Diciembre 95.

Dr. Celestraveño.



J. MARTÍNEZ ABADES.

El Ministro de Marina

Particular

Así como en las tempestades del mar, el espíritu esforzado del navegante se templa y crece para la lucha con las olas, así también, en los pueblos cristianos, las calamidades que de improviso les hieren, fortifican sus energías ante el benéfico influjo de la Caridad.

José María Pérez Caballero

Madrid 11 Diciembre 1897

LA PÓLVORA

Pólvora, negro vocablo,
Extraña composición.....
Me estremezco siempre que hablo
De ese amasijo del diablo:
¡Salitre, azufre, carbón!

Quémese en veras ó en chanza,
¿Quién regocijado sufre
El fétido olor que lanza
La horrorosa mezcolanza
De carbón, salitre, azufre?

El que la inventó, de fijo
Que no fué ningún belitre;
Pero ha armado un revoltijo
En el mundo su amasijo:
¡Carbón, azufre, salitre!

¿Es bueno, es malo? De lleno
No respondo; temo un palo
Por este discurso ameno.
La pólvora es un veneno,
La pólvora es un regalo.

¡Cómo ante mí se engrandece
Su expansión asoladora
Cuando el granito estremece
Y en roto monte aparece
Rauda la locomotora!

¡Qué bien arrulla el oído
Siempre que en tierra extranjera,
Con su solemne estampido,
Muestra homenaje rendido
Á la española bandera!

¡Y con qué ritmo encantado
De nuestro valor persuade
Si el cañón zumba, asestado
Contra el enemigo osado
Que el hispano hogar invade!

Pero ¡ay! cuando hacienda y vida
Va asolando en derredor
Porque en guerra fratricida
Nuestra raza dilapida
Riquezas, sangre, valor;

Cuando á traición explota
Y sin provecho vulnera,
Sacrifica, mata, azota.....
Dejando maltrecha y rota
Una población entera;

Entonces..... sí que reniego
De esa mixtura endiablada,
Y que, por horror al fuego,
Me hago partidario luego
De la pólvora..... mojada.

La ciencia, jamás dormida,
Está haciendo esfuerzos sumos
Y da á la pólvora vida.
Para hacerla más sufrida,
Se le han quitado los humos.

Yo gusto de sus reflejos
Y cifro mis ideales
En votos nada complejos:
La pólvora..... desde lejos
Y en fuegos artificiales.

Regino Escalera.

GERMÁN ZULOAGA.

LAS DISCUSIONES

Todo polemista, ó expositor de alguna experiencia sabe cuán difícil es inculcar verdades nuevas, sobre todo en materias filosóficas, políticas y artísticas. Á cierta edad, el cerebro es casi impenetrable; los argumentos que parecen más decisivos desfilan por el oído sin hacer la más pequeña impresión en el ánimo.

Esta insensibilidad á las verdades nuevas depende quizás de que, durante la juventud, formáronse entre las células cerebrales sistemas predominantes de asociación, que condujeron, en lo dinámico, á la creación de estilos, de pensamiento, de maneras especiales de discusión, contra las cuales se estrella siempre la lógica más concluyente. Semejantes sistemas de asociación son casi inmutables, y se extienden, por lo común, á la filosofía, á la religión y á la política, dejando solamente libres la adquisición de las verdades científicas y las nociones vulgares de la vida real.

Enseña asimismo la experiencia que solamente aquellas doctrinas que llegaron á nuestro espíritu por vía de razonamiento son susceptibles de ser abandonadas en virtud de razonamiento. Por este motivo, las doctrinas religiosa, filosófica y política, que nos fueron impuestas en la primera edad de la vida no por razonamiento, sino por mera sugestión convergente y armónica de padres, maestros, amigos, libros y demás condiciones del ambiente moral, causan estado, pasando á ser, en cierto modo, propiedades fisiológicas del cerebro. En los partidarios de las mencionadas doctrinas, las conversiones son más aparentes que reales; tocan á la forma más que al fondo. Así, por ejemplo, tal librepensador que fué católico defiende aún, en lo que atañe á la constitución de la familia, la propiedad, etc., soluciones que se derivan lógicamente de la filosofía cristiana; y, al revés, se ven fervientes católicos que, por haber sido en su juventud demócratas y racionalistas, sostienen con la mayor buena fe, y sin apercibirse de su inconsecuencia, doctrinas sociológicas, artísticas y políticas totalmente inconciliables con las enseñanzas de la Iglesia.

Esta inflexibilidad de los sistemas sugeridos por el medio durante la juventud se refuerza todavía si el que las profesa encuentra en ellos poderosos auxilios para la lucha por la existencia, porque el hombre tiende á considerar como falsas y hasta absurdas cuantas opiniones afectan á su tranquilidad ó hieren sus intereses. La frase de los marxistas: «Dime qué dinero tienes y te diré las opiniones que profesas», es una verdad tan triste como bien comprobada. Y no porque los hombres finjan siempre estar persuadidos de las ideas que convienen á sus intereses morales y materiales, sino porque las condiciones económicas son poderosos factores del medio moral, y producen en el cerebro juvenil un acomodamiento, una sincera convicción de la legitimidad del sistema que mejor garantiza el goce y el aumento de los intereses materiales. Es claro que esta sinceridad de convicción tiene sus excepciones, particularmente entre los políticos, cuyos cambios de opinión coinciden á menudo, ya con un aumento positivo de ventajas materiales, ya con una mejora (que garantiza también para el porvenir adelantos pecuniarios) de consideración social.

La doctrina que acabamos de exponer da cuenta, sobre todo, de la imposibilidad de las conversiones repentinas, y, por tanto, de la frecuente esterilidad de las polémicas entre personas de posición social definida. La convicción es el resultado de un trabajo cerebral lento, evolutivo, íntimo, asociado en lo material á un doble proceso de reconstrucción y de atrofia de asociaciones, es decir, de enlaces protoplásmicos entre determinadas células; trabajo que, una vez terminado y robustecido por el hábito, es imposible deshacer ante el choque del primer argumento de prueba esgrimido por su adversario. Si nuestro contrincante nos estrecha con razones poderosas, llegaremos á concederle habilidad y elocuencia; afirmaremos que, merced á un estudio asiduo, ha logrado aprender todos los sofismas que pueden dirigirse á nuestro sistema; pero de ningún modo le confesaremos un error que, además de haber sido larga y cariñosamente incubado por nuestro espíritu, ha sido, durante una gran parte de nuestra vida, la lógica de nuestro pensamiento científico y la justificación de nuestra conducta.

A menudo, al final de la polémica, en ese choque de cerebros congestionados por el ardor de la lucha, cuando todos los argumentos de una y otra parte quedan agotados, llega el turno á las alegaciones del sentimiento; de suerte que el residuo de la discusión suele ser un hecho de sensibilidad. «Á mí me gusta más el materialismo», confiesa uno. «Yo prefiero el espiritualismo», replica el otro. Maneras disimuladas de expresar que cada adversario, merced á la especial organización de su cerebro, se halla en la imposibilidad de entender y de sentir otro sistema que el suyo. Á la manera de las cuerdas de un piano, los elementos de un cerebro sistemático sólo vibran á impulso de las ideas que armonizan con la tonalidad natural de los mismos.

Con todo lo expuesto no pretendemos negar en absoluto la posibilidad de un cambio sincero de doctrinas filosóficas, políticas y artísticas. Existen talentos superiormente dotados, rebeldes á las sugestiones falsas del ambiente, y los cuales, si, faltos alguna vez de datos suficientes, aceptaron un sistema, han conservado plasticidad bastante para modificarlo ó sustituirlo. Estos hombres marchan con los tiempos; leen, observan, interrogan la opinión y saben acomodar constantemente el juicio á las nuevas verdades. El vulgo, compuesto de los peores, moteja de inconsecuentes y ligeros á estos hombres susceptibles de evolución, lo que equivale á tachar de ligera y de inconstante á la naturaleza porque varía sus tipos y progresa de continuo. En realidad, el calificativo de ligeros debe reservarse para esos espíritus vulgares cuya endeble razón jamás tuvo energía suficiente para reaccionar sobre las nociones recibidas durante la juventud; para aquellos hombres cuyo cerebro, como los cilindros de un fonógrafo, repite mecánicamente los conceptos buenos ó malos que le fueron impuestos durante el período educativo; para aquellos que, en virtud del principio de la inercia, se constituyen en tornavoz del pensar y del sentir de nuestros antepasados; para aquellos, en fin, que, por incapaces de perfeccionar su propio cerebro, perpetúan las formas inferiores de la raza humana, y representan, en la vida intelectual de los pueblos, la gran impedimenta del progreso.

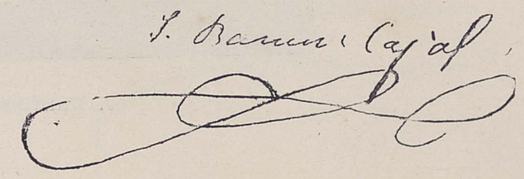
Corolario práctico de lo expuesto es que, en toda discusión, debe atenderse desde luego al temperamento intelectual del adversario. Si éste es de los pocos privilegiados susceptibles de evolución sincera hacia lo mejor, debemos detenernos y ayudar la obra cerebral de la demolición de las asociaciones viciosas. Si el sujeto pertenece á la numerosísima especie de los polarizados ó sistematizados durante la juventud; de esos que hasta se extrañan de que haya gentes que duden de algo, porque ellos jamás dudaron de nada, nuestra conducta debe ser el silencio. Así ahorraremos jaquecas y enemistades. A estos tales hay que considerarles como á los libros, que nadie va á discutir con ellos; se les lee, si merecen la pena, y basta. Conviene á veces averiguar qué piensan y qué pasiones los agitan, no para convencerlos, sino para conocerlos, pues siendo extraordinariamente numerosos, nadie puede evitar su trato, ni las consecuencias de sus reacciones más ó menos inconscientes.

Lo que importa, pues, es saber cómo cada persona (evolucionable ó no) refleja la realidad exterior; cómo la especial construcción de su cerebro modifica las doctrinas admitidas, y cuál es su modo personal de reacción en presencia de una excitación dada. Pero conocer la ley mental de un hombre es lo mismo que utilizarlo; es huir de sus reacciones perjudiciales y aprovechar sus reacciones provechosas.

En suma: el temperamento intelectual y afectivo del hombre, así como las doctrinas que profesa, son el resultado de dos condiciones: la organización cerebral heredada, y la organización cerebral adquirida por el influjo del ambiente moral y físico. En la mayor parte de las personas llegadas á la madurez, estas condiciones son inmodificables. En unos pocos que han conservado un cerebro eminentemente plástico cabe lograr, merced á una inteligente mutación del medio psíquico, una corrección eficaz de las polarizaciones sistemáticas.

Á pesar de las excepciones expuestas, nuestra línea general de conducta (en tanto no nos conste la evolutibilidad de nuestro adversario) debe ser considerar á los hombres como absolutamente irreformables en lo tocante á su credo religioso, filosófico y político. Como el naturalista, no debemos tratar de convencer, sino de clasificar á todas esas razas humanas, cuyos instintos, costumbres é inteligencia son tan diversos, á despecho de la obra unificadora emprendida por la religión y el Estado. Las réplicas vivas, hasta las faltas de urbanidad con que los irreformables ocultan á menudo la ausencia de razones, no deben impacientarnos ni alterar nuestra serenidad, pues debemos considerar piadosamente que no ha dependido de ellos el profesar tales ó cuales doctrinas, ni está en su mano el reformarlas.

Por punto general, el cerebro sólo es perfectible en la juventud. De aquí la extraordinaria importancia que, en la formación de hombres útiles y de pensadores despreocupados y libres, tiene un buen sistema de educación. Las células nerviosas del joven poseen una gran plasticidad y un gran vigor de crecimiento, y las asociaciones creadas á impulso de la sugestión docente no van precedidas de un proceso, siempre difícil, de demolición de asociaciones anteriores.



INVERNÍA

As follas que verdes foron
Caendo van:
D'un rego pra outro rego
O vento levándoas vai.
E-o inverno, o crú inverno,
Veciño está.
¡Ay, probe do probiño
Que non ten pan!

O sol xa non alumea,
Calor non da;
E-n os picos d'as montanas
Vese a neve branquear.
Nin un niño 'n as silveiras
S'hacha xa.

Cae a y-auga, cae a y-auga,
E sin parar:
E o gando 'n o cortello
Sempr' está,
Y-o labrego, sóo por velo
Deixa o lar.

N'esas noites invernizas,
Sin luar;
En que sóo vento y-auga
Hay 'no ceo y hay 'no chan,
Noites tan longas e tristes
Com' o pesar
¡Ay! do probe, do probiño
¿Que será?

Aureliano I Pereira

Á PALMA DE MALLORCA

Con motivo de la sangrienta explosión del dia 25 de Noviembre de 1895

SONETO

Fué un tiempo en que las tierras baleares
Parte formaron con la tierra hispana,
Y á separar la hermana de la hermana
Envidiosos lanzáronse los mares.
Por apartar tus pueblos insulares
El Rodhio explotador lucha y se afana;
Y muchedumbre hereje y africana
En ti asentó sus libres aduares.
Mas jamás de la patria has de perderte;
Y aun si la muerte, alzada en mil pedazos
Por horrible explosión pretendió verte,
Tú de España caistes en los brazos;
Que ni el mar, ni la guerra, ni la muerte
Podrán romper nuestros fraternos lazos.

Santa María de Huerta, 19 de Diciembre de 1895.

El Marqués de Cerralbo

ALEJO VERA.

LA CARIDAD

(De Mosén Jacinto Verdaguer)

He visto al cedro altivo, del Líbano en la sierra,
Alzarse hacia los cielos como se alzó Babel;
Mas es su sombra grata, benéfica á la tierra
Porque su frente oculta del cielo en el dosel.

Pudiera con los astros formarse una corona,
Pero su verde brote le basta á su humildad;
Y todos los tesoros que el Hacedor le dona
Sobre la madre tierra difunde su bondad.

De la virtud más alta los cedros son figuras,
Las nubes atraviesan buscando al Creador;
Los dones que reciben de Dios, en las alturas,
Son miel para la abeja, perfumes en la flor.

Son gozo del que pena, consuelo del que llora,
Para el doliente enfermo son bálsamo del bien;
Son premio para el justo, para el que á Dios adora,
Rayo de luz divina del celestial Edén.

Cuando, ha veinte centurias, Jesús bajó del cielo,
Con lágrimas de gozo al ver al Salvador,
Los ángeles alzaron cantares de consuelo,
Que al mundo le anunciaban el reino del amor.

Los hombres respondieron al son de sus cadenas,
Ya rotas, con un himno de amor y gratitud;
Las flores, por las lágrimas y hieles antes llenas,
Trocáronse en luceros al canto del querub.

Belén miró al Dios niño sonreir á los pastores,
De par en par sus puertas abrir toda prisión,
Al monstruo de la guerra cesar en sus furores,
Y al fondo del desierto rugiendo irse al león.

Al pobre que no siembra los ricos le sembraron,
Y á el ave que sus trinos lanzó en la soledad:
Al huérfano las madres vellones de oro hilaron,
Y al mísero desnudo vistió la Caridad.

¡ Ella á las almas presta del cielo el puro aroma,
Y con cadenas dulces de flores del amor
Hermana el hombre al hombre, pues sus pasiones doma
Y con anillos de oro lo enlaza á su Hacedor!

Madrid, 13 de Diciembre de 1895.

Jose S. de Urbina

Si de alguna desgracia hay los rigores,
Con el consuelo el oro se prodiga:
Va en pos de la miseria y los dolores
La santa Caridad, que los mitiga.

Julia de Asensi

J. VAAMONDE.

UNA FRASE BOTÁNICA DE GÓNGORA

Don Luis de Góngora y Argote caracterizó con frase breve y feliz, en cuatro versos cortos, el árbol que los mallorquines llaman *Auba*, los castellanos *Alamo blanco*, y los botánicos designan con el nombre linneano de *Populus alba*.

Conocidas son las dudas, las grandes dificultades que se ofrecen á los eruditos al querer determinar las especies vegetales á que corresponden, según la actual nomenclatura sistemática, las plantas mencionadas en los libros de antiguos escritores. Para aclarar esas dudas se acude, no sólo á las obras de los naturalistas, sino también á las de los poetas; no sólo se consulta, por ejemplo, á Dioscórides y á Plinio, sino también á Teócrito y á Virgilio. Y, sin embargo, ¡qué rara vez queda la dificultad satisfactoriamente resuelta!

Ahí está, para muestra de ello, el famoso verso de Virgilio:

Alba ligustra cadunt, vaccinia nigra leguntur,

tantas veces citado, aludiendo á desdeñados Coridones; y aun hoy mismo no están de acuerdo los botánicos acerca de las plantas á que corresponden los *Ligustrum* y *Vaccinium* del poeta mantuano.

A pesar de las 50 páginas que al estudio de ese solo verso dedicó Du-Molin en su *Flore póétique ancienne* (París, 1856), no se atreve el sabio botánico Pietro Bubani, en su *Flora Virgiliana* (Bologna, 1869), á decidir cuál sea el verdadero significado del *Vaccinium*.

En cambio, todo el que sepa castellano y algo de Botánica dirá, sin vacilar, el nombre del árbol que se describe en los siguientes versos:

Alamos crecidos,
De hojas inciertas,
Medias de esmeralda
Y de plata medias.

El adjetivo *inciertas*, usado en el sentido de *inconstantes*, *no fijas* (Diccionarios de la Academia Española), marca bien el movimiento que la más ligera brisa imprime á las hojas de los *Populus*, movimiento debido á la compresión lateral de los peciolos de esas hojas; y el contraste entre el color verde intenso del haz de las mismas y el color blanco de su envés, refiriéndose al *Populus alba*, está perfectamente indicado en los dos últimos versos; de modo que no queda duda ni respecto al *género*, ni respecto á la especie; puesto que ni otros árboles llamados también vulgarmente *Alamos*, como el *Olmo*, por ejemplo, tienen comprimidos los peciolos de sus hojas, ni entre los verdaderos *Alamos* ó *Populus* hay otro que presente ese notable contraste de color entre las dos caras de sus hojas.

Los *Alamos* de una conocida balada de Gœthe no son tales *Alamos* sino gracias á los malos traductores: el famoso *Erlenkönig* es el *Rey de los Alisos*.

Se conoce que Góngora había fijado su atención en la fácil movilidad del follaje de los *Alamos* ó *Chopos*, porque en un soneto á D. Pedro de Cárdenas dice también:

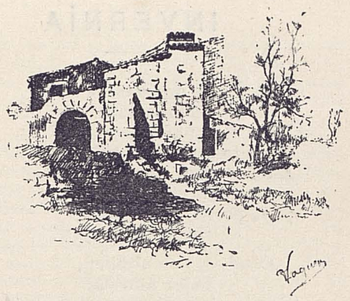
Hojas de inciertos chopos, etc.

Y no es de extrañar esa atención; los *Alamos blancos* son adorno frecuente de las orillas del Guadalquivir,

Rey de los otros ríos caudaloso,

como dijo también el insigne poeta á quien Saavedra Fajardo llamó «Marcial cordobés».

Máximo Laguna



ENRIQUE VAQUER.

LA ESPERANZA

(SCHILLER.)

Preocúpase el humano
Siempre de un bien futuro,
Y discurre sobre él, cierto y seguro
De que al fin llegará. ¡Destino vano!
En encontrar se empeña
La dulce realidad de lo que sueña,
Y corre sin reposo
En pos de aquello en que se ve dichoso;
Rejuvenece el mundo envejecido,
Y ante esa perspectiva,
Arde en deseo fuerte,
Arde en el ansia viva
De mejorar su suerte.
Es la esperanza, que le alienta y guía
De la existencia en la escabrosa vía;
Que aparece del niño en las miradas
En visiones doradas;
Que, por misterio oculto,
Encanta con prestigios al adulto;
Que al encorvado anciano aún sonríe,
Y cuando al fin de la fatal jornada
Llega al sepulcro, y yerto en él se tiende,
Y aún aquella luz tan adorada
Sobre la losa su fulgor enciende.

No, no es vana ilusión que haya surgido
De espíritu insensato
Con suave acento y grato.
Nos dice el corazón que hemos nacido
En ese mundo negro y desabrido
Para mejor estado,
Luz que nos ha guiado
En nuestra alma encendida,
Y esta promesa santa y lisonjera,
Del pecho en lo más íntimo sentida,
No ha de engañar al corazón que espera.

Jerónimo Roselló

La caridad y la filantropía no son una misma cosa. La una, dice un escritor ilustre vino del Calvario; la otra viene de Inglaterra.

Dice el Diccionario: — *Filantropía:* amor del género humano —Dice el Catecismo: — *Caridad:* amor al prójimo. La primera ama al hombre por el hombre. La segunda ama al hombre por Dios.

Así es que á los ojos de la una y de la otra, el pobre no es la misma cosa. Para la filantropía, el hombre que implora su socorro no es más que un pobre. Para la caridad, el desvalido que le tiende la mano es todo lo que puede ser: es su hermano. Y no un hermano cualquiera, sino un hermano débil, pequeño, confiado por Dios mismo á su cuidado y tutela.

Y véase el contraste que presenta este doble aspecto con que el hombre aparece á los ojos de la una y de la otra. La filantropía, al dejar caer su óbolo en el platillo del pobre, dice: *Eso me debes;* la caridad, al llevar la limosna á la casa del desamparado, le dice: *Eso te debo.*

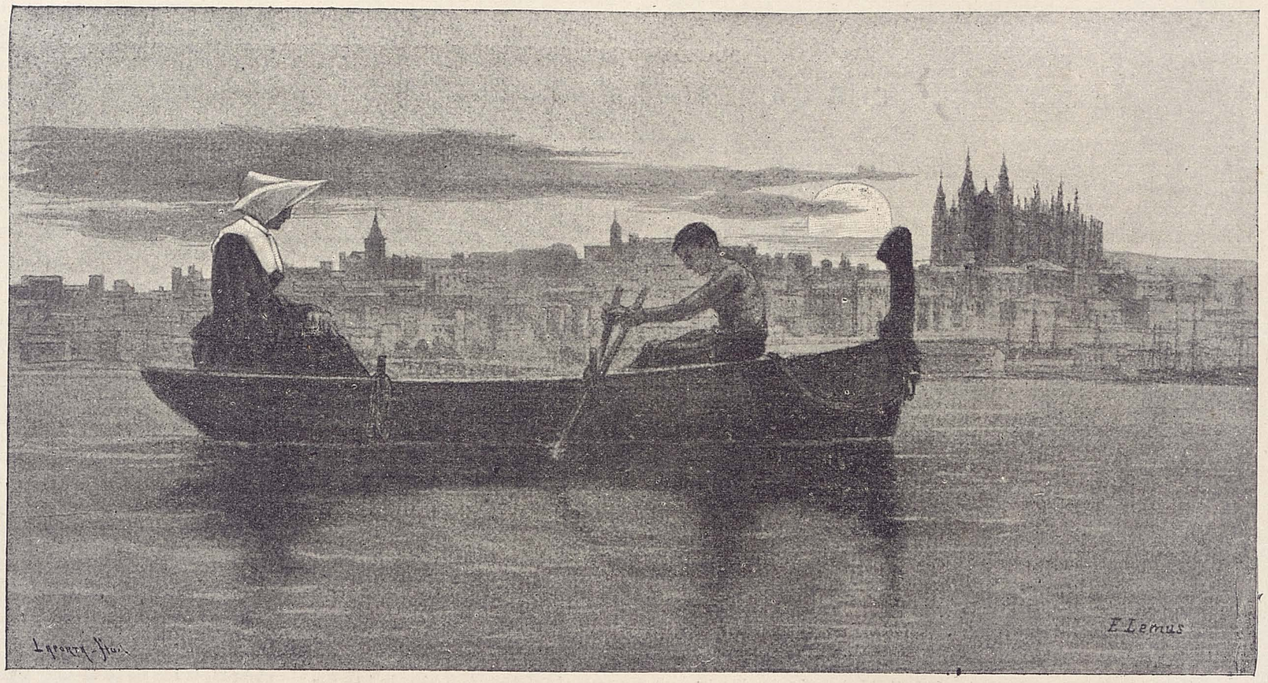
Cuando la filantropía no tiene nada que dar, no da nada; cuando la caridad no tiene nada que dar, da sus lágrimas. Por eso la filantropía no es sino la moneda falsa de la caridad, y ésta, no aquélla, es la virtud más propia y característica del rico cristiano, pues que le ayuda á cumplir la misión de tutor y curador del pobre, que Dios le ha impuesto sobre la tierra, y le da á gustar la gran prerrogativa que hace envidiar riquezas; el dulce goce que los ángeles encuentran santo: el poder de hacer felices.

Dar es, en efecto, el atributo con que más se asemeja el rico á la Providencia divina; y aun la exageración en esto es vicio que produce frutos de virtud y defecto que presta realce á los grandes. Porque si propio es del prudente dar con acierto y mesura, es condición del generoso dar por hacer el bien, sin mirar á quien lo hace; á la manera de Dios, que dispone salga el sol para los buenos y los malos, y deja caer la lluvia para los justos lo mismo que para los pecadores. La caridad nunca yerra para sí, y si alguna vez yerra para los otros, no faltará quien la corrija el yerro; que cuando toca al pobre ser víctima, siempre hay algún incorruptible fariseo que reclame y haga cumplir los fueros de la justicia.

Respondió un día el Obispo de Segovia, D. Pedro de Castro, á cierto Corregidor que le suplicaba minorase las limosnas, porque andaba la ciudad, con su mucha largueza, llena de gente holgazana: «Señor Corregidor, á vuestra merced toca la parte de la justicia, y á mí la de la misericordia.» Y Antonio Pérez cuenta que solía decir el Duque de Sessa: «Cuando tengo que dar, doy; cuando no, doy á los que deseo dar el dolor de no poderles dar, y los tengo por tan míos á éstos como á los otros, y ellos á mí no por menos que entonces.»

Premio y fruto de la caridad, que, acabadas sus fuerzas, aun obra.

Luis Coloma, S. J.



EUGENIO LEMUS.

FRAGMENTO DE UN LIBRO INÉDITO

El salvaje siente por la naturaleza menos admiración que miedo. Lo teme todo: el lago, el río, el mar, la selva, el monte, el cielo. Si por la fuerza del sentimiento religioso ha llegado al culto, les dirige plegarias y les tributa ofrendas para hacérselos propicios. No estima las cosas por las bellezas que reunen, sino por los beneficios que le reportan. El esquimal pone su paraíso en lo interior de la tierra, donde halla abrigo contra las tempestades de nieve de su largo y obscuro invierno, y el tártaro en el cielo, que se las envía. El yunga del Perú, en tiempo de los Incas, se negaba á reconocer su dios en el alto y brillante sol que le abrasaba, y lo reconocía en el mar, que le surtía de alimentos y le oreaba con sus frescas brisas.

No es eso decirte que el salvaje carezca del sentimiento estético. Si no lo tuviera, no pensaría antes en embellecerse que en vestirse. Dime, con todo, si para ti son bellos ni sus bailes, ni sus fiestas, ni sus galas. Por aberraciones del gusto las tienes, y por esas aberraciones puedes juzgar cómo ve la naturaleza. Para distinguir y sentir lo bello, así en el mundo real como en el mundo del arte, se necesita cultura. Lo ve, lo aprecia y lo admira siempre mejor el más culto.

Hablaste de las formaciones basálticas que hay en la bahía de Mercurio y en las costas irlandesas del Norte. Hermosas son, ¿quién lo niega? Al paso por ellas, ¿como cuántos marineros detendrán sus ojos ni en aquellas columnas estriadas ni en esos pilares hexaédricos? Se fijarán, de seguro, con preferencia, en la elevación y el acantilamiento de las márgenes.

Las grandes grutas, como los grandes *geiseres*, más imponen que encantan. Lleva allí gentes sencillas, y las verás pronto angustiosas y con deseo de dejarlas, máxime si se las enseñas á la luz de hachas cuyos resplandores no lleguen á las bóvedas y hagan movedizas las sombras de sus fantásticas imágenes.

Con pavor entraban los antiguos mextecas en la gruta de Coatlán, de la que se despeña un río al fondo de un barranco. Hace poco más de veinte años no se atrevían los habitantes de Reno á penetrar en su gruta, porque la creían morada de los espíritus de las tinieblas. Recelosos acompañan aún los indígenas del Sur á los extranjeros que visitan la gruta de Huarunini: respiran como si salieran de peligrosos lugares.

Tú conoces las grutas de Mammouth, las mayores del mundo. Leguas miden en lo hasta hoy conocido. Recuerda, si puedes, los nombres que ha dado el pueblo de Kentucky á los principales sitios: la *Sala de los aparecidos*, la *Silla del Diablo*, el *Mar muerto*, la *Estigia*, el *Pozo terrible*, el *Pozo de los Andes*. Van rara vez unidas á las grandes grutas ideas apacibles.

Grutas hay en que se repite lo de Coatlán, y grutas donde se baja de piso en piso á espantosas profundidades. Tienen las de Mammouth abismos, y la de Satanás, en Kora, un río coronado de niebla, que se derrumba con asordador estruendo al fondo de un precipicio negro como la noche. ¿Has visto las de Artá, en Mallorca? Habrás podido bajar á la segunda caverna, no á la inferior, aun no pisada por nadie. Pues ¿y los cenotes de Yucatán? Los hay bellos como el que vió Stephens en el camino de Mérida á Uxmal, en la hacienda de Mucuiche; no es ya bello, sino imponente, el de Bolonchentuul, cuyas aguas duermen á centenares de pies de profundidad en sus lechos de piedra, bajo bóvedas de colosales rocas.

Juntos vimos, por fin, la del monasterio de Piedra. Nos impresionó, como recordarás, no por la belleza, sino por la grandiosidad de sus formas. También allí cuelgan del techo enormes peñascos. Enormes peñascos constituyen su cielo, y enormes peñascos su suelo. No lleva en sus entrañas arroyo ni torrente alguno, sólo sí un pequeño lago; mas tiene por velo un río, un río que la oculta á las miradas del hombre.

Has buscado la belleza en las grandes grutas; en las pequeñas debiste buscarla.

P. y Granjel

VICENTE PALMAROLI.

LA VERA CARIDAD

Y

SUS CAPITALES EXCELENCIAS

«Non quæras quis hoc dixerit, sed quid dicatur attende.»
(De Imit. Chr., L. I, c. V.)

Para muchos, la Caridad se resuelve en poco más del dar limosna; para muy pocos, CARIDAD es lo que es: la virtud de celebrar cordialmente el bien ajeno y de poner eficaz voluntad en remediar ajenos males.

Por donde advertimos que la Caridad entraña, demás del material socorro al menesteroso, dos elementos realmente espirituales, á saber: la alegría sentida por el bien del prójimo, y la confortación moral á éste prestada en sus desdichas. El primero de estos espirituales elementos viene implicado en el precepto: *Contra envidia, caridad;* el segundo lo acredita la experiencia de nuestro propio corazón, el cual, si agradece en lo que vale el cabal donativo de un pudiente y desconocido bienhechor, en cambio, no sólo agradece más, sino que jamás olvida, la buena obra de aquel amigo que, saltándosele las lágrimas de los ojos, por no alcanzar á cubrir del todo la ocurrida necesidad, entrega la parte que ha podido reunir del anhelado socorro. Y es que, en el caso segundo, la Caridad se nos aparece en cuerpo y alma, pues no podemos dudar de que en la buena obra han concurrido el material auxilio y el espiritual empeño. Así, mientras del rico anónimo sólo sabemos que en determinado caso nos ha hecho un gran favor, descubrimos y reconocemos en el amigo de limitados recursos á un espíritu cordialmente interesado en nuestra suerte y con cuya voluntad eficaz podemos contar, á todo evento, en este mundo de fieros egoísmos, donde, por regla general y gran desgracia, cuantos más somos, más soledad sentimos.

Si la Caridad se ejercita directamente por amor al prójimo, ó en bien de éste por amor de tercera persona con él relacionada, quédase virtud natural ó humana espontánea, pero capaz de revestir sus más grandiosas formas. Empero si obra por amor de Dios, entonces asciende á virtud teologal, elevándose infinitamente, por tan sublime cambio de motivo, la excelencia de la caritativa virtud, por más que no experimente el menor cambio en su naturaleza, intrínsecamente humana, cuya esencia queda consignada en la definición. Porque en el orden moral, al par que en el físico, todo acto supone en su agente la aptitud natural de ejecutarlo, y así, para que podamos establecer con Dios relaciones formales y procesales de caridad, es de rigor que sea nativa en nosotros la capacidad de poseer y ejercitar espontánea y cumplidamente la virtud caritativa.

Importa, pues, sobre todo, para no perder tiempo y magín al discurrir sobre el papel que le esté reservado á la Caridad en la solución al problema político-social planteado con urgencia en los modernos tiempos, no confundir los dos procesos, teologal y natural, de la más sociable de las tres virtudes, pues toda confusión, aunque se origine de piadosos motivos, es un mal para el entendimiento y para toda aplicación de lo confusamente entendido.

Y tan eminente es la natural condición de la Caridad, que, al elevarse por amor de Dios á teologal virtud, resulta *ipso facto,* no la más excelsa, pero sí la más meritoria de las tres virtudes teologales; pues la verdad es que si, respecto á FE, sólo quien *puede* creer cree (por sus solas fuerzas ó por auxilio de divina gracia), y si, respecto á ESPERANZA, sólo quien cree con buena fe puede firmemente esperar; en cambio, respecto á CARIDAD, basta el imperativo de la voluntad propia para que el hombre resulte eficaz y cumplidamente caritativo. Y pues la voluntad es fuente natural inmediata de la Caridad, y sólo por la voluntad somos responsables, y, por tanto, capaces de mérito ó de culpa, resulta indiscutible que la Caridad es la más meritoria de las virtudes teologales.

Es, además, la CARIDAD el agua de las regiones místicas, el principio fecundante de la FE y la ESPERANZA, las cuales vienen á ser, respectivamente, como la atmósfera tórrida y el suelo sediento de un Egipto sin Nilo, á las cuales fecunda y vivifica, cual lo hace el Nilo inundando el verdadero Egipto.

Y así, donde y cuando quiera que la Fe y la Esperanza, de suyo huraña, se divorcian de la Caridad, convierten el mundo místico en un erial, un yermo, un desierto de sociales bienes, donde cada alma, exclusiva y pasionalmente preocupada de su salvación eterna, se desentiende inhumanamente del prójimo, surgiendo de tal dualismo cerrado de Fe y Esperanza la vuelta al egoísmo, ó sea una reincidencia en el pecado original, precisamente yendo camino de Dios en demanda de redención efectiva. ¿A qué citar ejemplos humanos de ello, si todo el mundo conoce de ello abundantes ejemplos? Sólo diré, para citar el más grandioso de los casos ejemplares conocidos, que por haber constituído el Evangelio una verdadera inundación de Caridad por los resecados campos de Fe y Esperanza del Antiguo Testamento, ha podido éste al fin realizar su virtual fecundidad. Jamás los judíos, ni dispersos ni congregados, podrán sacar del Testamento Viejo el fruto que los cristianos han obtenido de él. Al fin, cada cual profesa la religión que es capaz de sentir, y de ahí el horror del pueblo clásico del egoísmo al Evangelio ó *Buena nueva de la Caridad.*

Meditad, pues, ¡oh egoístas místicos! sobre el caso único, pero sin superior, que puesto dejo como ejemplo, y obrad en consecuencia.

Con todo y ser la Caridad emanación directa del albedrío, no hay virtud humana de más ardua obtención, á poco que la nativa aptitud no nos incline á practicarla; pues, de una parte, si bien la voluntad es potencia de suyo soberana, ¿quién podrá, por lo mismo, compelerla á que ejerza debidamente su soberanía? Y de otra parte, si tenemos en nuestra naturaleza tanto y tanto de vil animal, ¿qué esfuerzo no ha de necesitar la voluntad para determinarse á obrar sistemáticamente en abierta oposición con los dictados del egoísmo, que es, por el concepto animal, nuestro natural, inmediato y más antiguo asesor fisiológico? ¡Ah! ¡Nadie cree en los centauros mitológicos, siendo nosotros algo más monstruosos é invencibles que ellos! Porque el hombre sobre la haz de la tierra es, en puridad, un ángel recién creado, caballero, por injerto vivo, en una fiera adulta y llena de innatos resabios; es decir, una criatura que, sobre ser monstruosa á la vista del entendimiento, causa espanto, por los riesgos que la cercan, á todo corazón generoso. Sí; el hombre es la criatura más increíble y la obra más enigmática de la creación; en él, la parte de ángel ha de procurar oir la voz de su peculiar ley moral, *Amaos los unos á los otros,* que en tenue acento le llega de los cielos, en tanto que la parte de fiera, que es materialmente casi todo, propende siempre á sublevarse contra el racional gobierno, atenta en todas direcciones á cumplir una ley tan divina, al fin, como la moral; una ley que lo es de naturaleza, la ley animal del egoísmo, y cuyo postulado es: *Devoraos los unos á los otros para que subsista quien pueda;* único principio *jurídico, moral* y ECONÓMICO del vasto imperio orgánico, y, por tanto, la *consigna infusa* á cuyo cumplimiento va derecha toda criatura animada, incluso el hombre mismo en cuanto sér anatómico y fisiológico.

Siendo lo antedicho verdad, como lo es, ¿qué de esfuerzos no ha de hacer el cuitado racional para que en toda cosa su voluntad resulte humana? ¿Qué gimnasia hallaremos comparable, ahora por lo ruda, ahora por lo delicadísima, con la espiritual en busca de la conversión del bestial egoísmo en racional y sincero amor al prójimo? En verdad que no en balde los místicos y catequistas de todo tiempo se han esforzado en ponderarnos las dificultades que ofrece el camino de salvación eterna.....

Desde este punto de vista, á tal extremo hallamos natural la caída de nuestros primeros padres, que no nos es dado imaginar (concebir ya es otra cosa) una humanidad mantenida en perenne angelical pureza. ¡Por algo tenía *ab æterno* acordada el Señor la Encarnación de su Divino Verbo como Redentor del humano linaje!

En cambio, ¡qué inefable goce la sanción inmediata de toda obra caritativa! Y ¡cómo se acrecienta el honesto placer en proporción del esfuerzo que al hombre le ha costado trocar su egoísmo innato en eficaz amor al prójimo! Sí: la experiencia enseña que precisamente los sujetos naturalmente caritativos, y que en punto á caridad parecen *cristianos de nacimiento,* son los que menos se percatan del goce sancional inherente á las buenas obras. Para los conversos resulta más grato el galardón obtenido.

Ese goce inmediato, que premia á buena cuenta de mayor recompensa los actos caritativos, es, además de honesto, inseparable de las buenas obras: es *honesto*, porque nace del triunfo de la razón sobre el egoísmo, de la personalidad racional sobre la bestialidad instintiva; y es *inseparable*, porque siendo la sensibilidad el coeficiente necesario de toda función de conciencia, no puede dejar de concurrir á las de caridad, y concurriendo, producir goce y no pena, por constituir el placer la sanción fisiológica natural y obligada de toda satisfacción de nuestro libre albedrío.

En la práctica, el placer de la Caridad resulta infinitamente variado, puesto que, según el particular infortunio á cuyo remedio ó consuelo acudimos, toma el caritativo goce su peculiar matiz, y las especies y variedades de infortunios son, en verdad, infinitas. De ello los médicos tenemos idea aún más cabal que los confesores, por ser enormemente más dilatado nuestro campo de confesión, pues comprende lo moral y lo material de las humanas miserias y tribulaciones, á poco que el médico acierte á ejercer su profesión en prestigiosas condiciones.

En la variedad de males, así del cuerpo como del espíritu, que dan ocasión y forma á las humanas desventuras, se observa tal derroche de sorprendentes cuadros y de inesperables combinaciones, que, de ser Satán, según debemos creerlo, el autor directo ó indirecto de todo mal, fuerza es que todos los poetas del mundo le reconozcan como príncipe de los ingenios en materia de inventiva maligna y fénix del romanticismo trágico en punto á episodios, contrastes, sorpresas y conflictos estrafalarios.

—Dios se lo perdone, y no horripile al lector este mi colmo de caridad, pues me sale del corazón sin la menor violencia, visto que, por inescrutables misterios del orden providencial, no siempre el diablo trabaja por su cuenta y riesgo, sino que á las veces lo hace mediante la tolerancia, y aun el consentimiento, y *aliquando* con el permiso condicionado y explícito del Señor, como de ello hallamos claro é irrecusable testimonio en el libro de Job (cap. I, 6, 12, y cap. II, 1, 7, de la edición VULGATA latina), libro que forma parte de los canónicos reconocidos por el Sumo Pontífice Sixto V, y editados, con el título de BIBLIA SACRA, bajo el Vicario de Nuestro Señor Jesucristo Clemente VIII, y de cuyo sagrado carácter, como materia de fe, no es lícito dudar, so pena de anatema decretado por el Santo Concilio Tridentino en la cuarta de sus trascendentales sesiones. (El *Prólogo en el Infierno* al FAUSTO, de Gœthe, es un desgarbado plagio del pacto bíblico de referencia entre Jehová y Satán, para poner á prueba la paciencia de Job, del más paciente de los husitas, de los árabes, de los patriarcas y de los hombres. Ante el texto de los citados capítulos bíblicos, el mismo Esquilo se sentiría achicado. No conozco nada igual como literatura trágica.)

De cómo llega el egoísta de natural á lograr, por educación propia ó por buena obra de tercero, á sentir placer por actos caritativos que antes repugnaban á su nativa índole, y de por qué goza más cuanto más trabajoso y cuesta arriba se le hizo su laudable cambio, la explicación no puede ser ni más natural ni más llana: fúndase en una conocidísima ley de nuestra sensibilidad, ley en cuya virtud el hábito nos descubre en muchas cosas, ingratas de primera impresión, algo bueno de suyo, ó plácido, que nos aficiona á ellas; así, á fuerza de repugnancia al tabaco, se forma el fumador; de repugnancia á la cerveza, el apasionado bebedor de ella, y de repugnancia á las duchas frías surge, hasta en los niños de más tierna edad, lo que yo llamo *sensualismo hidroterápico*, ó sea la pasión de recibir la espasmódica acometida del frígido chorro, por el anhelo de gozar las delicias de la reacción subsiguiente.—Y es que el dolor, en nosotros los mortales, constituye un precedente indispensable para elevar el simple bienestar á la categoría de verdadero goce. Así estamos hechos: no lo olviden cuantos, por huraños de natural y malquerientes del prójimo, sienten repugnancia á hacer obras de caridad.

Empero la mayor excelencia práctica de esa gran virtud está en el *beneficio colectivo* que, así en lo espiritual como en lo material, reporta de ella la sociedad; beneficio proporcionado á la enormidad del número de desdichados que el mundo disimuladamente oculta á su propia vista.—Porque la verdad es que si, puestos en visita, todos aparentamos ser dichosos, al entrar en intimidad, casi todos nos confesamos desdichados. De la variedad y acerbidad de males y penas ya dije que cuida *el demonio*, ó por sí, ó por intermedio de *el mundo*, ó de nuestra inclemente suegra *la carne*.

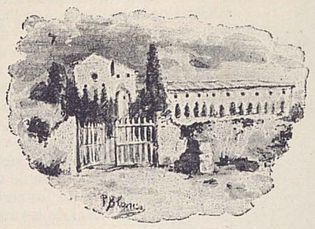
Ese *beneficio colectivo*, el más saneado de los humanos negocios, resulta de que la Caridad, doquier encuentra ajenas dichas, las acrecienta con sus ingenuos plácemes, y doquier ajenas desdichas, las remedia, ó por lo menos las aminora materialmente con socorros, y espiritualmente, á favor de la consolación y el buen consejo. Si á estos resultados se añaden de una parte el valor de las alegrías por el bien ajeno, y de otra el de las íntimas satisfacciones con el alivio del ajeno mal, resulta que, así en la esfera espiritual como en la material de la vida, la CARIDAD realiza el negocio social colectivo más admirable que cabe imaginar; negocio representado por algo mucho más positivo que el dinero, porque consiste, de un lado, en el *aumento directo del bien*, y de otro, en la *disminución directa del mal*, en tanto que realiza acciones gratas de la vida en función de conciencia; interés supremo de toda humana criatura.—TOTAL: *Un enorme aumento del capital de felicidad colectiva y circulante.*

Compárese el anterior resultado con el que arroja una colectividad poseída de egoísmo, donde cada favorecido por un bien provoca involuntariamente el mal moral de sus envidiosos, y cada desgraciado soporta en la soledad la total pesadumbre de su desgracia, y se verá que la diferencia entre una sociedad caritativa y una sociedad egoísta es, *económicamente* considerada, la misma que media entre la riqueza material de un pueblo buen explotador de su capital y de su crédito, y un pueblo de adustos é intransigentes avaros.

Y aquí doy punto á estas reflexiones por motivos de oportunidad: quiero decir, porque en un siglo tan interesado como el nuestro, ¿qué argumento de efecto pudiera yo aducir después de haber demostrado que la Caridad es un gran negocio?

Ahora, sátira aparte, y ateniéndome al epígrafe de este artículo, declaro que si felizmente su contenido lograse hacer mella en el ánimo de algún lector tocado de egoísmo, autorizo á tal lector para que exclame con todo desahogo: *Hágase el milagro, aunque lo haga*

José de Echegaray



MIEDO Á LA CIENCIA

En el archivo de los recuerdos lúgubres conservo la impresión imborrable que hizo en mi espíritu aquel muelle de Santander lleno de restos sangrientos sembrados por la voladura del *Machichaco*.

La dinamita, inventada por un sabio en el tranquilo retiro de un laboratorio, dejó allí, como la pólvora ha dejado en Palma, muchos hogares vacíos.

Llega un momento en que estos hechos tremendos acobardan el espíritu, y se piensa inevitablemente en otros tiempos menos perfectos y más felices; la civilización asusta, el progreso da miedo, y ocurre que, acaso cuando los sabios encontraron en la paz del laboratorio la pólvora y la dinamita, se hubiesen callado su secreto si, con adivinación de lo porvenir, hubieran podido ver estos dos hechos trágicos: *Santander-Palma*.

Si un día la casualidad, gran colaboradora de todos los sabios, pusiera á mi alcance, en el secreto de la invención, algo capaz de empequeñecer á la dinamita, probablemente tendría miedo y encerraría la fórmula maldita en el más obscuro rincón del cerebro, arrojando la llave al pozo del olvido.

Federico Urrutia

AGUSTÍN QUEROL.

MARINA

Cuando sangra una herida
Y el corazón desmaya,
É, infecundo el deseo, de la vida
El horizonte ofúscase, ¡oh, bien haya
La sombra de los pinos en la playa!

Mucho se pondera la virtud de la tolerancia, que acaso nace en ocasiones de la cobardía ó la indiferencia.

El primer amor se parece á la raya que el diamante deja en el cristal: no se borra nunca, y empaña el brillo de todos los amores que le siguen.

Las grandes desgracias sirven para templar el carácter á los grandes pueblos.

Cuando luchan el corazón y la cabeza, casi siempre acierta aquél.

Jamás las muchedumbres se mantienen dentro del límite debido: en los momentos de entusiasmo, como en los de venganza, se desbordan. ¿Se deberá esto á que, según alguien cree, su nivel medio intelectual resulte inferior al de los individuos que las componen?

Tan sólo una mujer perdona sinceramente las ofensas recibidas: la madre.

Rafael Álvarez Sereix

LA CRUELDAD

El ingeniosísimo cuentista D. José Fernández Bremón ha tiempo que publicó un artículo en que proponía se añadiese un pecado capital á los que se nombran en el *Catecismo de la doctrina cristiana;* porque decía, y decía muy bien, que la crueldad es sin duda un pecado tan grave como el más grave de los siete capitales.

Mirar con indiferencia el mal de nuestros prójimos y gozar con el bien propio, aun cuando este bien redunde en daño ajeno: tal es la definición que puede darse de la crueldad; y si detenidamente se reflexiona, base es la crueldad de la soberbia, que goza en el ensalzamiento propio y la humillación ajena; de la pereza, que nada hace para remediar los males del prójimo; de la gula, que en la opípara mesa se olvida de los que carecen del pan de cada día; de la envidia, que transforma el bien ajeno en dolor propio; de la avaricia, que cierra su bolsa á las lágrimas del pobre desvalido; de la ira, que atropella ciegamente todo humano respeto, para satisfacerse con el estrago que su explosión causa; y respecto al pecado capital que aun resta, bastará recordar que los triunfos de D. Juan Tenorio hacen derramar lágrimas á la mujer vilmente engañada y á los padres del rival muerto en duelo; y así quedará plenamente demostrado que todos, absolutamente todos los pecados capitales, requieren como base la dureza de corazón, la crueldad, según se define en los comienzos de este escrito.

Decía la verdad el Sr. Bremón: hay que añadir un pecado capital á los señalados en el *Catecismo;* ó, si se quiere evitar tal añadidura, hay que mostrar que todos, ablutamente todos los pecados que por su gravedad se llaman mortales, reconocen la crueldad como su necesario fundamento; y de esta enseñanza puede deducirse fácilmente que todas las virtudes tienen como base una virtud, la piedad, que en la esfera de lo eterno es el amor á Dios, y en la esfera de lo temporal es el amor á la humanidad.

Piadoso es reverenciar á Dios por amor á Dios; piadoso es compadecer y remediar, en lo posible, las desdichas humanas por amor á la humanidad.

La historia de los progresos humanos es la historia del progreso de la piedad y, por consiguiente, de la disminución de la crueldad de los hombres, que en épocas no lejanas inventaban suplicios dolorosos para el condenado á muerte, y establecían el tormento como prueba jurídica, consiguiendo que acaso el inocente se declarase culpable.

Hoy el tormento nos parece una barbarie indigna de los seres humanos; y hasta el derecho de castigar busca su fundamento, ya en la corrección del delincuente, ó ya en la necesaria defensa de la moral pública y del orden social. La pena es remedio, es medicina del espíritu, en el sistema correccional; ó es amputación, es cirugía que corta el miembro podrido para salvar al enfermo, en el sistema defensivo de los antropólogos italianos, que llaman *eliminación necesaria* de los criminales incorregibles al empleo de la pena de muerte, cuando de otro modo no puede asegurarse el progresivo desenvolvimiento de los organismos sociales.

Las leyes y las costumbres se humanizan en el siglo presente; la guerra levanta clamoreo de indignación en las esferas superiores de la inteligencia; la barbarie de las diversiones públicas, como las corridas de toros, las riñas de gallos, los ejercicios peligrosos de los titiriteros, es censurada por los mejores, aunque por los más aun sea aplaudida; y así aparece visible el progreso de la humanidad, que será más racional cuanto menos cruel sea, hasta que llegue un día en que todos los seres racionales merezcan el nombre de seres humanos. Lo cruel es la antítesis de lo humano. En la *humanización* de los seres racionales se han de fundar todas las esperanzas de la grandeza moral de las futuras civilizaciones. El sér más bueno es el sér más humano.

El *mal por accidente*, el más inexplicable de los males que afligen á la humanidad, aparece en la reciente catástrofe de Palma de Mallorca, que ha dejado en la miseria y el desamparo á viudas y huérfanos de honrados obreros; y si el cruel egoísmo de los dichosos puede ver con indiferencia tanta desventura, la compasión de los buenos debe acudir á remediarla, que así lo ordena la *moral absoluta*, por Jesucristo enseñada: *Amar á Dios sobre todas las cosas, y á tu prójimo como á ti mismo.*

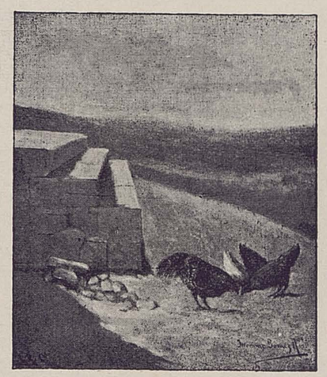
Madrid, 20 de Diciembre de 1895.

Luis Vidart
de la Real Academia de la Historia

Hoxe tócame ser grau,
Mallade enriba de min,
Que en non teño mais romedio
Que acambáreme e sofrir.
¡Malladores da disgracia,
Dai sin oor, estou eiquí!

Pero si cambian as cousas
E mallo me chego a ver,
Ei de ter tanta piedade
Como a que comigo tên.
¡Mallador, cando eu o sea,
Vive Dios, que mallar ei!

Ricardo Ribalta



JERÓNIMO GÓMEZ.

AMOR EN LA MISERIA

Abrázame y seca el lloro,
Aunque el hambre herirnos pueda
Junto al banquete en que rueda
El pan, el vino y el oro.
En ese festín sonoro
No hay virtud que no zozobre;
Y por más que el lujo sobre
Allí, entre tantos excesos,
Falta el calor de estos besos
Y el Dios que acompaña al pobre.

J. Betancourt Müller

J. Navarro Reverter.
Fuencarral 10

Julio Zuloaga
Hoplozivos

Los inventos de la ciencia moderna no serán completamente útiles á la humanidad mientras necesite para recibirlos valerse de la ignorancia.

J. Navarro Reverter
Hoy 16 Abril 95

Así como es mal tratamiento médico el que combate aisladamente los síntomas, descuidando la diatesis, también es malo el sistema penal que se limita á reprimir las manifestaciones externas del delito, dejando intacto el origen de la criminalidad.

Luciano Lastres

Dichoso de aquel que sufre
Si hay quien comprende su pena,
Si hay quien enjugue su llanto
Y comparta su tristeza.

Vi morir á un sér querido,
Y me explico desde entonces
Por qué lloran las mujeres
Y por qué juran los hombres.

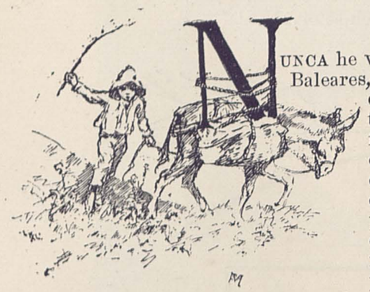
La amistad que nace un día
De placer, no es duradera;
La que nace en la desgracia,
Esa no muere, es eterna.

Entre una muerte llorada
Y el olvido, es preferible
Ser muerto á quien se recuerde,
Que ser vivo á quien se olvide.

Luis González Lopez

ROSALES.

EL TALAYOT



NUNCA he visitado la privilegiada tierra de las islas Baleares, y dicho se está que no he visto ni estudiado en su original ningún *talayot;* pero son tantas y tan minuciosas las descripciones y figuras que he podido consultar de estos célebres y singulares monumentos, que creo haber llegado á formar cabal idea de ellos. ¿Cuál era su destino? Quién los supone fortalezas ó atalayas, quién habitaciones, quién rudos mausoleos, sin que nadie haya presentado demostración cumplida de su aserto; y ya que me veo precisado á escribir en esta colección algo, y ese algo deba tener relación con la tierra mallorquina, quiero lanzar una opinión que, si no es buena, será por lo menos nueva, como nuevo camino de investigación arqueológica.

Para mí, el *talayot* es edificio funerario, pero no sepultura individual ni colectiva. Su objeto era exponer al aire libre, en lo alto del monumento, los cuerpos desnudos de los difuntos, á fin de que la descomposición natural, ayudada por la acción lenta del aire y de la lluvia, no menos que de la más rápida y eficaz de la voracidad de las aves de rapiña más innobles, dejaran descarnados los huesos, los cuales, cuidadosamente recogidos, se depositaban después en una pequeña sepultura ó en un osario general.

Esta práctica, antiquísima en Persia, según el testimonio de Herodoto, la conservan puntualmente los pocos y míseros adoradores del fuego que aun subsisten en su primitivo país, lo mismo que la opulenta é ilustrada colonia de los parsis refugiados en la hospitalaria tierra de la India. Creen estos discípulos de Zoroastro que ni la tierra, ni el agua de los ríos, ni el fuego, deben ser contaminados por el contacto de los cadáveres, y para mantenerlos á distancia conveniente de estos elementos, así como de las personas puras, los colocan en lo alto de las edificaciones, que llaman *dajmas* ó *torres del silencio*. Álzanse éstas, en grupos de dos, tres ó algunas más, según la importancia de las poblaciones, comúnmente en sitios algo elevados á poca distancia de los grupos de habitación. Las más notables son las que se hallan cerca de Bombay, en número de cinco, de variado tamaño, rodeadas de frondoso jardín, dentro de una gran cerca. La mayor de todas es un cuerpo cilíndrico macizo, de sillería, de unos 12 metros de diámetro y tres ó cuatro de altura, coronado por un grueso muro circular, también de sillería, de otro tanto de alto, sin ventanas, cornisas, ni adornos que hagan distinguir por fuera las dos partes de la construcción. Una sola entrada da acceso á lo interior de la masa de granito, y una escalera perforada en su espesor conduce al terrado, ó suelo descubierto, donde ordenadamente, y con canales adecuados para que no se encharquen los líquidos procedentes de la putrefacción, hay tres filas concéntricas de fosas abiertas. En el centro, un gran pozo recibe, mezclados, los huesos después de limpios totalmente de su carne. La entrada en estos inmensos y costosos pudrideros no es lícita más que á los sepultureros de oficio, que por tocar los cuerpos muertos se consideran como impuros y viven apartados del trato de sus compatricios, muy bien pagados por el sacrificio que voluntariamente se imponen.

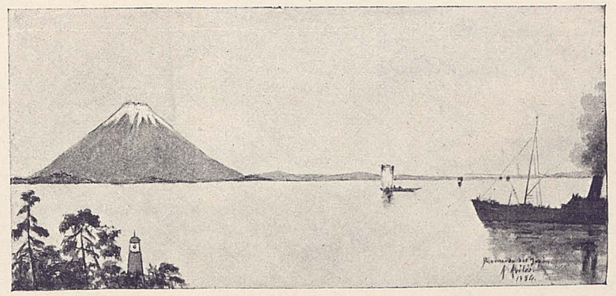
La semejanza de estas torres de Bombay y de otros puntos con los *talayotes* que tienen puerta y rampa interior para subir al terrado, como los de Torrenova de Lozano, Bimatzem y Fonsredonas, es patente y, á mi juicio, innegable, siéndolo igualmente para otros modelos de las mismas obras. Hay *torres del silencio* en Persia que no tienen entrada ni perforación alguna, á las cuales se sube por fuera aplicando una escalera de mano bajo una ventana rasgada hasta el suelo en el muro superior, como sucede también en el *talayot* de Torrelló, en Menorca. Si junto á Morell, en Mallorca, se ven las ruinas de un *talayot* de planta cuadrada, también el citado cementerio parsi de Bombay nos da una *dajma* cuadrada, algo desviada de las otras cinco, y destinada exclusivamente á los que han recibido muerte ignominiosa. Y téngase en cuenta que el mayor conocimiento en el arte de construir, y la superior cultura de los modernos hijos de los antiguos iranios, no han conducido sino á perfeccionar en ciertos pormenores higiénicos el tipo primitivo de los toscos monumentos prehistóricos de las Baleares. ¿Está en mi ánimo decir que los primitivos isleños fueran iranios de la Bactriana? Pudiera inducirme á ello el deseo de encontrar explicación plausible al dicho de Varrón, según el cual, contribuyeron los persas á la primitiva población de España; pero sin que esto sea imposible, prefiero suponer que unos y otros recibieron de algún pueblo más antiguo tan extraña manera de tratar sus difuntos, seguida también por ciertas tribus de los mogoles. Aunque el Zendavesta consigne minuciosamente las reglas de estas ceremonias fúnebres, no creo que el fundador del mazdeísmo haya hecho otra cosa que reducir á preceptos fijos una costumbre arraigada ya entre sus adeptos.

Falta ahora averiguar si los huesos descarnados se depositaban en la cripta que se ve en muchos *talayotes*, donde no parece que se encuentran restos humanos, ó en cuevas, fosas cubiertas ó *navetas*, que tanto abundan en las islas; pero hoy por hoy carecemos de exploraciones suficientes para aventurar un juicio; y el que pudiera emitir sobre los monumentos últimamente nombrados será mejor dejarlo para cuando me vea compelido á discurrir de nuevo sobre cosas pertenecientes á la tierra balear.

Madrid, 14 de Diciembre de 1895.

Ramón de Zaragoza

E. ESCALERA.



A. AVILÉS.

DIOS Y LA DAMA

El religioso entusiasmo que habían inspirado las Cruzadas se mantenía vivo en España cuando ya estaba amortiguado en las demás naciones de Europa, y gloria de Jaime I de Aragón había de ser intentar uno de los últimos esfuerzos por rescatar el sepulcro de Cristo de manos de los infieles.

Todo era en Aragón, por el año de 1269, ardoroso deseo de buscar á los infieles en sus propias guaridas, por los mismos que los buscaron y vencieron cien veces en los campos de Mallorca y de Valencia.

El ruido de los bélicos preparativos había de llegar hasta Mallorca por las predicaciones de los sacerdotes y los cantos de los trovadores, y despertar la fe y avivar el brío de los valientes caballeros establecidos en la isla recién conquistada. Distinguíase entre todos Guerao de Cervelló, héroe de cien combates, salvador del ejército en aquella sangrienta jornada en que Ramón y Guillén de Moncada, Hugo Davilar, Hugo de Mataplana y otros caballeros catalanes, murieron gloriosamente destrozados por las huestes de Abu Said.

El recuerdo de aquellos días es poderoso acicate que estimula al noble guerrero para responder á la voz del Pontífice y al llamamiento de su rey; pero refrena su entusiasmo la pena de abandonar por mucho tiempo, y acaso para siempre, la prenda querida, Blanca de Rocaberti, á la que hacía poco que había unido sus destinos.

Pero irá al fin: el culto idolátrico á la mujer, el amor á la religión y la lealtad al Rey, eran deberes que se armonizaban en sublime síntesis en el corazón de los buenos caballeros de aquellos tiempos. Guerao de Cervelló piensa que debe abandonar su esposa, su hogar y su patria, y marchar á Palestina.

Cuando, lejos de todo, busque en aquellos campos solitarios la orilla del mar, preguntará á sus ondas inquietas y bulliciosas si, venidas acaso de los mares de Occidente, traen nuevas de su amada, y verá en la luna de pálidos rayos y en el sol de esplendentes destellos, ahora su hermosa tristeza ahora su alegre hermosura. Si la muerte corta sus días, él también rogará porque, libre el alma de su esposa de las pesadas cadenas de la carne, vuele á unirse con él allí donde no puede romper el lazo la mano destructora del tiempo.

Así piensa Guerao, y no vacila en tomar la cruz, incorporarse á los guerreros que adornan ya con ella su pecho, y confiar su suerte al frágil barco que lo ha de llevar á su destino.

Dios y la dama: he aquí la magnífica enseña del caballero cristiano de la Edad Media; grito sublime, manantial fecundo de nobles pensamientos y grandes empresas.

José Ruiz y Pérez

ENSUEÑO

Errante peregrino,
Sin tregua, á mi pesar,
De la vida en el árido camino,
Andar es mi destino,
¡Andar!

En cruda noche, triste y desolada,
¡Lóbrega noche en que perdí la fe!
Yerto y solo, tras áspera jornada,
Ante la puerta de tu hogar llegué.

Llegué á la puerta de tu hogar tranquilo,
Rendida el alma por dolor mortal,
Y alcé la voz y demandé un asilo.....
—Entra—dijiste. Y traspasé el umbral.

—Yerto y cansado estoy—con voz llorosa
Dije al verte;—concédeme tu amor.....
—Mis brazos ten—me respondiste ansiosa,
Y ellos descanso diéronme y calor.

—La sed me abrasa—proseguí anhelante,
Y en ti los ojos ávido clavé.
—Toma mis labios—me dijiste amante,
Y en largos besos extinguí mi sed.

—Hambre tengo también—seguí afanoso,
Y la mano tendí con emoción.
Y tú, rasgando el seno generoso,
Palpitante me diste el corazón.

—Herido estoy; en luchas fratricidas
Por fieras manos maltratado fuí—
Dije aún..... Y curaste mis heridas,
Y á la salud y al bienestar volví.

Y al recobrarme, dócil al destino
Que me induce implacable á caminar,
Emprendí nuevamente mi camino,
Y, agradecido, murmuré al marchar:

—¿Qué deseas? Es ley de mi existencia
Caminar ó morir. Pues tuyo soy,
De tus labios aguardo mi sentencia:
Honor, vida y hacienda te los doy.

—Andar es tu destino.
—Murmuraste, llorosa á tu pesar;—
Vete. Nada deseo, peregrino.....
Toma mi alma: ¡acaso en el camino
Te pueda consolar!

Emilio Fernández Vaamonde

GONZALO BILBAO.

ANTE EL SINIESTRO DE MALLORCA

La existencia de la obrera concuerda con el ideal de la vida contemporánea. Niña, joven, madre, anciana, siempre contribuye con el fruto de su operosidad al sostén de la familia.

Vive por sí, y el cambio de estado sólo constituye en ella una nueva faz moral: no necesita esperar marido para dar solución al problema del sustento.

¡Feliz ella, que, en medio de sus desventuras, ha dejado de ser en la civilización la hembra árabe del harén! Feliz, puesto que no entra ya en la clasificación de Balzac sobre quiénes son mujeres; donde las de Francia quedan reducidas en aquel humorista cuadro á exiguo número: ¡la mujer para el amor! Después de todo, el *jan* de los asirios para las caballerizas.

Pero en la dignificación de la mujer por la laboriosidad, ley moral de la existencia humana, alejado el peligro de la holganza, en la cual se adormece la señora que solamente vive para lo que hemos convenido en llamar *la sociedad*, por antonomasia, necesita la obrera de una tutela que la ampare contra otros peligros: los materiales; protección que únicamente puede ejercer la rigurosa legislación del Estado.

Con una ley efectiva de la Nación, y otra patriarcal eficaz del Municipio ó los particulares, se evitarían espectáculos tan siniestros como el de unas operarias víctimas del transporte de explosivos.

Y si resulta *shakespeariana* la muerte de esas desdichadas mallorquinas, es propia de las amargas musas de Víctor Hugo ó Bécquer la de las pobres criaturas que sucumbieron también en la catástrofe. ¡Ellas, que en los alrededores de París, por sarcasmo de la suerte, hacen juguetes para solaz de los niños acomodados, en nuestra isla balear, por igual sarcasmo, perecen como carne de cañón en el fragor de la batalla!

¡No, no debe ser, mil veces no! Toda conciencia honrada se subleva contra tamaño ultraje al desvalido; y antes que pase á la historia el siglo XIX, urge llegar á la tiranía de encarcelar á los niños en higiénicas escuelas, buscando el medio de que los padres puedan prescindir del auxilio de los hijos, y evitando la inicua explotación del pequeño obrero por el magnate poderoso.

H. Giner de los Ríos.

LA CIENCIA EN EL SIGLO XIX

Pocas centurias podrán, ciertamente, envanecerse de haber realizado mayor número de portentosos descubrimientos científicos como la que ahora finaliza, que asiste con inequívoca justicia á su apoteosis, en los momentos que se despide para pasar á la historia. Seguramente que la enumeración de todos los inventos realizados en este período podrá cansar por su extensión desmesurada; pero jamás se admirará ni enaltecerá lo suficiente á cada uno de los sabios de cuyos privilegiados y titánicos cerebros han brotado tamañas maravillas, iluminadas por los radiantes y deslumbradores focos eléctricos, y vitalizadas con la energía del vapor, que son como las dos grandes figuras que en el cuadro representante de los hechos científicos legados á la posteridad por este siglo agrupan en torno suyo todo el raudal de mágicas invenciones que las ciencias físico-químicas han producido, en la seguridad de que las generaciones venideras han de otorgar al referido siglo una corona de esplendente gloria y un honroso dictado con que figure siempre en el libro de los gratos recuerdos.

Doctor Joaquín Olmedilla y Puig

MI OFRENDA

Mirando adonde surgía
Del rezo el murmullo vago,
Vi de un pueblo la agonía
Por inmerecido estrago.....
Y un cielo que sonreía;
Y el grito de mi razón
Ahogué en el cáliz de un lirio,
En que envía mi adhesión
Á esa *Palma..... del martirio*,
Un beso del corazón.

Leopoldo Cano

EL CÉL DEL AMOR

Del passêtx per la voréra
Una enredadéra hi veitx:
Allá s'acaba el passêtx,
Vull vêure que hi há derréra.....
¡Ay! ¡Déu méu! Daume alegria.
Derrera la enredadéra
S'hi vêu una gelosia.....

S'hi vêu una gelosia;
Y es verde com ma esperança.....
La meua má ja la alcança:
Si jo volgués l'obriria.....
¡Ay! ¡Mon cor ja bat rebént!
Derrera la gelosia
Hi brilla un ull resplandént.

Hi brilla un ull resplandént,
Plê de vida; y par que riga,
Cosa alegre par que'm diga
Si m'mira amorosament.
¡Ay! ¡Mirada mès preciosa!
Derréra l'ull resplandent
Hi veitx una ánima hermosa.

Hi veitx una ánima hermosa,
Sonrient de gòtx y candor
Que'm promêt vida millor
Ab una esposa virtuosa.....
¡Adéu anys de ma tristor!
Derréra l'ánima hermosa
Hi tròb el cèl del amor.

Pere d'Alcantara Penya

MARCELINO DE UNCETA.

La fe perdida no se recobra; sentencia cruel para los hombres, porque la fe, con los ojos vendados, es el guía más decidido y el más afectuoso compañero que han encontrado en la tierra; desgracia de mayor alcance para los pueblos, porque viven mucho más que los hombres.

Suplir á la fe sincera y candorosa con prácticas puramente externas y con actos respetuosos, pero de mera ritualidad, conduce á los individuos á la hipocresía, germen de las peores intolerancias y vicio rastrero que ahoga todos los alientos varoniles.

Reemplazar á la fe levantada y constante con entusiasmos efímeros ó con ideales impuestos por un accidente, lleva las naciones á la veleidad y las deja luego caer en el escepticismo, que engendra en lo más alto la tiranía, en lo más bajo la violencia, en todas partes la debilidad y la ruina.

Nuestro siglo, que comenzó creyendo resolverlo todo con una sola idea y con la mágica palabra que la expresaba, parece terminar dudando de muchos principios, y, entre otros, de aquellos cuya propaganda cambió en breve tiempo las instituciones y las costumbres políticas de la Europa continental.

Pero no está el mayor mal en el contraste de tales exageraciones, sino en la instabilidad que las acompaña y en la duda, que es su inevitable consecuencia.

Pierden por ella los pueblos toda creencia; no encuentran cimas elevadas y permanentes á donde convertir sus miradas, y, faltando aplicación para su actividad, la emplean en gastarse ó disminuirse á sí propios.

Las naciones poderosas dominan este período ó se afanan al menos por abreviarlo, encaminando el exceso de vida á las más lejanas expansiones de su política, procurando la dilatación del imperio colonial, apelando al recurso que utilizan los médicos cuando carecen de remedios directos y eficaces: el sistema de los derivativos.

En los pueblos castigados por históricas desgracias resulta el problema más arduo y el momento actual mucho más doloroso.

Tampoco en ellos cabe prosperar ó siquiera vivir sin aspiraciones lisonjeras, y altos, aunque remotos ideales; pero se hace difícil ó imposible conservar todos los que antes se acariciaron.

Hay que limitar por tiempo indeterminado los vuelos de la esperanza, y, sin embargo, reemplazar á la fe que se extinga con otra fe viva y duradera.

Hay que aplicar á la concentración todos los esfuerzos que antes se emplearan en la difusión, y, no obstante, mantener íntegras y vigorosas todas las energías de la patria.

Hay que acumular, durante un largo período, los frutos de la previsión y de la prudencia.

Hay que hacer de las iniciativas, circunspección; de los atrevimientos, firmeza; del entusiasmo, perseverancia, y, en suma, llevar el juicio hasta los linderos del heroísmo, sin amenguar por ello el vigor nacional.

Cambio penoso para pueblos de gloriosa historia y de ardoroso temperamento; empeño salvador, pero difícil por todo extremo, no sólo para los Gobiernos, sino para las distintas fuerzas que desde fuera de ellos concurren á la dirección de un país.

Un medio tienen los modestos ciudadanos de facilitar, ó preparar cuando menos, esta obra redentora y costosa: el de decir siempre, en todas las esferas, choque ó no con las tendencias y las preocupaciones más admitidas, aquello que en su conciencia impere y luzca como verdad.

Pío Gullón

MARIANO FORTUNY.

MARIANO FORTUNY.

LA INUNDACIÓN

En medio del valle se eleva el palacio.
De rosas la estancia parece jardín,
Y á tantas hermosas apenas espacio
Las mesas conceden del regio festín.

Diluvio espantoso, durante la fiesta,
Allá en la montaña no lejos cayó;
Y nadie en las danzas, al son de la orquesta,
Del vórtice horrendo tal vez se enteró.

Ya limpios, al alba, los cielos, y azules,
Al sol se anticipa purpúreo dosel;
Y envuelta en encajes y rasos y tules,
La turba hechicera desciende al verjel.

—¡Qué hermosa alborada!—se dicen rientes,
La atmósfera limpia y azul al mirar.....
Mas ¡ay! que ya cerca furiosas corrientes
Del monte llegaban el valle á inundar.

E. Benot.

A LAS VÍCTIMAS DE LA CATASTROFE

DE PALMA DE MALLORCA.

SONETO.

Aun en sueños me acosa la sangrienta,
La bárbara congerie de pedazos
De humanos cuerpos, en que hundió sus brazos,
Cual segadora, una hada truculenta.
Y con viveza tal se me presenta
El cuadro aquel con sus nefandos trazos,
Que dudo si hechos tales son retazos
De un drama en que Satán su triunfo ostenta.
¡Ah, no, que el triunfo es de la Cruz gloriosa!
¡De aquellas pobres víctimas las almas,
Ven desde el cielo sus despojos yertos,
Y saben que en falange luminosa
Resurgirán con vencedoras palmas
Cuando á juicio final se alcen los muertos!

Madrid, 14 Diciembre 95.

Pedro de Madrazo

UN RECUERDO Á MALLORCA

Los verdes campos de Mallorca no conservan huella alguna de la mucha sangre que en ellos se ha derramado. Las desgracias la azotaron en repetidas ocasiones, pero la naturaleza tendía en seguida sobre las catástrofes su poético velo de plantas y flores, porque la fecundidad asombrosa que la isla posee asegura el imperio de la vida á despecho de lágrimas y lutos.

Fué su conquista definitiva sellada con los sacrificios de vencedores y vencidos. Pagaron éstos con miles de existencias la derrota, pereciendo gentes en el combate y en la huída, y compraron los primeros su triunfo con la muerte de cien caballeros, que duermen en los claustros de *Poblet Santas Creus* y otros monasterios catalanes, alejadas sus cenizas de la hermosa tierra para ellos fatal.

Los destrozos de campeones y la matanza de muchos hombres y mujeres de la raza oriental, encontrados en obscuros escondrijos, dieron un carácter excepcionalmente sombrío á aquella lucha relativamente breve, y es un contraste muy humano que las horribles tragedias fueran el epílogo de una empresa comenzada en medio de ardientes entusiasmos y alimentada, en los que más padecieron, por grandes ilusiones de color de rosa.

Existió en Poblet un códice que fué copiado con esmero en el siglo XIV, conservándose afortunadamente la traslación en la biblioteca de San Juan, donde hoy puede verse reproducido el documento que perdió el monasterio. Una de las miniaturas representa al rey *D. Jaime* sentado bajo un dosel, en medio de los comensales del banquete que se celebró en Tarragona, y en otro lugar de la misma composición se ve á *Pedro Martell* haciendo la curiosa descripción de Mallorca, que nos pinta cómo eran sus campiñas y cómo su principal ciudad antes de la conquista, con las demás referencias que han llegado hasta nosotros, vertidas al latín en la crónica del monje *Marsilio*.

La isla de Mallorca, rodeada de montañas por la parte que mira á Cataluña, tenía numerosos puertos, grandes y pequeños, para refugio de los navegantes. En las llanuras se cultivaban ya entonces, como ahora, los olivos, abundando los viñedos y verjeles fecundados por numerosas fuentes. Ocultos entre las montañas, donde todo parecía abrupto y solitario, existían rincones deliciosos, ricos en sazonadas frutas. Ganados y cereales proporcionaban sustento y desahogo á los habitantes, y en la bella comarca parecía señalarse el dedo de Dios haciendo brotar del fondo misterioso de los mares un jardín para descanso de los que cruzaban las aguas desde las costas valencianas á las de Italia.

Estaba situada la ciudad de los árabes cerca del mar, en el mismo emplazamiento que hoy ocupa Palma. Sus calles eran largas, amplias y rectas, cosa singular para una población morisca. Desembocaban en plazas espaciosas. Regábanla gran número de fuentes de caudal cristalino, y la embellecían jardines interiores y exteriores, desde donde cambiaban á distancia las palmeras sus castos y fecundos besos de amor. Defendían el recinto muro espeso y torres robustas, y desde los altos miradores se perdía la vista en la inmensidad, contemplando hasta 15 millas de distancia valles frondosos, sierras, aguas azules y fantásticos celajes marinos.

Quién sabe si pinturas tan ricas de color seducirían el primero á *D. Guillén de Moncada*, que estaba oyendo la descripción de su tumba, cuando creía escuchar, con alegre semblante y ambiciosos ensueños, los detalles de los que, quizás, estimara ya como sus futuros dominios señoriales. Lo cierto es que no fué de los últimos en decidirse por la conquista de Mallorca, y que en las Cortes de Barcelona propuso al Príncipe que le dejase ir á la empresa, ó que le llevara en su compañía de resolverse á emprenderla por su cuenta.

Pocos días antes de los primeros choques presintió, sí, su triste fin. La crónica del rey D. Jaime, escrita con tan elocuente sencillez y encantadora sinceridad, dice que el ricohome comulgó, porque el Monarca y toda la partida habían comulgado antes de entrar en el mar..... *e ab los genols ficat, reebé son creador, e plorant, e cayentli les lágremes per la cara*..... puesto de rodillas y llorando, para implorar del Señor la salvación de su alma.

Ya en el sangriento combate, vió, según *D'Esclot*, delante de sí un cerro cuya posesión era necesaria para la victoria. Hubo de ocuparle, y mandó sus jinetes á combatir contra los sarracenos que avanzaban, quedándose solo con un caballero. Algunos infieles llegaron á lo alto de la eminencia, y cuando D. Guillén quiso huir fué herido en una pierna, cayendo á tierra y perdiendo allí la vida, mientras el acompañante se alejaba cubierto de sangre. El otro Moncada, Ramón de nombre, que seguía la señera del Monarca dando grandes golpes á los adversarios, tuvo la desgracia de que resbalara su caballo y le arrojase en una presa, donde acabó también su existencia.

Con los gritos de triunfo de los cruzados catalanes se mezclaron los lamentos por pérdidas tan grandes y sensibles; y ese dolor agudo, unido á las conquistas más preciadas de los primeros tiempos de la Mallorca cristiana, han sellado, como extraña consecuencia, de un sino fatal, los grandes acontecimientos de la isla en todos los siglos y en todas las manifestaciones de la vida.

Tuvo un filósofo eminentísimo, y murió en África, abandonado de los suyos y mártir de la fe; creció de un modo portentoso la riqueza del territorio á fines del siglo XIII y comienzos del XIV, para gastarse en seguida en interminables guerras y estériles contiendas; cuando su población crecía, la diezmaron las enfermedades y catástrofes; celosa de su independencia, fué, á pesar de sus ideales, incorporada á Aragón, y vió morir tristemente á los últimos vástagos de su dinastía.

Hoy, amada de cuantos españoles la conocen, goza de paz y comienza á triunfar de los secretos naturales, desarrollando su industria y consagrada su energía á estos combates de la vida moderna; pero no por eso se libra del luto y las lágrimas, ni de pagar el tributo de sangre que pagan los soldados del trabajo en el fondo obscuro de las minas, en las fábricas de explosivos y entre la potente maquinaria que moldea todos los días las maderas, las piedras y los metales, destrozando también de cuando en cuando á los hombres. Un establecimiento que representaba importante fuente de ingresos y de bienestar ha llevado la desgracia al seno de muchas familias y destinado cuerpos humanos al sepulcro, renovándose bajo esta forma la eterna historia de los triunfos alcanzados y de los sacrificios hechos.

Dentro de pocos meses, la naturaleza habrá tendido su manto de flores sobre las tumbas de todos, ejerciendo á su modo la virtud cristiana de la caridad, y los baleares, intrépidos siempre ante el peligro, enjugarán lágrimas y pondrán remedio á lo destruído; porque aquel pueblo, de carácter tan dulce, es un pueblo de combatientes varoniles en los campos de batalla, en la propaganda de sus creencias, ante las mesas de los tribunales, en los asientos de las cátedras, sobre los escaños del Congreso, honrados por sus hijos, y en todos los lugares donde se emplea el brazo ó la palabra; pueblo de luchadores, á quienes las desgracias entristecen, pero no abaten jamás.

Enrique Serrano Fatigati

CECILIO PLA.

LEY ETERNA

El que se hace sordo á los gritos del pobre, gritará á su vez y no será escuchado.

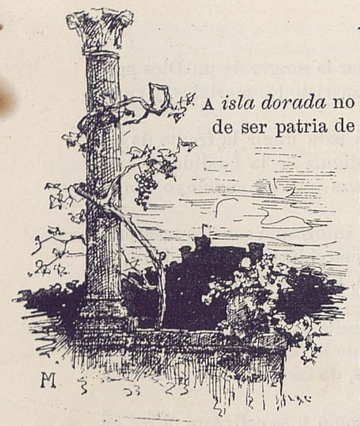
SALOMÓN.

He mirado por entre las brumas de los siglos, y he visto llorar á muchos pueblos: he visto á unos azotados por la bárbara mano del despotismo, ó aniquilados por los formidables sacudimientos de las revoluciones; he visto á otros arrojados á la degradación por la odiosa barrera de las castas, ó hundidos en el dolor por angustiosas catástrofes ajenas á los humanos hechos. Y también he visto á muchos hombres impasibles ante tales calamidades, ya riéndose de ellas, ya buscando ardorosamente sus causas, como si los hombres tuvieran razón alguna para ser soberbios ó satíricos, ó alguno de ellos pudiera sustraerse de la eterna ley del bien, impuesta á todo sér que raciocina.

Al hombre se le debe aleccionar con el ejemplo; por eso conviene tener presente las iniquidades que pasaron; pero no seamos inicuos: la ley del bien es una ley que no debemos quebrantar si queremos ser dignos de la Historia. Cuando llore un pueblo, no seamos satíricos, no seamos estoicos, no nos detengamos en buscar la causa de sus lágrimas: desdoblemos el manto amoroso de la Caridad, y lloremos con nuestros hermanos. No olvidemos que la pasividad en la virtud es un error que suele ser funesto. Así como una máquina, aun la más maravillosa, para que produzca trabajo ha de estar en movimiento, la virtud, para que sea fecunda, ha de ser activa. Lo sujeto á leyes no es solamente la materia; también tiene su mecánica el espíritu.

Pelayo Vizuete.

JOVE-LLANOS Y MALLORCA



A *isla dorada* no sólo ha tenido en todos tiempos la gloria de ser patria de esclarecidos ingenios y de artistas eminentes, sino que con las bellezas de su suelo y con los admirables recuerdos de su historia ha encendido la fantasía de escritores preclaros nacidos fuera de ella, y que sólo transitoriamente la han visitado. Nada más digno de consideración en esta parte que la influencia ejercida por Mallorca sobre el espíritu de Jove-Llanos, completando, por decirlo así, su educación artística.

Es cierto que Jove-Llanos, que ya en la *Epístola del Paular* había expresado de una manera tan feliz el efecto religioso producido por la contemplación de los claustros, se hallaba mejor preparado que hombre alguno de su tiempo para aspirar con toda la fuerza de sus pulmones el aliento poético de la Edad Media cuando la soledad y la desgracia le pusieron en contacto con las reliquias de ella. Encerrado por la bárbara saña de sus perseguidores en el castillo de Bellver, allí bajó á consolarle el numen ignoto de aquella fortaleza, cuyo silencio no se había interrumpido en más de dos siglos. Y por singular privilegio, que la Providencia otorgaba al varón justo y perseguido, dióse en la mente de aquel anciano una nueva eflorescencia poética mucho más rica que la de sus verdores, y que bastó, con el testimonio de su limpia conciencia, á restablecer la paz y la alegría en su espíritu. Comenzaron á bullir y á moverse en su fantasía, pugnando por adquirir cuerpo, los fantasmas vagamente entrevistos en las Crónicas, los «próceres mallorquines que, después de haber lidiado en el campo de batalla ó en la liza del torneo á los ojos de su príncipe, venían á recibir de su boca la recompensa de su valor, y cubiertos, no ya del morrión y la coraza, sino de galas y plumas, pasaban en festines y banquetes, juegos y saraos, las rápidas y ociosas horas». Con vivísimos colores se le representaban duros encuentros en la guerra, estrechos lances de montería y cetrería, alanos y sabuesos, garzas y gerifaltes, lorigas y cimeras, adornos y paramentos militares, batallas arrancadas y peligrosos hechos de armas, cortes de amor, y *lays* y *virolays*, *tenzones* y *serventesios*, juglares y ministriles, y la violeta de oro, premio del vencedor. Era una verdadera fiesta del espíritu la que Jove-Llanos se daba á sí propio, en páginas dignas de una crónica del siglo XV. Otros adivinaron en pleno siglo pasado otras formas y manifestaciones del futuro romanticismo; pero el romanticismo caballeresco, el romanticismo de Walter-Scott, el mundo de las costumbres feudales, Jove-Llanos fué el primer español que le descubrió, saludándole con voces de júbilo, en que se mezclaban el entusiasmo y la inexperiencia. ¡Cómo se deslumbraban sus ojos ante las primeras muestras de la mal conocida poesía de los trovadores, que él (como otros muchos entonces) confundía con la catalana! Nada de esto se hallaba entonces gastado ni marchito, como hoy lo está en gran parte por el amaneramiento y por la rutina; todo era nuevo, todo podía impresionar un alma tan sinceramente poética como la de Jove-Llanos, aunque ya rara vez hiciera versos. En la descripción é historia del castillo de Bellver; en las Memorias sobre los conventos de Santo Domingo y San Francisco; en la descripción de la gentilísima Lonja de Palma, incomparable fábrica de Jaime Sagrera, monumento el más bello que tenemos en España de la arquitectura civil del último período de la Edad Media; en la hermosa descripción general de la isla, que recientemente ha sido publicada, apenas queda ya rastro del hombre viejo, del hombre del siglo XVIII. Jove-Llanos salió de Mallorca enteramente transformado.

T. CAMPUZANO.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA DE SANTIAGO

LUGAREÑA

EJANO de la ciudad
Me he venido aquí á vivir,
Que en aquel loco bullir
No hallé la felicidad.

Aquí, en amistad y en calma
Y espantando desazones,
Labramos nuestros terrones,
Bien del cuerpo y bien del alma.

Aquí, de horas placenteras
Forma el tiempo nuestros días,
Y cogemos alegrías
En los campos y en las eras.

Nadie ultraja á su destino,
Y es motivo verdadero
De gozo, el propio granero,
No de envidia el del vecino.

Si, cuando el cansancio hostiga,
Alza el labrador el pecho
Y el ojo, de su barbecho,
¡Cuál remedia su fatiga!

Castañares, robledales,
Brindan sombra regalada;
Fruta dulce y sazonada,
Los guindos y los perales.

Crece en faldas y ribazos
La retama y el tomillo;
Vuelan de altillo en altillo
Los tordos y los picazos.

Si nos da gana de holgar,
Despierta alborozos mil
El parche del tamboril,
Que á todos hace danzar.

En invierno, parlería
Junto al hogar prolongada;
En verano, sanjuanada,
Procesión y romería.....

Nadie ofende, nadie adula.
De la ciudad mensajero,
Llega el sábado el cartero
Con su balija y su mula.

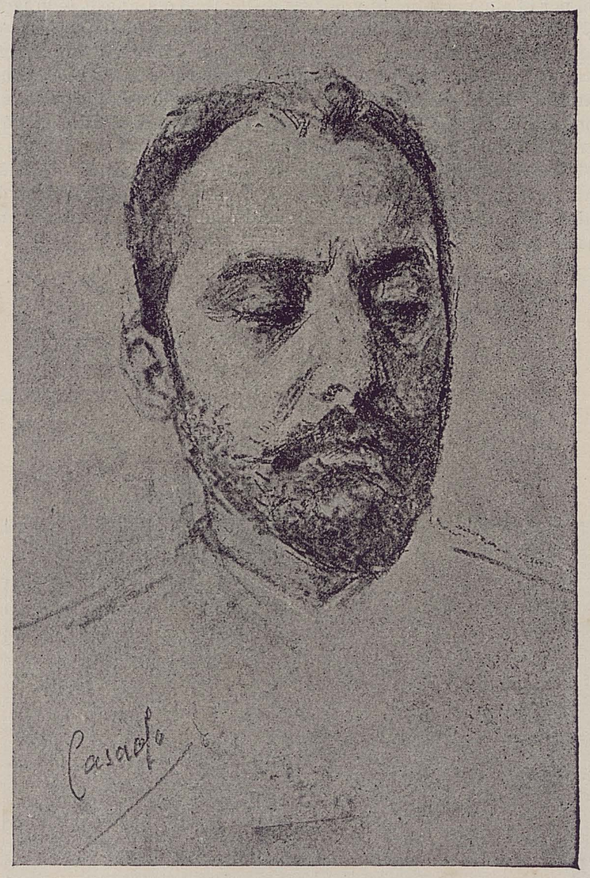
Todos vamos de él en pos,
Mil nuevas averiguamos,
Y otra vez aquí quedamos
En paz y en gracia de Dios.

UN POSITIVISTA EN EL SIGLO XIII

Encare'us dich, que pòrt una *Art general*
Qui novament es dada per dó esperital,
Perque hom pòt saber tota res natural,
Segons qu'entendiment ateyn do sensual.

Contiénense en estos cuatro versos, los primeros de la octava rima en *El Desconort*, poema tiernísimo y el más sentido de cuantos Ramón Lull compuso, los principios de aquel método positivo para la investigación científica, cuyos orígenes aparecen bien determinados en la doctrina del Estagirita, adquiriendo mayor generalidad cuando se popularizan, gracias al sublime arte poético del iluminado doctor, y sirven de base á la filosofía luliana, gloriosa resurrección de la escuela aristotélica en el siglo XIII, é informadora de la filosofía española. No llega á afirmar el sabio mallorquín semejante ley después de prolijos experimentos ó agotando los recursos de su peregrino ingenio en el pormenor de sutiles y pacientes observaciones; que no era experimentador, ni conviénele tampoco el dictado de alquimista, con el cual adornáronle propios y extraños, mejor para cubrir con su nombre esclarecido vanas disquisiciones acerca de la piedra filosofal, dando autoridad á sueños y quimeras contenidos en la práctica del arte de las transmutaciones. que con ánimo de poner nuevos esplendores en la fama imperecedera del mayor filósofo de Mallorca; la idea fecunda de los cuatro versos citados, *alma mater* de todo un procedimiento llegado en nuestros días á su más completo desarrollo, tiene otros orígenes; bien distintos de la propia experimentación y de las observaciones de las cosas naturales; al establecer Lull, de una manera tan categórica y precisa, la posibilidad del conocimiento del mundo externo valiéndose de los sentidos, marca algo como la resurrección de la doctrina de Aristóteles, y es, en el siglo XIII, restaurador de la escuela positiva. Producto de una evolución no bien determinada, aparece su sentido en aquella centuria, al comenzar los albores del Renacimiento, y brota más pura y completa, menos ligada á otras escuelas, sin modificaciones esenciales, en la poesía mística, entre los sublimes deliquios del amor divino, cuando los más inflamados en él invocaban el concurso de las criaturas para alabar al Señor, y en sus más perfectas obras adorábanlo y por ellas anhelaban conocerlo, realizando así cuanto por modo admirable exponían en sus cándidas rimas ó expresaban en los más sonoros y mejor cincelados versos, jamás escritos en lengua alguna, ni aun en aquella vigorosa en la cual cantó Virgilio, ni en la que sirvió al excelso griego para relatar las heroicas empresas de los maravillosos hijos de Ilión.

Al mismo tiempo España é Italia inician la nueva filosofía: en sus poetas, en sus escritores de mayor renombre, brotan los gérmenes del método positivo; San Francisco de Asís, Dante y Ramón Lull son los encargados de iluminar las inteligencias, trayendo al mundo aquella buena nueva, transformada en el escolasticismo merced al poderoso entendimiento de Santo Tomás de Aquino. Eran tres poetas sublimes: el mismo sentido expresaban, igual inspiración movíales, y buscando el primero el concurso de todo lo creado para alabar á Dios, en las sentidísimas estrofas de su *Cantico de le Creature*, traza el vasto programa de una doctrina filosófica y mística; exponiendo el florentino el saber de su tiempo y cuanto aprendiera acaso en ciertas escuelas de Alquimia, presenta, en muchos pasajes de aquel soberano poema, que es su mayor obra, verdaderas adivinaciones científicas, y consagra en versos de incomparable belleza la eficacia de los métodos experimentales; nuestro Lull, poeta y filósofo, gran luchador por la causa de la verdad, mártir sublime de su ardiente fe, llega, siguiendo análogos caminos y en virtud de intuiciones nunca bastante ensalzadas, al sistema expuesto en su *Arte magna* y en otras obras capitales, creando una doctrina cuyos términos precisos léense en los versos de *El Desconsuelo*. Como idea poética, aparece en los precursores el principio fundamental del positivismo moderno, y así establécelo el sabio mallorquín, declarándose positivista en el sentido más amplio dado al método, porque no otra cosa afirman sus adeptos y partidarios cuando admiten el fenómeno como punto de partida del conocimiento y la eficacia del sentido para llegar á él, siempre dentro de los límites marcados al procedimiento inductivo. No ha menester, pues, Ramón Lull, para su gloria, ni el título de alquimista, ni el dictado de apto y habilísimo en el arte experimental; sin haber hecho oro sin oro, por virtud de su propia ciencia; sin haber descubierto y aislado el ácido nítrico; perfecto ignorante de toda práctica alquimista y contradictor de las doctrinas y teorías de ella dimanadas; afirmando, por el contrario, el principio característico de la individualidad sustancial de cada cuerpo, inherente á su misma naturaleza y esencia, indestructible é intransferible, sin que las cosas dejen de ser lo



J. CASADO.

que son, y estableciendo la necesidad del dato del sentido como fuente y origen del conocimiento, es un perfecto positivista, glorioso campeón de una filosofía admirable, nacida del estudio de los mismos fenómenos naturales cuyas leyes indaga. De presentimiento ó adivinación podrían calificarse los sentidos versos de Ramón Lull, y hasta por mera intuición poética tenerse. ¡Qué hermoso sería entonces haber presentido tantas y tan grandes cosas! ¡Benditos mil veces los adivinadores de tamañas maravillas!

José Rodríguez Mourelo

CARIDAD

Al pie de la cruz, y en tierra fecundada por la sangre de un Dios moribundo, brotó la flor más hermosa que han visto los mortales, y cuyo aroma había de henchir el universo.

El bálsamo que destilan sus hojas sirvió para ungir la frente de las víctimas del dolor, borrando en ella el estigma de la fatalidad y sustituyéndolo por la ejecutoria de una realeza que no concluye con el tiempo.

El suelo árido y la atmósfera glacial del infortunio son los más propicios para el desarrollo de esa flor, que se marchita en las moradas opulentas donde viven los placeres de la tierra, porque allí no puede mirar al cielo.

Cuando el rocío de las lágrimas se deposita sobre su cáliz, aparece ante los ojos que las han derramado el iris de la felicidad. Así la distinguiréis de otras flores, sus envidiosas rivales, de las que siempre triunfa, aunque se oculte.

Si ella desapareciese del mundo, sería como si se eclipsara el sol en el firmamento.

No hay desgraciado que no la conozca por su nombre: se llama la Caridad.

Fr. Francisco Blanco García,
agustino

La Caridad es una de esas plantas que crecen con tanto más vigor y más esplendente lozanía, cuanto más en hondo se siembran.

Nada más asustadizo que su semilla. El viento de la vanagloria la disipa; la luz de la publicidad la seca; los huracanes de la pasión la agostan ó corrompen.

Sólo prospera y fructifica cuando en las horas tristes de los grandes dolores se deposita silenciosamente en los más humildes terrenos, es decir, en los más callados infortunios.

Santiago de Luis y S.

LA NATURALEZA Y LA LEY MORAL

«¡Volvamos á la naturaleza!» Tal era el grito unánime de cuantos en el siglo XVIII aspiraban á un estado mejor en la vida de las sociedades. Lo convencional, lo impuesto, lo arbitrario, eran la ley, si así puede llamarse, á la sazón dominante. La libre y fecunda iniciativa aparecía como algo de subversivo y peligroso. Lo natural y espontáneo se hallaba condenado por la legislación y la estética reinantes. El desarrollo normal y enérgico de las actividades se hacía imposible: no en vano Le Nôtre había trazado á cordel las líneas de sus jardines y recortado árboles y arbustos, dándoles el sello del gusto cortesano. La reglamentación todo lo había invadido, y, en su exceso, hacíase nociva é intolerable.

Entonces, por inevitable reacción, idealizóse el estado natural en que los hombres vivieron en los albores de la historia. «La Naturaleza crea á los hombres felices, se dijo; las leyes humanas son la causa única de su infelicidad.» Y esta creencia penetró en los cerebros, inflamó los corazones, movió las voluntades y dió por resultado la revolución de 1789. Pero la revolución no destruyó las leyes, no inauguró el reinado de las pasiones naturales, abandonadas á su libre curso. La anarquía que por un momento reinó en la sociedad francesa, la sangre derramada por el furor de las pasiones, hicieron comprender bien pronto, aun á los más exaltados, que sin el freno legal los hombres caminan á su desventura, y que lo preciso era tan sólo sustituir las malas leyes, contrarias á los intereses individuales y colectivos, con preceptos inspirados en el conocimiento claro de los fenómenos sociales, en la naturaleza moral del hombre y en el respeto de su espontaneidad y de su fuerza, en tanto no lesionen el derecho igual de los demás y el supremo interés colectivo.

Entonces también se quemaron nubes altísimas de incienso en los altares de la Naturaleza. Madre amorosísima, sólo para nuestra ventura había sido creada. La descripción de sus fenómenos no podía hacerse sin exhalar acentos de gratitud. «Dondequiera que extiendo la vista, no descubro más que armonía y hermosura. ¡Qué brillo, qué magnificencia! El Eterno cría, el Eterno conserva, y el Eterno bendice. Su mano fundó este soberbio universo para llenarle de felicidad..... Hombre insensible, hombre ingrato, abre tu alma al dulce sentimiento de la alegría y del reconocimiento» (1). No hay duda de que este entusiasmo favoreció el cultivo de las ciencias naturales; pero el estudio profundo de los fenómenos de la vida, sin aminorar la admiración que la grandeza y la armonía del mundo físico imponen, ha disipado en gran parte los afectos de amor y de gratitud. Nada iguala la impasibilidad de la Naturaleza ante los sufrimientos de los seres vivos, la fría indiferencia con que sacrifica innumerables organismos á la plena expansión de unos pocos, la finalidad extraña ú opuesta á todo principio moral que revelan sus leyes. Hay sin duda una equivalencia, una integración, un equilibrio admirables en las fuerzas del universo; pero ¡cuán distintos de nuestro concepto de la verdadera armonía, noble objetivo del espíritu humano! ¿Para qué describir de nuevo, cuando tantos lo hicieron con expresión fidelísima, el estado de guerra que impera en todos los dominios de la vida? ¿Para qué emprender la imposible enumeración de los seres que nacen para morir á los primeros pasos, en aras de la necesidad y de la fuerza, esas supremas deidades naturales? ¿Para qué intentar la débil repercusión de los lamentos del incesante sacrificio, el índice sin término de los males que asedian fatalmente á todo sér dotado de sensibilidad? A los factores de organización se oponen con fuerza incontrastable los factores de desorganización; al equilibrio que constituye la vida, la perturbación que supone la muerte; á la semi-inconsciencia del bienestar fisiológico, la nota desgarradora y verdaderamente positiva de la enfermedad y del dolor.

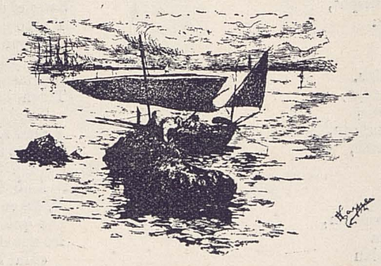
Ni en el estado primitivo está el modelo de la ley social, ni en el seno de la naturaleza la ley del individuo humano. En esta esfera halla el hombre las condiciones de su vida, no la norma de su conducta.

No es la ciega fatalidad, no es la indiferencia, no es la impasibilidad marmórea, no es, en una palabra, el egoísmo su ley. Indaguemos cómo el hombre dió sus primeros pasos en la vida social; pero para evitar los males, los errores y los sufrimientos que le mantuvieron tantos siglos en la barbarie. Estudiemos la acción de las fuerzas del mundo físico; pero para sojuzgarlas, para someterlas á nuestros designios inspirados en esa suprema ley de la humanidad, en esa ley verdaderamente divina que se llama ley moral.

Por desdicha nuestra, quizá por triste necesidad, junto al sabio que investiga los procedimientos que multiplican la suma de bienes sobre la tierra, junto á un Watt ó un Pasteur, al lado de las almas de elección que esparcen por todas partes el bien y la caridad, hay inteligencias que investigan los medios de agrandar el imperio de la destrucción y de la muerte; las ciencias, llamadas á redimir al hombre, se aprovechan para la obra del mal; el fluido, que vence al tiempo y el espacio, se destina á satisfacer odios mortíferos; la dinamita, que abre entre rocas vías de comunicación que unen á los diversos pueblos, siembra la muerte á impulsos de fiera demencia, y el fulminante, consagrado á ensangrentar la tierra y á esparcir sobre ella la desolación, estalla á veces fuera de tiempo, ansioso de cumplir su fin, que es el estrago y la matanza.

Ya que en un mundo huérfano de piedad ha podido el hombre, superando á cuanto le rodea, concebir ese ideal de bondad y de amor, á cuyo calor brotan y crecen nuestras mejores y más altas esperanzas; ya que, traspasando los límites de su propio sér, goza y vive en hermosa solidaridad con la vida y el goce de la humanidad entera, aproveche su dominio de la verdad, utilice su ciencia de la Naturaleza toda, no en cooperar con las fuerzas de orden inferior al imperio del dolor y del mal, sino en vencer las pasiones desenfrenadas y antisociales; en convertir de adversas en auxiliares las fuerzas cósmicas; en preparar por su recta voluntad y su esfuerzo, y como premio y compensación á sus dolores y á sus merecimientos, el verdadero reinado de la paz y de la justicia.

Eduardo Saenz y Iscarteu



E. VAQUER

D. BAIXERAS.

(1) Sturm, *Reflexiones sobre la Naturaleza*, edición española de 1803, páginas 348 y 353 del t. II.

DON GUILLERMO DE MEDIONA

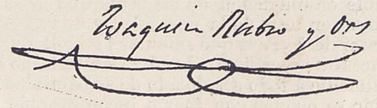
Romance.

I.

¡INETES los de mi guardia,
¿Quién es ese caballero
Que hacia nos, á toda brida
Viene, del combate huyendo?
»Si de él se salió, villano,
Porque á la muerte le ha miedo,
¡Mal haya la hora en que vino
A ser baldón de mis tercios!
»Bien hace en volver la espalda,
Que, do luchan tantos buenos,
Fuera mengua que un cobarde
Luciese limpio su acero.
»Deje, pues, su honra entre moros,
Que por una lanza menos
Ni ha de dejar mi estandarte
De ondear triunfante en el cerro,
»Ni han de cederles con mengua
El campo al muslim los nuestros;
Que do los Moncadas luchan,
Sobra arrojo al vencimiento.
»Mas ¡ay! que bajo mis Barras
No hay tan vil ningún guerrero
Que abandone sus enseñas
Si le acosan moros perros;
»Ni cabe en quien la cruz roja
Pinta en el bruñido peto,
Ni tal brío para dar,
Huyendo, espuela al trotero,
»Ni en su rostro tanta infamia,
Ni tanto miedo en el pecho
Para manchar sus blasones
Y el signo que lleva al cielo.
»El pecho me dice á voces
Que es de males mensajero,
Pues son buenos los Moncadas,
Y nunca cejan los buenos.
»Valedles, Santa María,
Si mis recelos son ciertos,
Y pues luchan por vuestro Hijo,
No apartéis los ojos de ellos.
»Valedles, que, aunque valientes,
Son muchos los sarracenos,
Y ellos su Madre os aclaman,
Y os blasfeman, Virgen, ésos.
»Por Dios, por Dios, mis jinetes,
¿Quién es ese caballero
Que hacia nos, á toda brida
Viene, del combate huyendo?
»Pues, como digáis su nombre,
Sabré si llevan los nuestros,
Aunque lo más en la gloria,
En la fortuna lo menos.»
Así á los suyos hablaba
El buen don Jaime el primero,
Mientras corría animoso
Á dar auxilio á sus tercios;
Á sus tercios, que en el monte,
Por los muslimes envueltos,
Vendían cara su sangre,
La infiel á ríos vertiendo.
Así á sus nobles hablaba;
Mas no halló respuesta en ellos,
Si bien por ellos responden
Su palidez y silencio.
Volvió el Rey á su demanda,
Y á su silencio volvieron;
Que en lances tan sin ventura
No tiene el dolor acentos.
Conoció entonces don Jaime,
Que, aunque asaz mozo, es discreto,
Que es un valiente el que viene
Hacia él, del combate huyendo;
Y al ver que cuanto más cerca
Lo miran, en sus guerreros
La turbación es más grande
Y es más hondo su silencio,
Da á su caballo espolazo,
Y puesto el rostro en el cielo,
Exclama: «Santa María,
Haced que á tiempo lleguemos.»

II.

Cual cometa mensajero
De venganzas se desploma
Por el espacio, arrastrando
De centellas luenga cola,
Así marcha el joven Rey
Y tras él la honrada tropa
De sus nobles, cuyos cascos,
Adargas y limpias cotas,
Reflejan rayos de fuego
Con las llamas que al sol roban,
Por entre el velo de polvo
Que tras de ellos se desdobla.
La luz de encendidas chispas,
Que bajo los cascos brotan
De los fogosos corceles
Al desgranarse las rocas,
Y los tronchados arbustos,
Del llano antes gala y pompa,
Y que hora, de polvo llenos,
Tristemente el suelo alfombran,
Marcan de la brava hueste,
Terror de la gente mora,
Los pasos, como del noto
Las huellas las secas hojas.
Cuanto más, empero, avanzan,
Y el espacio más se acorta
Entre los que á la lid vuelan
Y el que de ella, huyendo, torna
Más la faz se les demuda
Á los que á don Jaime escoltan,
Que el guerrero que á ellos viene
Fama de valiente goza;
Ni se midió jamás nadie
Con él, que en humilde rota
No probase á cuánto alcanza
El brazo del de Mediona.
Mucho temen por don Jaime
Los que su enseña tremolan,
Y más cuando que el guerrero
Viene en sangre tinto, notan;
Mas porque saben que aquél
Del cielo espera victoria,
Y que atrás no ha de volverse,
Decir no osan sus zozobras.
Ya, en esto, el Rey, con sus nobles,
Arriba do está Mediona,
En cuyo punto, afanoso,
Al corcel el paso corta,
Y haciendo á un tiempo lo propio
Los jinetes que le escoltan,
Á un tiempo en sus sillas tiemblan
Y crujen sus armas todas.
Y sus caballos á un tiempo
Las piernas traseras doblan
Bajo la cola que ondula,
Y el cuello, cual arco, encorvan.
«¿Sigue el combate?», el Monarca
Le pregunta; y con voz ronca
Por la fatiga, responde
Don Guillén: «Con furia loca.»
«Y el campo, ¿por quién?»—«Tan sólo
Es de la muerte hasta ahora.»
«¿Los míos?.....»—«Luchan cual buenos.»
«¿Y los Moncadas?»—«Victoria,
Entre montes de cadáveres
Y en un mar de sangre mora,
Buscan para vuestra enseña,
Y para ellos, nuevas glorias;
»Mas ¡ay, señor! mucho temo
Que no alcancen ni una ni otras
Sin vos; que son pocos ellos,
Y muchos los de Mahoma.
»Yo el campo abandoné herido.....»
«¿Herido?», con temblorosa
Voz don Jaime interrumpióle.
«¿Herido vos?»—«De la boca.»
Del yelmo á la espuela entonces
Examinó su persona
El Rey, por ver si otra herida
Fuga tan cobarde abona;
Y viendo enteras sus armas,
Limpia la luciente cota,
Sano el casco, aunque sin plumas,
Y algo deshecha la gola,
Y que sus ricos arneses
Otra sangre no colora
Que las que su barba y labios
Tiñen, harto escasas gotas,
Tembloroso de coraje,
Y cual si en su fama propia
Ó de sus Barras cayera
De don Guillén la deshonra,
Asió del freno su potro,
Y, de enojo la faz roja,
Diz que le habló de esta guisa
De aquellos siglos la crónica:
«Mal haya quien calza espuelas
Y al moro la espalda torna
Porque le acobarda el brillo
De una cimitarra corva;
»Y malhaya quien sin mengua,
Por no ver sus armas rotas
Y sucias, deja entre infieles
Sucia y mal puesta su honra.
»Decís que venís herido
Y que lo estáis de la boca:
¡Ojalá tal lo estuvierais,
Que os vedara tan traidora
»Y menguada fuga al Rey
Narrarle por lengua propia;
Al Rey, cuya faz, por vos,
De vergüenza se le enroja.
»¡Sus, sus! tornad al combate,
Do dejáis de honor la joya,
Y pues la honra que se pierde
Se venga, si no se cobra,
»Haced tal, que vuestros timbres
No obscurezcan negras sombras,
Y que el moro se arrepienta
De sus denuestos y mofas.»
¡Ay! que para un pecho noble
Que de valiente blasona,
Reprensiones de un monarca
Son rayos que fuego brotan.
Aunque altivo, don Guillén
Baja la vista escuchólas,
Que humillan montes de orgullo
Pecados que nada abonan.
Dió espuela y rienda á su potro,
En quien su enojo desfoga,
Y cual flecha que atrás deja
Los vientos que aguda corta,
Á ocultar su mengua vuela
Y á cobrar su vida torna;
Que para un valiente y noble
Es muerte vida sin honra.
Y la cobró....., pues es fama
Que cuando el Rey con su tropa
Llegó al cerro do los suyos
Hallaban honrada fosa,
Y do encontró á los Moncadas
Bañados en sangre propia,
Mas teniendo por mortajas
Rasgadas enseñas moras,
Al llorar sobre esos bravos
Florones de su corona,
Cuyo peso siente hoy más,
Pues la ilustra á tanta costa,
Tuvo que llorar también
Por don Guillén de Mediona,
Que cerca de aquellos héroes
Cobró, muriendo, su honra.
Si los vengó el rey don Jaime
Dícenlo á voces la historia
Y las Barras que en su escudo
Ostenta altiva Mallorca.



LA DEFENSA DE LAS BALEARES

España entera ha tenido puesta la atención en las Baleares unos días, llorando la gran desgracia ocurrida en Palma de Mallorca el 25 de Noviembre último. Yo la he sentido como el que más, porque, sin haber estado nunca en aquella hermosa comarca española, pienso muchas veces en su suerte, viéndola olvidada de muchos que debieran tenerla siempre en el pensamiento.

Son las Baleares el Paraíso del Mediterráneo; pero como es nuestro, apenas le conocemos. Las singulares bellezas del Puig Mayor, de la Silla de Torrellas, del Puig de Galatzó y de toda la áspera sierra en que éstos y otros cerros se levantan, las de las maravillosas cuevas de Artá y de los feracísimos llanos de Lluchmayor, gózanlas extranjeros inteligentes y amantes de la naturaleza, sin que los más de los españoles hayan caído aún en la cuenta de lo que valen aquel suelo y aquel clima.

Pero mil veces más dañoso puede ser el olvido de los Gobiernos, á los cuales no ha llegado, sin duda, noticia de que el archipiélago balear es la llave del Mediterráneo occidental. Mientras Francia aumenta la fortaleza de Tolón y crea los puertos militares de Porto Vecchio y Bizerta; mientras Italia hace en la Maddalena otro gran puerto de guerra, y apercibe mejor para la defensa y la ofensa los de Spezzia y Tarento, y mientras Inglaterra vigila desde Malta y Gibraltar, nosotros dejamos indefenso casi todo el archipiélago. Cierto que en los últimos años se ha gastado mucho en las obras defensivas de Mahón, dirigidas por el ingeniero D. R. Tais; pero ¿y Palma? ¿y Formentera y Cabrera? ¿y la misma Ibiza? Fácil presa son todas ellas para la escuadra que con el propósito de ganarlas saliese de Tolón, de la Maddalena ó de Gibraltar, y á la que, por mal de nuestros pecados, no podríamos oponer otra escuadra defensora, ni hay esperanza de que podamos oponerla en muchísimos años; porque para que España pueda tener la marina de guerra que necesita, aun queda tanto camino que andar, que el ánimo más robusto desfallece.

El día en que la cuestión del Mediterráneo haya de resolverse por las armas, ¿estaremos, como siempre, desprevenidos? Ese día puede llegar cuando menos lo esperemos, como llegó el de las Carolinas, el de Melilla y el de la insurrección de Baire, y entonces no habrá otro remedio que el llanto; es decir, no habrá remedio ninguno, porque las lágrimas nada remedian. Son el único recurso de los que tienen que *llorar como mujeres lo que no supieron defender como hombres.*

Hijos tiene Mallorca que no dejarán de pensar en este grave problema. En su talento fundo la esperanza de que las Baleares no padecerán los estragos de esta otra explosión, la cual sería mil veces más terrible que la espantosa voladura de 25 de Noviembre.

Madrid, Diciembre 1895.

J. Reparaz

En el orden natural de las cosas humanas, ninguna hay que más eficazmente contribuya á la perfección de nuestra alma, á levantarla sobre sí y acercarla á las alturas donde se asienta la Bondad infinita, que el espectáculo de la naturaleza y la contemplación de las obras del Supremo Hacedor. En presencia de estas obras el espíritu humano se educa y ennoblece. En ellas resplandece la majestad de Dios, la grandeza de su poder, el tesoro de sus magnificencias. El entusiasmo que produce en el hombre la contemplación de estas obras le obliga á salir de sí y levantarse hacia el Creador; y, levantado á estas alturas, su corazón se mejora y engrandece; su alma se purifica y hermosea, tórnase mejor, más rica de caridad para con los demás, y más digna y respetuosa para consigo misma. En esta escuela han encontrado las almas cristianas el más vivo estímulo y amaestramiento para la virtud. San Agustín entre los Padres latinos, San Basilio entre los griegos, San Francisco de Asís en la Edad Media, San Francisco de Sales en los tiempos modernos, son, entre otros, ejemplos admirables de las enseñanzas que pueden hallarse en este magisterio soberano. Dice la insigne fundadora española Santa Teresa de Jesús que, para aprovecharse en la virtud y unirse con Dios, le ayudaba mucho «ver campos, agua, flores; en estas cosas hallaba memoria del Criador». Y de San Ignacio cuentan los historiadores de su vida que en las noches serenas solía subirse á una terraza, y allí se estaba horas enteras, fija su vista en el estrellado cielo y repitiendo de vez en cuando: «¡Cuán vil y despreciable me parece la tierra cuando contemplo el cielo!» Esta unión íntima, amigable, casi divina, del alma humana con la naturaleza, es uno de los grandes progresos que ha traído á la humanidad la Religión cristiana. ¡Quién pudiera participar de continuo de esta inefable unión, y sacar de ella los provechos y enseñanzas que los Santos sacaron!

NICOLÁS MEGÍA.

Miguel Mir

LA PEQUEÑA PATRIA

Los sentimientos que unen al hombre con la región en donde nació y pasó los años primeros de su vida son los más persistentes y vivos de cuantos responden á nuestro modo de ser social; ni la escuela, ni el partido, ni la Corporación ó Universidad en cualesquiera de sus formas, crean después, en el transcurso de la existencia, nada que á ellos se parezca.

Cuando, alejados de aquellos sitios en que transcurrió su niñez y su juventud primera, se congregan los que tienen ese vínculo común, por más que sus opiniones sean diversas, y sus aficiones distintas, y sus peregrinaciones y luchas largas y penosas, que borraron en unos los entusiasmos, en otros la fe y la esperanza, basta un acento del lenguaje, una nota del canto ó la poesía popular, un nombre de santuario al que se acudió de niño, ó de la montaña ó de la playa en que se soñó de joven, para que los más cansados y escépticos revivan y alienten, como si corriente misteriosa electrizara su alma y apresurase los latidos de su corazón, infundiendo á todos la idea del sacrificio, la sensación del valor, de la altivez, de la fuerza moral, de todo lo que distingue y eleva al hombre sobre los demás seres.

Ese sentimiento de la primera patria, tan humano, tan natural y tan vivo, no es el mismo que alienta y sostiene la idea de Nación; es éste más intelectual y reflejo: se forma y se alimenta por recuerdos históricos, por monumentos literarios, por analogía ó similitud de raza, que requieren mayor cultura del espíritu.

Por mucho tiempo se ha creído, muchos sostienen todavía hoy que esos dos sentimientos de patria, de contextura diversa, aunque de carácter y finalidad tan parecidos, se contradicen y dañan, siendo el de la región como planta pequeña que estorba el crecimiento y desarrollo de la idea más alta de nacionalidad, y sobre la dirección que las leyes y la política deben imprimir á ese concepto convendría mucho fijar bien el juicio y criterio de legisladores y hombres de Estado.

En el sentimiento de la región hay una fuerza moral evidente, poderosa, sana, espiritual, encaminada al enaltecimiento de cuanto hay de más sublime y puro en el alma y en el corazón del hombre, y sobre las fuerzas reales y positivas del espíritu hay que asentar las leyes y dirigir la vida de los pueblos: el ideal está en armonizar los sentimientos de la región con los de la nacionalidad, pero sin renegar de lo que la región y la pequeña patria tienen de humano, de espiritual, y, por lo tanto, de grande.

T. Tubilla

M. SANTA MARÍA.

¡SI FUERAN RICOS!....

Dando descanso á los libros,
Porque su atención reclaman
Perspectivas del futuro
Y ansias de la vida práctica,
En un salón del colegio
Varios estudiantes charlan
De los azares lotéricos
Que alteran la suerte humana.
—¡El Gordo de Nochebuena!
¡Quién sus millones pillara
Para cambiarse en un Rothschild
De la noche á la mañana!
—Bien: ¿y si tú los cogieras—
Dice uno,—en qué los gastabas?
—Yo—contesta el aludido,—
En seguida que quemara
Todos los libros de estudio,
Que á este colegio me amarran,
Libre y feliz montaría
Como un palacio mi casa
Con seis ó siete cocheras
Y una numerosa cuadra;
Tendría un yate de lujo
Para visitar las playas,
Y dos quintas de recreo
En Guipúzcoa y en La Granja;
Y en las épocas de invierno,
Una vez á la semana,
Por recibir al gran mundo
Me quedaría en mi casa.
—¡Como Cachupín!
—Veamos
Lo que tú harías, sin guasa.
—Yo, de ser rico, tendría
Mi prurito y mi jactancia
En comer; declararía
Guerra á muerte á las patatas,
Tan indigestas al menos
Y tan poco variadas
Como un curso del Vallejo
Ó un trozo de la Gramática.
Cuanto cruza por los aires
O se mueve bajo el agua,
Sean faisanes ó truchas,
Langostinos ó calandrias,
Pasaría á mi despensa,
De la despensa á las ascuas,
De las ascuas á la mesa,
Y desde ésta.....
—No hace falta
Que lo digas, que la gula
En tus planes se retrata.
—Y ¡qué hermosa *biblioteca!*.....
Burdeos toda una tabla,
Obras de Riscal en otra,
Y en otra Jerez y Málaga.
Champagne, cognac y Chartreuse.....
—Y una *papalina* magna
Detrás de cada comida.
—Cuando son de buenas marcas
No hacen daño las bebidas.....
El peleón es el que mata.
—Y tú, Luis, si fueras rico,
¿Qué harías?
—Pues..... la desgracia
De muchas chicas bonitas,
Que es lo solo que me encanta.
Las rubias y las morenas,
Las cobrizas, las mulatas,
Las tostadas andaluzas,
Las pálidas valencianas,
Las caprichosas francesas
Y las inglesas románticas,
Conquistadas, no con flores,
Sino con dones y alhajas,
Proclamarían mis triunfos
Mientras que no me arruinara.
Mas, ¿qué dice á todo esto
El único que se calla?
¿Qué haría el amigo Diego
Si por acaso topara
Con la fortuna, que á todos
En pos de sí nos arrastra?
—Yo..... haría, si fuese rico,
Algunas cosas más prácticas.
Al anciano desvalido
Socorrería en sus ansias;
Daría asilo y techado
A los niños que se hallan
Durmiendo, en noches de invierno,
Entre los hielos y escarchas;
Buscaría en sus guardillas
A la miseria olvidada,
La que se muere en silencio,
La que no muestra sus llagas,
Para dar vida á sus cuerpos
Y á su espíritu esperanzas;
Partiría con los pobres
Mi fortuna improvisada;
Y cuando alguna catástrofe
Castigase á una comarca,
Allí iría presuroso
Para secar muchas lágrimas.
—¡Qué hipocritón!
—Se hace el santo.....
—¡Ya te conocemos, maula!
—Pero, ¡si es por egoísmo!.....
Las riquezas que se gastan
Dándose vida de príncipes,
Tirándolas en viandas
Ó fomentando los vicios
De coristas ó funámbulas,
¿Qué es lo que al cabo producen?
Hastío, si no desgracias.
Yo busco á mis capitales
Una renta que es más alta,
Que engendra tranquilos sueños,
Produce serena calma,
Y que caminar nos hace,
En la terrenal jornada,
¡Entre halagüeños murmullos
Y entre bendiciones santas!

M. Ossorio y Bernard

GIMÉNEZ MARTÍN.

Consignan las crónicas que al visitar el emperador Carlos V las islas Baleares, cuando iba á la infortunada expedición de Argel, sorprendido por lo suntuoso de los festejos que le tributaron, y encantado del país, dijo que había encontrado «un pueblo admirable y un reino oculto». Jovellanos, después, sólo halló lenitivo á las amarguras que le produjeron serviles cortesanos, encareciendo las virtudes, la nobleza, la dignidad, los sentimientos caritativos de aquel pueblo que, en el fragor de las luchas y en el batallar de bastardos intereses, mantenía, y ha mantenido siempre, la pureza de sus costumbres, que tienen por valladar el Mediterráneo. Allí no es la pobreza enemiga del poderoso, porque ama el trabajo para sostener la dignidad personal del obrero; y ahora, á muchos individuos de esta clase social, inesperado golpe de la suerte ha sumido en inmensa desgracia; ¿podrá ningún español ser indiferente al infortunio de un pueblo que sólo dejarán de admirarle los que no le conozcan, y de auxiliar á los desgraciados los que no abriguen sentimientos religiosos y cívicos?

Antonio Vivaldi

Cuando miro las armonías de la naturaleza perturbadas por las violencias de una catástrofe, no puedo menos de elevarme por la reflexión á aquel orden divino que la infinita sabiduría de Dios compone con todos los resultados de los desórdenes, tanto morales como físicos, ordenados por soberana manera al bien absoluto y universal, como causa, como centro y como fin de todas las cosas.

Á la perfección relativa del ser perfectible concurre, como elemento negativo, la nada ordenada por el ser perfectísimo con perfección absoluta.

Por lo tanto, cumplamos la voluntad de Dios acatando sus determinaciones, resignándonos con sus castigos, atenuándolos con nuestra caridad para el prójimo.

Sólo así convertiremos en fuentes de su misericordia los rayos de su justicia. Sólo así realizaremos el orden eterno como lo realizan los escogidos, y no como lo realizan los réprobos.

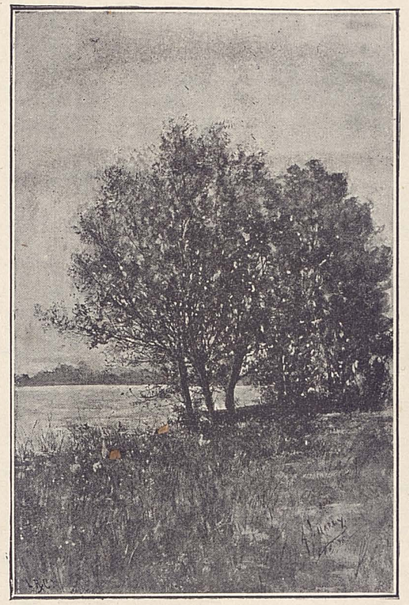
En presencia de catástrofes como la de Palma de Mallorca, la filosofía y la religión coinciden en una fórmula irreductible.

Una plegaria en los labios para los muertos y una limosna en la mano para los vivos.

¡Quién fuera un santo para alcanzar misericordia de Dios con la oración de su corazón! ¡Quién fuera un genio para convertir en oro para los pobres y desvalidos las cinco letras de su nombre!

A. G. Dal

FURIÓ.



AGUSTÍN LHARDY.

DÓNDE ESTÁ EL ALMA

Mi amigo Julián Bartolo,
Licenciado en Cirugía,
Es un hombre que habla solo
A cualquier hora del día;
En el café, en la Carrera,
Entre la gente que pasa,
En el teatro, en la acera,
En el hospital y en casa.

Vibra frente á su destino
Confuso su pensamiento,
Como las ramas del pino
Agitadas por el viento.
Sufre la duda primera
Que la conciencia devora,
Y ama, quiere, siente, espera,
Reza, gime, canta y llora.

Entra en la batalla ruda,
Pronto la victoria alcanza,
Logra disipar la duda,
Recobra al fin la esperanza;
Y allá queda el bisturí
Y el cuerpo deshecho allá.....
Que si el alma no está allí,
En alguna parte está.
No hay para temer pretexto;
Y lo que dice Bartolo:
—Está donde Dios la ha puesto.....
Y yo sigo hablando solo.—

El análisis le excita,
Le hace el examen temer,
La fe se le debilita.....
Y no la quiere perder.
No llega á rendirse en vano
Ni en la lucha desconfía,
Y habla solo el cirujano
Á cualquier hora del día.

Y, plebeyo ó soberano,
Los que por cualquier desdén
Se burlan del cirujano,
Bueno es que sepan también
—Si no ven el resplandor
De la fe ni sus destellos—
Que Julián es el *Doctor*,
Y los *Bartolos* son ellos.

Diciembre 1895.

Conrado Solorzano

¡Qué santa es nuestra nación!
¡Por mil penas agobiada,
Y las sufre resignada,
Murmurando una oración!
Á tanta calamidad,
Dios la envía desde el cielo
Dulce y eficaz consuelo,
Haciendo, con su bondad,
Que al lado del cataclismo,
Y en triste compensación,
Surja siempre una explosión
De caridad y heroísmo.

Tomás Luceño

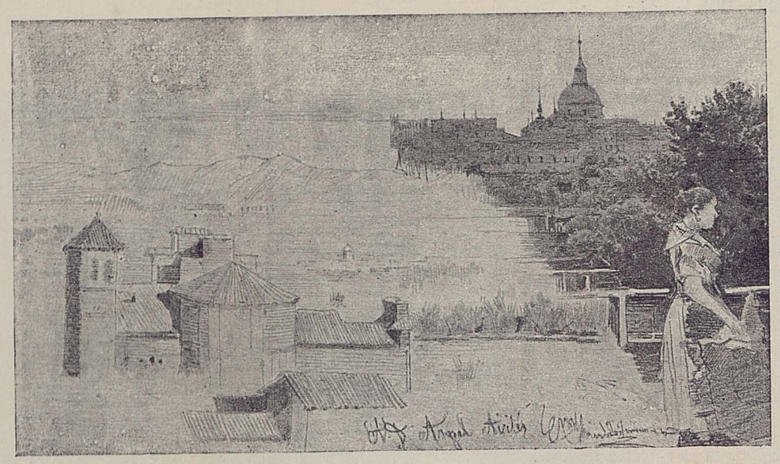
SONETO

Llegado es para mí triste momento
De pensar en el fin de mi jornada;
Apenas comenzó cuando, pasada,
Huye cual niebla que arrebata el viento.
Ayer ansiaba luz y movimiento,
Amar, vivir, creer, vida agitada,
Y de lauro la frente coronada
En artística lid, triunfos sin cuento.
Hoy sólo busco paz en mi retiro,
Débil la vista, vacilante el paso,
Á toda lucha ó ambición ajeno.
¡Naturaleza madre, yo te admiro,
Y cual la luz desciende hacia el ocaso,
Así me acerco á tu fecundo seno!

Madrid, 1894.

G Murphy

JOAQUÍN SOROLLA.



CASIMIRO SÁINZ.

MARTÍNEZ CUBELLS.

Los Baleares cuanto más estimulan la ardiente bilis de tiranía tanto más cariñosamente respiran á los propios pies como pudiéramos mengua de nuestra amor en mis desdichas y grandezas hoy que he afligido á la ciudad de Palma el peso cruento hoy explosión de los contubernios mutuel guerra declarada

Merlidas recientemente luchadas evitaran de ahora en adelante que pueden repetirse catástrofes como hoy que lamentamos

Paz á los muertos!

Marcelo de Ricaroz

20 Diciembre 1875

DOMINGO MARQUÉS.

M. DELGADO.

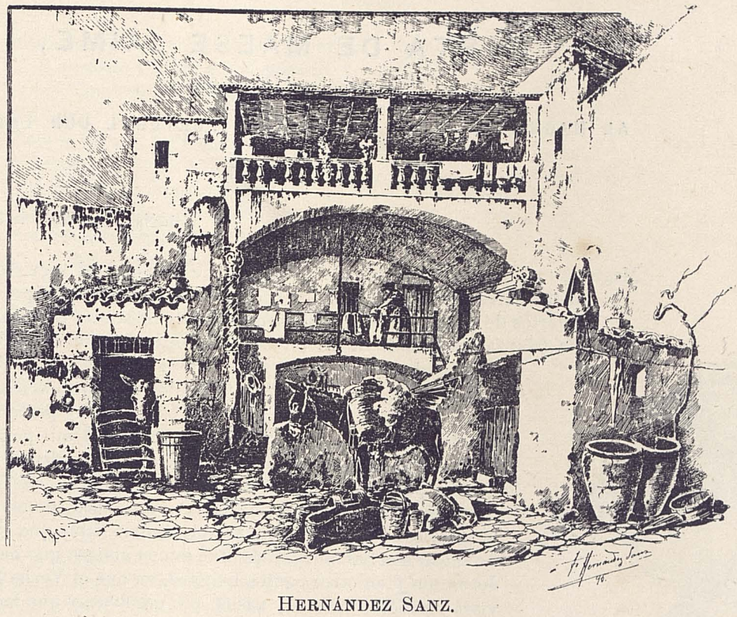
La catástrofe de Palma, como la de Santander y como otras lamentables, atestiguan la gran dosis de caridad que encierra el actual corazón humano, y que—salvando á las veces nacionales fronteras—se desborda en álbums, tómbolas y beneficios.

Pero la inteligencia no queda satisfecha, y pregunta si convendría—tanto ó más que en política—abandonar el tardío sistema represivo, optando por el preventivo é higiénico.

Acorde con ello, propongo la siguiente definición de caridad:

«La verdadera caridad consiste en evitar los motivos de ejercerla.»

Melchor de Palau



HERNÁNDEZ SANZ.

G. PALENCIA.

P. L. Puigcerver

Me asomé, de todos cantares
á la cantatriz idea que inspiró este Albert, y dejaron
que las aficiones de gran
vivir y ahorro no alcancen
en España tal grado de desarrollo,
que la vida, el bienestar y
el obrero imposibilitado para
el trabajo sucumbieren, en cas-
tigo per como la que lamenta
vos, en abrigo contra la
miseria.

J. Lopez Puigcerver

SALVADOR TORRES.

Deus ignotus

—

¡Mudo, invisible arcano,
que aquí tu imperio tienes,
de males y de bienes
ciego dispensador
¿quien eres, que a tu paso
prorrumpen a porfía,
en gritos la alegría,
y en ayes el dolor?

—

Cuando al humilde elevas
y postras al altivo,
de Dios tesanto vivo
te acato con placer;
cuando en tu ceno llevas
el infortunio aciago,
la muerte y el estrago...
¡maldigo tu poder!

—

Manuel del Palacio

HUERTAS.

CARTA DE MAESE JAIME,

PILOTO DE MALLORCA,

AL MAGNÍFICO SENOR INFANTE DE PORTUGAL DON ENRIQUE

Venecia, 15 de Abril de 1428.

Magnífico y muy respetable Señor: Hallándome yo aquí, al servicio de ricos mercaderes, por cuya cuenta he hecho algunos viajes á Egipto y á varios puertos de Siria, tuve el gusto de presenciar, hace una semana, la entrada triunfal en esta hermosa ciudad del ilustre infante D. Pedro, duque de Coimbra y vuestro hermano. Con solemne pompa le recibieron el Dux, los Senadores y la plebe, ya que venía D. Pedro precedido de la fama de sus altas caballerías y peregrinaciones. Se cuenta que ha recorrido, exponiéndose á mil peligros, muchos países remotos, habitados por pueblos bárbaros é infieles; que ha penetrado en África hasta muy cerca de las fuentes del Nilo; que ha visitado en Arabia el país sabeo, donde reinó en lo antiguo aquella hermosa y sapientísima dama que vino á conferenciar con Salomón, y que fué tan su amiga; que ha estado en Jerusalén y en otros Santos Lugares, en que el Verbo humanado vivió y padeció muerte y pasión por nosotros; y que ha ido luego más allá de Damasco, Palmira y Bagdad, hasta el centro del Asia. Á lo que parece, el infante D. Pedro iba en busca del preste Juan de las Indias; pero, por más que hizo, no pudo encontrarle ni averiguar hacia qué parte del mundo caen sus dominios. Tuvo, pues, que volver á tierra de cristianos sin dar cima á su empresa, pero con gran caudal de noticias que en sus maravillosas andanzas ha recogido.

Mas no sólo por esto, sino también por hermano del Rey de Portugal y por dueño de la Marca de Treviso, la Señoría le acoge, hospeda y agasaja como si él fuera un soberano reinante. Infunde, además, gran veneración y amor á su persona el conocimiento que aquí se tiene de sus triunfos guerreros, así cuando era mozo en la conquista de Ceuta, como ya, en su edad granada, sirviendo con trescientas lanzas al Emperador de Alemania Segismundo, y peleando denodadamente en su favor en las tremendas guerras contra los herejes husitas y contra el turco, que va apoderándose de todo el Oriente de Europa y que amenaza de continuo volver á sitiar á Bizancio y acabar con el Imperio griego.

En medio de los agasajos y felicitaciones que el señor Infante recibe en Venecia, como él es curiosísimo y se informa y entera de todo, hubo de saber la nombradía de excelente piloto y cosmógrafo que me conceden en Venecia mis amigos benévolos. Excitado por ellos el señor Infante deseó hablar conmigo, y me llamó á su presencia. Diversas y largas pláticas he tenido con él, y por él he sabido el alto empleo y el tenaz propósito á que vos, Magnífico Señor, consagráis vuestra vida, que el cielo guarde y prospere.

Sin la menor lisonja he declarado á vuestro digno hermano lo mucho que aplaudo y celebro los planes que habéis concebido. No extrañéis, pues, Señor, que el infante D. Pedro, contando con vuestra voluntad, como si fuera la suya, me haya ganado y contratado para ir en servicio vuestro. Dentro de poco iré, si Dios lo permite, ya por tierra, acompañando al infante D. Pedro, que va á Roma á besar los pies al Padre Santo y á confiarle vuestros proyectos y los suyos, y que luego se volverá á Portugal por tierra para ver al paso á los Reyes de Navarra, Aragón y Castilla; ya por mar, á fin de visitar yo á mis parientes y amigos, en mi patria Mallorca, antes de ir al Promontorio Sacro, y tener la honra de besaros la mano y de ponerme á vuestras órdenes.

Allí, hasta donde alcancen mis fuerzas y mi saber, enseñaré el arte de navegar, como lo deseáis y pedís, á los oficiales de mar, inexpertos aunque valerosos, con que contáis para vuestros proyectados descubrimientos. Indispensable será que, confiados en la aguja náutica y guiados por las estrellas, se aventuren lejos de la costa y se engolfen en el Mar Tenebroso, nunca surcado hasta ahora por atrevidas naves.

Grandes son vuestra tenacidad y la mía, pero no es menor nuestra esperanza. Acaso tarde más de un siglo en cumplirse. Vos y yo habremos desaparecido ya de sobre el haz de la tierra, pero vivirá eternamente vuestra gloria, y la mía quedará unida á la vuestra. Para término de tanto anhelo se llegará al extremo Sur de África, y desde allí á la India, donde los portugueses eclipsarán los atrevimientos dichosos del magno Alejandro y del hijo de Semele. Más allá del mar de Sargazo tal vez se descubran fértiles islas y continentes que superen á la soñada Atlántida. Aliados los reyes de Iberia, como Salomón é Hirán en lo antiguo, enviarán sus flotas á Ofir, y éstas volverán triunfantes y cargadas de oro al Guadalquivir y al Tajo; y nos traerán los perfumes de Pancaya, la seda del Catay, el clavo y la fragante canela de Serendib, y las perlas y los diamantes que adornan los alcázares y el regio tálamo de la Aurora.

En comparación de las prodigiosas aventuras de los navegantes y descubridores que nazcan ó procedan de la escuela que he de ayudaros á fundar, parecerán mezquinas invenciones las fabulosas historias de Hércules, Jasón y Teseo, los lances fantásticos de los Caballeros de la Tabla Redonda, la demanda del Santo Grial y las heroicidades sin digno objeto de los Lanzarotes, Roldanes y Amadises.

Los héroes, criados por vos y educados por mí, aportarán á la isla de los Amores, más bella que las Afortunadas, que Citeres y que Pafos, y se deleitarán en más floridos y amenos jardines que los de Armida.

No habrá cuento de hadas, no habrá leyenda oriental, cuyos imaginarios sucesos venzan en esplendor la realidad de sus cuentos y de sus leyendas. Para hallar algo comparable á los portentos que nuestros aventureros realicen, el espíritu humano tendrá que remontar la corriente de los siglos y retraer á la memoria las edades divinas y la expedición civilizadora de Osiris.

Y si esta tierra en que vivimos no es una inmensa planicie ni un disco cuya circunferencia toca y limita la bóveda celeste; y si, como creen los sabios, es una masa redonda que se sostiene en la amplitud infinita, ó que corre con rapidez violenta por misterioso y cons-

tante impulso, que la hace girar ó precipitarse, sin hallar nunca poso, en los insondables abismos del espacio, yo no dudo de que ha de llegar un día en que, por virtud y á consecuencia de la escuela que fundamos, los hombres rodeen la tierra, la visiten y la conozcan toda, enseñando el nombre y la doctrina de Cristo á las tribus más esquivas y salvajes, y erigiendo el signo redentor de la Cruz en las regiones más incultas y remotas.

Y cuando vuelvan de explorar países incógnitos y de completar por experiencia el concepto del mundo, cuyo dominio tendrá que dividir el Papa entre portugueses y castellanos, sometidos al nuevo imperio católico de Roma, entrarán nuestros héroes en la ciudad eterna cargados con los opimos despojos del Oriente y del Occidente, renovando con ventaja, después de tantos siglos, los triunfos de los Césares, y haciendo avanzar, para la Roma cristiana, al Dios Término, mil veces más que le hizo avanzar, por última vez, el andaluz Trajano para la Roma gentílica.

No acierto á ponderar mi gratitud hacia vuestro hermano el señor infante D. Pedro y hacia vos, Magnífico Señor, al pensar que os debo el que me hayáis asociado á vuestros sublimes propósitos haciéndome partícipe de la gloria inmortal que hemos de ganar sin duda.

Dios guarde á vuestra grandeza para bien del linaje humano, y á mí me dé la luz y el ánimo de que he menester para prestaros el auxilio que el infante D. Pedro, en vuestro nombre, me pide.

Soy, Magnífico Señor, vuestro decidido auxiliar y humilde siervo y piloto, *Jaime de Mallorca*.

Por la copia,

Juan Valera

OREMUS

Sabio, en verdad, muy sabio es nuestro Siglo:
Ni trasgo, ni quimera, ni vestiglo,
Ni tartárea visión
Ofuscan su serena fantasía,
Cuyo fondo penetra, clara y fría,
La luz de la razón.

Los altos vuelos de la mente humana,
Las grandes esperanzas de mañana,
Los recuerdos de ayer,
Todo concurre á enaltecer su imperio,
Y el címbalo y el arpa y el salterio
Celebran su poder.

Para la ciencia humana no hay ya enigma:
En todo imprime su profundo estigma
Viril la Humanidad;
Y en sus manos, que tierra y mar trastornan,
Las audaces hipótesis se tornan
En viva realidad.

Mas ¡ay! el hombre, en su constante anhelo,
La mirada jamás dirige al cielo,
De otra verdad en pós;
Y al mirar esa turba tornadiza
Que ni reza ni llora, me horroriza
La soledad de Dios.

En este campo de tenaz pelea,
Ni un incensario para honrarle humea,
Ni un altar queda en pie;
Y á la puerta del cielo solitaria
Ya no llega el clamor de la plegaria
Ni el himno de la fe.

Sobre el antiguo templo derruído,
Como cárabo vil, teje su nido
Siniestra la Impiedad;
Y extinguida la lámpara que clara
Brillaba, en torno de la inútil ara
Reina la obscuridad.

«¿Hay Dios?»—pregunta el hombre á la alta esfera.
«¡Sí!»—contesta la noble Fe sincera;
La Impiedad grita:—«¡No!»
Y la Duda, que escarba los escombros,
Levantando las cejas y los hombros,
Responde:—«¿Qué sé yo!»

Ya ni un hijo de Abel el mundo encierra:
La raza de Caín puebla la tierra;
Con incesante afán,
Cunde y cunde—¡diabólica demencia!—
La lucha del que vive en la opulencia
Y el que muere sin pan.

El rico sigue su triunfal camino
Sin sondar los arcanos que el Destino
Cela en lo por venir;
Y mientras dura la presente vida,
Fija en ella la mente, sólo cuida
De gozar y reir.

Y el pobre, de ambición y envidia ciego,
En vez de alzar á Dios humilde ruego,
Dice en su corazón:—
«¿A qué invocar, en mi cruel laceria,
Á un sér que ni socorre mi miseria
Ni calma mi aflicción?»

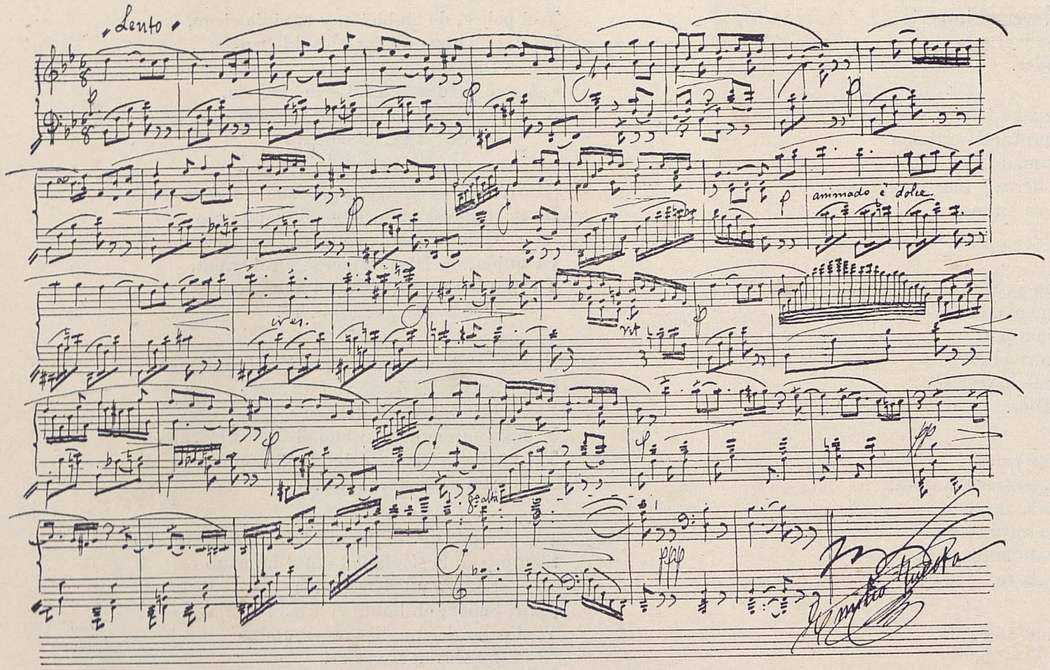
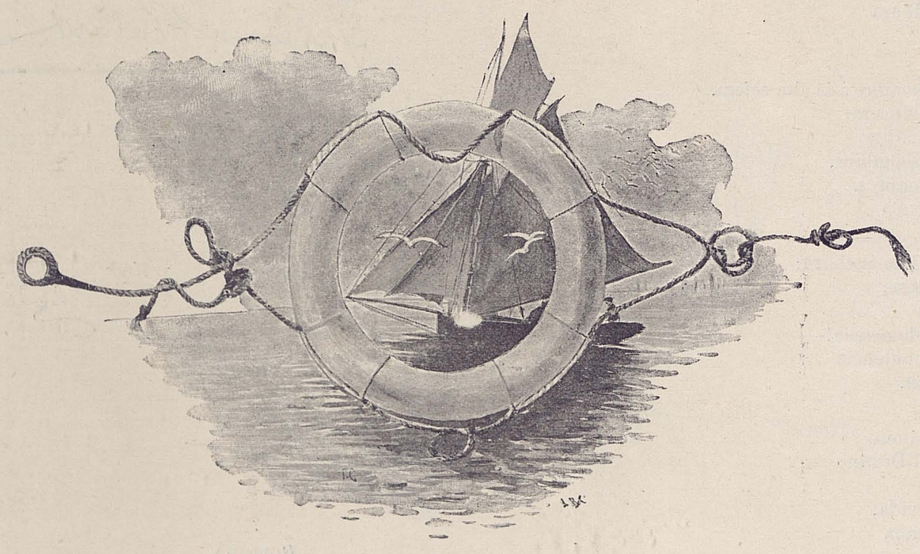
¡Horrenda insensatez!—Aunque el tesoro
De tu inmensa bondad, en lluvia de oro
Quieras mandarnos, di,
¿A quién, oh Dios clemente y soberano,
Tu limosna darás, si ya no hay mano
Que se alargue hacia Ti!

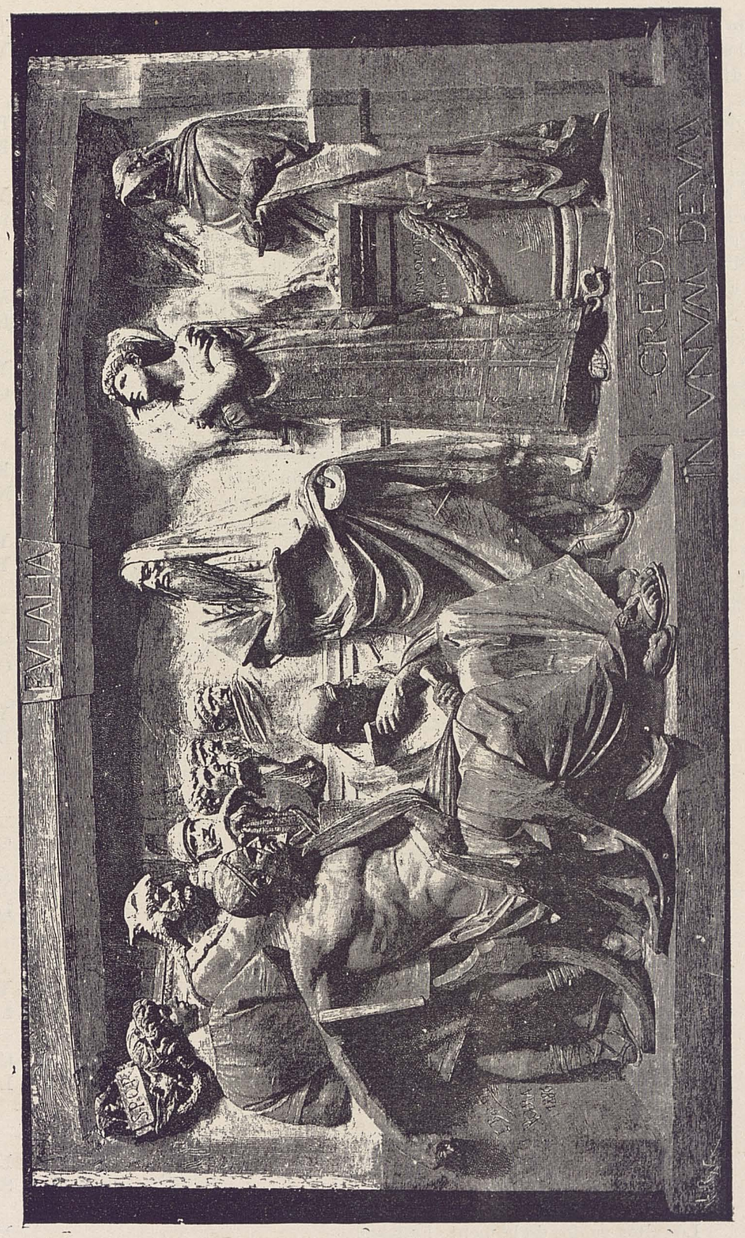
La suya el hombre contra el hombre mueve
Con franca saña ó con rencor aleve
Que hiere por detrás;
Y, si en su empeño insano al Cielo apremia,
Tal vez se oye en su labio la blasfemia:
¡La plegaria, jamás!

¿Se oirá por fin?—¡Se oirá! Tarde ó temprano
Siempre en la senda del dolor humano
Se alza un Getsemaní:
¡Allí, Señor, en llanto el alma inundas,
Y, al cabo, las pupilas moribundas
Se elevan hacia Ti!

Federico Balart

CORTINA.

«Nocturno»





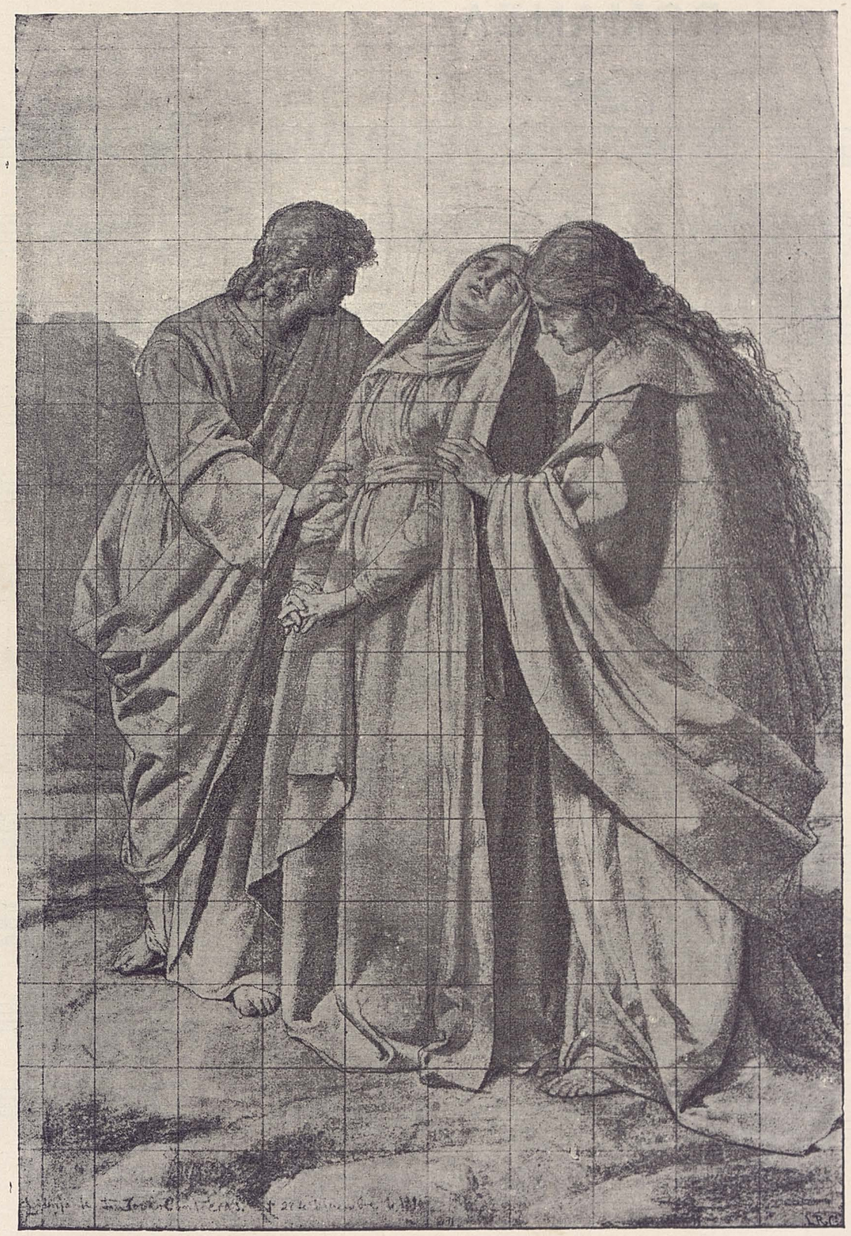
E. BARRÓN.

SENADO

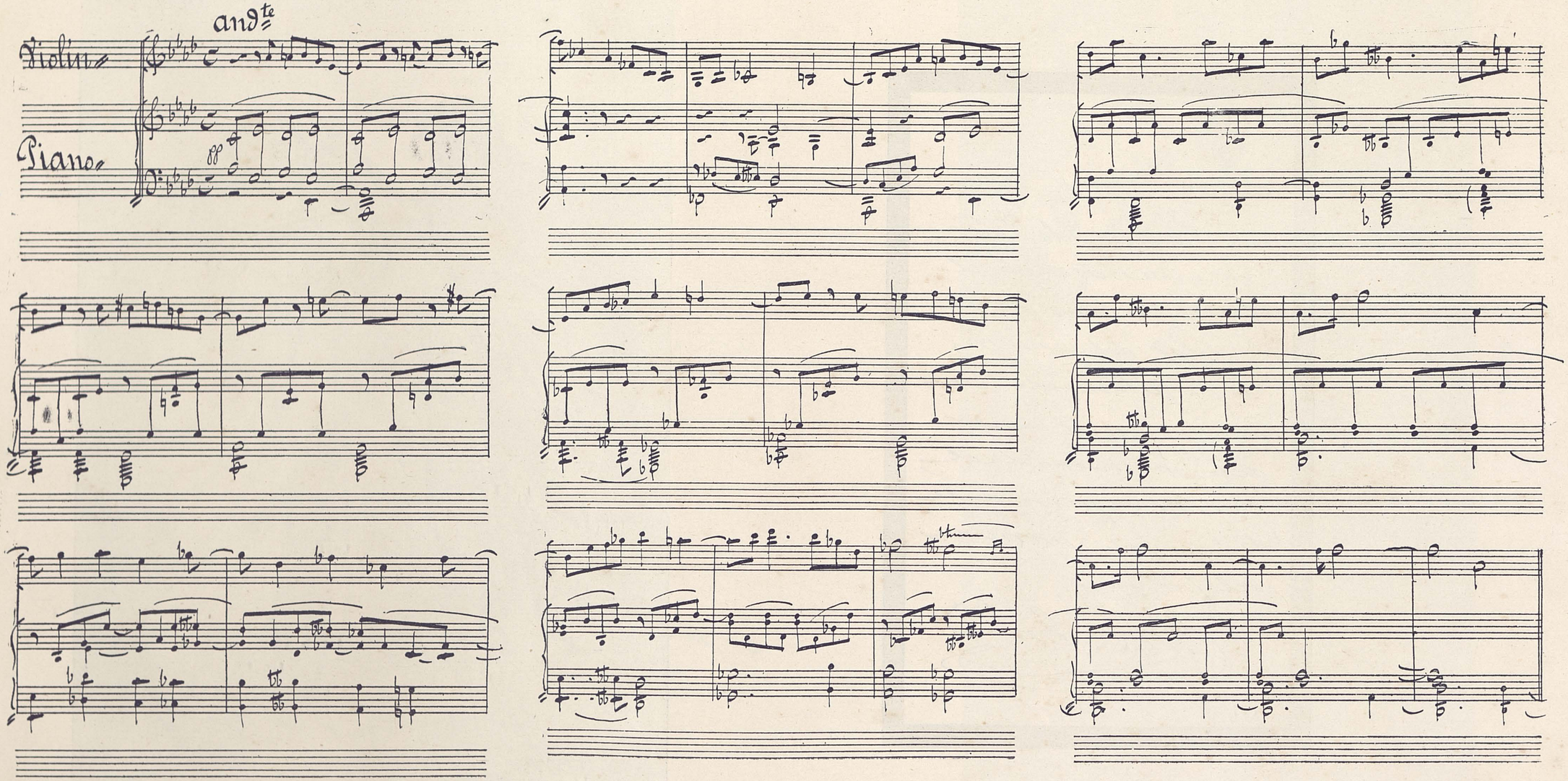
PARTICULAR

El amor de la Patria,
que concentra en el
presente todos los Re
cuerdos del pasado,
es perfectamente com-
patible con el amor
de la humanidad,
que es esperanza de
todas las promesas
del porvenir

Alejandro Lerroux



J. M. CONTRERAS.

ROMANZA

all°

1°. Tempo =

En el Album de la Academia Española
pisa en 1871

A cont maior de Romanos Ptti independencia Ejercito en 1865

Ilombres vienen y hombres van:
cinco lustros han corrido
en este histórico afan.
y los que ayer mi caido
hoy en la cumbre están.

Solo mi humilde embarcacion
ante el piélago profundo
descansa sobre su quilla
mirando desde la orilla
el laberinto del mundo

Joven era, anciano soy.
a mi soledad me atengo
y lo mismo ayer que hoy
a mis soledades voy
de mis soledades vengo.

Ramon de Resonero.
Romanos.

M.

Fué el Eterno el Inmenso, el Justo el Santo
Con quien el Sol parangonarse encontró
Para quien el estrellado manto
Bajeza de la noche indigna afrentó
Fué era, Señor, objeto de mi canto
Cual lo era de mi fé. Mi voz te nombra.
No con valor y audacia temeraria
Mas con humilde y tímida plegaria

A. García Gutierrez

Soneto.

El Sol y la noche.

Encendido en sus propias llamaradas
la sed devora al luminar del dia
y eterno amante de la noche fria
persigue sus espaldas enlutadas.

Sediento de sus sombras negadas
en vano corre la abrasada via,
que él mismo vá poniendo al bien que ansia
donde nunca penetran sus miradas.

La dicha ausente, y el afan conmigo,
arde y rebosa su imposible instancia,
llevando en sus entrañas su enemigo.

Así corro con bárbara constancia
y siempre encuentro mi ansiedad conmigo
y el bien ansiado á la mayor distancia.

Cordoba 23 de Agosto de 1873.

Adelardo Lde Ayala

J. GÁRTNER.

Una firma ignorada en un álbum como éste, sólo la pueden menospreciar los fariseos de la crítica, que desdeñaran el óbolo de la viuda del Evangelio.

André Ovejero Bustamante

DUDA

SONETO

IMITACIÓN Á LOPE DE VEGA

¿Podré hacer un soneto?..... ¡Qué locura!
Es difícil empresa. Haré un romance;
Mas..... temo que mi práctica no alcance
Para desarrollarlo con soltura.
Un madrigal requiere una frescura
Que yo no tengo. ¡Qué apurado trance!
¿Y una silva? No es bueno que me lance
Tan pronto á semejante travesura.
El epigrama..... es verso peliagudo
Que necesita gracia incomparable;
Está visto, aunque rabio y aunque sudo,
No encuentro nada para mí aceptable;
Pues bien, callarme debo, no lo dudo:
Adiós, lector. Mi musa es poco amable.

Joaquín Abati

El régimen de la caridad, como todo lo que descansa en el sentimiento, no produce más que bienes momentáneos. Las leyes que protegen á las clases productoras, descansando en la razón, en la justicia y en la misma conveniencia del Estado, son las únicas que pueden evitar las miserias del desvalido.

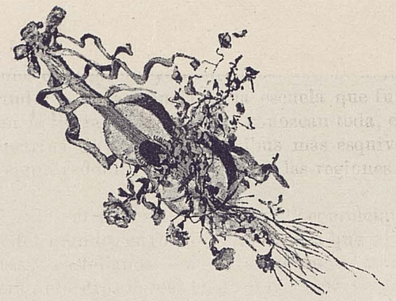
Laguna (Tenerife).

Leopoldo Pedreira.

EN LA MUERTE DE.....

Era un ángel; de la vida
Triste el desierto cruzaba.
No lloréis al desterrado
Cuando regresa á su patria.

J. de Dios de la Rada y Delgado



CANTARES

I.

Cualquier instrumento es bueno
Para cantar la desgracia:
Que pulsen otros la lira,
Yo tocaré la guitarra.

II.

Poco importa que quien pida
Sea ó no menesteroso:
El bien que por él hacemos
Nos lo hacemos á nosotros.

III.

Siempre que socorro á un pobre
Y dice: «Dios se lo pague»,
Veo al *Contador de arriba*
Que apunta en el libro grande.

IV.

Fe, Esperanza y Caridad,
Son tres hermanas muy buenas;
Pero si he de escoger una,
Me quedo con la tercera.

V.

La mano que pide.....
La mano que da.....
¡Si aquí no se estrechan, en el otro mundo
Ya se estrecharán!

VI.

San Pedro, en la portería,
Ha puesto así, de su letra:
«Quien no socorrió á los pobres,
No llame, porque no entra.»

VII.

Quien lleva gabán de pieles
Y ve á un pobre tiritar,
Y al verlo no siente frío.....
No merece aquel gabán.

Miguel Ramos Carrión

RÉCIPE

De aleación de plata acuñada..... ..... Un décimo.
De educación y enseñanza adecuada á las aptitudes... Nueve décimos.
Mézclese según arte.

Aplíquese en dosis graduales á los huérfanos de las víctimas de Palma, y cada uno de ellos podrá ser un portento capaz de hacer olvidar y aun bendecir las lágrimas que hoy arranca su infortunio.

Diciembre de 1895.

Dr. Pecunto Abisbás

MI POBRE TRIBUTO

En un álbum consagrado á lamentar un tremendo infortunio, la firma del escritor festivo es algo así como una profanación.

Los que escribimos en broma somos, para la generalidad de los lectores, seres superficiales, ajenos á todo sentimiento profundo.

En cierta ocasión, hallándome agobiado por una desgracia horrible—la muerte de una hija,—decían los que sólo me conocen por mis artículos festivos:

—¡Bah! Las penas no harán noche en el corazón de una persona tan alegre.....

En cambio, á los que escriben con guadaña y dicen en prosa y verso que «este mundo es un camposanto», y lloran por todo, y se entregan al dolor por un quítame allá esas pajas, se les supone personas de exquisita sensibilidad; y hay quien cree que duermen boca abajo, con la frente hundida en la almohada, para ensimismarse en el dolor.

Los que juzgan por las apariencias ignoran que los que reimos siempre estamos mucho más cerca del llanto que esos llorones eternos, para quienes la risa es un crimen.

He conocido más de un poeta fúnebre que se pasaba lo mejor de su vida tocando el acordeón y prestando dinero á réditos.

Yo, escritor alegre, autor de frases dislocadas, al parecer burlón y en concepto de muchas personas superficial y frío, me asocio con toda mi alma al sentimiento que abruma á los mallorquines y á cuantos españoles sientan con el corazón; y quiero que mi pobre firma figure en este álbum como un testimonio de respeto á la memoria de las víctimas de Palma.

Luis Taboada

LA INTENCION

El cura, en la confesión
Al avaro don Senén
Le dijo:—Para obrar bien
Basta á veces la intención.—
Y el hombre, que no es un zote,
Sino un tuno sin conciencia,

Sigue con tal obediencia
Lo que dijo el sacerdote,
Que exclama con alegría
Y de mansedumbre lleno:
—Yo hago intención de ser bueno
Todas las horas del día.
¡No soy un malvado, no!
Y pues la intención me basta,
Nadie en limosna se gasta
Lo que estoy gastando yo.—
Y es verdad. Como le pida
Limosna algún pobrecillo,
Se echa la mano al bolsillo
Y saca un duro en seguida.
Y luego, sin vacilar,
Y casi sin enseñárselo,
Hace la intención de dárselo.....
¡Y se lo vuelve á guardar!

Vital Aza

EN LA CALLE

—¡Adiós, querido Fermín!
—¡Adiós, amigo del alma!
—¿Sabes qué ha ocurrido en Palma?
—Que ha explotado un polvorín.
Murió mucha gente junta;
La cosa ha sido espantosa.
¡Sólo el pensar en la cosa
Pone los pelos de punta!
—Pues siento lo que allí pasa
Y lo comprendo muy bien,
Porque yo tengo también
Materia inflamable en casa.
—¿Cuál es?
—Mi suegra sin par,
Que causa estragos sin fin.
¡Como que es un polvorín
Que no cesa de *explotar!*.....

16 Diciembre 95.

Juan Pérez Zúñiga

RICARDO MADRAZO.

¡OH! ¡DEU MEU QUIN ESCLAFIT!

A. Ferrant.

Con liberalidad casi espontánea, y con aquella presteza que la voluntad guarda para servir íntimos deseos, acudieron á formar este álbum los personajes principales y los ingenios esclarecidos cuyas firmas esmaltan sus páginas. Apenas cabe imaginar algún otro empeño al cual cooperasen juntos, como no importare á la patria, señora natural de toda alma bien nacida. Certísimo que los tesoros de Creso nunca tendrían poder para congregarles, como les ha congregado un grito lastimero. ¡Testimonio vivo de hermandad consoladora! ¡Benigna reconvención también á quienes procuran deslindar con torrentes de odio la diversidad inevitable en las condiciones sociales! De los más humildes y arrinconados hogares surgió el lamento á que hoy responde el patriciado de la virtud, del saber, del poder y de la gloria.

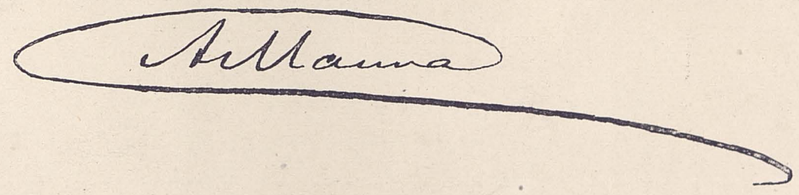
Manos ungidas con el respeto y el aplauso comunes, nos entregaron, por amor de Dios, la pedrería atesorada, más que engarzada, en este volumen. Prerrogativa insigne de los escogidos, á quienes incumbe el alto ministerio de los buenos ejemplos, es hallar á mano dones tan exquisitos cuando la generosidad mueve los ánimos; pero de su corazón humano, no de su ingenio singular, dimanan estas larguezas; y siendo común el duelo, hemos de esperar que se asociarán al socorro cuantos puedan dar la limosna. Otra cosa, denotaría mayor apego á lo que merece menor estima.

Poseerán este álbum los que contribuyan á la buena obra, y en poder suyo, las muchas felicísimas creaciones de los magnates de las artes y las letras patrias todavía exhalarán otra fragancia peregrina é inefable: el recuerdo de haber podido consolar á un triste y confortar á un doliente, supremo goce de los bienes de fortuna.

El cielo premiará á todos, y á todos bendecirán, no solamente los obligados con el beneficio, sino también los testigos inmediatos de las tribulaciones que procuramos mitigar con el consuelo de nuestra solicitud y con el auxilio material en que toma cuerpo visible la Caridad.

La Junta que se formó para concertar la ejecución del propósito que ahora se consuma, después de allegar y ordenar con ahinco fervoroso los elementos intelectuales y pecuniarios, querría declarar á cuantos contribuyeron de diversos modos para la obra común, su propio agradecimiento, débil reflejo del que siente Mallorca entera; mas no halla expresiones idóneas, que habrían de ser desusadas por serlo también la viveza del afecto, y fía en que acierten á adivinarlo quienes supieron merecerlo.

Madrid, Febrero 1896.



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA DI NAPOLI

Limosna

Diez Pesetas.